

JOHN GREEN

Autor de *Bajo la misma estrella*

BUSCANDO A ALASKA



«Hilarante, emotiva, inspiradora y absorbente»

Bookpage

NUBE **DE TINTA**

JOHN GREEN

Buscando a Alaska

Traducción de **Cecilia Aura Cross**

NUBE **DE TINTA**

www.megustaleerebooks.com

*A mi familia:
Sydney Green, Mike Green y Hank Green*

«He intentado tanto hacer lo correcto...»

(Últimas palabras del presidente Grover Cleveland)

ANTES

CIENTO TREINTA Y SEIS DÍAS ANTES

Una semana antes de que dejara a mi familia, Florida y el resto de mi vida anterior para irme a un internado de Alabama, mi madre insistió en celebrar una fiesta de despedida en mi honor. Decir que yo tenía pocas expectativas sería subestimar demasiado el asunto. Aun cuando me vi más o menos forzado a invitar a todos mis «amigos de la escuela», es decir, a la muchedumbre heterogénea de teatro y los «matados» de la clase de inglés con los que me sentaba por una necesidad social en la cavernosa cafetería de mi escuela pública, estaba seguro de que no vendrían. De todas maneras, mi madre perseveró, sumergida en la ensoñación de que yo le había guardado el secreto de mi popularidad todos estos años. Preparó una gran cantidad de salsa de alcachofas; decoró la sala de nuestra casa con banderolas verdes y amarillas, que correspondían a los colores de mi nueva escuela; compró dos docenas de explosivos de confeti con forma de refresco y los colocó en el borde de la mesa de centro.

Y cuando por fin llegó ese último viernes, cuando mi equipaje estaba casi del todo hecho, se sentó con mi padre y conmigo en el sofá a las 16.56 de la tarde y esperó con mucha paciencia la llegada de la Caballería del Adiós a Miles. Esta caballería estaba formada exactamente por dos personas: Marie Lawson, una diminuta chica rubia con gafas rectangulares, y su rechoncho (por decirlo con amabilidad) novio, Will.

—Hola, Miles —saludó Marie al sentarse.

—Hola —contesté.

—¿Cómo te han ido las vacaciones de verano? —preguntó Will.

—Bien, ¿y a vosotros?

—Bien. Participamos en *Jesucristo Superstar*. Yo ayudando con los

escenarios. Y Marie con las luces —respondió Will.

—Qué bien. —Asentí como si supiera de qué se trataba, y ahí se acabaron nuestros temas de conversación. Podría haber hecho alguna pregunta acerca de *Jesucristo Superstar*, excepto que: 1) no sabía lo que era, 2) no me interesaba saberlo y 3) nunca se me han dado bien las conversaciones triviales. Mamá, sin embargo, puede sostener conversaciones triviales durante horas, así que logró prolongar la incomodidad preguntándoles sobre su horario de ensayo, cómo había ido la obra y si había sido un éxito.

—Creo que lo fue —dijo Marie—. Asistieron muchas personas, creo — Marie era del tipo de personas que creen mucho.

Por último, Will dijo:

—Bueno, solo hemos pasado a decirte adiós. Tengo que llevar a Marie a su casa antes de las seis. Diviértete en el internado, Miles.

—Gracias —contesté aliviado. Peor que hacer una fiesta a la que no asiste nadie es hacer una fiesta a la que solo asisten dos personas infinita y profundamente aburridas.

Se fueron, y me senté junto a mis padres a mirar el televisor apagado, con la intención de encenderlo pero a sabiendas de que no debía hacerlo. Sentía que me miraban y esperaban que me echara a llorar o algo así, como si no hubiera sabido siempre que pasaría. Pero sí lo sabía. Sentía su lástima al recoger la salsa de alcachofas para las patatas destinadas a mis amigos imaginarios, pero mis padres eran más dignos de lástima que yo: yo no estaba desilusionado. Mis expectativas se habían cumplido.

—¿Es por esto que te quieres ir, Miles? —preguntó mamá.

Lo medité un momento sin mirarla.

—Eh, no —dije.

—Bueno, entonces, ¿por qué? —preguntó. No era la primera vez que me

lo preguntaba. A mamá no le hacía mucha gracia dejarme ir al internado y no lo ocultaba.

—¿Por mí? —preguntó papá.

Él también había asistido a Culver Creek, el mismo internado al que me dirigía, igual que sus dos hermanos y todos sus hijos. Creo que le gustaba la idea de que siguiera sus pasos. Mis tíos me habían contado historias de lo famoso que había sido en la facultad, de cómo se las había arreglado para montar follones y al mismo tiempo aprobar con las mejores calificaciones todas sus clases. Esa vida sonaba mejor que la que tenía yo en Florida. Pero no, no era por papá. No exactamente.

—Esperad.

Entré en el estudio de mi padre y encontré la biografía de François Rabelais. Me gustaba leer biografías de escritores, aunque (como en el caso de Rabelais) nunca hubiera leído nada de su obra. Pasé rápido las páginas hasta el final del libro y encontré una cita subrayada con fluorescente («¡NUNCA USES FLUORESCENTE EN MIS LIBROS!», me había advertido mi padre mil veces; pero ¿de qué otra manera se supone que puedes encontrar lo que buscas?).

—Este tipo —dije de pie en el umbral de la sala—, François Rabelais, era un poeta y sus últimas palabras fueron: «Voy en busca de un Gran Quizá». Ese es el motivo por el que me voy. No quiero esperar a morirme para empezar a buscar un Gran Quizá.

Eso los calló. Iba en busca de un Gran Quizá y sabían, igual que yo, que no lo iba a encontrar entre gente como Will y Marie. Me volví a sentar en el sofá, entre mamá y papá. Mi padre me abrazó y nos quedamos allí juntos mucho tiempo, hasta que nos pareció bien encender el televisor. Luego cenamos salsa de alcachofas y vimos un rato el Canal Historia. Y en lo que a fiestas de despedida se refiere, sin duda podría haber sido mucho peor.

CIENTO VEINTIOCHO DÍAS ANTES

El clima de Florida era bastante cálido, sin duda, y húmedo también. Tan bochornoso como para que se te pegara la ropa, como si fuera cinta adhesiva, y el sudor se escurriera como lágrimas de la frente a los ojos. Sin embargo, solo hacía calor fuera y por lo general únicamente salía para caminar de un sitio con aire acondicionado a otro.

Esto no me preparó para el singular calor con que uno se topa a veintidós kilómetros al sur de Birmingham, Alabama, en el Instituto Culver Creek. La camioneta de mis padres estaba estacionada sobre el césped a unos metros de mi dormitorio, la habitación 43. Pero cada vez que recorría el pequeño trecho hacia el coche para descargar lo que ahora parecían demasiadas cosas, el sol me quemaba la piel a través de la ropa con una ferocidad despiadada que me hacía temer seriamente el fuego del infierno.

Mamá, papá y yo tardamos tan solo unos minutos en descargar el coche; pero mi dormitorio sin aire acondicionado, aunque por suerte lejos de la luz del sol, apenas estaba un poco más fresco. La habitación me sorprendió: me había imaginado una alfombra gruesa, paredes con paneles de madera, muebles estilo victoriano. Excepto por el único detalle lujoso, un baño privado, la habitación era una caja. Con paredes de bloques de hormigón recubiertas con capas espesas de pintura blanca y un suelo de linóleo de cuadros verdes y blancos, el lugar parecía más un hospital que el dormitorio de mis fantasías. Una litera de madera sin acabados con colchones de vinilo estaba contra la ventana trasera de la habitación. Los escritorios, las cómodas y las librerías estaban todos fijos en las paredes, a fin de evitar la creatividad en la disposición de los muebles. Y no había aire acondicionado.

Me senté en la litera de debajo mientras mamá abría el baúl, tomaba una

pila de las biografías que mi padre había estado de acuerdo en darme y las colocaba en las librerías.

—Puedo deshacer el equipaje yo, mamá —dije. Papá se puso de pie. Listo para partir.

—Déjame por lo menos hacer la cama —suplicó mamá.

—No, la puedo hacer yo. Está bien. —Porque no puedes prolongar estas cosas para siempre. En algún momento, te quitas la tirita y te duele, pero luego se te pasa y te sientes aliviado.

—¡Dios!, cuánto te vamos a echar de menos —exclamó de pronto mamá saltando entre la pila de maletas para llegar a la cama. Me puse de pie y la abracé. Papá también se acercó y nos dimos un abrazo los tres. Hacía demasiado calor y estábamos muy sudados como para que el abrazo durara mucho. Sabía que debía llorar, pero había vivido con mis padres durante dieciséis años, y nuestra primera intentona de separación me parecía que había tardado mucho en llegar.

—No te preocupes —dije sonriendo—. Ya aprenderé a hablar como un sureño. —Mamá rió.

—No hagas tonterías —dijo mi padre.

—Está bien.

—Nada de drogas. No bebas. No fumes. —Como ex alumno de Culver Creek, él había hecho cosas de las cuales yo solamente había oído hablar: fiestas secretas, correr entre los campos llenos de paja (cómo se quejaba de que en aquella época era solo para chicos), probar drogas, alcohol y tabaco. Le había llevado un tiempo dejar de fumar, pero sus días de chico malo quedaban bien lejos ahora.

—Te quiero. —Los dos lo soltaron de sopetón al mismo tiempo. Era necesario decirlo, pero las palabras hacían que todo fuera terriblemente incómodo, como si vieras a tus abuelos besarse.

—Yo también os quiero. Os llamaré los domingos. —Las habitaciones no tenían teléfono, pero mis padres habían solicitado que me instalaran en una habitación cercana a uno de los cinco teléfonos de monedas de Culver Creek.

Me abrazaron de nuevo, mamá primero y luego papá, poniendo fin a la despedida. Por la ventana trasera los vi tomar el camino de curvas, alejándose de la escuela. Debí haber sentido una tristeza sentimental, empalagosa quizá, pero sobre todo deseaba refrescarme, así que tomé una de las sillas del escritorio y me senté fuera de mi cuarto a la sombra de los aleros colgantes, esperando una brisa que nunca llegó. El aire de fuera era tan opresivo e inmóvil como el de dentro. Observé mis nuevos dominios: seis edificios de una planta, cada uno con dieciséis habitaciones, formando un hexagrama alrededor de un gran círculo de césped. Parecía un viejo motel de gran tamaño. En todas partes, chicos y chicas se abrazaban, sonreían y caminaban juntos. Esperaba vagamente que alguien se me acercara y hablara conmigo. Me imaginé la conversación:

—Hola. ¿Es tu primer año?

—Sí, sí. Soy de Florida.

—Qué bien. Entonces, ya estarás acostumbrado al calor.

—No podría estar acostumbrado a este calor ni siquiera viniendo del Hades —bromearía. Daría una buena impresión para comenzar. «Ah, es chistoso. Ese tal Miles es un chico muy divertido.»

Eso no sucedió, claro está. Las cosas nunca suceden como las imagino.

Aburrido, volví a entrar, me quité la camisa y me senté sobre el colchón de vinilo de la litera de debajo, empapado de sudor, y cerré los ojos. Nunca había vuelto a nacer con el bautismo, las lágrimas y todo eso, pero no podía ser mucho mejor que renacer como un tipo sin pasado conocido. Pensé en las personas sobre las que había leído que habían estudiado en internados y

en sus aventuras: John F. Kennedy, James Joyce y Humphrey Bogart. A Kennedy, por ejemplo, le encantaba hacer trastadas. Pensé en el Gran Quizá, en las cosas que podrían suceder, en las personas que podría conocer y en quién podría ser mi compañero de cuarto (había recibido una carta unas semanas antes donde solo me decían su nombre: Chip Martin). Quienquiera que fuera el tal Chip Martin, esperaba que trajera de verdad un arsenal de ventiladores superpotentes, porque yo no había metido ninguno en mi equipaje y ya sentía cómo el sudor formaba pequeños charcos en el colchón de vinilo, lo cual me pareció tan asqueroso que fui a buscar una toalla para limpiar el sudor. Luego pensé: «Bueno, antes de la aventura primero hay que deshacer el equipaje».

Me las arreglé para pegar un mapamundi en la pared y colocar la mayor parte de mi ropa en cajones, antes de notar que el aire caliente y húmedo hacía que hasta las paredes sudaran; entonces decidí que no era el momento para el esfuerzo físico. Era el momento para un delicioso baño frío.

En el pequeño cuarto de baño había un espejo de cuerpo entero detrás de la puerta, así que no podía escapar a mi reflejo desnudo al inclinarme para abrir el grifo de la ducha. Mi delgadez siempre me sorprendía: mis brazos delgados no parecían ensancharse mucho más de las muñecas hacia los hombros, mi pecho carecía del más mínimo indicio de grasa y de músculo, y yo me pregunté avergonzado si podría hacerse algo con el espejo. Abrí la lisa cortina blanca de la ducha y, agachándome, me metí.

Por desgracia, la ducha parecía haber sido diseñada para alguien de poco más de un metro de estatura, por lo que el agua fría me golpeó la caja torácica baja, con toda la fuerza de un grifo abierto. Para mojar me la cara empapada de sudor, tuve que abrir las piernas y ponerme en cuclillas. Con toda seguridad, John F. Kennedy (que medía un metro ochenta según su biografía, es decir, exactamente lo mismo que yo) no tenía que ponerse en

cuclillas en su internado. No, esta escuela era algo del todo diferente, y a medida que el agua iba empapando poco a poco mi cuerpo, me pregunté si aquí encontraría un Gran Quizá o si había cometido un grave error de cálculo.

Cuando abrí la puerta del baño después de ducharme, con una toalla envuelta alrededor de la cintura, vi a un chico de baja estatura, fornido, con una gran mata de pelo castaño. Estaba entrando una gigantesca bolsa de lona color verde militar por la puerta de mi habitación. Medía un metro cincuenta, pero tenía un cuerpo musculoso, como un modelo a escala de Adonis, y con él penetró un olor a humo de tabaco rancio. «Genial —pensé—, estoy delante de mi compañero de cuarto desnudo.» Metió la bolsa de lona con dificultad en la habitación, cerró la puerta y se dirigió hacia mí.

—Soy Chip Martin —anunció con una voz profunda, de locutor de radio. Antes de que pudiera responder, añadió—: Te daría la mano, pero creo que es mejor que sujetes bien la toalla hasta que puedas ponerte algo de ropa.

Me reí y asentí (eso está bien, ¿verdad?, ¿asentir?) y dije:

—Yo soy Miles Halter. Encantado de conocerte.

—¿Miles, como en las miles de millas «que hay que avanzar antes de irse a dormir»? —me preguntó.

—¿Qué?

—Es un poema de Robert Frost. ¿Nunca lo has leído?

Negué con la cabeza.

—Considérate afortunado. —Sonrió.

Saqué ropa interior limpia, unos shorts azules de fútbol marca Adidas y una camiseta blanca; murmuré que regresaba dentro de un segundo y me volví a meter en el baño. ¡Vaya con las primeras impresiones!

—Oye, ¿dónde están tus padres? —pregunté desde el baño.

—¿Mis padres? En este momento mi padre está en California. Quizá

sentado en su sillón reclinable. Quizá conduciendo su camión. Pero, sea como sea, seguro que está bebiendo. Mi madre probablemente esté saliendo ahora de la escuela.

—Ah —dije ya vestido, no muy seguro de cómo responder a tan personal información. No debí haber preguntado, supongo, nada sobre él.

Chip tomó unas sábanas y las lanzó a la litera de arriba.

—Soy un hombre de litera superior. Ojalá no te moleste.

—Eh, no. Por mí está bien.

—Veo que has decorado el lugar —dijo señalando el mapamundi—. Me gusta.

Luego empezó a enumerar países. Hablaba de manera monótona, como si lo hubiera hecho miles de veces antes.

Afganistán.

Albania.

Andorra.

Angola.

Argelia.

Y así sucesivamente. Terminó la letra A antes de alzar la vista y ver mi cara de incredulidad.

—Podría recitar el resto de la lista, pero tal vez te aburriría. Es algo que he aprendido durante el verano. ¡Dios!, no te puedes imaginar lo aburrido que es New Hope, Alabama, en verano. Tanto como ver crecer granos de soja. ¿Tú de dónde eres, por cierto?

—De Florida.

—Nunca he estado ahí.

—Es bastante increíble lo de los países.

—Sí, todo el mundo tiene un talento. Yo puedo memorizar cosas. ¿Y tú puedes...?

—Hummm, conozco muchas de las últimas palabras de gente famosa. — Era una indulgencia lo de aprender las últimas palabras de la gente. Otros tenían chocolates; yo tenía declaraciones en el lecho de muerte.

—¿Por ejemplo?

—Me gustan mucho las de Henrik Ibsen. Era un dramaturgo. —Sabía mucho de Ibsen, pero nunca había leído ninguna de sus obras. No me gustaba leer obras. Me gustaba leer biografías.

—Sí, sé quién era —afirmó Chip.

—Bueno, pues después de un tiempo de estar enfermo su enfermera le dijo: «Parece encontrarse mejor esta mañana». Ibsen la miró y le contestó: «Al contrario», y luego murió.

Chip rió.

—Es mordaz. Pero me gusta.

Me dijo que estaba en su tercer año en Culver Creek. Había comenzado en el noveno curso el primer año de la escuela, y ahora estaba en el decimoprimer, como yo. Chico de beca, dijo. Completa. Había oído que era la mejor escuela en Alabama, así que escribió en su carta de solicitud que él quería asistir a una escuela donde pudiera leer libros grandes. El problema, decía en la carta, era que en casa su padre siempre lo golpeaba con los libros, así que Chip, para su propia seguridad, procuraba tener libros cortos de tapa blanda. Sus padres se divorciaron cuando estaba en décimo curso. Le gustaba «el Creek», como él lo llamaba, pero «tienes que ir con cuidado aquí, con los alumnos y con los maestros. Y yo detesto tener que ir con cuidado», sonrió con presunción. Yo también odiaba tener que ir con cuidado, o al menos eso quería.

Me dijo esto mientras hurgaba en su bolsa de lona y lanzaba ropa en los cajones con total descuido. Chip no pensaba que fuera necesario tener un cajón para calcetines o un cajón para camisetas. Creía que todos los cajones

habían sido creados iguales y llenaba cada uno con lo que le cupiera. A mi madre le hubiera dado un patatús.

En cuanto hubo terminado de «deshacer la bolsa», Chip me golpeó fuerte en el hombro.

—Espero que seas más valiente de lo que pareces —dijo saliendo por la puerta, que dejó abierta. Se volvió unos segundos después y me vio, de pie, inmóvil—. Bueno, vamos Miles de millas, que hay que avanzar Halter. Tenemos mucho que hacer.

Llegamos a la sala de televisión, la cual, según Chip, tenía la única televisión con cable de la escuela. Durante el verano, servía de unidad de almacenaje. Atestada casi hasta el techo con sofás, refrigeradores y alfombras enrolladas, en la sala de televisión pululaban chicos tratando de encontrar y acarrear sus cosas. Chip saludó a algunos, pero no me las presentó. Mientras deambulaba por el laberinto apilado de sofás, yo permanecía cerca de la entrada, tratando de no bloquear a los compañeros de cuarto en sus maniobras para sacar los muebles por la estrecha puerta principal.

Le llevó diez minutos a Chip encontrar sus cosas, más una hora durante la cual fuimos y vinimos cuatro veces alrededor del círculo de dormitorios, entre la sala de televisión y la habitación 43. Para cuando terminamos, yo quería meterme en la mininevera de Chip y dormir mil años, pero Chip parecía inmune tanto a la fatiga como a la insolación. Me senté en su sofá.

—Lo encontré tirado en un bordillo de mi vecindario hace un par de años —dijo señalando el sofá mientras se afanaba en montar mi PlayStation 2 encima de su baúl de efectos personales—. Debo reconocer que la piel tiene algunas grietas, pero no manchas. Es un sofá de mala calidad. —La piel tenía más que algunas grietas, era un treinta por ciento de piel sintética de

color azul cielo y un setenta por ciento de espuma, pero creo que era cómodo.

—De acuerdo, ya casi hemos terminado. —Se acercó a su escritorio y sacó un rollo de cinta de embalaje de un cajón—. Solo necesitamos tu baúl.

Me levanté, saqué el baúl de debajo de la cama y Chip lo colocó entre el sofá y la PlayStation 2, y empezó a cortar delgadas tiras de cinta de embalaje. Las pegó en el baúl de manera que se leyera MESA PARA CAFÉ.

—Lista —dijo. Se sentó y colocó los pies sobre la... eh... mesa para café—. Terminado.

Me senté junto a él, me miró y dijo de pronto:

—Escucha, yo no seré quien te abra las puertas a la vida social de Culver Creek.

—Ah, bueno —dije, pero podía notar cómo las palabras se atoraban en mi garganta. ¿Acababa de cargar su sofá bajo un sol blanco de tan ardiente y ahora no le caía bien?

—Básicamente, existen dos grupos aquí —explicó con una urgencia creciente—. Tienes los internos regulares, como yo, y tienes los Guerreros Semaneros; ellos están internados aquí, pero todos son niños pijos que viven en Birmingham y se van a las mansiones con aire acondicionado de sus padres todos los fines de semana. Son chicos populares. No me caen nada bien y me parece que yo tampoco a ellos, así que si has venido aquí pensando que, como eras la gran mierda en la escuela pública lo serás también aquí, lo mejor es que no te vean conmigo. Has ido a una escuela pública, ¿verdad?

—Eh... —balbuceé. Distráido, empecé a pellizcar las grietas en la piel del sofá, hurgando con los dedos en la espuma.

—Sí, claro que has ido, porque si hubieras ido a una escuela privada los horribles shorts que llevas te quedarían bien. —Rió.

Yo llevaba los shorts justo debajo de la cadera y pensaba que me quedaban genial. Por fin contesté:

—Sí, he ido a una escuela pública. Pero no era una gran mierda allí, Chip. Era una mierda regular.

—¡Ah! Eso está bien. Y no me llames Chip. Llámame Coronel.

Reprimí las ganas de reír.

—¿Coronel?

—Sí, Coronel. Y a ti te llamaremos... hummm... Gordo.

—¿Qué?

—Gordo —dijo el Coronel—. Porque estás delgado. Es una ironía, Gordo. ¿Sabes lo que es? Ahora, vamos a por tabaco y empecemos bien el año.

Salió de la habitación, suponiendo de nuevo que lo seguiría, y esta vez lo hice. Gracias a Dios, el sol se iba poniendo en el horizonte. Avanzamos cinco puertas hasta la habitación 48. Una pizarra estaba pegada en la puerta con cinta adhesiva. En tinta azul se leía: «¡Alaska tiene habitación individual!».

El Coronel me explicó que: 1) esa era la habitación de Alaska, 2) ella tenía una habitación individual porque a la chica que debía ser su compañera de cuarto la habían expulsado al final del año anterior, y 3) Alaska tenía cigarrillos, aunque el Coronel olvidó preguntar si 4) yo fumaba, lo cual 5) no hacía.

Tocó una vez fuerte. A través de la puerta una voz gritó:

—Entra, hombre pequeño, tengo la mejor historia de todas.

Entramos. Me volví para cerrar la puerta detrás de mí, pero el Coronel negó con la cabeza:

—Después de las siete, tienes que dejar la puerta abierta si estás en la habitación de una chica.

Apenas lo oí: delante de mí estaba la chica más sexy de toda la historia de la humanidad, en vaqueros recortados, con una blusa de tirantes color naranja. Estaba hablando con el Coronel en voz muy alta y rápido.

—Así que el primer día de verano estoy en el viejo Vine Station con un chico llamado Justin y estamos en su casa viendo la televisión en el sofá. Para entonces, quiero que lo sepas, yo ya salía con Jake (de hecho, sigo saliendo con él, lo cual en sí mismo es un milagro), pero Justin es amigo mío de cuando era niña y tan solo estábamos viendo la televisión y hablando de los resultados de los exámenes de admisión a la universidad o algo así. Entonces Justin coloca su brazo alrededor de mis hombros y pienso: «Ah, qué mono, hemos sido amigos tanto tiempo que se siente totalmente cómodo», y seguimos hablando. Luego, estoy a la mitad de una frase sobre analogías o algo así y como un halcón baja la mano y me toca la teta como si fuera un claxon. Piii. Como un sonido de claxon demasiado firme, de dos o tres segundos. Piii. Y lo primero que pienso es: «Está bien, ¿y ahora cómo aparto esta garra de mi teta antes de que deje marcas permanentes?». Y lo segundo que pienso es: «No puedo esperar a contar lo que ha pasado a Takumi y al Coronel».

El Coronel se rió. Yo seguía mirando, azorado en parte por la fuerza de la voz que emanaba de esa chica pequeña (pero llena de curvas) y en parte por la gigantesca hilera de libros que se formaba en sus paredes. Su biblioteca llenaba los entrepaños y luego se desbordaba hacia un sinfín de pilas de libros que nos llegaban a la cintura, amontonados sin orden ni concierto contra las paredes. Si uno solo se moviera, pensaba, el efecto dominó nos podría devorar a los tres en una masa asfixiante de literatura.

—¿Quién es este chico que no se ríe de mi muy chistosa historia? —preguntó.

—Ah, sí, Alaska, este es Gordo. El Gordo memoriza las últimas palabras

de la gente famosa. Gordo, ella es Alaska. Le han tocado una teta cual si fuera un claxon durante este verano. —Ella se acercó a mí con la mano extendida; luego la hizo virar rápido hacia abajo en el último momento y me bajó los shorts.

—¡Estos son los shorts más grandes del estado de Alabama!

—Me gusta ir holgado —dije avergonzado, y me los subí. Me parecía genial usar shorts en casa, en Florida.

—Hasta ahora, en el tiempo que llevamos siendo amigos, Gordo, ya he visto tus piernas de pollo demasiadas veces —dijo el Coronel impasible—. Oye, Alaska, véndenos unos cigarrillos.

Entonces, de algún modo, el Coronel me convenció para que pagara cinco dólares por un paquete de Marlboro Light que no tenía intención de fumar. Invitó a Alaska a que se uniera a nosotros, pero ella contestó:

—Tengo que encontrar a Takumi para contarle lo del tocamiento de teta. —Se giró hacia mí y me preguntó—: ¿No lo has visto?

Yo no tenía ni idea de si lo había visto o no, ya que no sabía quién era. Simplemente negué con la cabeza.

—Está bien. Entonces nos vemos en el lago dentro de unos minutos. —El Coronel asintió.

A la orilla del lago, justo antes de la playa arenosa (falsa, me informó el Coronel), nos sentamos en un columpio tipo Adirondack. Hice la broma obligatoria:

—No me agarres la teta. —El Coronel se rió por obligación y luego me preguntó:

—¿Quieres un cigarrillo? —Nunca había fumado, pero donde fueres...

—¿Es seguro aquí?

—En realidad no. —Encendió un cigarrillo y me lo pasó. Inhalé. Tosí.

Jadeé. Me quedé sin aire. Volví a toser. Consideré vomitar. Me agarré al banco que se columpiaba, la cabeza me daba vueltas, y tiré el cigarrillo al suelo y lo pisoteé, convencido de que mi Gran Quizá no incluía cigarrillos.

—¿Fumas mucho? —Se rió. Luego señaló una pequeña mancha blanca al otro lado del lago— ¿Ves eso?

—Sí, ¿qué es? ¿Un pájaro?

—Es el cisne.

—Uau. Una escuela con cisne. Uau.

—Ese cisne es un engendro de Satanás. Nunca te acerques a él a menos distancia de la que estamos ahora.

—¿Por qué?

—Tiene algunos problemas con la gente. Abusaron de él o algo así. Te hará pedazos. El Águila lo puso ahí para evitar que caminemos alrededor del lago mientras fumamos.

—¿El Águila?

—El señor Starnes. Nombre en clave: el Águila. El decano de los alumnos. La mayoría de los profesores viven en la escuela y todos te meterán en problemas. Sin embargo, únicamente el Águila vive en el círculo de dormitorios y lo ve todo. Incluso es capaz de oler un cigarrillo a cinco kilómetros de distancia.

—¿Su casa no es esa de allí? —pregunté señalándola. Podía ver claramente la casa a pesar de la oscuridad, así que, por ende, seguro que él también podía vernos a nosotros.

—Sí, pero en realidad no entra en actitud de guerra hasta que empiezan las clases —respondió Chip con indiferencia.

—Dios mío, si me meto en problemas mis padres me matarán —dije.

—Sospecho que estás exagerando. Pero te advierto ya de que te vas a meter en problemas. El noventa y nueve por ciento de las veces, sin

embargo, no es necesario que tus padres se enteren. La escuela no quiere que tus padres sepan que eres un desastre aquí, no más de lo que tú quieres que tus padres se enteren de que eres un desastre. —Exhaló con fuerza una voluta delgada de humo hacia el lago. Tenía que admitirlo: parecía un tipo guay haciéndolo, más grande en cierto modo—. De todas formas, cuando te metas en problemas, no delates a nadie. Me refiero a que odio a los mocosos pijos de aquí con la misma pasión ferviente con que odio a mi padre y al dentista, pero eso no significa que los delataría. Lo más importante de todo es que nunca, nunca, nunca, nunca delates.

—Está bien —acepté, aunque me preguntaba: «Si alguien me golpea en la cara, ¿tendré que insistir en que he chocado con una puerta?». Me parecía un poco tonto. ¿Cómo lidias con los buscapleitos y los idiotas si no los puedes meter en problemas? De todos modos, no se lo pregunté a Chip.

—Muy bien, Gordo. Hemos llegado al momento de la noche en que debo ir a buscar a mi novia. Así que dame algunos de esos cigarrillos que de todas maneras no vas a fumar y nos vemos más tarde.

Decidí quedarme en el columpio un rato más, en parte porque el calor por fin había remitido y la temperatura era agradable, de veintimuchos grados, aunque algo sofocante, y también porque pensaba que Alaska podía aparecer. Pero en cuanto se fue el Coronel, los bichos pasaron al ataque: de esos diminutos, que casi ni se ven (eso dicen, yo sí los veía), junto con mosquitos, los cuales revoloteaban a mi alrededor en tales cantidades que el ligero ruido de sus alas sonaba cacofónico. Entonces decidí fumar.

Pensé: «El humo alejará a los bichos». Y, hasta cierto punto, lo hizo. Sin embargo, mentiría si dijera que me convertí en fumador para alejar a los insectos. Me convertí en fumador porque 1) estaba solo en un columpio tipo Adirondack, 2) tenía cigarrillos, y 3) pensé que si todos los demás podían

fumar un cigarrillo sin toser, yo también tenía que poder. En pocas palabras: no tenía una razón de peso. Así que, digamos que 4) fueron los bichos.

Logré inhalar tres veces antes de sentir náuseas y mareo, y de sentirme solo semiagradablemente fumado. Me levanté para irme. Al ponerme de pie, escuché una voz detrás de mí:

—¿De verdad memorizas las últimas palabras?

Corrió hacia mí, me puso la mano en el hombro y me empujó para que me sentara de nuevo en el columpio.

—Ajá —exclamé. Y luego añadí—: ¿Quieres comprobarlo?

—John F. Kennedy.

—Eso es obvio.

—Ah, ¿de veras?

—No, esas fueron sus últimas palabras. Alguien le dijo: «Señor presidente, no puede decir que Dallas no lo quiera», y él respondió: «Eso es obvio». Luego lo asesinaron.

Ella rió.

—Dios, es horrible. No debería reírme. —Y luego volvió a reír—. Está bien, Señor Chico Últimas Palabras de los Famosos. Tengo una para ti. —Metió la mano en su mochila llena hasta los topes y sacó un libro—: Gabriel García Márquez, *El general en su laberinto*, decididamente uno de mis favoritos. Es sobre Simón Bolívar. —Yo no sabía quién era Simón Bolívar, pero no me dio tiempo a preguntar—. Es una novela histórica, así que no sé si es cierto lo que dice o no, pero ¿sabes cuáles son sus últimas palabras en el libro? No, no las sabes. Pero estoy a punto de decírtelas, Señor Comentarios de Despedida.

Luego encendió un cigarrillo y lo inhaló con tanta fuerza durante tanto rato que pensé que se consumiría todo a la vez. Exhaló y me leyó:

—«El general —“Simon Bolívar”, apuntó Alaska— no le prestó atención

[...], porque lo estremeció la revelación deslumbrante de que la loca carrera entre sus males y sus sueños llegaba en aquel instante a la meta final. El resto eran las tinieblas. “Carajos”, suspiró. “Cómo voy a salir de este laberinto!”»

Yo sabía cuándo había encontrado unas últimas palabras geniales y anoté mentalmente que debía obtener una biografía del tal Simón Bolívar. Hermosas últimas palabras, pero no las entendía del todo.

—Entonces ¿qué es el laberinto? —le pregunté.

Este es el mejor momento para decir que era hermosa. En la oscuridad, junto a mí, olía a sudor, a luz de sol y a vainilla. En esa noche de luna menguante podía ver poco más que su silueta excepto cuando fumaba, cuando la cereza ardiente del cigarrillo bañaba su rostro en una suave luz roja. Pero, incluso en la oscuridad, podía ver sus ojos como esmeraldas impetuosas. Tenía el tipo de ojos que te predisponen a seguirla en cualquier proyecto. Y no solo era hermosa, sino sexy también, con los pechos marcándosele bajo la apretada camiseta de tirantes, las piernas torneadas que se mecían bajo el columpio, las chanclas que colgaban de los pies con las uñas pintadas de azul eléctrico. Fue justo entonces, entre el momento cuando le pregunté sobre el laberinto y cuando me contestó, cuando me di cuenta de la *importancia* de las curvas, de los mil lugares en donde los cuerpos de las chicas pasan de un lugar a otro: del arco del pie al tobillo y a la pantorrilla, de la pantorrilla a la cadera y a la cintura, al pecho, al cuello, a la nariz de pista de esquí, a la frente, al hombro, al arco de la espalda, al culo, al etcétera. Había observado las curvas antes, claro está, pero nunca había captado su verdadero significado.

Con la boca lo suficientemente cerca de mí para sentir su aliento más cálido que el aire, dijo:

—Ese es el misterio, ¿no? ¿El laberinto es vivir o morir? Pero ¿de cuál

está tratando de escapar? ¿Del mundo o del final del mundo?

Esperé que siguiera hablando, pero al cabo de un rato fue evidente que quería una respuesta.

—Eh, no lo sé —respondí por fin—. ¿De verdad has leído todos esos libros que hay en tu habitación?

—¡Santo cielo!, no. —Se rió—. Quizá haya leído una tercera parte. Pero voy a leerlos todos. Los llamo mi Biblioteca de Vida. Todos los veranos, desde que era niña, he ido a ventas de garaje y he comprado todos los libros que me parecen interesantes. Así que siempre tengo algo para leer, aunque hay tanto por hacer: cigarrillos que fumar, sexo que consumir, columpios en los que columpiarme. Tendré más tiempo para leer cuando sea vieja y aburrida.

Me dijo que le recordaba al Coronel cuando llegó a Culver Creek. Eran compañeros de clase, los dos con becas y, como ella dijo, «con un interés compartido por el alcohol y las trastadas». La expresión «alcohol y trastadas» me hizo temer que me hubiera metido en lo que mi madre llamaba «el grupo equivocado», pero, para ser del grupo equivocado, los dos parecían demasiado inteligentes. Al encender un nuevo cigarrillo con la colilla del anterior, me dijo que el Coronel era listo pero no había vivido mucho cuando llegó al Creek.

—Yo terminé rápido con su problema. —Sonrió—. En noviembre ya le había conseguido su primera novia, una chica muy guapa llamada Janice que no era Guerrera Semanera. Rompió con ella al cabo de un mes porque era demasiado rica para su sangre empapada de pobreza, pero no importaba. Hicimos nuestra primera trastada ese año: cubrimos el salón 4 con una delgada capa de canicas. Hemos progresado desde entonces, claro está. — Se rió.

Así fue como Chip se convirtió en el Coronel, el planificador casi militar

de sus trastadas, y Alaska fue siempre Alaska, la enorme fuerza creativa que estaba detrás de los dos.

—Tú eres listo como él —aseguró—. Sin embargo, más callado. Y más guapo, pero hazte cuenta de que no he dicho nada porque quiero a mi novio.

—¿Sí?, tú tampoco estás mal —le respondí abrumado por su cumplido—, pero hazte cuenta de que no he dicho nada porque quiero a mi novia. ¡Ah, no tengo novia!

—¿Sí?, no te preocupes, Gordo —me confortó entre risas—. Si hay algo que puedo conseguirte es una novia. Hagamos un trato: tú averiguas qué es el laberinto y cómo salir de él y yo te consigo un polvo.

—Trato hecho. —Nos dimos la mano.

Más tarde caminé hacia el círculo de dormitorios junto a Alaska. Las cigarras cantaban su canción de una nota, al igual que lo habían hecho en casa, en Florida. Ella se volvió hacia mí a medida que avanzábamos en la oscuridad y dijo:

—Cuando caminas de noche, ¿alguna vez te ha ocurrido que tienes miedo y, a pesar de que es tonto y vergonzoso, quieres echar a correr hasta tu casa?

Parecía demasiado secreto y personal admitir eso frente a una persona casi desconocida, pero le contesté:

—Sí, sin duda.

Durante un momento guardó silencio. Luego me cogió la mano, susurró: «Corre, corre, corre, corre, corre», y emprendió la huida, tirando de mí.

CIENTO VEINTISIETE DÍAS ANTES

Temprano, al día siguiente por la tarde, me caían gotas de sudor de los párpados mientras pegaba un póster de Van Gogh en la parte posterior de la puerta. El Coronel, desde el sofá, supervisaba si el póster estaba derecho y contestaba mis interminables preguntas sobre Alaska:

—¿Cuál es su historia?

—Es del pueblo de Vine Station. Podrías pasar por delante en coche sin darte cuenta de que existe y, según sé, es lo que debes hacer. Su novio está en Vanderbilt, becado. Toca el bajo en una banda. No sé mucho sobre su familia.

—¿Y de verdad le gusta?

—Supongo. No le ha sido infiel, lo que ya es mucho.

Y así sucesivamente. En toda la mañana no me había importado otra cosa, ni el póster de Van Gogh, ni los videojuegos, ni siquiera mi horario de clases que el Águila había traído esa mañana. También este se presentó:

—Bienvenido a Culver Creek, señor Halter. Aquí se le dará mucha libertad. Pero si abusa de ella, se arrepentirá. Parece usted un joven amable. Detestaría tener que despedirme de usted.

Luego me miró de una manera seria o seriamente maliciosa.

—Alaska la llama la «mirada de la perdición» —me comentó el Coronel después de que el Águila se hubiera ido—. La próxima vez que la veas

significará que estás en problemas. Está bien, Gordo —continuó el Coronel al alejarme del póster—. No está del todo recto, pero casi. Basta de hablar de Alaska. Según mis cálculos, hay noventa y dos chicas en esta escuela y todas ellas, hasta la última, menos locas que Alaska, quien, por otra parte, ya tiene novio. Me voy a comer. Hoy hay bufritos. —Y salió dejando la puerta abierta.

Me sentía como un idiota caprichoso cuando me levanté a cerrar la puerta. El Coronel se dio la vuelta:

—¡Por Dios! ¿Vienes o qué?

Se pueden decir muchas cosas malas sobre Alabama, pero no que sus habitantes teman a las freidoras. En mi primera semana en el Creek, la cafetería sirvió pollo frito, filete de pollo frito y angú frito, lo que marcó mi primera incursión en el delicioso bocado de esa verdura frita. Incluso esperaba que frieran las lechugas. Pero nada se equiparaba al bufrito, un plato creado por Maureen, la increíble y (comprensiblemente) obesa cocinera de Culver Creek. El bufrito, un burrito de frijoles refritos, demuestra que sin duda freír un alimento siempre lo mejora. Esa tarde en la cafetería, sentado a una mesa circular con el Coronel y cinco chicos que no conocía, hincé el diente en la tortilla crujiente de mi primer bufrito y experimenté un orgasmo culinario. Mi madre cocinaba bien, pero de inmediato quise llevarme a Maureen a casa para el día de Acción de Gracias.

El Coronel me presentó (como «Gordo») a los chicos de la mesa tambaleante de madera; pero el único nombre que registré fue el de Takumi, al que había mencionado ayer Alaska. Era un chico japonés, delgado, apenas unos centímetros más alto que el Coronel. Takumi hablaba con la boca llena a medida que yo masticaba con lentitud, saboreando la crujiente enfrijolada.

—¡Dios mío! —dijo Takumi dirigiéndose a mí—, no hay nada como ver a un hombre comerse su primer bufrito.

Yo no dije mucho, en parte porque nadie me hizo preguntas y en parte porque quería comer tanto como pudiera. Pero Takumi no sentía tal modestia: él podía, y lo hacía, comer, masticar y tragar mientras hablaba.

La conversación de la comida se centró en la chica que debía haber sido la compañera de cuarto de Alaska, Marya, y su novio, Paul, que había sido un Guerrero Semanero. Los habían expulsado en la última semana de clases del año escolar anterior, según me enteré, debido a lo que el Coronel llamaba una «trifecta»; es decir, los pescaron cometiendo al mismo tiempo tres faltas que merecían la expulsión de Culver Creek: estaban acostados en la cama juntos, desnudos («contacto genital» era la falta #1), borrachos (#2) y fumando un porro (#3) cuando el Águila entró y los pilló.

Los rumores decían que alguien los había delatado y Takumi tenía la intención de averiguar quién, o la intención al menos de proclamarlo con la boca llena de bufrito.

—Paul era un imbécil —aseguró el Coronel—. Yo no los hubiera delatado, pero cualquiera que se junta con un Guerrero Semanero que conduce un Jaguar como Paul se merece lo que le pase.

—Tío —respondió Takumi—, *u noia* —tragó un mordisco de comida— es una Guerrera Semanera.

—Cierto. —El Coronel rió—. Aunque eso me mortifique, es un hecho incontestable. Pero no es tan imbécil como Paul.

—No tanto —se burló Takumi. El Coronel rió de nuevo y yo me pregunté por qué no defendía a su novia. A mí no me habría importado si mi novia era una Cíclope con barba que conducía un Jaguar; habría agradecido tener a alguien con quien acostarme.

Esa noche, cuando el Coronel pasó por la habitación 43 para recoger los cigarrillos (parecía haber olvidado que eran, técnicamente, míos), no me importó en realidad que no me hubiera invitado a ir con él. En la escuela pública había conocido a muchas personas que tenían por costumbre detestar a un tipo de persona u otro; por ejemplo, los frikis odiaban a los pijos, etcétera, y esto siempre me había parecido una gran pérdida de tiempo. El Coronel no me dijo dónde había pasado la tarde ni adónde iba ahora; solo se limitó a cerrar la puerta al salir, de modo que supuse que yo no estaba invitado.

Estuvo bien así, porque pasé la noche navegando por la red (nada porno, lo juro) y leyendo *Los días finales*, un libro sobre Richard Nixon y el caso Watergate. Para cenar, metí en el microondas un bufrito refrigerado que el Coronel había sacado a escondidas de la cafetería. Me recordó las noches en Florida, salvo que la comida era mejor y no había aire acondicionado. Estar tumbado en la cama y leer me parecía agradablemente familiar.

Decidí seguir lo que de seguro habría sido el consejo de mi madre: dormir bien la noche anterior a mi primer día de clases. Francés II empezaba a las 8.10 y, calculando que no tardaría más de ocho minutos en vestirme y dirigirme a las aulas, puse la alarma a las 8.02. Me duché y luego me quedé en la cama, a la espera de que el sueño me salvara del calor. Alrededor de las once de la noche me di cuenta de que el minúsculo ventilador fijado con un clip en mi litera podía marcar la diferencia si me quitaba la camiseta, y al final me quedé dormido encima de las sábanas tan solo en bóxers.

Fue una decisión de la que me arrepentí horas después, cuando me desperté al notar dos manos sudorosas y carnosas que me sacudían con fuerza. Desperté al instante por completo. Me senté erguido en la cama, aterrado, sin poder entender la irrupción de voces. No entendía por qué

había voces, y menos a esas horas tan intempestivas. Al final, la cabeza se me aclaró lo suficiente para oír:

—¡Venga, chaval! No nos hagas patearte el culo, levántate.

Luego, desde la litera de arriba, escuché:

—¡Por Dios, Gordo!, levántate.

Así que me levanté y pude ver tres figuras negras. Dos de ellas me agarraron, con una mano cada una, de los antebrazos y me hicieron caminar fuera de la habitación. Al salir, el Coronel murmuró:

—¡Que te diviertas! No te pases mucho con él, Kevin.

Me condujeron, casi al trote, detrás del edificio de dormitorios y luego por el campo de fútbol. El suelo tenía hierbas, pero también piedrecitas, y yo me preguntaba por qué nadie se había tomado la menor molestia de decirme que me pusiera zapatos y por qué estaba allí fuera, en ropa interior, con mis piernas de pollo expuestas al mundo. Mil humillaciones me cruzaron por la cabeza. «Ahí está el nuevo alumno de noveno, Miles Halter, amarrado a la portería de fútbol solo en bóxers.» Imaginé que me llevarían al bosque, hacia donde en apariencia nos dirigíamos ahora, y que me golpearían hasta hacerme picadillo para que tuviera unas pintas fantásticas el primer día de clase. Durante todo ese tiempo, tan solo me miraba los pies porque no quería verlos a ellos ni quería caerme, así que miraba por dónde iba, tratando de evitar las piedras más grandes. Sentí ese impulso de luchar o huir que había sentido alguna que otra vez, pero ni la lucha ni la huida me habían funcionado nunca. Me llevaron a la falsa playa por un camino tortuoso y entonces supe lo que iba a suceder: una zambullida en el lago, de las que se acostumbran a dar en estos casos. Me calmé. Podía controlar la situación.

Cuando llegamos a la playa, me dijeron que pusiera los brazos a los lados y el tipo más musculoso cogió de la arena dos rollos de cinta de embalaje.

Con los brazos pegados a los lados como un soldado en posición de firmes, me vendaron de los hombros a las muñecas. Luego me tiraron al suelo; la arena de la falsa playa amortiguó la caída, pero de todas maneras me golpeé la cabeza. Dos de ellos me juntaron las piernas, mientras el otro, Kevin, supongo, pegó tanto su cara de facciones angulosas a la mía que las púas empapadas de gomina que sobresalían de su frente me pinchaban la cara. Me dijo:

—Esto es por el Coronel. No debes juntarte con ese imbécil.

Me vendaron las piernas, de los tobillos a los muslos. Parecía una momia plateada.

—Por favor, chicos, no lo hagáis —supliqué antes de que me taparan la boca, me levantaran y me lanzaran al agua.

Me hundí y, en vez de sentir pánico o cualquier otra cosa, me di cuenta de que «Por favor, chicos, no lo hagáis» eran unas últimas palabras terribles. Pero luego, el gran milagro de la especie humana: apareció mi flotabilidad y, al sentirme flotar hacia la superficie, me torcí y retorcí lo mejor que pude de manera que el aire cálido de la noche me dejara respirar. No estaba muerto ni iba a morir.

Pensé: «Bueno, no ha estado tan mal».

Pero todavía debía resolver el pequeño detalle de llegar a la playa antes de que saliera el sol. Primero, necesitaba determinar mi posición frente a la playa. Si inclinaba demasiado la cabeza, sentía que todo mi cuerpo empezaba a rodar, y en la larga lista de maneras desagradables de morir, fallecer «boca abajo en bóxers blancos y empapados» era una de las primeras. Así que, en vez de eso, miré arriba y estiré el cuello hacia atrás, con los ojos casi bajo el agua, hasta que vi que la orilla estaba directamente detrás de mi cabeza, a unos tres metros. Comencé a nadar, como una sirena plateada sin brazos, utilizando solo las caderas para generar movimiento

hasta que por fin mis nalgas golpearon el fondo lodoso del lago. Me di la vuelta y con la ayuda de las caderas y la cintura rodé tres veces hasta llegar a la orilla, cerca de una toalla verde deshilachada. Me habían dejado una toalla. ¡Qué considerados!

El agua se había metido bajo la cinta de embalaje y aflojado la fuerza del adhesivo sobre mi piel; pero como la cinta me envolvía en tres capas en varios lugares, fue necesario que me retorciera como un pez fuera del agua. Por fin, la cinta se soltó lo suficiente para que deslizara la mano izquierda fuera y la rasgara hasta quitármela.

Me envolví en la toalla arenosa. No quería regresar a mi habitación y ver a Chip, porque no tenía ni idea de a qué se refería Kevin. Quizá si regresaba a la habitación, me estarían esperando y me lo volverían a hacer, pero esta vez peor. Quizá necesitaba demostrarles: «Está bien, he captado vuestro mensaje. Es solo mi compañero de habitación, no mi amigo». De cualquier modo, no sentía tanta simpatía hacia el Coronel. «¡Que te diviertas!», me había dicho. «Sí, claro —pensé—, ha sido divertidísimo.»

Así que me fui a la habitación de Alaska. No sabía qué hora era, pero vi una luz tenue bajo su puerta. Toqué flojo.

—Ajá —dijo, y entré mojado, arenoso y cubierto con apenas una toalla y unos bóxers empapados. Por supuesto, esa no era la manera como uno querría que la chica más sexy le viera; pero supuse que ella podría explicarme lo que acababa de suceder.

Bajó el libro que estaba leyendo y salió de la cama con una sábana envuelta en los hombros. Por un momento, la vi preocupada. Parecía la chica que había conocido el día anterior, la chica que dije que era guapa y burbujeaba con energía, simplicidad e inteligencia. Luego se rió.

—Apuesto a que has ido a nadar, ¿verdad? —Lo dijo con tanta malicia casual que sentí que todos lo sabían y me pregunté por qué toda la maldita

escuela se había puesto de acuerdo para ahogar a Miles Halter. Pero Alaska se llevaba bien con el Coronel y, en la confusión del momento, la miré inexpresivamente, sin saber siquiera qué preguntar.

—Déjame en paz —me espetó—. ¿Sabes qué? Hay personas con verdaderos problemas. Yo tengo verdaderos problemas. ¿Tu mamá no está aquí?, ten huevos, grandullón.

Salí sin decirle una palabra y me fui a mi habitación. Di un portazo, desperté al Coronel y me dirigí al baño con pasos ruidosos. Me metí en la ducha para quitarme las algas del lago, pero el ridículo grifo se negó a funcionar. ¿Cómo les podía caer mal a Alaska, a Kevin y a los demás chicos si apenas acababa de empezar el año? Cuando terminé de ducharme, me sequé y entré en la habitación a buscar ropa.

—Oye, ¿qué has hecho durante tanto rato? ¿Te has perdido por el camino?

—Me han dicho que es por ti. —En mi voz se notaba un poco mi enfado—. Me han dicho que no debía ser tu amigo.

—¿Qué? No, por ahí hemos pasado todos. Un servidor también. Te lanzan al lago, nadas a la orilla, caminas a casa.

—No podía nadar a la orilla —dije suavemente mientras me ponía unos vaqueros cortos debajo de la toalla—. Me han envuelto con cinta de embalaje. En realidad, ni siquiera podía moverme.

—Alto, alto. —Me detuvo y saltó de su litera, mirándome en la oscuridad—. ¿Te han envuelto con cinta? ¿Cómo?

Y le hice una demostración: me coloqué como una momia, con los pies juntos y las manos a los costados, y le enseñé cómo me habían envuelto. Luego me dejé caer en el sofá.

—¡Santo Dios! ¡Podías haberte ahogado! ¡Se supone que solo te tiran al

agua en ropa interior y corren! ¿En qué diablos estaban pensando? ¿Quién ha sido? ¿Kevin Richman y quién más? ¿Recuerdas sus caras?

—Sí, creo que sí.

—¿Por qué demonios harían eso? —se preguntó.

—¿Tú les has hecho algo?

—No, pero no me faltan ganas. Los vamos a pillar.

—No es para tanto. He salido bien librado.

—Podías haber muerto. —Suponía que sí, pero estaba vivo.

—Bueno, mañana puedo ir con el Águila y explicarle lo sucedido —sugerí.

—Definitivamente, no —contestó. Caminó hacia sus pantalones arrugados tirados en el suelo y sacó un paquete de tabaco. Encendió dos y me dio uno. Me fumé el maldito cigarrillo entero—. No lo vas a hacer, porque aquí no resolvemos las cosas así. Además, no querrás labrarte una reputación de soplón, ¿verdad? Esos capullos nos las pagarán, Gordo, te lo prometo. Se van a arrepentir de haberse metido con uno de mis amigos.

Y si el Coronel pensaba que con llamarme su amigo lograría que estuviera de su lado, estaba en lo cierto.

—Alaska se ha portado mal conmigo esta noche —comenté. Me incliné, abrí un cajón vacío del escritorio y lo usé como cenicero improvisado.

—Ya te dije que tiene cambios de humor.

Me acosté con camiseta, shorts y calcetines. Sin importarme cuán insoportable fuera el calor, decidí dormir con ropa puesta todas las noches en el Creek, sintiendo, quizá por primera vez en mi vida, el temor y la emoción de vivir en un lugar donde nunca sabes qué va a suceder o cuándo.

CIENTO VEINTISÉIS DÍAS ANTES

—¡Bueno, si querían guerra, lo han conseguido! —gritó el Coronel a la mañana siguiente. Me di la vuelta y miré el reloj: las 7.52. Mi primera clase en Culver Creek, francés, empezaba al cabo de dieciocho minutos. Parpadeé un par de veces y miré al Coronel, que estaba de pie entre el sofá y la MESA PARA CAFÉ, sosteniendo sus zapatillas desgastadas, otrora blancas, por los cordones. Durante mucho rato nos miramos. Luego, casi en cámara lenta, una sonrisa se extendió por la cara del Coronel.

—Tengo que admitirlo —reconoció al fin—. Fue muy astuto de su parte.

—¿Qué?

—Anoche, antes de despertarte, supongo que se mearon en mis zapatillas.

—¿Estás seguro? —pregunté tratando de no reírme.

—¿Quieres olerlas? —Me acercó las zapatillas—. Las he olido y estoy seguro. Si hay una cosa que reconozco es cuando acabo de pisar el pipí de otro hombre. Es como lo que dice siempre mi madre: «Crees que caminas sobre agua, pero resulta que tienes pipí en los zapatos». Dime quiénes son esos chicos si los ves hoy, porque tenemos que averiguar por qué están tan cabreados conmigo como para mearse en mis zapatillas. Y luego empezaremos a pensar cómo vamos a arruinarles sus miserables vidas.

Cuando recibí el Manual de Culver Creek durante el verano y vi con alegría que la sección del «Código de vestimenta» incluía solo dos palabras, «discreta e informal», jamás se me ocurrió que las chicas llegarían a clase medio dormidas en pijama corto de algodón, camiseta y chanclas. Discretas, supongo, e informales.

Eso de que las chicas fueran en pijama (aunque de forma discreta) podría haber hecho soportable hacer francés a las 8.10 de la mañana, si yo hubiera tenido alguna idea de lo que estaba hablando madame O'Malley:

«*Comment dis-tu* “¡Dios mío! No sé suficiente francés para pasar francés II” *en français*? Mi clase de francés I en Florida no me preparó para madame O’Malley, quien se saltó preguntas del tipo «¿Cómo te han ido las vacaciones de verano?» para zambullirse de lleno en algo llamado *passé composé*, que, por lo visto, es un tiempo verbal. Alaska se sentaba frente a mí en el círculo de escritorios, pero no me miró ni una sola vez durante la clase, pese a que yo no podía ver otra cosa que no fuera ella. Quizá era mala, pero la manera en que habló la primera noche sobre salir del laberinto fue tan inteligente. Y la forma en que su boca se ondulaba hacia arriba del lado derecho todo el tiempo, como si se estuviera preparando para sonreír maliciosa, como si hubiera dominado la mitad derecha de la sonrisa inimitable de la Mona Lisa...

Desde mi habitación, la población estudiantil parecía manejable, pero en el área de las clases, la cual constaba de un único edificio largo ubicado justo después del círculo de dormitorios, me superaba. El edificio estaba dividido en catorce aulas que daban al lago. Los chicos atestaban las estrechas aceras frente a estas, y pese a que no me resultó difícil encontrar las mías (incluso con mi pésimo sentido de la orientación pude llegar desde francés en el aula 3 a precálculo en el aula 12), me sentí inseguro todo el día. No conocía a nadie, ni siquiera podía dilucidar a quién tendría que estar conociendo y las clases fueron duras, incluso el primer día. Papá me había dicho que ahora tendría que estudiar y al final le creí. Los profesores eran serios, listos y a muchos de ellos había que dirigirse como «doctor», así que cuando llegó mi última clase antes de la comida, religiones del mundo, sentí un gran alivio. Se trataba de un vestigio de cuando Culver Creek era una escuela para chicos cristianos. Supuse que en la clase de religiones del mundo,

obligatoria para todos los alumnos de decimoprimer y duodécimo cursos, podría obtener una calificación fácil de 10.

Fue mi única clase del día donde los escritorios no estaban dispuestos en cuadrado o círculo, así que, para no parecer ansioso, me senté en la tercera fila a las 11.03. Llegaba siete minutos temprano, en parte porque me gustaba ser puntual y en parte porque no tenía a nadie con quien hablar fuera del aula. Poco después entraron el Coronel y Takumi y se sentaron a mi izquierda y derecha.

—Me he enterado de lo que pasó anoche —dijo Takumi—. Alaska está furiosa.

—¡Qué raro!, porque anoche se portó como una zorra —solté sin querer. Takumi se limitó a sacudir la cabeza.

—Sí, bueno, pero no sabía toda la historia. Y la gente pasa por distintos estados de ánimo, hombre. Tienes que acostumbrarte a vivir con gente. Podrías tener peores amigos que...

—Basta de psicorrollos, MC Dr. Phill —lo detuvo el Coronel—. Hablemos de la contrainsurgencia.

La gente empezaba a llegar a clase, por lo que el Coronel se inclinó hacia mí y susurró:

—Si cualquiera de ellos está en esta clase, avísame, ¿entendido? Ten, ponme una X que indique dónde están sentados. —Arrancó una hoja de su cuaderno y trazó un cuadro para cada escritorio.

Conforme iba llegando la gente, vi a uno de ellos, el alto de pelo pincho, Kevin. Al pasar, Kevin trató de mirar fijamente al Coronel, pero olvidó ver por dónde iba y se golpeó el muslo contra el escritorio. El Coronel rió. Otro de los chicos, el que estaba un poco gordo o hacía demasiado ejercicio, entró detrás de Kevin con pantalones plisados color caqui y un polo negro de manga corta. Al sentarse, crucé los cuadros pertinentes en el diagrama

del Coronel y se lo entregué. Justo entonces entró el Anciano arrastrando los pies.

Respiraba con lentitud y gran dificultad por la boca abierta. Dio pequeños pasos hacia el estrado, sin que los talones se adelantaran mucho a los dedos de los pies. El Coronel me dio un codazo y señaló su cuaderno, donde había escrito: «El Anciano sólo tiene un pulmón», y no lo puse en duda. Sus respiraciones audibles, casi desesperadas, me recordaron cuando mi abuelo se estaba muriendo de cáncer de pulmón. Con el pecho grande y redondo, viejísimo, me pareció que el Anciano podía morir antes de llegar al estrado.

—Yo soy —se presentó— el doctor Hyde. Tengo un nombre de pila, por supuesto. En lo que a ustedes concierne es «doctor». Sus padres pagan mucho dinero para que ustedes puedan asistir a esta escuela, y yo espero que les ofrezcan algo a cambio de su inversión al leer lo que les pido que lean, al hacer lo que les pido que hagan y al asistir a clase. Cuando estén aquí, escucharán lo que yo diga. —Estaba claro que obtener una buena calificación no iba a ser fácil.

—Este año estudiaremos tres tradiciones religiosas: el islam, el cristianismo y el budismo. El año que viene nos centraremos en más tradiciones. En mis clases yo hablaré la mayor parte del tiempo y ustedes escucharán la mayor parte del tiempo. Porque puede ser que sean listos, pero yo lo he sido durante más tiempo. Estoy seguro de que a algunos de ustedes no les gustarán las clases tipo conferencia, pero, como habrán notado, no soy tan joven como solía serlo. Me encantaría utilizar lo que me queda de aliento hablando con ustedes acerca de lo más importante de la historia islámica, pero nuestro tiempo juntos es breve. Yo debo hablar y ustedes escuchar, porque estamos participando aquí en la búsqueda más importante de la historia: la búsqueda del sentido. ¿Cuál es la naturaleza de

ser una persona? ¿Cuál es la mejor manera de ser una persona? ¿Cómo llegamos a ser y qué será de nosotros cuando ya no seamos? En pocas palabras: ¿cuáles son las reglas del juego y cuál es la mejor manera de jugarlo?

«La naturaleza del laberinto —garabateé en mi cuaderno de espiral— y la manera de salir de él.» Ese profesor era fantástico. Yo detestaba las clases de debates. Detestaba hablar, detestaba oír cómo todos los demás se atropellaban con sus palabras e intentaban formular las cosas de la manera más vaga posible para no parecer tontos, y detestaba que todo fuera un juego en el que uno intentaba dilucidar lo que el profesor quería escuchar y luego lo decía. «Estoy en clase, así que enséñenme.» Y me enseñó. En esos cincuenta minutos, el Anciano me hizo tomar en serio la religión. Yo nunca había sido religioso, pero él nos dijo que la religión es importante, creyéramos o no en alguna; de la misma manera que los acontecimientos históricos son importantes, los hayamos vivido o no. Luego nos puso cincuenta páginas de lectura para el día siguiente de un libro llamado *Estudios religiosos*.

Esa tarde tuve dos clases y dos horas libres. Asistíamos a nueve clases de cincuenta minutos diarios, lo que significaba que casi todos los alumnos cumplían con tres «horas de estudio» (menos el Coronel, que recibía una clase extra de matemáticas independiente debido a que era un genio superdotado). El Coronel y yo tuvimos biología juntos, y pude señalarle al otro tipo que me había envuelto con cinta de embalaje la noche anterior. En una de las esquinas superiores de su cuaderno, el Coronel escribió: «Longwell Chase, Guerrero Semanero en jefe. Amigo de Sara. ¡Qué raro!». Tardé un minuto en recordar quién era Sara: la novia del Coronel.

Pasé los ratos libres en mi habitación, intentando leer sobre religión. Entonces aprendí que «mito» no significa mentira; significa una historia

tradicional que te dice algo acerca de las personas, su visión del mundo y lo que consideran sagrado. Interesante. También aprendí que, después de los acontecimientos de la noche anterior, estaba demasiado cansado para que me importaran los mitos o cualquier otra cosa, así que dormí encima de las sábanas la mayor parte de la tarde hasta que me despertó la voz de Alaska que cantaba: «¡DESPIERTA, GORDO, DESPIERTA!» directamente en el oído izquierdo. Apreté fuerte el libro de religión contra el pecho como si fuera una protección de tapa blanda para evitar la ansiedad.

—Eso ha sido terrible —protesté—. ¿Qué tengo que hacer para asegurarme de que no se vuelva a repetir?

—¡No puedes hacer nada! —exclamó emocionada—. Soy impredecible. Dios, ¿no detestas al doctor Hyde? ¿No? Es tan condescendiente.

Me incorporé y la contradije:

—Creo que es un genio. —En parte porque era cierto y en parte porque tenía ganas de estar en desacuerdo con ella.

—¿Siempre duermes vestido? —Se sentó sobre la cama.

—Ajá.

—¿Qué raro! Anoche no llevabas mucha ropa puesta.

La fulminé con la mirada.

—Venga, Gordo. Estoy bromeando. Aquí tienes que ser duro. No sabía lo mal que lo habías pasado; lo siento, se van a arrepentir, pero tienes que ser duro.

Luego se fue. Eso fue todo lo que dijo sobre el tema. Pensé: «Es guapa, pero no necesitas una chica que te trate como si tuvieras diez años. Ya tienes una madre».

CIENTO VEINTIDÓS DÍAS ANTES

Al terminar mi última clase de la primera semana en Culver Creek, entré en la habitación 43 y vi un espectáculo inverosímil: el Coronel, diminuto y sin camisa, estaba encorvado sobre una tabla de planchar, al ataque de una camisa rosa de botones. De su frente y su pecho caían gotas de sudor mientras planchaba con gran entusiasmo, empujando la plancha con el brazo derecho por la camisa; lo hacía con tanto vigor que su respiración casi duplicaba la del doctor Hyde.

—Tengo una cita —explicó—. Es una emergencia. —Hizo una pausa para recuperarse—. ¿Sabes —preguntó jadeando— planchar?

Me acerqué a la camisa rosa. Estaba arrugada como una anciana que hubiera pasado su juventud bajo el sol. Si el Coronel no arrugara cada una de sus prendas de vestir ni las metiera de cualquier modo en cualquier cajón de la cómoda que se le ocurriera, ahora no tendría este problema.

—Creo que solo te has limitado a encender la plancha y oprimirla contra la camisa, ¿no? —deduje—. No sé. Ni siquiera sabía que tuviéramos plancha.

—No es nuestra. Es de Takumi. Pero Takumi tampoco sabe planchar. Y cuando le pregunté a Alaska, empezó a gritar: «¡No vas a imponer el paradigma patriarcal sobre mí!». ¡Oh, Dios!, necesito fumar. Necesito fumar, pero no puedo apestar a tabaco cuando vea a los padres de Sara. Bueno, qué más da. Vamos a fumar al baño con la ducha abierta. La ducha despidе vapor. El vapor deshace las arrugas, ¿verdad? Por cierto —continuó mientras lo seguía al baño—, si quieres fumar dentro durante el día, solo abre el grifo de la ducha. El humo sigue al vapor hacia las rejillas de ventilación.

Aun cuando esto carecía de rigor científico, parecía funcionar. La falta de presión del agua de la ducha y el grifo bajo impedían actuar de ducha, pero funcionaba de maravilla como pantalla de humo.

Por desgracia, no funcionó como plancha. El Coronel intentó planchar la camisa de nuevo («Solo voy a empujar la plancha con brío a ver si eso ayuda»), pero al final se la puso arrugada. Combinó la camisa con una corbata azul decorada con pequeños flamencos de color rosa.

—Lo único bueno que mi padre me ha enseñado —dijo el Coronel mientras sus manos hacían un nudo perfecto en la corbata— ha sido cómo anudar una corbata. Lo cual es raro, porque no puedo imaginarme cuándo ha necesitado ponerse una.

Entonces, Sara llamó a la puerta. La había visto una o dos veces, pero el Coronel nunca me la había presentado y tampoco lo hizo esa noche.

—¡Oh, Dios! ¿Ni siquiera has podido plancharte la camisa? —preguntó, pese a que el Coronel estaba de pie frente a la tabla de planchar—. Vamos a salir con mis *padres*.

Sara estaba muy, muy guapa con su vestido azul de verano. Se había recogido su larga melena, rubia pálido, en un moño alto del que caía un mechón de pelo a cada lado de la cara. Parecía una estrella de cine, una zorra.

—Mira, lo he hecho lo mejor que he podido. No todos tenemos sirvientas que nos planchen.

—Chip, ese peso en tus hombros hace que se te vea aún más bajo.

—¡Por Dios! ¿Acaso no podemos salir por la puerta sin que nos peleemos?

—Solo te lo digo. Se trata de la ópera. A mis padres les importa mucho. Sea como sea, vámonos. —Yo quería salir, me parecía estúpido esconderme en el baño, y Sara estaba parada en la puerta; tenía una mano en la cintura y con la otra jugaba con las llaves del coche, como diciendo «Vámonos ya».

—¡Aunque me pusiera un esmoquin tus padres seguirían odiándome! —gritó.

—¡No es culpa mía! ¡Tú los provocas! —Sara le enseñó las llaves del coche—. Mira, o nos vamos ahora o no vamos.

—¡A la mierda! Yo no voy a ninguna parte contigo —espetó el Coronel.

—Vale. Que lo pases muy bien esta noche. —Sara dio un portazo tan fuerte que la voluminosa biografía de Lev Tolstói (sus últimas palabras: «La verdad es que... me importa mucho... lo que ellos...») se cayó de la estantería impactando contra el suelo de linóleo con gran estrépito, como el eco de la puerta al cerrarse violentamente.

—¡AAAAAAH! —gritó.

—Así que esa es Sara —dije.

—Sí.

—Parece buena tía.

El Coronel se rió, se arrodilló junto a la minivevera y sacó una botella de leche. La abrió, tomó un trago, hizo una mueca, tosió un poco y se sentó en el sofá, con la botella entre las piernas.

—¿Está agria?

—Ah, me olvidé de decírtelo antes. No es leche. Son cinco partes de leche y una parte de vodka. Yo lo llamo «ambrosía»: la bebida de los dioses. Apenas se puede detectar el olor a vodka en la leche, así que el Águila no me puede atrapar a menos que beba un sorbo. El inconveniente es que sabe a leche agria y a alcohol etílico; pero es viernes por la noche, Gordo, y mi novia es una zorra. ¿Quieres un poco?

—Creo que paso. —Aparte de unos cuantos sorbos de champán en Año Nuevo bajo la atenta mirada de mis padres, nunca había bebido alcohol y la «ambrosía» no me parecía que fuera la bebida más indicada para iniciarme. Fuera, oí sonar el teléfono de monedas. Aun cuando ciento noventa alumnos compartían cinco teléfonos de monedas, me maravillaba lo poco que sonaban. Se suponía que no debíamos tener teléfonos móviles, pero

había observado que algunos Guerreros Semaneros los llevaban a escondidas. Y la mayoría de los no Guerreros llamaban a sus padres con regularidad, como yo, así que los padres solo llamaban cuando a sus hijos se les olvidaba.

—¿Vas a contestar? —me preguntó el Coronel. No me gustaba que él me mandara, pero no tenía ganas de discutir.

Así que al anochecer, rodeado de insectos, caminé hasta el teléfono de monedas que estaba instalado en la pared entre las habitaciones 44 y 45. A ambos lados del teléfono había decenas de números y notas casi esotéricas escritas con bolígrafo y fluorescente («20-55-55-15-84; Tommy al aeropuerto, 4.20; 77-57-65-21; ¿JG-Kuffs?»).

Llamar al teléfono de monedas requería armarse de una gran paciencia. Lo descolgué después de que sonara unas nueve veces.

—¿Puedes llamar a Chip? —preguntó Sara. Sonaba como si estuviera llamando desde un teléfono móvil.

—Sí, espera un momento.

Me di la vuelta y vi que el Coronel estaba detrás de mí, como si hubiera sabido que sería ella. Le di el auricular y regresé a la habitación.

Un minuto después, tres palabras resonaron hasta la habitación a través del aire inmóvil, denso, de un anochecer en Alabama.

—¡Jódete tú también! —gritó el Coronel.

De regreso en la habitación, se sentó con su «ambrosía» y me dijo:

—Dice Sara que fui yo quien acusó a Paul y a Marya. Los Guerreros van diciendo por ahí que fui yo el soplón. Yo. Por eso se mearon en mis zapatillas. Por eso casi te matan. Porque tú vives conmigo y dicen que yo los delaté.

Intenté recordar quiénes eran Paul y Marya. Los nombres me resultaban familiares, pero había oído muchos nombres en la última semana y a «Paul»

y a «Marya» no los ubicaba. Luego recordé por qué: nunca los había visto. Los expulsaron el año anterior por cometer una «trifecta».

—¿Cuánto tiempo llevas saliendo con ella? —pregunté.

—Nueve meses. Nunca nos hemos llevado bien. Ni siquiera al principio me gustó. Mira mis padres: mi padre se enojaba y golpeaba a mi madre a lo bestia. Luego mi padre se portaba como un corderito y tenían una especie de segunda luna de miel. Pero con Sara nunca hay luna de miel. ¡Por Dios! ¿Cómo ha podido pensar que yo era el soplón? Ya sé, ya sé. ¿Por qué no cortamos? —Se pasó una mano por el cabello y lo agarró con el puño en la nuca—. Creo que sigo con ella porque ella sigue conmigo. Y eso no es fácil de hacer. Soy un mal novio. Ella es una mala novia. En realidad nos merecemos el uno al otro.

—Pero...

—No puedo creer que piensen eso de mí —dijo mientras caminaba hasta el estante de libros y bajaba el almanaque. Dio un trago largo de «ambrosía»—. Malditos Guerreros Semaneros. Probablemente fue uno de ellos el que delató a Paul y a Marya, y luego me culpó para cubrirse las espaldas. De todos modos, es una buena noche para quedarse en casa. Quedarse con el Gordo y la «ambrosía».

—Yo todavía... —Quise decir que no entendía cómo se podía besar a alguien que creía que eras un soplón, si ser soplón era lo peor que hay en el mundo; pero el Coronel no me dejó seguir.

—No quiero hablar más del tema. ¿Sabes cuál es la capital de Sierra Leona?

—No.

—Yo tampoco, pero tengo la intención de averiguarlo. —Metió la nariz en el almanaque dando por zanjada la conversación.

CIENTO DIEZ DÍAS ANTES

Seguir el ritmo de las clases resultó más fácil de lo que esperaba. Mi inclinación general a pasar mucho tiempo leyendo me dio una clara ventaja sobre el estudiante promedio de Culver Creek. En la tercera semana de clases, a muchos chicos se les había bronceado la piel de un color café dorado tipo bufrito gracias al tiempo que pasaban hablando fuera, en el círculo sin sombras de los dormitorios, durante sus ratos libres. Pero yo apenas había cogido color porque estudiaba.

Y prestaba atención en clase. Pero ese miércoles por la mañana, cuando el doctor Hyde comenzó a hablar sobre cómo los budistas creen que todas las cosas están interrelacionadas, me puse a divagar, mirando fuera por la ventana. Estaba contemplando la colina arbolada, de leve inclinación, más allá del lago. Desde la clase de Hyde, las cosas sí parecían interconectadas. Los árboles parecían vestir la colina, pero, así como nunca se me hubiera ocurrido observar en particular un hilo de algodón de la fantástica camiseta de tirantes color naranja que Alaska llevaba ceñida ese día, no podía ver los árboles sin ver el bosque: todo estaba tan intrínsecamente entretrejido que para mí no tenía sentido pensar en un árbol aislado de la colina. Luego oí mi nombre y supe que estaba en problemas.

—Señor Halter —dijo el Anciano—. Aquí estoy, forzando mis pulmones para su edificación. Sin embargo, hay algo fuera que parece haber llamado su atención de una manera que yo no he conseguido. Dígame, por favor, señor Halter, ¿qué es lo que ha descubierto ahí fuera?

Entonces sentí cómo mi respiración se entrecortaba. La clase entera me miraba, agradecida de no ser yo en ese momento. El doctor Hyde ya había expulsado tres veces a alumnos de su clase por no prestar atención o por mandarse notas unos a otros.

—Eh, estaba mirando fuera, ah, a la colina, y pensando en, eh, los árboles

y el bosque, como decía usted antes, sobre la manera que...

El Anciano, que por supuesto no toleraba las divagaciones, me interrumpió:

—Le voy a pedir que salga de clase, señor Halter, para que pueda ir fuera y descubrir la relación entre los eh-árboles y el ah-bosque. Y mañana, cuando esté listo para tomarse esta clase en serio, le daré la bienvenida de regreso.

Me quedé sentado, con el bolígrafo en la mano, el cuaderno abierto, la cara sonrojada y el mentón proyectado hacia delante, un viejo truco que usaba para evitar que se me viera triste o temeroso. Dos filas detrás de mí, oí una silla arrastrarse y me di la vuelta para ver a Alaska ponerse de pie, con la mochila colgando de un hombro.

—Lo siento, pero eso es una tontería. No lo puede expulsar de clase. Usted habla monótonamente una hora todos los días, ¿y a nosotros no se nos permite ni siquiera mirar por la *ventana*?

El Anciano miró intensamente a Alaska, como un toro a un torero; luego levantó una mano hacia su rostro hundido y se frotó con lentitud la incipiente barba blanca de las mejillas.

—Durante cincuenta minutos al día, cinco días a la semana, ustedes siguen mis reglas. O suspenden. La elección es suya. Váyanse los dos.

Metí el cuaderno en mi mochila y salí de allí humillado. Al cerrarse la puerta detrás de mí, sentí una palmadita en mi hombro izquierdo. Me volví, pero no había nadie. Luego miré al otro lado y Alaska me estaba sonriendo, el entrecejo y la sien arrugados, convertidos en un estallido de estrellas.

—Es el truco más viejo del mundo —dijo—, pero todos caen en él.

Intenté sonreír, pero no podía dejar de pensar en el doctor Hyde. Fue peor que el incidente con la cinta de embalaje, porque siempre había sabido que

a los Kevin Richman del mundo yo no les caía bien. Pero mis profesores siempre habían sido miembros del Club de Fans de Miles Halter.

—Te dije que era un imbécil —me espetó ella.

—Sigo pensando que es un genio. Y tiene razón. Yo no estaba escuchando.

—Cierto, pero no por eso tenía que portarse como un imbécil. ¡Como si necesitara probar su poder humillándote! De todas maneras, los únicos genios verdaderos son los artistas: Yeats, Picasso, García Márquez: *genios*. El doctor Hyde es un anciano amargado.

Luego dijo que fuéramos a buscar tréboles de cuatro hojas hasta que terminara la clase y pudiéramos fumar con el Coronel y Takumi, ambos «unos imbéciles del culo por no salir de clase detrás de nosotros».

Cuando Alaska Young se sentó con las piernas cruzadas sobre un frágil campo de tréboles, verde en determinadas épocas del año, y se inclinó hacia delante en busca de tréboles de cuatro hojas, el escote dejaba ver con claridad su piel pálida; entonces se hizo evidente que la fisiología humana hacía imposible unirse a la búsqueda de tréboles de cuatro hojas. Yo ya me había metido en suficientes problemas por mirar hacia donde se suponía no debía hacerlo, pero de cualquier modo...

Después de peinar durante unos dos minutos un terreno de tréboles con sus largas y sucias uñas, Alaska recogió un trébol de tres pétalos y un pétalo pequeño, como un tocón, y me miró fijamente sin darme apenas tiempo de mirar hacia otro lado.

—Pese a que es evidente que no estás cumpliendo tu parte en la búsqueda de tréboles, perver... —dijo irónicamente—, te daría este trébol si no creyera que la suerte es para los tontos. —Tomó el pétalo tocón entre las uñas del pulgar y el índice y lo arrancó—. Ya está —le dijo al trébol cuando lo soltó—, ya no eres una rareza genética.

—Ah, gracias.

La campana sonó y Takumi y el Coronel fueron los primeros en salir. Alaska los miró fijamente.

—¿Qué? —preguntó el Coronel. Pero ella puso los ojos en blanco y empezó a caminar. Seguimos en silencio por el círculo de dormitorios y atravesamos el campo de fútbol. Nos agachamos para internarnos en el bosque, siguiendo un pequeño sendero alrededor del lago hasta que llegamos a un camino de tierra. El Coronel corrió hacia Alaska y empezaron a pelearse en voz tan baja que no pude oír nada de lo que decían ni por qué se peleaban; al final le pregunté a Takumi hacia dónde nos dirigíamos.

—Este camino termina en el granero —me informó—. Así que quizá vayamos hacia allí. O probablemente hacia el agujero donde fumamos. Ya verás.

A partir de ese punto, el bosque era una criatura completamente distinta de lo que se podía ver desde la clase del doctor Hyde. El suelo era espeso debido a las ramas caídas, las agujas de pino en descomposición y los arbustos; el camino serpenteaba junto a jóvenes pinos altos y delgados cuyas agujas, como barbas incipientes, proporcionaban sombra en un día de sol abrasador. Y los árboles más pequeños, los robles y los arces, que desde la clase del doctor Hyde resultaban invisibles bajo los pinos más majestuosos, mostraban signos de otro otoño —térmicamente— imprevisible: sus hojas aún verdes empezaban a caer.

Llegamos a un desvencijado puente de madera contrachapada gruesa, colocada sobre una base de hormigón encima del arroyo Culver, el riachuelo serpenteante que recorría sinuoso los alrededores de la escuela. Al otro lado del puente había un sendero diminuto que conducía a una pronunciada pendiente. No era tanto un sendero como una serie de indicios

de que por allí había pasado gente anteriormente: una rama quebrada aquí, un trozo de hierba pisoteada allá. Al recorrerlo en fila india, Alaska, el Coronel y Takumi empujaban cada uno hacia atrás una rama gruesa de arce para que pasara el siguiente hasta que yo, el último que cerraba la fila, la dejé volver a su lugar tras de mí. Y allí, bajo el puente, un oasis. Una mesa de hormigón, de noventa centímetros de ancho y tres metros de largo, con sillas de plástico azul robadas mucho tiempo atrás de alguna clase. Refrescado por el arroyo y la sombra del puente, por primera vez en semanas no me sentí acalorado.

El Coronel distribuyó los cigarrillos, Takumi los pasó, Alaska y yo encendimos uno.

—Yo solo digo que no tiene ningún derecho a ser condescendiente con nosotros, eso es todo —continuó Alaska en su conversación con el Coronel—. El Gordo no volverá a mirar por la ventana ni yo a soltar otra perorata sobre el tema, pero es un profesor terrible y no me convencerás de lo contrario.

—Está bien —cedió el Coronel—. Pero no vuelvas a montar otra escena. ¡Por Dios!, casi matas al jodido pobre anciano.

—De verdad, no ganarás nada haciendo enojar a Hyde —añadió Takumi—. Te comerá viva, te hará picadillo y luego se meará encima de ti. Lo que, por cierto, deberíamos hacerle a quienquiera que haya delatado a Marya. ¿Alguien sabe algo?

—Debe de haber sido algún Guerrero Semanero. Pero, por lo visto, piensan que fue el Coronel. Así que quién sabe. Tal vez fue el día de suerte del Águila. Ella era tonta y la pescaron, la expulsaron y se acabó. Eso pasa cuando eres tonta y te pescan —sentenció Alaska, y formó una O con los labios, moviendo la boca como si fuera un pez dorado que come, tratando, sin éxito, de formar anillos de humo.

—¡Vaya! —exclamó Takumi—. Si alguna vez me expulsan, recuérdame que no te pida ayuda.

—No seas ridículo —respondió ella con tono más conciliatorio que enojado—. No entiendo por qué estás tan obsesionado con averiguar todo lo que sucede aquí, como si tuviéramos que descifrar todos y cada uno de los misterios. Por Dios, ya ha pasado. Takumi, tienes que dejar de preocuparte de los problemas de los demás y preocuparte de los tuyos.

Takumi quiso replicar, pero Alaska levantó la mano para zanjar la conversación.

Me quedé callado. Yo no había conocido a Marya y, de cualquier modo, «escuchar en silencio» era mi estrategia social en general.

—De todos modos —me comentó Alaska—, creo que la manera en que te trataron fue horrorosa. Yo quería llorar. Quería besarte y curarte.

—Qué lástima que no lo hicieras —dije impávido, y todos se rieron.

—Eres adorable —afirmó. Sentí la intensidad de sus ojos posados en mí y, nervioso, desvié la mirada—. Qué pena que quiera a mi novio.

Miré las raíces de los árboles de la orilla del arroyo, tratando de pasar por alto que acababan de llamarme adorable.

Takumi tampoco podía dar crédito, y se acercó a mí revolviéndome el pelo con la mano y comenzó a cantar un rap a Alaska:

—«Sí, el Gordo es adorable / pero tú lo quieres deleznable, / así que Jake es soportable / por ser tan...» ¡Maldita sea! Casi tenía cuatro rimas con «adorable». Pero solo se me ha ocurrido «inaferrable», que ni siquiera es una palabra.

—Eso hizo que dejara de estar enojada contigo. —Alaska se rió—. ¡Oh, Dios!, el rap es sexy. Gordo, ¿acaso sabías que estabas en presencia del maestro de ceremonias más mordaz de Alabama?

—Eh, no.

—Marca un ritmo, Coronel Catástrofe —dijo Takumi, y yo me reí ante la idea de que un tipo de estatura tan baja y tan inepto como el Coronel tuviera un nombre de rapero.

El Coronel ahuecó la mano en forma de taza y empezó a hacer algunos ruidos absurdos que supongo eran ritmos: puh-chi, puh-puhpuh-chi.

Takumi se rió y entonó:

—«Aquí mismo, por el río, ¿quieres que lo diga? / Si tu humo fuera dulce, sin duda sería ortiga. / Mis rimas son de alta escuela, como de la Roma antigua. / El ritmo del Coronel es triste, de los grandes novelistas. / A veces me acusan de ser artista. / Puedo rimar rápido y puedo rimar lento, amigo arribista.» —Hizo una pausa, respiró hondo y continuó—: «Como Emily Dickinson, no temo los versos asonantes. / Y este es el final del verso, el MC va en picado.»

Yo no distingo las rimas asonantes de las demás rimas, pero me impresionó de manera muy grata. Aplaudimos a Takumi. Alaska se terminó su cigarrillo y, con un golpecito rápido, lo tiró al río.

—¿Por qué fumas tan condenadamente deprisa?

Me miró y sonrió de oreja a oreja; una sonrisa tan ancha en su cara estrecha podría haberse visto tonta a no ser por el elegante verde, sin reproches, de sus ojos. Sonrió con el deleite propio de un niño la mañana de Reyes y dijo:

—Vosotros fumáis para disfrutar. Yo fumo para morir.

CIENTO NUEVE DÍAS ANTES

Al día siguiente, en la cafetería sirvieron de cena pastel de carne, uno de los pocos platos que no llegaban refritos y, quizá por eso, el mayor fracaso culinario de Maureen: el pastel de carne consistía en una mezclanza fibrosa bañada en jugo de carne que no sabía a carne. Aunque nunca me había subido en él, Alaska era propietaria de un coche y se ofreció a llevarnos al Coronel y a mí a un McDonald's, pero el Coronel no tenía dinero y yo tampoco disponía de mucho, ya que había de costearle su extravagante hábito de fumar.

Así que, en vez de eso, el Coronel y yo recalentamos dos bufritos que llevaban dos días hechos. A diferencia de, por ejemplo, las patatas fritas, un bufrito calentado en el microondas no pierde nada de su sabor ni de su placentero crujido. Después de cenar, el Coronel insistió en asistir al primer partido de baloncesto de la temporada.

—¿Baloncesto en otoño? —le pregunté al Coronel—. No entiendo mucho de deportes, pero ¿en otoño no se juega al fútbol americano?

—Las escuelas de nuestra liga son demasiado pequeñas para tener equipos de fútbol americano, así que en otoño jugamos al baloncesto. Aunque, bien pensado, el equipo de fútbol americano de Culver Creek sería un bellezón. Tu flacucho culo probablemente sería el delantero. De cualquier modo, los partidos de baloncesto son fantásticos.

Yo odiaba los deportes. Odiaba los deportes y odiaba a las personas que los practicaban y odiaba a las personas que los veían y odiaba a las personas que no odiaban a las personas que los veían o los practicaban. En tercero, el último año cuando uno puede jugar al tipo de béisbol denominado T-ball, mi madre quería que hiciera amigos, así que me obligó a unirme a los Piratas de Orlando. Por supuesto que hice amigos: un montón de niños de parvulario, lo que no hizo mucho por que subiera puntos con mis compañeros. Sobre todo, debido a que era altísimo comparado con el resto de los jugadores, casi entro en el equipo de estrellas de T-ball de ese año. El niño que me arrebató ese lugar de privilegio, Clay Wurtzel, tenía solo un brazo. Yo era un niño de tercer curso inusualmente alto, con dos brazos, y aun así, me ganó un niño de parvulario, Clay Wurtzel. Y tampoco era cuestión de decir: «Ay-pobre-niño-que-solo-tiene-un-brazo». No. Clay Wurtzel podía pegarle a la pelota de un tirón, mientras yo a veces hacía un *strike* aun con la pelota colocada sobre el *tee*. Una de las cosas que más me atraían de Culver Creek era que, como mi padre me aseguró, uno no tenía que cumplir unos mínimos requisitos para educación física.

—Solo por una vez aparto mi odio visceral hacia los Guerreros Semaneros y su country-club —me dijo el Coronel—. Y es cuando encienden el aire acondicionado en el gimnasio para un minipartido de baloncesto de Culver Creek a la antigua usanza. No te puedes perder el primer partido del año.

Conforme caminábamos hacia el hangar de aviones que parecía el gimnasio, el cual había visto pero al que nunca se me había ocurrido siquiera acercarme, el Coronel me explicó lo más importante acerca de nuestro equipo de baloncesto: no era muy bueno. La «estrella» del equipo, contó, era un alumno de último año, Hank Walsten, que jugaba en la posición de pívot a pesar de medir un metro setenta. La razón principal de

la fama de Hank en la escuela era que siempre tenía marihuana, y durante cuatro años había jugado todos los partidos sin estar sobrio una sola vez.

—Le gusta tanto la maría como a Alaska el sexo —comparó el Coronel—. Una vez construyó una pipa de agua para fumar utilizando única y exclusivamente el cañón de un rifle de aire, una pera madura y una fotografía brillante de veinte por veinticinco centímetros de Anna Kournikova. No es el más brillante de todos, pero es de admirar su entrega al consumo de drogas.

Después de Hank, el Coronel fue descendiendo hasta Wilson Carbod, el pívot, de casi un metro ochenta.

—Somos tan malos —dijo el Coronel— que ni siquiera tenemos mascota. Nos llaman los Nadas de Culver Creek.

—¿Así que solo dan lástima? —pregunté. No entendía bien de qué servía ver cómo un equipo tan malo se llevaba una paliza, pero el aire acondicionado fue suficiente razón de peso para mí.

—Sí, dan lástima —contestó el Coronel—, pero siempre ganamos de calle a los de la escuela para sordos y ciegos. Por lo visto, el baloncesto no es una prioridad de la Escuela de Alabama para Sordos y Ciegos, así que solemos terminar la temporada con una sola victoria.

Cuando llegamos, el gimnasio estaba lleno a rebosar de alumnos de Culver Creek. Observé, por ejemplo, que las tres «góticas» del Creek se pintaban los ojos sentadas en la fila más alta de las gradas del gimnasio. Nunca había asistido en casa a un partido escolar de baloncesto, pero dudaba de que las multitudes incluyeran a tantos grupos. Aun así, me sorprendió que el mismísimo Kevin Richman se sentara en la grada que quedaba justo enfrente de la mía, mientras el equipo de animadoras de la escuela contrincante (cuyos desafortunados colores escolares eran el color marrón lodoso y el amarillo pipí deshidratado) intentaba encender los

ánimos de la pequeña sección de visitantes perdida entre la multitud. Kevin se dio la vuelta y miró fijamente al Coronel.

Como la mayoría de los Guerreros varones, Kevin se vestía muy pijo, como un abogado que disfruta del golf a la espera de lo que la vida le depare. Su cabello, cual fregona rubia, corto a los lados y erizado como púas en la parte central, siempre lo llevaba tan engominado que parecía que lo tuviera mojado. Yo no lo odiaba tanto como el Coronel, claro está, porque el Coronel lo odiaba por principios y el odio por principios es infinitamente más fuerte que el odio de «¡Vaya, habría preferido que no me hubierais momificado y lanzado al lago!». Aun así, intenté mirarlo de forma intimidatoria conforme él miraba al Coronel, pero me resultaba difícil olvidar que ese tipo había visto mi flaco culo un par de semanas antes.

—Tú delataste a Paul y a Marya. Ya te la hemos devuelto. ¿Hacemos una tregua? —preguntó Kevin.

—Yo no los delaté. El Gordo aquí presente sin duda tampoco los delató, pero tú lo incluiste en tu diversión. ¿Tregua? Hummm. Déjame que consulte rápido la opinión de todos. —Las animadoras se sentaron, con sus pompones cerca del pecho, como si estuvieran rezando—. Oye, Gordo —consultó el Coronel—, ¿qué opinas tú de una tregua?

—Me recuerda cuando los alemanes exigieron que Estados Unidos se entregara en la batalla del Bulge —opiné—. Creo que respondería a este ofrecimiento igual que lo hizo el general McAuliffe en esa ocasión: ni locos.

—¿En qué estarías pensando, Kevin, para querer matar a este tipo? Es un genio. Ni locos aceptamos tu tregua.

—Venga, tío. Yo sé que tú los delataste y nosotros teníamos que defender a nuestro amigo... ahora ya todo ha terminado. Zanjémoslo nosotros

también. —Parecía muy sincero, quizá debido a la reputación del Coronel para las trastadas.

—Te propongo un trato: elige a un presidente norteamericano muerto; si el Gordo no se sabe las últimas palabras que pronunció antes de morir, hay tregua; si se las sabe, lamentarás el resto de tu vida haberte meado en mis zapatillas.

—Eso suena ridículo.

—Está bien, no hay tregua —le espetó el Coronel.

—Bien. Millard Fillmore —cedió Kevin.

El Coronel me miró apresuradamente, preguntando con la mirada: «¿Ese tipo fue presidente?». Yo sonreí.

—Cuando Fillmore iba a morir, estaba superhambriento. Su médico estaba intentando matar de hambre a su fiebre o algo así. Fillmore insistía en que tenía hambre, así que por fin el doctor le dio una cucharadita de sopa. Sarcástico, Fillmore dijo: «El alimento es apetitoso», y luego murió. No hay tregua.

Kevin puso los ojos en blanco, se alejó y pensé que podría haberme inventado cualesquiera últimas palabras de Millard Fillmore. Kevin me habría creído de todos modos si hubiera utilizado el mismo tono de voz, ahora que se me estaba pegando la confianza del Coronel.

—¡Es la primera vez que te portas como un capullo! —El Coronel se rió—. Es cierto que te lo he puesto en bandeja. Pero, de todas formas, bien hecho.

Para desgracia de los Nadas de Culver Creek, no estábamos jugando contra la Escuela de Sordos y Ciegos, sino contra una escuela cristiana del centro de Birmingham, un equipo integrado por gigantescos y enormes gorilas de barbas gruesas y fuerte aversión a poner la otra mejilla.

Al final del primer tiempo: 20-4.

Entonces empezó la diversión. El Coronel llevaba la batuta de toda la animación.

—¡Pan de maíz! —gritó.

—¡POLLO! —respondió la multitud.

—¡Arroz!

—¡GUISANTES!

Y luego, todos juntos:

—¡NOSOTROS TENEMOS MEJORES PRUEBAS DE ADMISIÓN!

—¡Hip, hip, hip, hurra! —gritó el Coronel.

—¡ALGÚN DÍA TRABAJARÉIS PARA NOSOTROS!

Las animadoras del equipo rival intentaban responder con: «¡El techo, el techo, el techo se está incendiando! ¡El infierno está en tu futuro, si sucumbes a tu deseo!», pero nosotros siempre éramos un poco mejor que ellos.

—¡Compras!

—¡VENDES!

—¡Cambias!

—¡CANJEAS!

—¡SOIS MÁS GRANDES, PERO NOSOTROS SOMOS MÁS INTELIGENTES!

Cuando los visitantes lanzan un tiro libre, en la mayoría de las canchas de Estados Unidos los aficionados hacen mucho ruido, gritan y golpean con los pies. Pero no funciona, porque los jugadores aprenden a no oír el ruido. En Culver Creek, teníamos una estrategia mucho mejor. Al principio, todos gritaban como en un partido normal. Pero luego todos decían: «Chis», y se hacía un silencio sepulcral. Justo cuando el odiado contrincante dejaba de

regatear con la pelota y se preparaba para lanzar el tiro, el Coronel se ponía de pie y gritaba algo así como:

—¡Por el amor de Dios, aféitate el pelo de atrás!

O:

—¡Me muero! ¡Que alguien me asista! ¡¿Podrías bendecirme después de tirar?!

Al final del tercer tiempo, el entrenador de la escuela cristiana pidió tiempo muerto y se quejó al árbitro del Coronel, señalándolo furioso. Íbamos 56-13. Ante esta queja el Coronel se puso de pie y reaccionó:

—¡¿Qué?! ¡¿Tienes algún problema conmigo?!

El entrenador gritó:

—¡Estás molestando a mis jugadores!

—¡DE ESO SE TRATA, SHERLOCK! —dijo el Coronel.

El árbitro se acercó y lo expulsó del gimnasio. Yo lo seguí.

—Me han expulsado de treinta y siete partidos seguidos —me comentó.

—¡Caramba!

—Sí. En una o dos ocasiones estuve a punto de perder la cabeza. Una vez corrí dentro de la cancha cuando quedaban once segundos de partido y le robé el balón al equipo rival. No estuvo bien por mi parte, pero tengo una reputación que mantener.

El Coronel echó a correr, contento de que lo hubieran expulsado del partido, y fui tras él siguiendo su estela. Yo quería ser una de esas personas que tienen una reputación que mantener y que queman el suelo con su intensidad. Pero, por lo menos, ahora conocía a esas personas y ellas me necesitaban, como los cometas las colas.

CIENTO OCHO DÍAS ANTES

Al día siguiente, el doctor Hyde me pidió que me quedara después de clase. De pie delante de él, por primera vez me fijé en cuán encorvados tenía los hombros y de pronto me pareció triste y viejo.

—Le gusta esta clase, ¿verdad? —preguntó.

—Sí, señor.

—Tiene una vida entera para reflexionar sobre la doctrina budista de la interconexión. —Pronunciaba cada frase como si la hubiera escrito, memorizado y ahora la estuviera recitando—. Pero mientras miraba por la ventana, perdió la oportunidad de explorar la creencia budista, igual de interesante, de estar presente en cada momento de su vida diaria, de estar verdaderamente presente. Estar presente en esta clase. Y luego, después de que haya terminado, estar presente allá fuera —dijo señalando más allá del lago.

—Sí, señor —asentí.

CIENTO UN DÍAS ANTES

La primera mañana de octubre supe que algo iba mal nada más incorporarme para apagar la alarma del despertador. La cama no olía como debía. Y yo no me sentía como debía. Tardé un minuto de aturdimiento en darme cuenta: sentía frío. Bueno, por lo menos el pequeño ventilador colocado en mi litera con un clip de pronto parecía innecesario.

—¡Hace frío! —grité.

—¡Oh, Dios! ¿Qué hora es? —oí por encima de mí.

—Ocho cero cuatro —respondí.

El Coronel, que no tenía reloj despertador pero casi siempre se levantaba

para ducharse antes de que el mío sonara, colgó sus cortas piernas a un lado de la cama, saltó y corrió a su cómoda.

—Supongo que he perdido mi oportunidad de ducharme —dijo mientras se ponía una camiseta verde en la que ponía CULVER CREEK BALONCESTO y unos shorts—. Bueno, siempre habrá un mañana. Y no hace frío. Probablemente estemos a veinticinco grados.

Agradecido de haber dormido totalmente vestido, solo me puse los zapatos y el Coronel y yo nos dirigimos a clase. Me senté veinte segundos antes de que empezara. A la mitad, madame O'Malley se dio la vuelta para escribir algo en francés en la pizarra y Alaska me pasó una nota.

«¡Qué bonita cara de almohada! ¿Estudiamos en el McDonald's a la hora de la comida?»

Faltaban solo dos días para nuestro primer examen importante de precálculo, así que Alaska pescó a los chicos de precálculo que no consideraba Guerreros Semaneros y nos metió a los seis en su diminuto coche azul de dos puertas. Por una alegre coincidencia, una bonita chica de décimo curso llamada Lara terminó sentada en mi regazo. Lara había nacido en Rusia o en algún lugar similar y hablaba con un poco de acento extranjero. Como estábamos apenas a cuatro capas de ropa de hacerlo, aproveché la oportunidad y me presenté.

—Sé quién eres. —Sonrió—. El amiiiigo de Alaska de Flowrrriiida.

—Así es. Prepárate para muchas preguntas estúpidas, porque yo soy un desastre en precálculo —le advertí.

Quiso responder, pero Alaska salió a toda velocidad del aparcamiento y Lara fue arrojada hacia mí.

—Chicos, este es Cítrico Azul. Se llama así porque es un limón —dijo Alaska—. Cítrico Azul, estos son los chicos. Si os encuentran, quizá queráis ponerlos los cinturones de seguridad. Gordo, a lo mejor tú quieres ser el

cinturón de seguridad de Lara. —Lo que al coche le faltaba de velocidad, Alaska lo compensaba negándose a quitar el pie del acelerador, sin importarle las consecuencias. Incluso antes de salir de la escuela, Lara había sido lanzada sin piedad cada vez que Alaska giraba a toda prisa, así que seguí el consejo de Alaska y envolví con los brazos la cintura de Lara.

—Gracias —dijo de manera casi imperceptible.

Después de cuatro kilómetros y medio muy veloces y temerarios de camino al McDonald's, pedimos siete raciones de patatas fritas para compartir y luego salimos a sentarnos en el césped.

Sentados en círculo alrededor de las patatas fritas, Alaska impartió la clase mientras fumaba y comía. Como buena maestra, toleraba poco las disensiones. Fumó, habló y comió durante una hora sin parar, mientras yo tomaba notas en mi cuaderno conforme las aguas lodosas de las tangentes y los cosenos empezaban a aclararse. Pero no todos eran tan afortunados.

A medida que Alaska pasaba como una exhalación por encima de las ecuaciones lineales, el jugador fumeta Hank Walsten dijo:

—Espera, espera, no entiendo.

—Eso es porque tienes ocho neuronas en tu cerebro.

—Hay estudios que demuestran que la marihuana es mejor para la salud que esos cigarrillos que fumas tú —se defendió Hank.

Alaska tragó un gran bocado de patatas fritas, le dio una calada a su cigarrillo y sopló el humo hacia Hank, que estaba en el otro extremo del círculo.

—Puede que muera joven —dijo—, pero al menos moriré inteligente. Ahora, volvamos a las tangentes.

CIEN DÍAS ANTES

—No quiero hacer una pregunta obvia, pero ¿por qué el nombre de Alaska? —pregunté.

Acababa de recibir mi examen corregido de precálculo y mi admiración por Alaska no tenía límites, porque estudiar con ella me había reportado una calificación de 9. Estábamos los dos solos, viendo la MTV en la sala de televisión un sábado nublado y monótono. Amueblada con sofás abandonados por antiguas generaciones de alumnos de Culver Creek, la sala de televisión tenía un aire rancio con olor a polvo, razón por la que quizá permanecía siempre vacía. Alaska dio un sorbo de refresco Mountain Dew y me cogió de la mano.

—Tarde o temprano siempre me hacen esta pregunta. Está bien, mi madre era un poco hippy cuando yo era niña. Llevaba suéteres gigantes que tejía ella misma, era una fumeta, etcétera, y mi padre en realidad era republicano. Así que cuando yo nací, mi madre quería ponerme Harmony Springs Young y él, Mary Frances Young. —Conforme iba hablando, sacudía la cabeza al ritmo de la música de la MTV, aun cuando la canción era una de esas baladas prefabricadas que ella detestaba.

—Entonces, en vez de ponerme Harmony o Mary, estuvieron de acuerdo en dejarme decidir. Así que, cuando era pequeña, me llamaban Mary. Quiero decir, me llamaban «corazoncito» o lo que fuera; pero en los formularios escolares y cosas semejantes escribían «Mary Young». Luego, cuando cumplí siete años, mi regalo fue que me dejaron elegir mi nombre. Qué guay, ¿no? Me pasé todo el día mirando el globo terráqueo de mi padre en busca de un nombre que de verdad me gustara. Mi primera elección fue Chad, como el país de África. Pero como mi padre dijo que era un nombre de niño, elegí Alaska.

Ojalá mis padres me hubieran dejado elegir mi nombre. Pero se

decidieron por el único nombre que todos los primogénitos varones Halter han tenido durante un siglo.

—Pero ¿por qué Alaska? —insistí.

Sonrió con el lado derecho de la boca.

—Bueno, más tarde supe lo que significaba. Proviene de la palabra aleutiana *alyeska*. Significa «aquello contra lo cual rompe el mar» y me encanta. Pero en aquel momento, solo vi Alaska arriba, en el globo. Era muy grande, como yo quería ser. Y estaba tan condenadamente lejos de Vine Station, Alabama, como quería estar yo.

—Y ahora ya has crecido y estás bastante lejos de casa. —Sonreí—. ¡Felicidades!

Dejó de sacudir la cabeza y me soltó la (por desgracia sudorosa) mano.

—Escapar no es tan fácil —dijo seria mirándome como si yo supiera cómo escapar y no se lo quisiera decir. Luego cambió de conversación a mitad de frase—. Por ejemplo, después de la universidad, ¿sabes qué quiero hacer? Enseñar a niños discapacitados. Soy buena maestra, ¿no? ¡Joder!, si a ti te puedo enseñar precálculo, puedo enseñar a cualquiera. Quizá a niños autistas.

Hablaba pausadamente, pensando lo que decía, como si me revelara un secreto. Me incliné hacia ella, de pronto embargado por la sensación de que debíamos besarnos, de que debíamos besarnos en aquel preciso momento en el polvoriento sofá anaranjado con quemaduras de cigarro y décadas de polvo acumulado. Y lo habría hecho: me habría seguido inclinando hacia ella hasta que hubiera tenido que mover la cabeza para no golpear su nariz de pista de esquí, y hubiera sentido el impacto de sus suaves labios. Lo habría hecho. Pero de pronto ella salió del paso.

—No —dijo, y yo no sabía si estaba leyendo mi mente obsesionada por los besos, o si se estaba respondiendo en voz alta. Se volvió hacia el otro

lado y en voz muy baja, como si hablara consigo misma, continuó—: ¡Dios mío!, no quiero ser una de esas personas que se sientan y hablan de lo que van a hacer. Simplemente voy a hacerlo. Imaginar el futuro es una especie de nostalgia.

—¿Qué? —pregunté.

—Te pasas toda la vida encerrado en el laberinto pensando en cómo vas a escapar de ahí y lo fabuloso que será; imaginar ese futuro te mantiene con vida, pero nunca escapas. Solo utilizas el futuro para huir del presente.

Supongo que tenía razón. Yo había imaginado que la vida en el Creek sería un poco más emocionante de lo que era —en realidad, había consistido en más deberes que aventuras—, pero lo cierto es que, de no haberlo imaginado, nunca habría llegado al Creek.

Ella volvió su atención hacia la televisión, a un anuncio de coches, e hizo un chiste sobre cómo Cítrico Azul necesitaba su propio anuncio de coches. Imitando la voz profunda de los anunciadores comerciales, dijo:

—Es pequeño, es lento y es latoso, pero se mueve... a veces. Cítrico Azul: consulte a su distribuidor local de coches de segunda mano.

Pero yo quería seguir hablando de ella, de Vine Station y el futuro.

—A veces no te entiendo.

Ni siquiera me miró. Se limitó solo a sonreír al televisor:

—Nunca me entenderás. De eso se trata.

NOVENTA Y NUEVE DÍAS ANTES

Pasé la mayor parte del día siguiente tumbado en la cama, inmerso en el miserable y poco interesante mundo de ficción de *Ethan Frome*, mientras el Coronel descifraba, sentado en su escritorio, los secretos de las ecuaciones diferenciales o algo así. Pese a que intentamos racionalizar nuestras pausas para

fumar en la ducha, nos quedamos sin cigarrillos antes del anochecer, por lo que tuvimos que ir a la habitación de Alaska, que estaba tumbada en el suelo, con un libro sobre la cabeza.

—Vamos a fumar —dijo el Coronel.

—Te has quedado sin tabaco, ¿no? —adivinó ella sin levantar la cabeza.

—Bueno, sí.

—¿Tienes cinco dólares? —preguntó Alaska.

—No.

—¿Gordo? —preguntó de nuevo.

—Bueno, está bien. —Saqué un billete de cinco dólares del bolsillo y Alaska me entregó un paquete de Marlboro Light. Yo sabía que fumaría quizá cinco de los veinte cigarrillos, pero mientras financiara al Coronel no podría atacarme por ser solo otro niño pijo, un Guerrero Semanero cuyo problema era no vivir en Birmingham.

Fuimos a buscar a Takumi y caminamos hasta el lago, escondiéndonos detrás de algunos árboles y riéndonos. El Coronel exhalaba anillos de humo que Takumi llamaba «pretenciosos», mientras Alaska los seguía con los dedos, como una niña que tratara de reventar burbujas.

Luego oímos resquebrajarse una rama. Podría haber sido un venado, pero el Coronel echó a correr de todos modos. Una voz directa detrás de nosotros ordenó:

—No corras, Chipper. —Y el Coronel se detuvo, se dio la vuelta y volvió con docilidad.

El Águila caminó hacia nosotros con lentitud, los labios fruncidos en un gesto de disgusto. Llevaba una camisa blanca y una corbata negra, como de costumbre. A todos nos lanzó la «mirada de la perdición».

—Oléis como si hubierais estado en un campo de tabaco de Carolina del Norte durante un incendio —dijo.

Permanecimos de pie en silencio. Yo me sentí bastante mal, como si acabaran de atraparme huyendo de la escena de un crimen. ¿Llamaría a mis padres?

—Os veré en el Jurado mañana a las cinco —anunció, y luego se alejó.

Alaska se agachó, recogió el cigarrillo que había tirado y empezó a fumar de nuevo. El Águila dio media vuelta a toda velocidad; su sexto sentido detectaba Insubordinación a Figuras de Autoridad. Alaska soltó el cigarrillo y lo pisó. El Águila sacudió la cabeza y, aunque parezca una locura, juro que sonrió.

—Me quiere —me dijo Alaska cuando caminábamos de regreso al círculo de dormitorios—. A vosotros también os quiere. Sólo que la escuela está por encima. Piensa que atraparnos y castigarnos es bueno para la escuela y para nosotros. Es la lucha eterna, Gordo. Los buenos frente a los que se portan mal.

—Estás muy filosófica para ser una chica a la que acaban de pillar in fraganti —le dije.

—A veces se pierde una batalla, pero las trastadas siempre ganan la guerra.

NOVENTA Y OCHO DÍAS ANTES

Una de las cosas singulares que tenía Culver Creek era el Jurado. Cada semestre, el cuerpo docente elegía a doce estudiantes, tres de cada curso, para que formaran parte del Jurado. El Jurado impartía castigos por faltas que no merecían la expulsión de los alumnos. Trataba todo tipo de casos, desde estar fuera de la escuela a deshoras hasta fumar. Por lo general, el castigo era por fumar o estar en la habitación de una chica después de las siete. Así que ibas al Jurado, exponías tu caso y ellos te castigaban. El

Águila era el juez y tenía el derecho de impugnar el veredicto del Jurado (como en el sistema legal norteamericano real), pero casi nunca lo hacía.

Llegué al aula 4 justo después de mi última clase, con cuarenta minutos de antelación, solo para estar seguro. Me senté en el pasillo con la espalda contra la pared y leí el libro de texto de historia de Estados Unidos (era una lectura para mejorar mis hábitos de estudio, debo confesar) hasta que apareció Alaska y se sentó a mi lado. Se mordisqueaba el labio inferior y le pregunté si estaba nerviosa.

—Pues sí. Escucha, límitate a permanecer sentado en silencio y no digas nada —me recomendó—. No tienes por qué estar nervioso. En cambio, yo... Esta es la séptima vez que me pillan fumando. No quiero... Bueno, no quiero hacer enfadar a mi padre.

—¿Tu madre fuma o algo así? —pregunté.

—Ya no —dijo Alaska—. No pasa nada. A ti no te va a pasar nada.

No empecé a preocuparme hasta que fueron las 16.50 y el Coronel y Takumi no aparecían. Los miembros del Jurado entraron uno a uno. Caminaban frente a nosotros sin mantener ningún contacto visual, lo que hacía que me sintiera peor. A las 16.56 ya había contado a los doce miembros del Jurado, más el Águila.

A las 16.58 el Coronel y Takumi doblaron la esquina hacia las aulas.

Nunca había visto nada parecido. Takumi llevaba una camisa blanca almidonada y una corbata roja con un estampado negro de formas curvas; el Coronel llevaba su camisa rosa de botones arrugada y la corbata de flamencos. Caminaban a la par, con las cabezas en alto y los hombros hacia atrás, como héroes de una película de acción.

—El Coronel viene con sus andares de Napoleón —oí susurrar a Alaska con un suspiro.

—Todo está bien —me dijo el Coronel—. No digas nada.

Entramos, dos con corbata y dos con camisetas deshilachadas, y el Águila golpeó un mazo verdadero contra el podio que estaba frente a él. El Jurado se sentó en una fila detrás de una mesa rectangular. Al frente de la sala, junto a la pizarra, había cuatro sillas. Nos sentamos y el Coronel explicó exactamente lo que había sucedido.

—Alaska y yo estábamos fumando junto al lago. Por lo general salimos fuera de las instalaciones, pero se nos olvidó. Lo sentimos. No volverá a suceder.

Yo no sabía qué estaba pasando. Pero sí sabía lo que tenía que hacer: permanecer sentado quieto y guardar silencio. Uno de los chicos miró a Takumi y preguntó:

—¿Y tú y Halter?

—Les hacíamos compañía.

El chico se volvió al Águila y preguntó:

—¿Usted vio a alguien fumar?

—Vi solo a Alaska, pero Chip echó a correr, lo que me pareció una actitud cobarde, al igual que la cantinela de «Ay, bueno» de Miles y Takumi —dijo el Águila lanzándome la «mirada de la perdición».

No quería parecer culpable, pero no podía mantener su mirada, así que bajé la vista y me miré las manos.

—Es la verdad, señor. —El Coronel apretó los dientes, como si le doliera mentir.

El Águila preguntó si alguno de nosotros quería decir algo y si había alguna otra pregunta. Luego nos mandó fuera.

—¿Qué diablos están haciendo? —le pregunté a Takumi cuando estuvimos fuera.

—Tú estate quieto, Gordo.

¿Por qué dejar que Alaska confesara cuando ya había estado en

problemas tantas veces? ¿Por qué lo había permitido el Coronel, cuando en realidad él no corría el riesgo de meterse en problemas serios? ¿Por qué no había confesado yo? A mí nunca me habían atrapado ni castigado por nada. Tenía menos que perder que todos ellos. Después de unos minutos, el Águila salió y nos hizo un gesto para que volviéramos a entrar.

—Alaska y Chip —dijo un miembro del Jurado—, os asignamos a cada uno diez horas de trabajo fregando platos en la cafetería, y los dos estáis oficialmente a una falta de que en vuestras casas reciban una llamada. Takumi y Miles, los reglamentos no dicen nada acerca de ver a alguien fumar, pero el Jurado tendrá presente vuestro comportamiento si volvéis a romper las reglas. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —dijo Alaska rápido, con evidente alivio.

Al salir, el Águila me llamó y me di la vuelta.

—No abuse de sus privilegios en esta escuela, jovencito, o se arrepentirá.
—Asentí.

OCHENTA Y NUEVE DÍAS ANTES

—Te hemos encontrado una novia —me dijo Alaska. Todavía nadie me había explicado lo que había sucedido la semana anterior con el Jurado. No parecía haber afectado a Alaska, quien estaba 1) en nuestra habitación después de anochecer con la puerta cerrada y 2) fumando un cigarrillo sentada en el sofá casi cien por cien de espuma. Había puesto una toalla enrollada bajo la puerta, insistiendo en que con eso bastaba, pero yo estaba preocupado por el cigarrillo y la «novia».

—Todo lo que tengo que hacer ahora —dijo— es convencerte para que te guste y convencerla a ella de que le gustas.

—Hazañas monumentales —señaló el Coronel. Se tumbó en la litera de

arriba y se puso a leer *Moby Dick* para su clase de inglés.

—¿Cómo puedes leer y hablar al mismo tiempo? —pregunté.

—Bueno, normalmente no puedo, pero ni el libro ni la conversación requieren un esfuerzo intelectual particularmente grande.

—A mí me gusta ese libro —dijo Alaska.

—Sí. —El Coronel sonrió y se inclinó para mirarla desde la litera—. Gran ballena blanca es una metáfora de todo. Tú vives para las metáforas pretenciosas.

Alaska permaneció impasible.

—Gordo, ¿qué te parece el antiguo bloque soviético?

—Hummm, ¿si estoy a favor?

Arrojó las cenizas de su cigarrillo en mi vaso de lápices. Quise protestar, pero para qué molestarse.

—Oye, ¿conoces a esa chica que está en nuestra clase de precálculo —preguntó Alaska— que dice «sííí» en vez de «sí» con voz suave?

—Sí, Lara. Se sentó en mi regazo de camino al McDonald's.

—Sí, ya sé. Y le caíste bien. Tú interpretaste que ella hablaba sobre precálculo, cuando en realidad hablaba de tener sexo ardiente contigo. Por eso me necesitas.

—Tiene un buen par de tetas —dijo el Coronel sin alzar la vista de la ballena.

—¡NO CONVIRTÁIS EN OBJETOS LOS CUERPOS DE LAS MUJERES! —gritó Alaska.

—Lo siento. Quise decir: pechos turgentes. —El Coronel alzó la vista.

—¡Eso no mejora las cosas!

—Claro que sí. «Un buen par» es un juicio sobre el cuerpo de una mujer. «Turgentes» es simplemente una observación. Y están turgentes. Míralas.

—Eres incorregible —le regañó—. Ella dice que eres majo, Gordo.

—¡Qué bien!

—No significa nada. El problema es que si persistes en hablar con ella con monosílabos, tipo «Eh», «Hummm», irás directo al desastre.

—No seas tan duro con él —interrumpió el Coronel, como si fuera mi madre—. Dios, me parece que ya me ha quedado claro cómo es la anatomía de una ballena. ¿Podemos continuar, Herman?

—Jake estará en Birmingham este fin de semana y vamos a salir en una cita triple. Bueno, triple y media, porque Takumi también vendrá. Sin agobios. No podrás meter la pata, porque estaré contigo todo el rato.

—De acuerdo.

—¿Quién irá conmigo? —preguntó el Coronel.

—Tu novia.

—Está bien —dijo, y luego añadió con cara de póquer—: Pero que conste que no nos llevamos muy bien.

—Entonces ¿quedamos el viernes? ¿Tenéis algún plan para el viernes? —Me reí, porque el Coronel y yo no teníamos ningún plan para ese viernes, ni para ningún otro viernes del resto de nuestras aburridas vidas.

—Eso creía. —Sonrió—. Ahora nos toca ir a fregar platos en la cafetería, Chipper. ¡Dios mío!, los sacrificios que tiene que hacer una.

OCHENTA Y SIETE DÍAS ANTES

Nuestra cita triple y media empezó bastante bien. Estaba en la habitación de Alaska —a fin de pescar novia, convine en plancharme una camisa verde de botones— cuando apareció Jake. Tenía el pelo rubio hasta los hombros, vello oscuro en las mejillas y el tipo de complexión que se ve recompensada con una carrera como modelo de catálogo. Jake era tan guapo como esperaría uno que lo fuera el novio de Alaska. Ella saltó encima de él y lo

rodeó con sus piernas («Dios me libre de que alguien me haga eso alguna vez. Me caería», pensé). Había oído hablar a Alaska sobre los besos, pero nunca la había visto besar a nadie hasta ese momento: él la tomó por la cintura y se inclinó hacia delante; ella separó los labios prominentes, ladeó la cabeza un poco y abarcó la boca de él con tal pasión que yo intuí que debía mirar hacia otro lado, pero no pude. Al cabo de un buen rato, se desenredó de Jake y me presentó.

—Este es Gordo —dijo. Jake y yo nos dimos la mano.

—He oído hablar mucho de ti. —Se le notaba un ligero acento sureño, uno de los pocos que había oído fuera del McDonald's—. Espero que lo de tu cita esta noche funcione, porque no me gustaría que me robaras a Alaska delante de mis narices.

—¡Dios mío!, eres tan adorable —exclamó Alaska antes de que pudiera responder, besando a su novio de nuevo—. Lo siento. —Rió—. Por lo que parece, no puedo dejar de besar a mi novio.

Me puse la camisa verde recién almidonada y los tres nos reunimos con el Coronel, Sara, Lara y Takumi. Luego nos dirigimos al gimnasio a ver a los Nadas de Culver Creek contra la Academia Harsden, una escuela privada de Mountain Brook, el barrio más rico de Birmingham. El odio del Coronel por Harsden ardía con el fuego abrasador de mil soles.

—Lo que más odio aparte de a los pijos —me dijo camino del gimnasio— son los idiotas. Y todos los chicos de Harsden son ricos y demasiado idiotas para entrar en el Creek.

Como se suponía que era una cita, fui a sentarme junto a Lara durante el partido, pero cuando quise pasar por delante de Alaska para ir con Lara, Alaska me miró y dio unas palmaditas en el lugar vacío que estaba junto a ella.

—¿No puedo sentarme junto a mi cita? —pregunté.

—Gordo, solo uno de los dos ha sido chica toda su vida. El otro nunca ha pasado de segunda base. Si yo fuera tú, me sentaría, me vería mono y sería el agradable chico introvertido que sueles ser.

—Está bien, lo que tú digas.

—Sí, esa suele ser mi estrategia para complacer a Alaska —afirmó Jake.

—¡Aaayyy! ¡Qué tierno! Gordo, ¿te he dicho que Jake está grabando un disco con su banda? Son fantásticos. Son como Radiohead con los Flaming Lips. ¿Te he dicho que yo les puse el nombre, Hickman Territory? — Y luego añadió, a sabiendas de que estaba siendo tonta—: ¿Te he dicho que Jake está muy bien dotado y es un amante guapo y sensual?

—Dios santo —replicó sonriendo Jake—, no digas esas cosas delante de los niños.

Yo quería odiar a Jake, pero al verlos sonreír y jugar con el uno con el otro no pude hacerlo. Quería ser él, qué duda cabía, pero intenté recordar que se suponía que estaba en una cita con otra persona.

El jugador estrella de la Academia Harsden era un auténtico Goliat de casi dos metros de estatura llamado Travis Eastman al que todos, sospecho que incluso su madre, llamaban «la Bestia». La primera vez que la Bestia llegó a la línea de tiros libres, el Coronel no pudo evitar blasfemar mientras decía en tono burlón:

—Se lo debes todo a tu padre, capullo inculto.

La Bestia se dio la vuelta y lo miró con ira, y al Coronel casi lo expulsan después del primer tiro libre, pero este sonrió al árbitro y dijo: «¡Lo siento!».

—Quiero quedarme aquí para ver todo lo que pueda del partido —me dijo.

Al inicio del segundo tiempo, el Creek iba perdiendo por un margen sorprendentemente estrecho de veinticuatro puntos y la Bestia estaba en la

línea de tiros libres. El Coronel miró a Takumi y dijo: «Ha llegado el momento». Takumi y el Coronel se pusieron de pie cuando la multitud siseó «Chiss...».

—No sé si es el mejor momento para decírtelo —le gritó el Coronel a la Bestia—, pero Takumi, que está aquí conmigo, se ha liado con tu novia justo antes del partido.

Todo el mundo se echó a reír, menos la Bestia, que, con la pelota en la mano, caminó lentamente desde la línea de tiros libres hacia nosotros.

—Creo que lo mejor es que salgamos corriendo —advirtió Takumi.

—Todavía no nos han expulsado —respondió el Coronel.

—Todavía —dijo Takumi.

No sé si fue por la ansiedad general de tener una cita (aunque mi cita estuviera sentada a cinco personas de mí) o la ansiedad de tener la mirada fija de la Bestia en mi dirección, pero el caso es que empecé a correr detrás de Takumi. Pensé que estábamos a salvo al doblar la esquina de las gradas, pero luego vi por el rabillo del ojo un objeto anaranjado cilíndrico que se hacía cada vez más grande, como un sol que se acercara a toda velocidad.

Pensé: «Creo que me va a dar».

Pensé: «Debería agacharme».

Pero en el intervalo en el que uno piensa una cosa y la hace, la pelota me golpeó directamente en un lado de la cara. Caí, y me golpeé la parte posterior de la cabeza contra el suelo del gimnasio. Me puse de pie de inmediato, como si no me hubiera ocurrido nada, y salí.

El orgullo me había levantado del suelo, pero en cuanto estuve fuera, me senté.

—Tengo una conmoción —fue mi autodiagnóstico.

—Estás bien —me aseguró Takumi cuando vino corriendo hacia mí. Luego añadió—: Deberíamos salir de aquí antes de que nos maten.

—Lo siento —dije—, pero no puedo levantarme. Acabo de sufrir una leve conmoción.

Lara salió corriendo y se sentó junto a mí.

—¿Estás bien?

—Tengo una conmoción —repuse.

—¿Sabes qué te ha ocurrido? —Takumi se sentó a mi lado y me miró a los ojos.

—La Bestia me ha dado caza.

—¿Sabes dónde estás?

—En una cita triple y media.

—Estás bien —corroboró Takumi—. Vámonos.

Entonces me incliné hacia delante y vomité en los pantalones de Lara. No puedo decir por qué no me incliné hacia atrás o a un lado. Me incliné hacia delante, apunté con la boca hacia sus vaqueros (unos vaqueros bonitos, ideales para lucir palmito, el tipo de pantalones que se pone una chica cuando quiere estar guapa pero sin que se note demasiado que se ha puesto guapa para la ocasión) y le vomité encima.

Sobre todo mantequilla de cacahuete, pero también, cómo no, una mazorca de maíz.

—¡Oh! —exclamó sorprendida a la vez que horrorizada.

—¡Oh, Dios! —me disculpé—, lo siento mucho.

—Creo que es posible que hayas sufrido una conmoción —diagnosticó Takumi, como si no se hubiera barajado antes la idea.

—Sufro náuseas y mareos asociados con una conmoción leve —recité. Mientras Takumi iba a buscar al Águila y Lara a cambiarse de pantalones, yo me tumbé en el banco de hormigón. El Águila regresó con la enfermera de la escuela, quien me diagnosticó (¡oh, sorpresa!) una conmoción. Luego Takumi me condujo al hospital con Lara, que iba sentada a mi lado

custodiándome. Al parecer, me recosté en la parte de atrás y repetía con lentitud estas palabras: «Los. Síntomas. Generalmente. Asociados. Con. La. Conmoción».

Así, mi cita la pasé en el hospital con Lara y Takumi. El doctor me recomendó que fuera a casa y durmiera mucho, teniendo la precaución de que alguien me despertara cada cuatro horas más o menos.

Vagamente recuerdo a Lara de pie en la puerta, la habitación oscura, la oscuridad de fuera, todo leve y agradable pero un tanto giratorio, el mundo pulsando como un ritmo pesado de batería. Vagamente recuerdo la sonrisa de Lara desde la puerta, la relumbrante ambigüedad de la sonrisa de una chica que parece prometer una respuesta a la pregunta, pero que nunca la da. La pregunta que todos nos hemos estado preguntando desde que las niñas dejaron de resultarnos repulsivas, la pregunta que es demasiado complicada de simple que es: ¿le gusto o no le gusto? Luego me quedé profundamente dormido y dormí hasta las tres de la mañana, cuando el Coronel me despertó para decirme:

—Ha roto conmigo.

—Tengo una conmoción —respondí.

—Ya lo sé. Por eso te despierto. ¿Un videojuego?

—Está bien, pero déjalo sin sonido. Me duele la cabeza.

—Me he enterado de que vomitaste encima de Lara. Qué agradable.

—¿Ha roto contigo?

—Sí. Sara le dijo a Jake que había tenido una erección pensando en Alaska. Exactamente esas palabras. En ese orden. Y yo dije algo así como: «Bueno, en este momento no tengo ninguna erección, podéis comprobarlo si queréis». Sara pensó que tenía mucho pali que, supongo, porque luego dijo que sabía que yo me había liado con Alaska. Lo cual, para que lo sepas, es ridículo. Yo, no. Es mentira.

Al fin, el juego terminó de cargarse; yo oía a medias que conducía un coche adaptado para carreras en círculos en una pista silenciosa de Talladega. Los círculos me daban náuseas, pero seguí jugando.

—Entonces Alaska estalló —siguió contando, e imitó la voz de Alaska, pero más aguda y causante de dolor de cabeza de lo que en realidad es—: «¡Ninguna mujer debería mentir sobre otra mujer! ¡Estás violando la alianza sagrada entre las mujeres! ¡¿De qué manera apuñalar a otra mujer por la espalda ayudará a las mujeres a elevarse sobre la opresión patriarcal?!». Y así sucesivamente. Luego Jake entró en defensa de Alaska, diciendo que ella nunca lo engañaría porque lo quería y entonces dije algo como: «No os preocupéis por Sara. Le gusta fanfarronear». Entonces Sara me preguntó por qué nunca la defendía a ella y en algún momento la llamé «zorra loca», y eso no le sentó nada bien. La camarera nos pidió que nos fuéramos y, en el aparcamiento, ella me gritó: «¡Ya he tenido suficiente!». Yo me limité a mirarla y ella dijo: «Nuestra relación ha terminado».

El Coronel dejó de hablar.

—«¿Nuestra relación ha terminado?» —repetí.

Estaba ausente, y pensé que lo mejor sería repetir la última frase de lo que quiera que dijera el Coronel para que siguiera hablando.

—Pues sí. Eso es. ¿Sabes qué es lo que más me duele, Gordo? Que de verdad la quiero. Sé que no teníamos esperanza. Formábamos una mala pareja. Pero, aun así, le dije que la quería. Con ella perdí mi virginidad.

—¿Perdiste tu virginidad con ella?

—Sí. Sí. ¿Nunca te lo había dicho? Es la única chica con la que he dormido. No lo sé. A pesar de que nos peleábamos el noventa y cuatro por ciento del tiempo, estoy triste de verdad.

—¿De verdad estás triste?

—Más triste de lo que pensé que estaría. De cualquier modo, sabía que

era inevitable. No hemos tenido ni un solo momento agradable en todo el año. Desde que llegué aquí, hemos estado chinchándonos el uno al otro sin parar. Debí haber sido más amable con ella. No lo sé. Es triste.

—¿Es triste? —repetí.

—Me refiero a que es estúpido echar de menos a alguien con quien ni siquiera te llevabas bien. Pero... es que no sé. Era bonito, ¿sabes?, tener a alguien con quien siempre te pudieras pelear.

—¿Pelear? —Y luego añadí, confundido, apenas capaz de conducir—. ¡Qué bien!

—Sí. De hecho, no sé qué haré ahora. Estaba bien tenerla. Soy un tipo loco, Gordo. ¿Qué haré ahora?

—Puedes pelearte conmigo —propuse.

Bajé mi mando de juego, me recosté en el sofá de espuma y me quedé dormido. Cuando estaba a punto de caer, oí decir al Coronel:

—Contigo no me puedo enfadar, capullo inofensivo.

OCHENTA Y CUATRO DÍAS ANTES

Tres días después empezó a llover. Todavía me dolía la cabeza, y el considerable chichón sobre mi sien izquierda parecía, como dijo el Coronel, un mapa topográfico en miniatura de Macedonia, un lugar desconocido para mí; que jamás se me habría ocurrido que fuera un país. Y conforme el Coronel y yo caminábamos ese lunes sobre el césped marchito, medio muerto, dije:

—Supongo que no vendrá mal un poco de lluvia.

El Coronel miró las nubes bajas que venían hacia nosotros rápidas y amenazantes. Luego concluyó:

—Venga bien o mal, nos va a caer un chaparrón.

Y vaya si nos cayó. A los veinte minutos de empezar la clase de francés, mientras madame O'Malley conjugaba el verbo «creer» en subjuntivo. «*Que je croie. Que tu croies. Qu'il ou qu'elle croie.*» Lo repetía una y otra vez, más como un mantra budista que como un verbo. «*Que je croie. Que tu croies. Qu'il ou qu'elle croie.*» Qué chistoso repetir una y otra vez: «Yo creería, tú creerías, él o ella creería». «¿Creería qué?», pensé y en ese preciso instante llegó la lluvia.

Llegó en un torrente furioso, como si Dios estuviera enfadado y quisiera inundarnos por completo. Día tras día, noche tras noche, llovía. Llovía tanto que no se podía ver al otro lado del círculo de dormitorios; el lago se

desbordó y batía contra el columpio tipo Adirondack, tragándose la mitad de la playa falsa. El tercer día de lluvia, abandoné mi paraguas y caminé por el mundo en un estado de humedad perpetua. Todo en la cafetería sabía al ácido del agua de lluvia, todo apestaba a moho y, en el colmo del absurdo, las duchas dejaron de funcionar, porque todo el maldito universo tenía mejor presión hidráulica que ellas.

La lluvia nos volvió ermitaños. El Coronel se pasaba los ratos fuera de clase sentado en el sofá, leyendo el almanaque y entrenándose en videojuegos; yo no estaba seguro de si quería hablar o si solo quería sentarse en el sofá de espuma blanca y beber su «ambrosía» en paz.

Después del desastre de nuestra «cita», pensé que lo mejor sería no hablar con Lara bajo ninguna circunstancia, no fuera a sufrir otra conmoción y/o arcadas, pese a que al día siguiente, en precálculo, ella me había dicho que «no habíia sido para tanto».

Solo veía a Alaska en las aulas y nunca podía hablar con ella, porque llegaba tarde a todas las clases y se iba justo cuando sonaba la campana, antes incluso de que pudiera poner el capuchón a mi bolígrafo y cerrar mi cuaderno. En la quinta noche de lluvia, entré en la cafetería preparado para regresar a mi habitación y cenar un bufrito recalentado si Alaska y/o Takumi no estaban cenando (sabía que el Coronel estaba en la habitación 43 cenando leche con vodka). Me quedé porque vi a Alaska sentada sola, de espaldas a una ventana sucia por la lluvia. Tomé un plato rebosante de angú frito y me senté junto a ella.

—¡Dios mío!, parece que nunca va a terminar —comenté refiriéndome a la lluvia.

—Sin duda —contestó ella. El cabello mojado le caía tapándole gran parte de la cara. Yo comí un poco. Ella comió un poco.

—¿Cómo estás? —le pregunté por fin.

—No tengo ganas de contestar preguntas que empiecen con «Cómo», «Cuándo», «Dónde», «Por qué» o «Qué».

—¿Qué te pasa?

—Esa es una pregunta que empieza por qué. En este momento no estoy respondiendo «qués». Bueno. Me tengo que ir ya. —Infló los labios y exhaló con lentitud, como hace el Coronel cuando exhala humo.

—¿Qué...? —Me detuve y reformulé la frase—: ¿He hecho algo mal?

Recogió su bandeja y se levantó antes de contestar:

—Claro que no, encanto.

Su «encanto» sonaba condescendiente, no romántico, como si un niño que pasa por su primer tormento bíblico no pudiera de ninguna manera entender sus problemas, cualesquiera que estos fueran. Tuve que hacer un gran esfuerzo para no mirarla con desesperación, aunque ni se habría dado cuenta, cuando salió de la cafetería, con el pelo empapado cayéndole por la cara.

SETENTA Y SEIS DÍAS ANTES

—Me siento mejor —me dijo el Coronel el noveno día de lluvia cuando se sentó junto a mí en la clase de religión—. He tenido una epifanía. ¿Recuerdas la noche cuando entró en la habitación y se portó como una total y completa estúpida?

—Sí. La ópera. La corbata de flamencos.

—Exacto.

—¿Qué pasó esa noche?

El Coronel sacó una libreta de espiral, cuya mitad superior estaba empapada, y poco a poco separó las páginas hasta que encontró lo que buscaba.

—Esa es la epifanía, que ella es una total y completa estúpida.

Hyde entró cojeando, apoyando su peso en un bastón negro. Al acercarse a su silla, observó con sequedad:

—Mi pierna mala me está advirtiéndome de que a lo mejor llueve. Así que prepárense. —Se colocó frente a su silla, se inclinó hacia atrás con cuidado, la sujetó con ambas manos y se dejó caer sobre ella con una serie de respiraciones rápidas, poco profundas, como una mujer de parto—. Aunque no tendrán que entregarlo hasta dentro de dos meses, hoy les daré el tema para el trabajo de este semestre. A estas alturas, estoy seguro de que todos ustedes han leído el programa de estudios para esta clase con tanta frecuencia y seriedad que ya se lo habrán aprendido de memoria. —Sonrió burlón—. Pero les recuerdo una cosa: este trabajo cuenta el cincuenta por ciento de su evaluación. Les animo a que lo tomen en serio. Ahora, a propósito de Jesús...

Hyde habló sobre el Evangelio de San Marcos, que hasta el día anterior no lo había leído pese a ser cristiano. Supongo. Había ido a la iglesia como, eh, cuatro veces. Con más frecuencia que a una mezquita o a una sinagoga.

Nos dijo que en el siglo I, más o menos en la época de Jesús, algunas monedas romanas tenían la imagen del emperador Augusto y que bajo esa imagen estaban inscritas las palabras *Filius Dei*: «Hijo de Dios».

—Estamos hablando —explicó— de una época en la que los dioses tenían hijos. No era raro ser un hijo de Dios. El verdadero milagro, por lo menos en esa época y en ese lugar, era que Jesús, un campesino judío, un don nadie en un imperio gobernado exclusivamente por varios alguien, era el hijo de ese Dios: el Dios todopoderoso de Abraham y Moisés. El hijo de ese Dios no era un emperador, ni siquiera un rabino entrenado, sino un campesino y un judío. Un don nadie como ustedes. Mientras que el Buda era especial porque había abandonado su riqueza y su noble cuna para

buscar la iluminación, Jesús era especial porque carecía de riqueza y de noble cuna, pero había heredado la nobleza suprema: Rey de Reyes. La clase ha terminado. Pueden recoger una copia de su examen final a la salida. Resguárdense de la lluvia.

Cuando me levanté para irme me di cuenta de que Alaska no había ido a clase. ¿Cómo podía perderse la única materia que valía la pena? Tomé una copia del examen final para ella.

El examen final: «¿Cuál es la pregunta más importante que los seres humanos deberán responder? Elija su pregunta con cuidado y luego analice la manera como el islam, el budismo y el cristianismo intentan responderla».

—Espero que ese pobre diablo sobreviva al resto del año escolar —dijo el Coronel mientras corríamos a casa bajo la lluvia— porque estoy empezando a disfrutar de esta clase. ¿Cuál es tu pregunta más importante?

Después de treinta segundos corriendo, ya estaba cansado.

—¿Qué... nos sucede... cuando morimos?

—Dios, Gordo, si no dejas de correr, lo vas a averiguar pronto. —Redujo el paso.

—Mi pregunta es: ¿por qué a las personas buenas les tocan vidas de mierda? ¡Madre de Dios! ¿Es Alaska?

Corría hacia nosotros a toda velocidad gritando, pero no podía oírlo debido a la fuerte lluvia, hasta que estuvo tan cerca de nosotros que vi volar por el aire la saliva que escupía.

—Esos capullos han inundado mi habitación. ¡Me han destrozado al menos cien libros! ¡Malditos Guerreros Semaneros! ¡Hijos de mala madre! Coronel, han hecho un agujero en el tubo del canalón que corre por el techo y desde allí han conectado un tubo de plástico hasta la ventana posterior de

mi habitación. La habitación entera está inundada. Mi ejemplar de *El general en su laberinto* está completamente destrozado.

—Buen trabajo —admitió el Coronel, como un artista que admira el trabajo de otro.

—¿Qué?! —gritó Alaska.

—Perdón. No te preocupes, nena. —La tranquilizó—. Dios castigará a los malvados. Y antes de que Él lo haga, lo haremos nosotros.

SESENTA Y SIETE DÍAS ANTES

Así debió de sentirse Noé. Te levantas una mañana y Dios ya te ha perdonado; caminas con los ojos entornados todo el día porque se te ha olvidado cómo es el contacto de la luz del sol, tibia y áspera en tu piel, como un beso que te da tu padre en la mejilla, y el mundo entero aparece más brillante y limpio que nunca. Como si Alabama Central hubiera sido metida en una lavadora durante dos semanas y limpiada con detergente extrafuerte con abrillantador de colores, ahora el césped estaba más verde y los bufritos más crujientes.

Esa tarde permanecí cerca de las aulas de, tirado boca abajo sobre el césped recién seco y leyendo para la clase de historia de Estados Unidos un libro sobre la Guerra Civil o, como se la conoce en esta zona, la Guerra de los Estados. En mi opinión, esa guerra fue una fuente inagotable de últimas palabras. Como las que pronunció el general Albert Sidney Johnston, cuando le preguntaron si estaba herido: «Sí, y tengo miedo seriamente». O las de Robert E. Lee, quien, muchos años después de la guerra, anunció en un delirio de muerte: «¡Disparen a la tienda de campaña!».

Me preguntaba por qué los generales confederados tenían mejores últimas palabras que los de la Unión (la última palabra de Ulysses S. Grant

fue «Agua», lo que me parecía bastante tonto), cuando una sombra me tapó el sol. Llevaba tiempo sin ver una sombra y la verdad es que me sorprendió un poco. Miré hacia arriba.

—Te he traído algo de comer —dijo Takumi soltando una tarta de crema de avena sobre mi libro.

—Muy nutritiva —sonreí.

—Ya tienes la avena. Ya tienes la comida. Ya tienes la crema. Ya tienes la maldita pirámide nutricional.

—Sí, sin duda.

Luego ya no supe qué decir. Takumi sabía mucho sobre hip hop; yo sabía mucho sobre últimas palabras y videojuegos. Al fin dije:

—No puedo creer que esos chicos hayan inundado la habitación de Alaska.

—Sí —contestó Takumi sin mirarme—. Bueno, sus razones tendrían. No hay que olvidar que entre todos, incluso entre los Guerreros Semaneros, Alaska es famosa por sus trastadas. Sin ir más lejos, el año pasado metimos un Volkswagen dentro de la biblioteca. Así que si tienen una razón para adelantarse en una jugarreta, evidentemente lo van a intentar. Y lo de desviar el agua del canalón del techo a su habitación ha sido bastante ingenioso. No quiero que se me malinterprete...

—Sí, esa trastada será difícil de superar. —Me reí. Desenvolví la tarta de crema y le di un mordisco. Hummm... cientos de deliciosas calorías por bocado.

—Ya se le ocurrirá algo —dijo Takumi—. Gordo, hummm, Gordo, necesitas un cigarrillo. Vamos a caminar.

Me puse nervioso, como siempre me sucede cuando alguien dice mi nombre un par de veces con un «Hummm» intercalado. Pero me levanté,

dejé los libros y me dirigí al Agujero para fumar. Sin embargo, en cuanto llegamos al borde del bosque, Takumi se alejó del camino de tierra.

—No creo que el Agujero sea muy seguro —me advirtió.

«¿No es seguro? Es el lugar más seguro del universo para fumar un cigarrillo», pensé. Pero me limité a seguirlo entre el enramado, por un camino tortuoso rodeado de pinos y arbustos amenazantes a la altura del pecho. Al cabo de un rato, se sentó. Rodeé con la mano el encendedor para proteger la llama de la suave brisa y lo encendí.

—Alaska delató a Marya —espetó—. Así que el Águila puede saber de la existencia del Agujero para fumar. Nunca lo he visto por ahí, pero quién sabe qué le habrá dicho.

—Espera, ¿cómo sabes que fue Alaska? —pregunté dubitativo.

—Bueno, por un lado, por deducción. Y por otro, porque Alaska me lo confesó. O al menos me dijo parte de la verdad: que justo al final del año escolar, trató de salir de la escuela una noche después de que se apagaran las luces para visitar a Jake y la atraparon. Dijo que había sido cuidadosa: no llevaba las luces del coche encendidas ni nada, pero, aun así, el Águila la pilló; por si fuera poco, llevaba una botella de vino en el coche, así que estaba metida en muchos problemas. El Águila la llevó a su casa y le ofreció el mismo trato que a todos los que había atrapado con consecuencias fatales: «O me dices todo lo que sabes o te vas a tu habitación a hacer las maletas». Así que Alaska no tuvo más remedio que decirle que Marya y Paul estaban en ese momento borrachos en su habitación. Y quién sabe qué otras cosas más le dijo. El Águila la soltó porque necesita soplones que hagan su trabajo. Ella fue lista, en realidad, al delatar a una de sus amigas, porque nadie piensa jamás en culpar a sus amigos. Por eso el Coronel estaba tan seguro de que habían sido Kevin y sus chicos. Yo tampoco podía creer que fuera Alaska hasta que caí en la

cuenta de que era la única persona en la escuela que sabía lo que estaba haciendo en ese momento Marya. Yo sospechaba del compañero de cuarto de Paul, Longwell, uno de los chicos que te hizo lo de la sirena sin brazos. Resulta que él estaba en casa esa noche. Había muerto su tía. Vi el obituario en el periódico: Hollis Burnis Chase; qué nombre tan horrible para una mujer.

—Entonces, ¿el Coronel no lo sabe? —pregunté azorado. Apagué el cigarrillo, pese a no habérmelo terminado aún, porque me asusté. Jamás me habría imaginado que Alaska Young pudiera ser desleal. Con estados de ánimo cambiantes, sí. Pero jamás una soplona.

—No, y no lo puede saber, porque se volvería loco y haría que la expulsasen. Por si no te has dado cuenta, el Coronel se toma demasiado en serio todo eso del honor y la lealtad.

—Sí, me he dado cuenta.

Takumi sacudió la cabeza mientras con las manos apartaba las hojas para cavar la tierra aún húmeda por debajo.

—No sé por qué tendría miedo de que la expulsaran. A mí no me gustaría que me expulsaran, pero uno tiene que apechugar con lo que hace.

—Pues es evidente que no le gusta ir a su casa.

—Cierto. Solo va a su casa por Navidad y durante el verano, cuando Jake está allí. Pero de todos modos. A mí tampoco me gusta ir a casa. Pero nunca le daría al Águila la satisfacción.

Takumi levantó una ramita y la clavó en la tierra blanda y roja.

—No sé qué tipo de trastada están planeando Alaska y el Coronel para zanjar este asunto, pero estoy seguro de que nosotros dos estaremos involucrados. Te lo digo para que sepas dónde estás metido, porque tendrás que apechugar con las consecuencias.

Pensé en Florida, en mis «amigos de la escuela», y por primera vez fui

consciente de cuánto echaría de menos el Creek si tuviera que dejarlo. Miré la ramita erguida de Takumi clavada en el lodo y prometí:

—Juro por Dios que no diré nada.

Por fin entendí lo que había sucedido ese día en el Jurado: Alaska quería demostrarnos que podíamos confiar en ella. Sobrevivir en Culver Creek significaba lealtad y eso ella lo había ignorado. Por eso me había enseñado cómo demostrarlo. Ella y el Coronel cargaron solos con las culpas para demostrarme cómo se hacía, para que supiera qué hacer cuando llegara el momento.

CINCUENTA Y OCHO DÍAS ANTES

Una semana después me desperté a las 6.30 —¡a las 6.30 un sábado!— con la dulce melodía de *Decapitation*: una ráfaga automática de disparos sobre la música amenazante y pesada de fondo del videojuego. Rodé hacia un lado y vi a Alaska mover el mando arriba y a la derecha, como si eso fuera a ayudarla a escapar de la muerte. Yo tenía ese mismo mal hábito.

—Por lo menos podrías jugar en silencio, ¿no?

—Gordo —dijo condescendiente—, el sonido es parte integral de la experiencia artística de este videojuego. Silenciar *Decapitation* sería como leer una palabra sí y otra no de *Jane Eyre*. El Coronel hace una media hora que se ha despertado. Parecía un poco enfadado, así que le he dicho que se fuera a dormir a mi habitación.

—Quizá yo haga lo mismo —dije adormilado.

En vez de responderme, comentó:

—Oí lo que Takumi te dijo. Sí, yo delaté a Marya y lo siento. Nunca más lo volveré a hacer. Y ahora, cambiando de tema, ¿pasarás el día de Acción de Gracias aquí? Porque yo sí.

Me di la vuelta hacia la pared y me tapé la cabeza con el edredón. No sabía si confiar en Alaska, pues sin duda ya había tenido suficientes muestras de su carácter impredecible: fría un día, dulce al siguiente, irresistiblemente coqueta en un momento, insoportablemente odiosa en otro. Prefería al Coronel: al menos, si estaba de malas siempre tenía una razón para ello.

Como una muestra del poder de la fatiga, me las ingeníé para dormirme rápido, convencido de que los alaridos de los monstruos al morir y los chillidos de placer de Alaska al matarlos no eran más que una banda sonora agradable con la que soñar. Me desperté media hora después, cuando se sentó en mi cama, con su trasero contra mi cadera. «Nos separan su ropa interior, sus vaqueros, el edredón, mis pantalones de pana y mis bóxers», pensé. Cinco capas de tela, y aun así sentí la calidez nerviosa del roce, un reflejo pálido de los fuegos artificiales de una boca sobre otra, pero un reflejo al cabo. Y en la fugacidad del momento, me importó al menos lo suficiente. No estaba seguro de si me caía bien y dudaba si confiar en ella o no, pero al menos me importaba lo suficiente para tratar de averiguarlo. Ella en mi cama y sus grandes ojos verdes mirándome con detenimiento. El misterio perdurable de su sonrisa traviesa, casi burlona. Cinco capas nos separaban.

Continuó hablando como si yo no estuviera dormido.

—Jake tiene que estudiar. Así que no quiere que vaya a Nashville. Dice que no puede prestar atención a la musicología mientras me mira. Le dije que me pondría un burka, pero no lo convencí, de modo que me quedaré aquí.

—Lo siento —dije.

—No, no importa. Tengo mucho que hacer. Tengo que planear una

trastada. Sin embargo, estaba pensando que tú también tendrías que quedarte aquí. De hecho, he escrito una lista.

—¿Una lista?

Metió la mano en el bolsillo y sacó una hoja de cuaderno muy doblada y comenzó a leer:

—«Lista de razones por las que el Gordo debería quedarse en el Creek para el día de Acción de Gracias, por Alaska Young».

»Uno. Porque es un alumno muy concienzudo. El Gordo ha sido privado de muchas experiencias maravillosas en Culver Creek, incluidas pero sin limitarse a: *a)* beber vino conmigo en el bosque, *b)* levantarse temprano un sábado para desayunar en McIncomible y luego conducir por el área metropolitana de Birmingham fumando cigarrillos y comentando cuán patética y aburrida es el área metropolitana de Birmingham, *c)* salir de noche y tumbarse sobre el campo de fútbol húmedo por el rocío y leer un libro de Kurt Vonnegut a la luz de la luna.

»Dos. Aunque no sobresale en la enseñanza de la lengua francesa, madame O'Malley ciertamente hace un relleno delicioso e invita a todos los alumnos que se quedan en la escuela a la cena de Acción de Gracias. Eso, por lo regular, se reduce a mí y al alumno surcoreano de intercambio. Pero no importa, a buen seguro el Gordo será bienvenido.

»Tres. En realidad no tengo un Tres, pero Uno y Dos son lo suficientemente buenos.»

Uno y Dos sin duda me resultaban atractivos, pero sobre todo me gustaba la idea de estar solo ella y yo en la escuela.

—Hablaré con mis padres cuando despierten —le dije.

Me persuadió para que me fuera al sofá y jugamos juntos a *Decapitation* hasta que de pronto soltó el mando.

—No estoy coqueteando. Solo estoy cansada —se justificó quitándose a

patadas las chanclas.

Luego subió los pies al sofá de espuma, los escondió detrás de un cojín, y se arrimó a mí para apoyar la cabeza en mi regazo. Mis pantalones de pana. Mis bóxers. Dos capas. Podía notar la calidez de su mejilla sobre mi muslo.

A veces es apropiado, incluso preferible, tener una erección cuando el rostro de alguien está muy cerca de tu pene.

Pero esta no era una de esas veces.

Así que dejé de pensar en las capas y la calidez, encendí la televisión en silencio y me concentré en *Decapitation*.

A las 8.30 apagué el juego y me aparté de Alaska. Ella se volvió, todavía dormida. Las rayas de mis pantalones de pana se habían marcado en su mejilla.

Por lo general solía llamar a mis padres los domingos por la tarde, así que cuando mi madre oyó mi voz, de inmediato dio un respingo.

—¿Qué pasa, Miles? ¿Estás bien?

—Sí, mamá, estoy bien. Estaba pensando, si estáis de acuerdo, en quedarme aquí el día de Acción de Gracias. Muchos de mis amigos se van a quedar (mentira) y tengo mucho trabajo que hacer (doble mentira). No tenía ni idea de que las clases iban a ser tan difíciles, mamá (verdad).

—Ay, cariño. Te echamos mucho de menos. Y un gran pavo de Acción de Gracias te está esperando, junto con toda la salsa de arándanos que puedas comer.

Yo odiaba la salsa de arándanos, pero por alguna razón mi madre persistía en la idea de que era mi comida favorita, a pesar de que todos los días de Acción de Gracias, año tras año, la apartaba en mi plato amablemente.

—Lo sé, mamá. Yo también os echo mucho de menos. Pero quiero que

las cosas me vayan bien aquí (verdad) y, además, es muy agradable tener, en fin, amigos (verdad).

Sabía que al sacar a colación lo de los amigos la convencería. Y lo logré. Así que me dio su bendición para quedarme en la escuela, no sin antes prometerle que pasaría cada minuto de las vacaciones de Navidad con ellos (como si tuviera otros planes).

Me pasé toda la mañana delante del ordenador, alternando el trabajo de religión con el de inglés. Faltaban solo dos semanas de clases antes de los exámenes —la siguiente y la posterior al día de Acción de Gracias—, y hasta ahora, la mejor respuesta personal que se me ocurría a «¿Qué le sucede a la gente después de morir?» era «Bueno, algo. Quizá...».

El Coronel llegó a mediodía con su grueso libro de matemáticas avanzadas acunado en sus brazos.

—Acabo de ver a Sara —dijo.

—¿Y cómo te ha ido?

—Mal. Me ha dicho que todavía me quiere. ¡Dios mío! «Te quiero» es la droga de escape cuando se termina una relación. Decir «Te quiero» mientras uno cruza el círculo de dormitorios inevitablemente te lleva a responder «Te quiero». Así que he salido corriendo.

Me reí.

El Coronel sacó un cuaderno y se sentó a su escritorio.

—Sí. Ja, ja. Alaska me ha dicho que te quedas.

—Sí. De todos modos, me siento un poco culpable por dejar a mis padres tirados.

—Sí, bueno. Ojalá no te quedes con la esperanza de montártelo con Alaska. Si la desamarras del ancla que es Jake sería un drama. Y, por regla general, me gusta evitar los dramas.

—No me quedo por que quiera montármelo con ella.

—Espera. —Tomó un lápiz y se puso a garabatear en el papel a toda velocidad, como si acabara de tener una revelación matemática y luego me miró—. Acabo de hacer algunos cálculos y he podido determinar que eso es puro cuento.

Y estaba en lo cierto. ¿Cómo podía dejar tirados a mis padres, que me querían lo suficiente para pagar mi educación en Culver Creek? ¿A mis padres, que siempre me habían querido, solo porque me gustaba una chica que tenía novio? ¿Cómo podía dejarlos solos con un gigantesco pavo y mares de salsa incomible de arándanos? Así que, en el tercer descanso, llamé a mi madre al trabajo. Supongo que quería que me dijera que estaba bien, que me quedara en el Creek para Acción de Gracias, pero lo que no me esperaba era que me dijera, llena de emoción, que mi padre y ella habían comprado billetes de avión para ir a Inglaterra después de mi llamada y que planeaban pasar Acción de Gracias en un castillo en su segunda luna de miel.

—Ah, eso... eso es sensacional —dije, y luego colgué lo más rápido que pude porque no quería que me oyera llorar.

Creo que Alaska me oyó cuando colgué bruscamente desde su cuarto porque abrió la puerta justo cuando me di la vuelta, pero no comentó nada. Caminé por el círculo de dormitorios y luego atravesé el campo de fútbol para abrirme camino por el bosque hasta que llegué a orillas del arroyo Culver, un poco más allá del puente. Me senté sobre una piedra, con los pies hundidos en la tierra oscura del lecho del arroyo, y lancé piedrecitas al agua clara; el agua era poco profunda y estas aterrizaban con un sonido vacío, plop, apenas audible sobre el rumor del arroyo conforme danzaba en su camino hacia el sur. La luz se filtraba por las hojas de los árboles y las

agujas de los pinos como si fuera un encaje; el suelo estaba manchado de sombras.

Pensé en las cosas que echaba de menos de mi casa: el estudio de mi padre con sus librerías empotradas, del suelo al techo; los estantes combados por los gruesos tomos de las biografías, y la silla negra de cuero que era lo bastante incómoda para no quedarme dormido mientras leía. Era estúpido sentirme tan desilusionado. Era yo quien los había abandonado a ellos, pero me sentía como si hubiera sido al revés. Aun así, estaba triste, sin lugar a dudas.

Miré hacia el puente y vi a Alaska sentada en una de las sillas azules del Agujero para fumar. A pesar de que quería estar solo, dije:

—Hey. —Y al ver que no se volvía hacia mí, le grité—: ¡Alaska! —Se acercó.

—Te estaba buscando —dijo al sentarse junto a mí en la roca.

—Hey.

—Lo siento mucho, Gordo —dijo, y me abrazó apoyando la cabeza en mi hombro.

Pensé que ni siquiera sabía lo que me había ocurrido, pero de cualquier modo sonaba sincera.

—¿Qué voy a hacer?

—Pasar Acción de Gracias conmigo, tonto. Aquí.

—¿Y por qué no te vas a casa en vacaciones? —le pregunté.

—Porque me dan mucho miedo los fantasmas, Gordo. Y mi casa está llena de fantasmas.

CINCUENTA Y DOS DÍAS ANTES

Después de que todos se hubieran ido; después de que llegara la madre del

Coronel en un coche destartalado con una puerta trasera que se abría para arriba y de que él lanzara su gigantesca bolsa de lona en el asiento de atrás; después de que dijera: «No se me dan bien las despedidas; te veo dentro de una semana; no hagas nada que no haría yo»; después de que una limusina verde recogiera a Lara, cuyo padre era el único doctor de un pequeño pueblo del sur de Alabama; después de acompañar a Alaska en una inquietante salida al aeropuerto (de esas de para-qué-necesitamos-frenos) para dejar a Takumi; después de que la escuela se sumiera en una quietud espectral, sin portazos, sin música, sin risas, sin gritos; después de todo eso:

Nos dirigimos al campo de fútbol y ella me llevó al borde donde empieza el bosque. Recorrimos el mismo camino que hice cuando me lanzaron al lago. Bajo la luna llena, se podía ver su silueta y la curva que se dibujaba de su cintura a las caderas en la sombra. Al cabo de un rato se detuvo y dijo:

—Cava.

—¿Que cave?

—Cava.

Así seguimos un rato, hasta que me arrodillé y cavé en la suave tierra negra del borde del bosque. Antes de que cavara más profundo, mis dedos rasguñaron vidrio y escarbé alrededor hasta que saqué una botella de vino rosado, Strawberry Hill, una bebida que supongo que, si no hubiera sabido a vinagre con un toque de jarabe de arce, habría hecho honor a su nombre y habría sabido a fresas.

—Tengo un carnet falso —me explicó—, pero es una mierda. Por eso, cada vez que voy a la licorería trato de comprar diez botellas de esto y un poco de vodka para el Coronel. Así, cuando funciona, tengo suficiente para un semestre. Luego le doy al Coronel su vodka y él lo guarda donde quiere. Y yo cojo lo mío y lo entierro.

—Porque eres una pirata.

—Sí, compañero. Precisamente. Pero el consumo de vino se ha incrementado este semestre, por lo que será necesario hacer un viaje mañana. Esta es la última botella. —Le quitó el tapón (no había corcho), dio un sorbo y me la pasó—. No te preocupes por el Águila esta noche. Está feliz de que casi todo el mundo se haya ido. Probablemente se esté masturbando por primera vez en un mes.

Sus palabras me preocuparon momentáneamente, y agarré la botella por el cuello sin beber; quería confiar en ella, y lo hice. Tomé un trago y, en cuanto me lo tragué, mi cuerpo rechazó el jarabe punzante del licor. Sentí cómo me subía por el esófago, pero tragué con fuerza y lo conseguí. Estaba bebiendo dentro de la escuela.

Nos recostamos en el campo de hierba alta, entre el campo de fútbol y el bosque. Nos pasábamos alternativamente la botella e inclinábamos nuestras cabezas para sorber el vino provocador de muecas. Como había prometido en su lista, me trajo un libro de Kurt Vonnegut, *Cuna de gato*, que me leyó en voz alta. Su voz suave se mezclaba con el croar de las ranas y los saltos de los grillos que aterrizaban suavemente a nuestro alrededor. No oía tanto sus palabras como la cadencia de su voz. Era evidente que había leído el libro muchas veces antes, pues lo leía sin cometer errores y con confianza, y podía oír su sonrisa al leerlo. El sonido de su sonrisa me indujo a pensar que quizá las novelas me gustarían más si Alaska Young me las leyera. Después de un rato, bajó el libro y yo me sentí mareado pero no borracho. La botella reposaba entre nosotros, mi pecho tocaba la botella y su pecho tocaba la botella, pero nosotros no nos tocábamos. Puso una mano en mi pierna.

Su mano, justo encima de mi rodilla. La palma, lisa y suave, contra mis vaqueros. Su dedo índice dibujaba círculos lentos, perezosos, que se dirigían al interior de mi muslo. Una capa entre nosotros. ¡Dios mío! ¡Vaya

si la deseaba! Tumbados en la hierba alta y quieta, bajo el cielo borracho de estrellas, escuchábamos solo el casi-imperceptible-sonido de su respiración rítmica y el silencioso ruido del croar de las ranas, las alas de los saltamontes, los coches distantes que pasaban sin cesar por la carretera I-65. Pensé que sería un buen momento para decir las «dos palabras». Y me preparé para pronunciarlas al mirar la noche estrellada, convencido de que ella las sentía también, que su mano tan viva y vivaz en mi pierna era más que juguetona, que a la mierda Lara, que a la mierda Jake, porque yo sí te quiero, Alaska Young, y qué más importaba aparte de eso. Mis labios se separaron para hablar y antes de que pudiera empezar a pronunciar las palabras, dijo ella:

—El laberinto no es la vida o la muerte.

—Ah. Entonces ¿qué es?

—Sufrimiento —respondió—. Hacer el mal y que te sucedan cosas malas. Ese es el problema. Bolívar hablaba sobre el dolor, no sobre los vivos y la muerte. ¿Cómo te escapas del laberinto del sufrimiento?

—¿Qué pasa? —pregunté. Y ya no sentí su mano sobre mí.

—No pasa nada. Pero siempre hay sufrimiento, Gordo. Deberes, malaria, tener un novio que vive lejos cuando estás tumbada junto a un chico atractivo. El sufrimiento es universal. Es aquello de lo que se preocupan por igual budistas, cristianos y musulmanes.

Me volví hacia ella.

—Ah, entonces la clase del doctor Hyde no es pura bazofia.

Los dos estábamos tumbados de lado. Ella sonrió y nuestras narices casi se tocaron. Mis ojos sin parpadear sobre los suyos. Su rostro enrojecido por el vino. Abrí la boca de nuevo, pero esta vez no para hablar, y ella alzó la mano, me puso un dedo en los labios y dijo:

—Chis, chis. No lo estropees.

CINCUENTA Y UN DÍAS ANTES

La mañana siguiente no oí los golpes en la puerta, si es que los hubo. Solo oí:

—¡Arriba! ¿Sabes qué hora es?

Miré el reloj y murmuré atontado:

—Son las siete y treinta y seis.

—No, Gordo. ¡Es hora de la fiesta! Solo nos quedan siete días antes de que regresen todos. ¡Oh, Dios! Ni siquiera te puedo decir cuánto me alegra que estés aquí conmigo. El año pasado me pasé todas las vacaciones fabricando una vela gigante con la cera de todas mis velitas. Qué aburrimiento. Conté los mosaicos del techo. Sesenta y siete de arriba abajo. Ochenta y cuatro de derecha a izquierda. ¡Eso sí que es sufrimiento! En realidad una tortura absoluta.

—Estoy cansado de verdad. Yo... —protesté, y ella me interrumpió.

—Pobrecito Gordo. Uy, pobrecito Gordo. ¿Quieres que me meta contigo en la cama y te abrace?

—Bueno, si te me estás ofreciendo...

—¡NO! ¡ARRIBA! ¡AHORA!

Me llevó entonces a la parte posterior del edificio de dormitorios de los Guerreros Semaneros, de la 50 a la 59. Se detuvo justo enfrente de una ventana, luego colocó las palmas de las manos contra esta, la empujó hasta que estuvo medio abierta y se metió dentro. Yo la seguí.

—¿Qué ves, Gordo?

Vi una habitación, las mismas paredes de hormigón, las mismas dimensiones, incluso la misma distribución que la mía. Su sofá era más bonito y tenían una verdadera mesa de café en vez de una MESA PARA CAFÉ. Había dos pósters en la pared. En uno había un gigantesco montón de

billetes de cien dólares con el título EL PRIMER MILLÓN ES EL MÁS DIFÍCIL. Y en la pared opuesta había un póster con un Ferrari rojo.

—Esto... veo un dormitorio.

—No estás mirando, Gordo. Cuando yo entro en tu habitación, veo a un par de chicos a los que les encantan los videojuegos. Cuando veo mi habitación, veo a una chica a la que le encantan los libros. —Se acercó al sofá y levantó una botella de refresco—. Mira esto. —La señaló y vi que la botella de plástico estaba medio llena con un líquido marrón nauseabundo. Escupitajos de rapé—. Así que mastican rapé. Y por lo que se ve no son muy higiénicos al hacerlo. Así que seguro que no les importará si nos meamos en sus cepillos de dientes. No les importará mucho, seguro. Mira. Dime lo que les gusta a estos tíos.

—Les encanta el dinero —dije señalando el cartel. Ella alzó las manos en un gesto de desesperación.

—A todos ellos les encanta el dinero, Gordo. Bueno, asómate al baño. Dime lo que ves allí.

El juego empezaba a molestarme, pero entré en el baño mientras ella se sentaba en el acogedor sofá. Junto a la ducha encontré una docena de botellas de champú y acondicionador. En el botiquín de medicinas había una botella cilíndrica de algo llamado Rewind. La abrí: el gel azulado olía a flores y a alcohol, como un salón de belleza elegante. (Bajo el lavabo también encontré un bote de vaselina tan grande que solo podía tener un uso, pero no quise pensar en ello.) Regresé a la habitación y dije entusiasmado:

—Les encanta su pelo.

—¡Exacto! —gritó—. Mira en la litera de arriba. —Colocada peligrosamente en la delgada cabecera de madera de la cama, había una botella de gel STAWET—. Como imagino que ya supondrás, Kevin no se

despierta con los pelos erizados como púas, Gordo. Se esmera para conseguir ese look. Le encanta llevar el pelo así. Dejan aquí estos productos para el pelo, Gordo, porque tienen repuestos en casa. Todos estos chicos lo hacen. ¿Sabes por qué?

—¿Para compensar sus penes pequeños? —pregunté.

—Ja, ja. No. Son machos imbéciles. Aman su cabello porque no son lo bastante listos para amar algo más interesante. Así que vamos a golpearles donde más les duele: el cuero cabelludo.

—Valeee —dije, no muy convencido de cómo hacerle trastadas al cuero cabelludo de alguien.

Ella se puso de pie, caminó hacia la ventana y se inclinó para salir.

—No me mires el culo —me pidió, así que miré su culo que se desbordaba a partir de su delgada cintura.

Sin esfuerzo dio una voltereta para salir por la ventana medio abierta. Yo opté por sacar primero los pies, y una vez que puse los pies en tierra, impulsé la parte superior del cuerpo para sacarlo por la ventana.

—Bueno —afirmó—, esto ha parecido difícil. Vamos al Agujero a fumar.

Arrastró los pies para levantar la tierra seca color naranja de camino al puente, dando la impresión de esquiar campo a través en lugar de caminar. Conforme seguíamos el casi sendero desde el puente hasta el Agujero, se dio la vuelta, me miró y se detuvo.

—Me pregunto dónde puede conseguirse tinte azul extrafuerte. — Y sostuvo la rama de un árbol para que yo pasara.

CUARENTA Y NUEVE DÍAS ANTES

Dos días después, lunes, el primer día de vacaciones de verdad, pasé la

mañana haciendo el trabajo de religión y fui a la habitación de Alaska por la tarde. Estaba leyendo en la cama.

—Auden —anunció—. ¿Cuáles fueron sus últimas palabras?

—No sé. Nunca lo había oído antes.

—¿Nunca lo habías oído antes? Pobrecito niño ignorante. Mira, lee esta línea. —Me acerqué y miré donde marcaba su dedo índice.

—«Amarás a tu vecino desviado / Con tu corazón desviado» —leí en voz alta.

—Sí. Eso está muy bien —dije.

—¿Muy bien? Y también los bufritos están muy bien. Y el sexo es muy divertido. Y el sol calienta mucho. ¡Dios mío!, dice tanto sobre el amor y el dolor... Es perfecto.

—Ajá —asentí sin entusiasmo.

—Eres un caso sin remedio. ¿Quieres ir a por pornografía?

—¿Qué?

—No podemos amar a nuestros vecinos hasta que no sepamos cuán desviados están sus corazones. ¿Qué?, ¿no te gusta la pornografía? —preguntó sonriendo.

—Hummm... —contesté. En realidad no había visto mucha pornografía, pero la idea de verla con Alaska tenía cierto atractivo.

Empezamos en el edificio de dormitorios a partir de la habitación número 50 y nos fuimos en sentido contrario alrededor del hexágono. Ella empujaba las ventanas traseras mientras yo miraba para todos lados para asegurarme de que nadie anduviera cerca.

Yo nunca había entrado en las habitaciones de otras personas. Después de tres meses, conocía a casi todos; pero normalmente hablaba con muy pocos: básicamente, con el Coronel, Alaska y Takumi. Sin embargo, en unas cuantas horas conocí bastante bien al resto de mis compañeros.

Wilson Carbod, el pívot de los Nadas de Culver Creek, tenía hemorroides, o al menos crema para hemorroides guardada en el cajón inferior de su escritorio. Chandra Kilers, una chica bonita a la que le gustaban demasiado las matemáticas y que Alaska creía sería la futura novia del Coronel, coleccionaba muñecos Cabbage Patch. Con esto no quiero decir que los coleccionara desde que tenía cinco años. Los coleccionaba ahora: tenía decenas de muñecos Cabbage Patch —negros, blancos, latinos, asiáticos, niños y niñas, bebés vestidos como granjeros y como hombres de negocios exitosos—. Una Guerrera Semanera de último curso, Holly Moser, dibujaba autorretratos desnudos al carboncillo, reflejando sus rotundas formas en todo su esplendor.

Me dejó estupefacto ver la cantidad de gente que tenía alcohol. Incluso los Guerreros Semaneros, que van a casa todos los fines de semana, tenían cerveza y licor escondido por todas partes: desde en las cisternas del váter hasta en el fondo de las cestas de ropa sucia.

—¡Dios mío!, podía haber delatado a cualquiera —dijo Alaska despacio al sacar un botellón de más de un litro de licor de malta Magnum del armario de Longwell Chase. No pude evitar preguntarme por qué había elegido a Paul y a Marya.

Alaska averiguó los secretos de todos tan rápido que sospeché que ya lo había hecho antes, pero los que no sabía con toda seguridad eran los de Ruth y Margot Blowker, hermanas gemelas de noveno que eran nuevas y parecían incluso menos sociables que yo. Después de meterse a rastras en su habitación, Alaska miró a los lados un segundo y luego se acercó a la estantería. Le echó una rápida ojeada y sacó la versión autorizada de la Biblia junto con una botella morada de una cubitera para vino Maui Wowie.

—¡Qué listas! —dijo mientras le quitaba el tapón. Se lo bebió de dos tragos largos y proclamó—: ¡Maui WOWIE!

—¡Sabrán que has estado aquí! —grité.

Abrió los ojos de par en par.

—¡Oh, no, tienes razón, Gordo! —exclamó—. ¡A lo mejor van y le dicen al Águila que alguien les ha robado su cubitera para el vino! —Se rió y se inclinó por la ventana, lanzando la botella vacía al césped.

Encontramos bastantes revistas porno metidas debajo de los colchones y los somieres. Resultó que a Hank Walsten sí le gustaba otra cosa aparte del baloncesto y la marihuana: la revista *Juggs*. Pero no encontramos ninguna película hasta llegar a la habitación 32, ocupada por un par de chicos de Mississippi llamados Joe y Marcus. Venían con nosotros a clase de religión y a veces se sentaban con el Coronel y conmigo a la hora de comer, pero realmente no los conocía bien.

Alaska leyó el título en la carátula del vídeo:

—*Las zorras de Madison County*. Bueno. ¿No es encantador?

Corrimos hasta la sala de televisión, cerramos las persianas y la puerta con llave, y vimos la película. Empezaba con una mujer sobre un puente con las piernas abiertas, mientras un tipo, arrodillado frente a ella, le practicaba sexo oral. No había tiempo para el diálogo, supuse. Para cuando empezaron a hacerlo, Alaska estalló en un ataque de indignación justificada:

—No hacen que el sexo parezca divertido para las mujeres. La chica solo es un objeto. ¡Mira! ¡Mira eso!

Huelga decir que yo ya estaba mirando. Ahora aparecía una mujer a gatas mientras un tipo se arrodillaba detrás de ella, repitiendo: «Sí, sí», al tiempo que gemía, pese a que sus ojos color marrón estaban en blanco y mostraban su falta de interés. Yo no podía evitar tomar nota mentalmente: «Manos en sus hombros. Rápido, pero no demasiado, porque si no acaba en un pispás. Mantén tus gemidos a raya».

Como si me estuviera leyendo el pensamiento, Alaska dijo:

—Por Dios, Gordo. Nunca lo hagas así de duro. Eso dolería. Parece una tortura. ¿Y todo lo que ella puede hacer es quedarse quieta y aguantar? Esos dos no son un hombre y una mujer. Son un pene y una vagina. ¿Qué tiene de erótico eso? ¿Dónde están los besos?

—A tenor de las posturas, creo que en este momento no se pueden besar —observé.

—Eso es justo lo que digo. Tan solo por la manera como lo hacen, son tratadas como objetos. ¡Él ni siquiera puede verle la cara a ella! Esto es lo que les sucede a muchas mujeres, Gordo. Esa mujer es la hija de alguien. Esto es lo que nos hacéis hacer por dinero.

—Bueno, yo no —me defendí—. Me refiero a que, técnicamente, no. Yo no, bueno, yo no produzco películas porno.

—Mírame a los ojos y dime que esto no te pone cachondo, Gordo.

No pude hacerlo. Se rió. Está bien, dijo. Era sano. Luego se levantó, paró la cinta, se tumbó boca abajo en el sofá y murmuró algo.

—¿Qué has dicho? —Me acerqué a ella y coloqué mi mano en la parte baja de la espalda.

—Chiss. Estoy durmiendo.

Así tal cual. De cien kilómetros por hora a dormirse en un nanosegundo. Yo quería acostarme junto a ella en el sofá, abrazarla y dormir. No follar, como en esas películas. Ni siquiera practicar sexo. Solo dormir juntos, en el sentido más inocente de la expresión. Pero me faltaba valor, y ella tenía novio, y yo era torpe, y ella era preciosa, y yo era un aburrido sin remedio, y ella era fascinante hasta el infinito. Así que regresé a mi habitación y me dejé caer sobre la litera, pensando que, si las personas fueran lluvia, yo sería llovizna y ella, un huracán.

CUARENTA Y SIETE DÍAS ANTES

El miércoles por la mañana, desperté con la nariz tapada y me encontré con una Alabama completamente nueva, fresca y fría. Al caminar hacia la habitación de Alaska, el césped escarchado del círculo de dormitorios crujía bajo mis zapatos. No es habitual ver escarcha en Florida, y yo saltaba como si pisara plástico de burbujas. Crunch. Crunch. Crunch.

Alaska tenía en la mano una vela verde encendida boca abajo. Dejaba caer la cera sobre un volcán casero, tan grande que parecía un proyecto de ciencias naturales de secundaria en tecnicolor.

—Cuidado, no te quemes —la advertí cuando la llama ascendía hacia su mano.

—La noche cae rápido. Hoy está en el pasado —dijo sin levantar la vista.

—Espera, yo he leído eso antes. ¿De quién es?

Con la mano libre, me lanzó un libro. Cayó a mis pies.

—Es un poema de Edna St. Vincent Millay. ¿La has leído? Me sorprendes.

—¡Oh! Leí su biografía, aunque no tengo sus últimas palabras. Eso me amargó un poco. Todo lo que recuerdo es que tenía mucho sexo.

—Lo sé. Es mi heroína —dijo Alaska sin ironía. Me reí, pero no se dio cuenta—. ¿No te parece raro que disfrutes más de las biografías de los grandes escritores que de sus obras?

—¡No! —exclamé—. Que fueran personas interesantes no significa que me interese oír sus reflexiones sobre la noche.

—Habla de la depresión, tontaina.

—¡Aaah! ¿De veras? Bueno, entonces es brillante —respondí.

—Bueno —suspiró—. La nieve puede estar cayendo en el invierno de mi descontento, pero al menos tengo un acompañante sarcástico. Siéntate, ¿quieres?

Me senté junto a ella con las piernas cruzadas y nuestras rodillas se tocaron. Alaska sacó de debajo de la cama una caja transparente de plástico llena de velas. La contempló un segundo y luego me pasó una vela blanca y un encendedor.

Pasamos toda la mañana encendiendo velas y, de vez en cuando, encendiendo cigarrillos con las velas, no sin antes enrollar una toalla bajo la puerta. A lo largo de dos horas, añadimos treinta centímetros a la cima de su volcán policromo de velas.

—El monte Santa Helena sobre ácido —dijo.

A las 12.30 del mediodía, después de suplicarle dos horas que me llevara al McDonald's, Alaska decidió que era hora de comer. Al encaminarnos hacia el aparcamiento de alumnos, vi un coche extraño. Un pequeño coche verde. Un coche cuya puerta posterior se abría hacia arriba. «¿Dónde he visto antes este coche?», me pregunté. Luego el Coronel saltó fuera y corrió hacia nosotros.

En vez de saludar con un «Hola» dijo:

—Me han dado instrucciones de invitaros a la cena de Acción de Gracias en Chez Martin.

Alaska me susurró algo al oído, yo me reí y contesté:

—Me han dado instrucciones de aceptar tu invitación. —Nos dirigimos a la casa del Águila, le dijimos que íbamos a comer pavo al estilo campamento de remolques y nos fuimos en el coche.

El Coronel nos lo explicó durante el viaje de dos horas en coche hacia el sur. Yo iba apretado en el asiento de atrás, porque Alaska había decidido sentarse delante, mirando hacia atrás. Ella solía conducir, pero cuando no lo hacía, era la reina del mundo sentándose mirando hacia atrás. La madre del Coronel se enteró de que nos habíamos quedado en la escuela y no soportó

la idea de dejarnos sin familia para Acción de Gracias. Al Coronel no parecía entusiasmarle la idea:

—Voy a tener que dormir en una tienda de campaña —dijo, y yo me reí.

Al final sí que tuvo que dormir en una tienda de campaña, de color verde, para cuatro personas y con forma de medio huevo, pero en definitiva una tienda de campaña. La madre del Coronel vivía en un remolque, de los que suelen ir tirados por un camión tipo *pickup*, salvo que era bastante viejo, se desmoronaba sobre sus bloques de hormigón y probablemente no habría podido conectarse a un camión sin romperse. Ni siquiera era un remolque muy alto. Yo apenas podía estar de pie sin rozar el techo. Y entonces entendí por qué el Coronel era bajo: no podía permitirse el lujo de ser más alto. En realidad, el remolque estaba compuesto por una sola habitación larga, con una cama grande al frente, una pequeña cocina, una sala de estar en la parte de atrás y un baño pequeño, tan pequeño que, para bañarte, tenías que sentarte en el váter.

—No es mucho —nos dijo la madre del Coronel («Dolores, no señora Martin»)—, pero al menos cenaréis un pavo del tamaño de la cocina —añadió riéndose.

Después del pequeño recorrido por la casa, el Coronel nos condujo fuera de inmediato y caminamos por el barrio, que consistía en una serie de remolques y casas rodantes sobre caminos de tierra.

—Bueno, ahora podéis entender por qué odio a los ricos. —Y en efecto, lo entendimos. No podía imaginar cómo había crecido el Coronel en un lugar tan reducido. El remolque entero era más pequeño que nuestro dormitorio. No sabía qué decirle para que se sintiera menos avergonzado.

—Lo siento si os he hecho sentir os incómodos —se disculpó—. Sé que seguramente os parece muy raro.

—A mí no —declaró Alaska.

—Bueno, tú no vives en un remolque —le contestó.

—El pobre es pobre.

—Supongo —convino el Coronel.

Alaska decidió ayudar a Dolores a preparar la cena. Dijo que era sexista dejar las tareas de la cocina a las mujeres, pero que, aun así, era mejor tener una buena comida sexista que una porquería de comida preparada por chicos. Así que el Coronel y yo nos sentamos en el sofá cama de la sala a jugar a videojuegos y hablar sobre la escuela.

—Ya he acabado el trabajo de religión. Solo me queda pasarlo a tu ordenador cuando regresemos. Creo que estoy preparado para los exámenes finales, lo que es fantástico porque tenemos una tras-fa ta-fa da-fa que hacer.

—¿Tu madre no entiende el lenguaje de las efes?

—No, si hablo rápido. Pero por Dios, cállate.

La comida, a base de angú frito, mazorcas de maíz al vapor y carne de res cocida a fuego lento, tan tierna que se desprendía del tenedor de plástico, me convenció de que Dolores era mejor cocinera incluso que Maureen. El angú de Culver Creek tenía menos grasa y era más crujiente. Dolores también era la madre más graciosa que había conocido nunca. Cuando Alaska le preguntó en qué trabajaba, ella sonrió y luego dijo:

—Soy ingeniera culinaria. Lo que viene a significar cocinera de platos rápidos en la Casa de Gofres.

—La mejor Casa de Gofres de Alabama.

El Coronel sonrió y me di cuenta de que para nada estaba avergonzado de su madre. Solo temía que nos comportáramos como pijos condescendientes de internado. Siempre había pensado que la postura del Coronel de odio-a-

los-ricos era un poco sobreactuada hasta que lo vi con su madre. Era el mismo Coronel, pero en un contexto totalmente diferente. Tuve la esperanza de que algún día también conocería a la familia de Alaska.

Dolores insistió en que Alaska y yo durmiéramos en la cama, mientras ella lo hacía en el sofá cama y el Coronel fuera en la tienda de campaña. Me preocupaba que tuviera frío, pero la verdad es que no tenía la más mínima intención de abandonar la cama que compartía con Alaska. Teníamos cada uno una manta y en ningún momento hubo menos de tres capas de tela entre nosotros, pero las posibilidades de que se redujeran no me dejaron dormir la mitad de la noche.

CUARENTA Y SEIS DÍAS ANTES

Fue la mejor comida de Acción de Gracias que jamás haya tenido. Sin la omnipresencia de la horrorosa salsa de arándanos. Solo grandes lonchas de carne blanca y jugosa, mazorcas de maíz, judías verdes cocinadas en suficiente grasa de tocino para que supieran como si no fueran buenas para la salud, panecillos con jugo de carne, tarta de calabaza de postre y una copa de vino tinto para cada uno.

—Soy de la opinión —dijo Dolores— de que uno debe tomar vino blanco con el pavo; pero, no sé vosotros, a mí me importa un bledo.

Nos reímos y bebimos nuestro vino. Luego, después de la comida, cada uno enumeró aquello por lo que estaba agradecido. Mi familia siempre hacía eso antes de la comida, y lo hacíamos a toda prisa para comer cuanto antes. Así que los cuatro nos sentamos alrededor de la mesa y compartimos nuestras bendiciones. Yo estaba agradecido por la deliciosa comida, por la estupenda compañía y por tener un hogar el día de Acción de Gracias.

—Un remolque, por lo menos —bromeó Dolores.

—Bueno, es mi turno —siguió Alaska—. Yo estoy agradecida por haber tenido mi mejor día de Acción de Gracias en una década.

—Yo estoy agradecido por tenerte a ti, mamá —afirmó el Coronel.

—No cuela, muchacho —dijo riendo Dolores.

Yo no sabía qué significaba esa frase, pero supuse que algo así como

«Eso no es adecuado», porque, cuando el Coronel siguió con su lista y dio las gracias por ser el «humano más listo de este parque de remolques», Dolores se rió y luego dijo: «Eso es suficientemente bueno».

¿Y Dolores? Ella estaba agradecida por que le hubieran conectado de nuevo la línea telefónica, por que su hijo estuviera en casa, por que Alaska la ayudara a cocinar, por que yo hubiera entretenido al Coronel, por tener un trabajo fijo, por que sus compañeros de trabajo fueran amables, por tener un lugar donde dormir y por tener un hijo que la quisiera.

Me senté en la parte de atrás del coche en el trayecto de regreso a casa, porque consideraba el internado como una casa, y me quedé dormido al son monótono de la canción de cuna de la carretera.

CUARENTA Y CUATRO DÍAS ANTES

—Todo el modelo comercial de Licores Coosa se basa en vender tabaco a menores y alcohol a adultos.

Alaska me miraba con una frecuencia desconcertante mientras conducía, sobre todo desde que empezamos a bajar por una autopista estrecha y con colinas al sur de la escuela, rumbo a la ya mencionada tienda de Licores Coosa. Era sábado, el último día de vacaciones de verdad.

—Estaría genial si solo necesitáramos cigarrillos. Pero nosotros necesitamos alcohol. Y ellos te piden el carnet para venderte alcohol. Mi carnet es falsificado. Pero coquetearé hasta lograrlo.

Viró súbitamente y sin poner el intermitente hacia la izquierda, tomando un camino que se precipitaba colina abajo con campos a los lados. Agarró el volante con fuerza mientras acelerábamos y esperó hasta el último momento para frenar, justo antes de llegar a la falda de la colina. Allí había una gasolinera construida con chapas de madera que ya no vendía gasolina

y tenía un letrero viejo atornillado en el tejado que decía: LICORES COOSA: SATISFACEMOS TUS NECESIDADES ESPIRITUOSAS.

Alaska entró sola y salió por la puerta cinco minutos después, con dos bolsas de papel llenas de contrabando: tres paquetes de tabaco, cinco botellas de vino y un quinto de vodka para el Coronel. De camino a casa, preguntó:

—¿Te gustan los chistes de toc-toc?

—¿Chistes de toc-toc? ¿Como esos de toc-toc...?

—¿Quién es?

—Quién.

—¿Quién quién?

—¿Qué eres, tartamuda? —terminé. Qué tonto.

—Eso ha sido brillante —dijo Alaska—. Yo tengo uno. Tú empiezas.

—Está bien. Toc-toc.

—¿Quién anda ahí? —preguntó Alaska.

La miré inexpresivamente. Al cabo de un minuto, lo entendí y me reí.

—Mi madre me contó este chiste cuando tenía seis años. Sigue siendo chistoso.

Por eso, no podía haberme sorprendido más cuando llegó llorando a la habitación 43, justo cuando estaba dando los últimos retoques al trabajo final de inglés. Se sentó en el sofá. Cada exhalación suya era una mezcla de lloriqueo y grito.

—Lo siento —dijo, y se levantó; los mocos se le caían por la barbilla.

—¿Qué pasa? —pregunté.

Tomó un pañuelo de la MESA PARA CAFÉ y se limpió la cara.

—Yo no... —empezó, y sollozó como un tsunami. Su grito fue tan fuerte

e infantil que me asustó y me levanté. Me senté junto a ella y la abracé. Ella se giró, empujando la cabeza hacia la espuma del sofá.

—No entiendo por qué lo embrollo todo —dijo.

—¿Como con Marya? Quizá tenías miedo.

—¡El miedo no es una buena excusa! —le gritó al sofá—. ¡Tener miedo es la excusa que ponen todos siempre!

Yo no sabía quiénes eran «todos» o cuándo era «siempre» y, por mucho que quisiera entender sus ambigüedades, su inconcreción se volvía cada vez más molesta.

—¿Por qué estás tan enfadada por eso ahora?

—No es solo por eso. Es por todo. Se lo confesé al Coronel en el coche. —Aspiró fuerte por la nariz y dejó de sollozar—. Mientras dormías detrás. Y dijo que él nunca me perdería de vista durante las trastadas. Que no podía confiar en mí si estaba sola. Y no lo culpo. Yo tampoco confío en mí.

—Pero tuviste agallas para decírselo —la consolé.

—Tengo agallas, solo que no cuando debería tenerlas. ¿Podrías...? —Se sentó derecha, se acercó a mí y yo levanté el brazo mientras ella se derrumbaba en mi pecho y lloraba. Me sentí mal por ella, pero ella sola se lo había buscado. No tenía que haber delatado a nadie.

—No quiero molestarte, pero quizá necesitas decirnos a todos por qué delataste a Marya. ¿Temías tener que regresar a casa o algo así?

Se apartó y me lanzó una «mirada de la perdición» que habría hecho que el Águila se sintiera orgulloso, y creí que me odiaba, o que odiaba mi pregunta, o ambas cosas. Luego miró hacia otro lado, fuera de la ventana, al campo de fútbol, y dijo:

—No tengo casa.

—Bueno, pero tienes una familia. —Retrocedí. Esa misma mañana me había hablado de su madre. ¿Cómo podía ser que la chica que había contado

ese chiste tres horas antes se hubiera convertido en semejante mar de lágrimas?

Todavía con la mirada fija en mí, me dijo:

—Procuro no tener miedo, ¿sabes? Pero, de todos modos, lo estropeo todo. Lo echo a perder.

—Está bien. Está bien. —Ni siquiera sabía ya de lo que estaba hablando. Una vaga noción detrás de otra.

—¿No sabes a quién quieres, Gordo? Quieres a la chica que te hace reír, te muestra pornografía y bebe vino contigo. Pero no quieres a la zorra loca y malhumorada.

Y bueno, a decir verdad, no le faltaba razón.

NAVIDAD

Todos nos fuimos a casa a pasar la Navidad; incluso Alaska, que decía no tener casa.

Recibí como regalos un bonito reloj y una billetera nueva; «regalos de adulto», los llamaba mi padre. Pero, sobre todo, me pasé esas dos semanas estudiando. Las vacaciones de Navidad en realidad no fueron vacaciones, dado que era nuestra última oportunidad de estudiar para los exámenes, que empezarían al día siguiente después de volver a las clases. Yo me centré en precálculo y biología, las dos clases que más amenazaban mi promedio de nota de 3,4. Me gustaría decir que lo hacía por la emoción de aprender, pero en realidad era por la emoción de entrar en una buena universidad.

Así que, en efecto, me pasé buena parte del tiempo en casa estudiando matemáticas y memorizando vocabulario de francés, justo como hacía antes de entrar en Culver Creek. La verdad es que esas dos semanas en casa fueron como regresar a mi vida de antes de Culver Creek, excepto que mis

padres estaban más cariñosos. Hablaron muy poco acerca de su viaje a Londres. Creo que se sentían culpables. Eso es lo curioso de los padres. Aunque me quedé en el Creek el día de Acción de Gracias porque así quise, mis padres seguían sintiéndose culpables. Es bueno tener personas que se sientan culpables por ti, a pesar de que hubiera podido vivir sin que mi madre llorara en cada cena familiar. Ella decía: «Soy una mala madre». Y mi padre y yo respondíamos de inmediato: «No, no, no lo eres».

Incluso mi padre, que es afectuoso pero no sentimental, de vez en cuando, mientras veíamos *Los Simpson*, decía que me echaba de menos. Le dije que yo también lo echaba de menos, lo cual era cierto de algún modo. Son tan agradables. Fuimos al cine, jugamos a las cartas, les conté las historias que pude sin que se horrorizaran y ellos escucharon. Mi padre, que vendía bienes raíces, pero leía más libros que cualquier otra persona que haya conocido jamás, me hablaba sobre los libros que estaba leyendo para la clase de inglés, y mi madre insistía en que me sentara con ella en la cocina para aprender a preparar platos básicos, como macarrones con queso y huevos revueltos, ahora que estaba viviendo «solo». No importaba que no tuviera, ni deseara tener, una cocina. No importaba que no me gustaran ni los huevos ni los macarrones con queso. No obstante, en Año Nuevo ya podía prepararlos.

Cuando me fui, los dos lloraron; mi madre explicó que se debía al síndrome del nido vacío, que estaban muy orgullosos de mí y que me querían mucho. Sus palabras hicieron que se me formara un nudo en la garganta y dejó de importarme el día de Acción de Gracias. Yo tenía una familia.

OCHO DÍAS ANTES

Alaska entró en nuestra habitación el primer día después de las vacaciones

de Navidad y se sentó junto al Coronel en el sofá. El Coronel se afanaba para batir un récord de velocidad en los videojuegos.

Alaska no hizo la menor referencia a que nos hubiera echado de menos ni que estuviera contenta de vernos. Solo miró el sofá y dijo:

—Realmente necesitáis un sofá nuevo.

—Por favor, no te dirijas a mí cuando estoy en mitad de una carrera —le indicó el Coronel—. ¡Dios mío! ¿Acaso Jeff Gordon tiene que soportar esta basura?

—Tengo una idea —dijo ella—. Es fantástica. Lo que necesitamos es una pretrastada en la que se ataque a Kevin y a sus secuaces.

Yo estaba sentado sobre la cama, leyendo concentrado el libro de texto para mi examen de historia de Estados Unidos, que era al día siguiente.

—¿Una pretrastada? —pregunté.

—Una pretrastada pensada para apaciguar a la dirección con una falsa sensación de seguridad —respondió el Coronel molesto por la distracción—. Después de la pretrastada, el Águila pensará que los alumnos de penúltimo año ya han hecho su trastada y no la estarán esperando cuando en realidad llegue.

Cada año, los alumnos de decimoprimer y decimosegundo cursos hacían una trastada en algún momento, por lo general algo sin importancia, como lanzar cohetes en el círculo de dormitorios a las cinco de la mañana un domingo.

—¿Siempre hay una pretrastada? —pregunté.

—No, tonto —respondió el Coronel—. Si la hubiera, entonces el Águila esperaría dos trastadas. La última vez que se hizo una pretrastada fue... en... ah, sí, 1987. Mientras que la pretrastada consistió en cortar la electricidad a la escuela, la trastada real consistió en poner quinientos

grillos vivos en las tuberías de la calefacción de las aulas. Incluso todavía a veces se puede oír el canto de los grillos.

—La manera como memorizas, cómo decirlo, es absolutamente impresionante —dije.

—Sois como un viejo matrimonio. —Alaska sonrió—. Espeluznantemente real.

—Y no has visto ni la mitad —repuso el Coronel—. Deberías verlo cuando intenta meterse en mi cama en mitad de la noche.

—¡Eh!

—¡Bueno, volvamos al tema! —exclamó Alaska—. Pretrastada. Este fin de semana, aprovechando que hay luna nueva, nos quedaremos en el granero. Tú, el Coronel, Takumi, una servidora y, como regalo especial para ti, Gordo, Lara Buterskaya.

—¿La misma Lara Buterskaya sobre la que vomité?

—Es tímida. Todavía le gustas. —Alaska se rió—. El hecho de vomitar sobre ella hizo que te viera... vulnerable.

—Lara, la de las tetas alegres —dijo el Coronel—. ¿A Takumi lo traes para mí?

—Necesitas estar solo un tiempo.

—Cierto —convino el Coronel.

—Simplemente pásate unos meses más delante de los videojuegos —comentó Alaska—. La coordinación mano-ojo vendrá fenomenal cuando llegues a la «tercera base».

—Vaya, hace tanto tiempo que no oigo lo del sistema de bases que ya no me acuerdo cuál es la tercera —respondió el Coronel—. Me giraría para verte, pero no puedo permitirme el lujo de apartar la vista de la pantalla.

—Besar, tocar, magrear y follar. Es como si te hubieras saltado el tercer curso —dijo Alaska.

—Sí me lo he saltado —respondió el Coronel.

—¿En qué consistirá nuestra pretrastada? —volví a preguntar.

—El Coronel y yo la idearemos. No es necesario que te metas en problemas... todavía.

—Ah. Muy bien. Hummm. Entonces, voy a fumarme un cigarrillo.

Me fui. No era la primera vez que Alaska me dejaba al margen, pero después de haber pasado tanto tiempo juntos durante las vacaciones de Acción de Gracias, me parecía ridículo que planeara la trastada con el Coronel y no conmigo. ¿De quién eran las camisetas empapadas con sus lágrimas? Mías. ¿Quién la había oído leer a Vonnegut? Yo. ¿Quién había sido el blanco del peor chiste de toc-toc? Yo. Caminé hasta la tienda Sunny Konvenience Kiosk, que estaba enfrente de la escuela, y fumé. Esta sensación nunca me había ocurrido en Florida, esta ansiedad tan de instituto sobre quién se lleva mejor con quién, y me odiaba a mí mismo por dejar que me pasara ahora. «No tienes que quererla —me dije a mí mismo—. Al diablo con ella.»

CUATRO DÍAS ANTES

El Coronel no quiso decirme una sola palabra sobre la pretrastada, salvo que se llamaría «Noche del granero», y que cuando hiciera la bolsa, debía contar para dos días.

El lunes, el martes y el miércoles fueron una tortura. El Coronel pasaba todo el tiempo con Alaska y yo no estaba invitado. Así que dediqué un tiempo exagerado a estudiar para los exámenes finales, lo que ayudó considerablemente a subir mi promedio de nota general. Y por fin acabé el trabajo de religión.

Mi respuesta a la pregunta era lo suficientemente directa en realidad. La

mayoría de los cristianos y los musulmanes creen en un cielo y un infierno, a pesar de que hay mucho desacuerdo entre ambas religiones sobre lo que te llevará, con exactitud, a una vida después de la vida o a otra parte. Los budistas son más complicados, debido a la doctrina de Buda del *anatta*, que básicamente expone que las personas no tienen un alma eterna. En vez de ello, cuentan con un montón de energía que es transitoria y migra de un cuerpo a otro, reencarnándose sin fin hasta alcanzar un día la iluminación.

Nunca me ha gustado escribir párrafos concluyentes en los trabajos, donde tan solo repites lo que ya has dicho con frases como «En resumen» y «Para concluir». En vez de eso, argumenté por qué consideraba que era una pregunta importante. Las personas querían seguridad, supongo. No podían soportar la idea de que la muerte fuera un gran vacío oscuro, no soportaban pensar que sus seres queridos ya no existían y ni siquiera podían imaginarse a sí mismos no existiendo. Finalmente, concluí que las personas creían en una vida después de la vida porque no soportaban no hacerlo.

TRES DÍAS ANTES

El viernes, después de realizar un examen de precálculo sorprendentemente bueno con el que cerré la primera ronda de exámenes finales en Culver Creek, hice la mochila con mi ropa y el saco de dormir («Piensa en la moda de Nueva York —me aconsejó el Coronel—. Piensa en el color negro. Piensa con sentido común. Que sea algo cómodo, pero que abrigue»), fuimos a buscar a Takumi a su habitación y nos dirigimos hasta la casa del Águila. El Águila llevaba puesto el que parecía ser su único traje, y no pude por menos de preguntarme si no tendría treinta camisas blancas idénticas y treinta corbatas negras idénticas en su armario. Podía imaginármelo al levantarse por la mañana, mirando fijamente el armario y preguntándose:

«Hummm... hummm... ¿qué tal una camisa blanca y una corbata negra?». A este tipo sí que le hacía falta una esposa.

—Me llevo a Miles y a Takumi a casa para pasar el fin de semana en New Hope —le dijo el Coronel.

—¿Tanto te gustó, Miles, lo que probaste en New Hope? —me preguntó el Águila.

—¡Ajá! ¡Habrá baile en el parque de remolques! —informó el Coronel. De hecho, podía tener un acento sureño cuando se lo proponía, aunque, como casi todos en Culver Creek, por lo general no lo utilizaba.

—Aguarda un momento a que llame a tu madre —le dijo el Águila al Coronel.

Takumi me miró con pánico mal disimulado y yo sentí cómo el almuerzo (pollo frito) me subía por el estómago. Pero el Coronel se limitó a sonreír.

—Sí, claro.

—¿Chip, Miles y Takumi estarán en su casa este fin de semana...? Sí, señora... ¡Ja!... Está bien. Hasta luego. —El Águila miró al Coronel—. Tu madre es maravillosa. —El Águila sonrió.

—Dígamelo a mí. —El Coronel sonrió de oreja a oreja—. Hasta el domingo, pues.

Mientras caminábamos hacia el aparcamiento del gimnasio, el Coronel nos dijo:

—La llamé ayer y le pedí que me cubriera; ni siquiera preguntó por qué. Solo dijo: «Claro, hijo, confío en ti», y vaya si lo hace.

Una vez fuera de la vista de la casa del Águila, torcimos a la derecha hacia el bosque.

Caminamos por el sendero de tierra sobre el puente y de vuelta al granero

de la escuela, un edificio en ruinas, afectado por goteras que parecía más una cabaña de troncos abandonada hacía años que un granero. Aún se guardaba paja allí, aunque no sé para qué. Precisamente no teníamos ningún programa ecuestre ni nada parecido. El Coronel, Takumi y yo llegamos primero, y abrimos nuestros sacos de dormir sobre las balas de paja más blandas. Eran las 18.30 de la tarde.

Alaska llegó poco después; le había dicho al Águila que iba a pasar el fin de semana con Jake. El Águila no corroboró la historia, porque Alaska pasaba por lo menos un fin de semana al mes con Jake y sabía que a su padre le daba lo mismo. Lara apareció media hora después. Le dijo al Águila que se iba en coche a Atlanta para ver a un viejo amigo de Rumanía. El Águila llamó a los padres de Lara para asegurarse de que supieran que pasaría un fin de semana fuera de la escuela, pero a ellos no les importó.

—Confían en mí —dijo sonriendo.

—A veces no se nota tu acento —dije, lo cual era bastante tonto, pero mil veces mejor que vomitarle encima.

—Son solo las íes suaves.

—¿No hay íes suaves en ruso?

—Rumano —me corrigió Lara. Para tu información, el rumano es un idioma.

¿Quién iba a saber eso? Mi cociente cultural tendría que incrementarse de manera drástica si quería compartir el saco de dormir con Lara en los próximos días.

Todos estaban sentados sobre los sacos de dormir. Alaska fumaba con gran descuido dado el alto riesgo de inflamabilidad de la estructura, cuando el Coronel sacó una sola hoja de papel de ordenador y leyó:

«Las festividades de esta noche son para demostrar, de una vez por todas, que nosotros somos para las trastadas lo que los Guerreros Semaneros son

para las mamadas. Pero también tenemos la oportunidad de hacerle la vida desagradable al Águila, lo que siempre es un placer bien recibido. Así pues —dijo haciendo una pausa como si esperara un redoble de tambor—, esta noche libraremos una batalla en tres frentes:

»Frente uno. La pretrastada: encenderemos, como quien dice, una fogata bajo el culo del Águila.

»Frente dos. Operación Calvito: en la que Lara vuela sola en una misión de carácter vengativo, una misión tan elegante y cruel que únicamente podría haber sido ideada por mí, claro está.

—¡Oye! —lo interrumpió Alaska—, la idea fue mía.

—Está bien. La idea fue de Alaska. —Se rió—. Finalmente: «Frente tres. Los boletines de notas: nos meteremos en el sistema informático del profesorado y utilizaremos la base de datos donde almacenan las calificaciones para enviarles cartas a las familias de Kevin *et al.* en las que les informaremos que están suspendiendo algunas materias.»

—Definitivamente, nos van a expulsar —dije.

—Espero que no hayáis traído al chico asiático pensando que es un genio de la informática, porque no lo soy —acotó Takumi.

—No nos van a expulsar, y el genio de la informática soy yo. El resto sois músculo y distracción. Incluso si nos atrapan, no nos van a expulsar, porque no son faltas merecedoras de una expulsión. Bueno, excepto las cinco botellas de Strawberry Hill en la mochila de Alaska, y estarán bien escondidas. Solo estamos haciendo un poco de ruido.

El plan estaba trazado y no dejaba margen para el error. El Coronel dependía en tal grado de la sincronización que si uno de nosotros se equivocaba, aunque fuera levemente, todo el plan se iría al traste.

Él había impreso hojas de ruta individuales para cada uno de nosotros, donde precisaba incluso hasta los segundos. Con los relojes sincronizados,

vestidos de negro, las mochilas a la espalda, nuestra respiración visible en el frío, las mentes llenas de cada uno de los detalles del plan y los corazones latiendo a toda velocidad, salimos del granero juntos cuando oscureció por completo, a eso de las siete. Los cinco caminábamos con confianza en fila; nunca me había sentido más enrollado. El Gran Quizá planeaba sobre nosotros y éramos invencibles. El plan podía tener fallos, pero nosotros no.

Al cabo de cinco minutos, nos dividimos para dirigirnos a nuestros destinos. Yo me fui con Takumi. Nosotros éramos la distracción.

—Somos los malditos infantes de marina —dijo.

—Los primeros en luchar. Los primeros en morir —convine nervioso.

—¡Diablos!, sí.

Se detuvo y abrió la mochila.

—Aquí no, tío —dije—. Tenemos que ir con el Águila.

—Lo sé. Lo sé. Solo... Espera. —Sacó una cinta gruesa para la cabeza. Era de color marrón, con un zorro de peluche en la parte frontal. Se la colocó. Me reí.

—¿Qué diablos es eso?

—Es mi gorro de zorro.

—¿Tu gorro de zorro?

—Sí, Gordo. Mi gorro de zorro.

—¿Y por qué traes tu gorro de zorro?

—Porque nadie puede atrapar al condenado Zorro.

Dos minutos después, estábamos agachados detrás de los árboles a quince metros de la puerta trasera del Águila. Mi corazón latía a un ritmo de tambor tecno.

—Treinta segundos —susurró Takumi, y yo sentí el mismo miedo nervioso que había sentido la primera noche con Alaska, cuando me tomó

de la mano y susurró: «Corre, corre, corre, corre, corre». Pero no me moví de donde estaba.

Pensé: «No estamos lo suficientemente cerca».

Pensé: «No nos va a oír».

Pensé: «Nos oirá y saldrá tan rápido que no tendremos oportunidad de escapar».

Pensé: «Veinte segundos». Yo respiraba fuerte y rápido.

—Oye, Gordo —susurró Takumi—, puedes hacerlo, tío. Solo tienes que correr.

—Cierto. «Solo correr. Mis piernas son fuertes. Mis pulmones están bien. Es solo correr.»

—Cinco. Cuatro. Tres. Dos. Uno. ¡Enciéndelo! ¡Enciéndelo! ¡Enciéndelo! —me apremió.

Se encendió con un chirrido que me recordó cada celebración del Cuatro de Julio con mi familia. Permanecimos inmóviles una milésima de segundo, contemplando la mecha, asegurándonos de que estuviera encendida. «Ahora —pensé—. Ahora. Corre, corre, corre, corre, corre.» Pero mi cuerpo no se movió hasta que oí a Takumi gritar por lo bajo:

—Ve, ve, ve, maldita sea, ve.

Y fuimos.

Tres segundos después, un gran estallido de cohetes. Me recordaban a los disparos automáticos en *Decapitation*, incluso más fuertes. Estábamos a veinte pasos de distancia y creí que mis tímpanos iban a estallar.

Pensé: «Bueno, pues ciertamente nos oirá».

Cruzamos corriendo el campo de fútbol hacia el bosque, cuesta arriba, sin el menor sentido de la orientación. En la oscuridad, las ramas caídas y las rocas cubiertas de líquenes aparecían de repente de la nada y yo me

resbalaba, caía una y otra vez, preocupado por que el Águila nos fuera a alcanzar; pero luego me levantaba y corría junto a Takumi, lejos de las aulas y del círculo de dormitorios. Corrimos como si tuviéramos zapatos alados. Yo corrí como un guepardo, bueno, como un guepardo que fuma mucho. Luego, justo un minuto después de empezar la carrera, Takumi se detuvo y abrió a toda prisa la mochila.

Ahora me tocaba a mí realizar la cuenta atrás. Miré el reloj, aterrado. Ahora, él sin duda ya estaría fuera. Corriendo seguramente. Me pregunté si sería rápido. Era mayor, pero estaría cabreado.

—Cinco, cuatro, tres, dos, uno. —Y el estruendo. No nos quedamos inmóviles esta vez, solo corrimos, cada vez más en dirección al oeste. Sofocado, me pregunté si podría continuar corriendo durante media hora. Los fuegos artificiales estallaron.

Los estallidos cesaron y una voz atronó: «¡DETENEOS AHORA MISMO!». Pero no lo hicimos. Detenerse no formaba parte del plan.

—Soy el jodido Zorro —susurró Takumi tanto para sí como para mí—. Nadie puede atraparme.

Un minuto después, yo estaba en el suelo. Takumi contaba. La mecha se encendió. Corrimos.

Pero el cohete no estalló. Llevábamos varios de recambio por si sucedía algo así. Otro más, sin embargo, les costaría al Coronel y a Alaska un minuto. Takumi se agachó, encendió la mecha y corrió. Empezaron los tronidos. Los fuegos artificiales sonaron bang bang bang al compás del latido de mi corazón.

Cuando cesaron los estallidos, oí: «¡ALTO O LLAMO A LA POLICÍA!». Y pese a que la voz sonaba distante, podía notar la «mirada de la perdición» clavada en mí.

—Soy demasiado rápido; ningún cerdo puede detener al Zorro —se dijo

Takumi para sí—. Soy tan hábil que incluso puedo hacer rimas mientras corro.

El Coronel nos había advertido sobre la amenaza de la policía; nos dijo que no nos preocupáramos. Al Águila no le gustaba la presencia de la policía en la escuela. Era mala publicidad. Así que corrimos. Por encima, debajo y entre todo tipo de árboles y arbustos. Nos caímos. Nos levantamos. Corrimos. Si no nos podía seguir con los cohetes, con toda seguridad podía seguir el sonido de nuestras maldiciones susurradas cuando nos tropezábamos con troncos muertos y caíamos sobre arbustos espinosos.

Un minuto. Me arrodillé, encendí la mecha y corrí. Bang.

Luego nos dirigimos hacia la parte norte, pensando que habíamos pasado el lago. Esto era clave dentro del plan. Cuanto más lejos llegáramos, siempre dentro de los límites de la escuela, más lejos nos seguiría el Águila. Cuanto más lejos nos siguiera, más lejos estaría de las aulas, donde el Coronel y Alaska operaban su magia. Luego daríamos una vuelta para regresar cerca de las aulas y doblar hacia el este, junto al arroyo, hasta llegar al puente sobre nuestro Agujero para fumar, donde retomaríamos el camino y andaríamos triunfantes de regreso al granero.

Pero cometimos un pequeño error de navegación. No habíamos pasado el lago; en vez de ello, estábamos contemplando un campo y luego el lago. Demasiado cerca de las aulas para correr hacia otro lado que no fuera frente al lago. Miré a Takumi, que corría junto a mí dando grandes zancadas.

—Suelta uno ahora —se limitó a decir.

Así que me agaché, encendí la mecha y corrimos. Estábamos corriendo por un claro y, si el Águila estaba detrás de nosotros, podría vernos. Llegamos al rincón sur del lago y comenzamos a correr junto a la orilla. El lago no era muy grande, quizá tendría menos de cuatrocientos metros de largo, así que no nos faltaba mucho cuando lo vi.

El cisne.

Nadaba hacia nosotros como poseído. Aleteaba furioso mientras se nos acercaba. Luego, frente a nosotros en la orilla, empezó a emitir unos ruidos que nunca antes habíamos oído: una mezcla de los últimos estertores de un conejo moribundo y los peores lloriqueos de un bebé, y no había escapatoria. Así que corrimos. Golpeé al cisne a toda carrera y sentí que me mordía en el culo. Luego corrí cojeando ostensiblemente, porque el trasero me estaba ardiendo, y pensé: «¿Qué demonios tiene la saliva de los cisnes que quema tanto?».

El vigesimotercer cohete no estalló, lo que nos costó un minuto más. A esas alturas, yo quería tomarme un minuto. Me sentía desfallecer. La sensación de ardor en mi nalga izquierda había dado paso a un dolor intenso, que se incrementaba cada vez que apoyaba la pierna izquierda, así que era como una gacela lesionada que intentaba huir de una manada de leones. Huelga decir que nuestra velocidad se había reducido de manera considerable. No habíamos oído al Águila desde que atravesamos el lago, pero no creo que hubiera dado media vuelta. Estaba intentando convencernos de que todo estaba bien, pero no caeríamos en su trampa. Esa noche éramos invencibles.

Exhaustos, nos detuvimos con los tres cohetes que nos quedaban, esperando haberle dado suficiente tiempo al Coronel. Corrimos unos minutos más, hasta que encontramos la orilla del arroyo. Estaba todo tan oscuro y en calma que la diminuta corriente de agua parecía rugir, pero aun así podía oír nuestras respiraciones fuertes, rápidas, al dejarnos caer sobre el barro húmedo y las piedras junto al arroyo. Tras detenernos miré a Takumi. Su rostro y sus brazos estaban arañados, la cabeza del zorro colgaba directamente sobre su oreja izquierda. Al mirar mis brazos, observé que

goteaba sangre de los cortes más profundos. Recordé que habíamos pasado por algunos sitios con arbustos espinosos, pero no sentía dolor.

Takumi se sacó varias espinas de la pierna.

—El Zorro está terriblemente cansado —dijo, y se rió.

—El cisne me ha mordido en el culo.

—Ya lo he visto. —Sonrió—. ¿Te sangra? —Metí la mano dentro de los pantalones para comprobarlo. No había sangre, así que fumé para celebrarlo.

—Misión cumplida —dije.

—Gordo, amigo mío, somos supercojonudosindestructibles.

No sabíamos dónde estábamos, porque el arroyo se volvía tan sinuoso dentro de los límites de la escuela que lo seguimos unos diez minutos, calculando que caminábamos la mitad de rápido de lo que habíamos corrido. Luego giramos a la izquierda.

—¿Crees que es a la izquierda? —preguntó Takumi.

—Estoy bastante perdido.

—El zorro señala a la izquierda. Así que a la izquierda. —Y en efecto, el zorro nos condujo al granero.

—¡Estáis bien! —exclamó Lara cuando entramos—. Estaba preocupada. Vi al Águila salir corriendo de su casa. En pijama. Y vaya si estaba cabreado.

—Pues si antes estaba cabreado, no quiero imaginármelo ahora —le contesté.

—¿Por qué habéis tardado tanto? —me preguntó.

—Hemos tomado el camino más largo hasta aquí —explicó Takumi—. Además, el Gordo camina como una viejecita con hemorroides, porque el cisne le ha mordido en el trasero. ¿Dónde están Alaska y el Coronel?

—No lo sé —dijo Lara, y enseguida oímos pasos a lo lejos, murmullos y

ramas resquebrajarse. En un instante, Takumi había cogido los sacos de dormir y las mochilas y los había escondido detrás de las balas de paja. Los tres corrimos a la parte de atrás del granero, hacia el campo de hierbas altas, y nos tiramos al suelo. «Nos ha seguido hasta aquí —pensé—. Lo hemos echado todo a perder.»

Pero luego oí la voz del Coronel, clara y muy enfadada, que decía:

—¿Porque reduce la lista de posibles sospechosos a veintitrés! ¿Por qué no podías ceñirte al plan? ¿Dónde están todos?

Volvimos al granero un poco avergonzados por haber reaccionado de esa manera. El Coronel se sentó sobre una bala de paja, con los codos en las rodillas, la cabeza inclinada, las manos en la frente, en actitud reflexiva.

—Bueno, de todos modos, todavía no nos atrapan. Vale, primero —dijo sin mirar hacia arriba—, decidme que todo ha salido bien. ¿Lara?

Empezó a dar el parte ella.

—Sí, ha ido bien.

—¿Me puedes dar más detalles?

—He seguido tus indicaciones. Me he quedado detrás de la casa del Águila hasta que lo he visto salir corriiiedo tras Miles y Takumi; luego he corrido por la parte de atrás de los dormitorios, me he colado por la ventana en la habiiitación de Keviiin, he puesto la sustancia en el gel y en el acondiicionador, y después he hecho lo mismo en la habiiitación de Jeff y Longwell.

—¿Qué sustancia? —pregunté.

—Tinte para cabello del número cinco color azul concentrado, extrafuerte —respondió Alaska—, lo compré con el dinero con el que me compraste los cigarrillos. Si te lo aplicas sobre el cabello mojado, no podrás deshacerte de él en como mínimo cuatro meses.

—¿Les hemos teñido el pelo de azul?

—Técnicamente, no —dijo el Coronel, todavía hablando a su regazo—. Ellos mismos se teñirán el pelo de azul. Nosotros solo se lo hemos facilitado. Sé que a ti y a Takumi os ha ido bien, porque estáis aquí y nosotros estamos aquí, así que habéis hecho vuestro trabajo. Y la buena noticia es que a los tres imbéciles que tuvieron las pelotas de hacernos una jugarreta les llegarán sus boletines de notas en los que se les informará que han suspendido tres materias.

—Ah, ¿y la mala noticia es...? —preguntó Lara.

—Ay, no seas así —protestó Alaska—. La otra buena noticia es que, mientras el Coronel estaba ocupado corriendo hacia el bosque, me he encargado de que a otros veinte Guerreros Semaneros también les llegue próximamente un boletín de notas. He imprimido las calificaciones de todos ellos, las he metido en sobres con el membrete de la escuela y las he echado al buzón.

Se giró hacia el Coronel.

—Has tardado mucho —dijo—. El pequeño Coronel: siempre tan preocupado de que lo expulsen.

El Coronel se puso de pie; parecía muy alto mientras todos los demás estábamos sentados.

—¡Esas no son buenas noticias! ¡Ese no era el plan! Eso significa que hay veintitrés personas que el Águila puede eliminar como sospechosos. ¡Veintitrés personas que pueden llegar a la conclusión de que hemos sido nosotros y delatarnos!

—Si eso sucede —dijo Alaska con mucha seriedad—, yo asumiré la culpa.

—Sí —suspiró el Coronel—, como la asumiste con Paul y Marya. ¿Y qué dirás?, ¿que mientras ibas deambulando por el bosque encendiendo cohetes estabas al mismo tiempo dentro del sistema informático de los

profesores e imprimiendo boletines de notas falsos con el membrete de la escuela? Porque, ¡estoy seguro de que el Águila se lo va a tragar!

—Relájate, tío —le tranquilizó Takumi—. Lo primero, no nos van a atrapar. Y lo segundo, en el caso de que lo hicieran, yo asumiré la culpa junto con Alaska. Tú tienes más que perder que cualquiera de nosotros.

El Coronel asintió. Era un hecho innegable: el Coronel no tendría ninguna oportunidad de obtener una beca en una buena escuela si lo expulsaban del Creek.

A sabiendas de que lo que más animaba al Coronel era reconocer su inteligencia, le pregunté:

—¿Cómo has conseguido introducirte en el sistema informático?

—He trepado por la ventana del despacho del doctor Hyde, he encendido el ordenador y he tecleado su contraseña —contó sonriendo.

—¿La has adivinado?

—No. El martes entré en su oficina y le pedí que me imprimiera una copia de la lista de lecturas recomendadas. Lo observé teclear la contraseña «J3ckylnhyd3».

—Pues vaya —dijo Takumi—; yo también podría haber hecho eso.

—Cierto, pero entonces no te habrías puesto ese gorro tan sexy —dijo el Coronel riéndose. Takumi se lo quitó y lo guardó en la mochila.

—Kevin se va a cabrear con lo del pelo —advertí.

—Sí, bueno, como yo lo estoy por mi biblioteca inundada. Kevin es un muñeco inflable —dijo Alaska—. Si a nosotros nos pinchan, sangramos. Si lo pinchas a él, se desinfla.

—Es cierto —añadió Takumi—. Es un estúpido. Casi intenta matarte.

—Sí, supongo —reconocí.

—Aquí hay muchas personas así —continuó Alaska aún enfadada—. ¿Sabéis?, niños pijos como malditos muñecos inflables.

Pero a pesar de que Kevin había intentado casi matarme, en realidad no me parecía que valiera la pena odiarlo. Odiar a los «niños bien» gasta un montón de energía y yo había abandonado esa lucha hacía mucho tiempo. Para mí, la trastada solo era una respuesta a una trastada anterior, una oportunidad de oro, como dijo el Coronel, de provocar un poco de caos. Pero para Alaska parecía ser algo diferente, algo más.

Quería preguntarle más, pero se acostó detrás de las balas de paja, invisible de nuevo. Alaska había terminado de hablar, y una vez que lo había hecho, eso era todo. No logramos que saliera de ahí en dos horas, hasta que el Coronel abrió una botella de vino. Nos pasamos la botella hasta que lo pude notar en mi estómago, avinagrado y tibio.

Quería que el alcohol me gustara más de lo que me gustaba (que es más o menos lo opuesto a lo que sentía por Alaska). Pero esa noche el alcohol me sentó de maravilla conforme el calor del vino se extendía por todo mi cuerpo. No me gustaba sentirme tonto ni perder el control, pero me agradaba la manera en que hacía que todo (reírse, llorar o hacer pipí frente a tus amigos) fuera más fácil. ¿Por qué bebíamos? Para mí, era por diversión, sobre todo porque nos arriesgábamos a que nos expulsaran. Lo bueno de la amenaza constante de expulsión en Culver Creek es que le imprimía emoción a cada momento de placer ilícito. Lo malo es, por supuesto, que siempre existía la posibilidad real de expulsión.

DOS DÍAS ANTES

A la mañana siguiente, me desperté temprano, con los labios secos y la respiración visible en el aire fresco. Takumi había traído un hornillo en su mochila y el Coronel estaba encogido frente a ella, calentando café

instantáneo. El sol brillaba, incapaz de combatir el frío, y yo me senté con el Coronel y bebí café.

—Lo malo del café instantáneo es que huele muy bien, pero sabe a bilis estomacal —dijo el Coronel.

Luego, uno a uno, Takumi, Lara y Alaska se despertaron, y pasamos el día escondidos, pero esta vez hablando en voz alta.

Esa tarde en el granero, Takumi decidió organizar un concurso de estilo libre de rap.

—Tú empiezas, Gordo —dijo Takumi—. Coronel Catástrofe, tú marcas el ritmo.

—Tío, yo no sé hacer rap —les imploré.

—Está bien. El Coronel tampoco puede marcar ritmos. Prueba a hacer algunas rimas y luego me lo pasas.

Con la mano rodeando la boca, el Coronel empezó a hacer ruidos absurdos que sonaban más como pedos que como ritmos de bajo, mientras yo, eh, rapeaba.

—Mientras se pone el sol, estoy en el granero. / Cuando yo era niño, me gustaba usar sombrero. / Mas no sé rimar, aunque yo quiero. / Por eso os dejo a Takumi, el rapero.

Takumi lo retomó sin hacer pausas:

—Oye, Gordo, no sé si puedo hacerlo. / Esto es una pesadilla en la calle del infierno. / Como sabes, en las rimas soy muy listo, / pero anoche bebí hasta tener hipo. / Seguí el compás del Coronel, que tan mal suena. / Y esta vez las chicas no gritaron con histeria. / Represento a Birmingham tan bien como a Japón, / pero cuando era niño me llamaban el nipón. / Ser amarillo no me ha avergonzado / ni tampoco a esas loquitas que siempre me han rogado.

Alaska le siguió:

—Acabas de ofender a las mujeres, / te daré tu merecido al decirte lo que eres. / ¿Acaso crees que yo no sé rimar?, / pues mis palabras fluyen como el mar. / Utiliza a una sola mujer y yo te haré pedazos. / Quedarás hecho papilla a pueros trancazos.

Takumi lo retomó de nuevo:

—Camarón que se duerme, se lo lleva la corriente. / Me acerco a una chica si es que me enciende. / No sé lo que pasa: estas rimas no me gustan para nada. / Mejor, ¿qué os parece si ahora entra Lara?

Lara rimaba tranquila y nerviosa, con menos consideración que yo por el ritmo:

—Yo me llamo Lara y soy de Rumanía. / Esto es muy difícil, como ir a Albania. / Me encanta viajar en el coche de Alaska, / porque brinco y boto y el Gordo me rasca. / No pronuncio bien la vocal i, / pero mi acento suena sexy asíí. / Oye, Takumi, creo que ya esto es todo. / Termina este rap, que ya parece roto.

Takumi continuó:

—Cuando suelto bombas, como en Hiroshima, / se enamoran de mí las chicas que me miran. / ¿Sabíais que a mí me encanta tomar sake? / Por eso algunos piensan que soy de Nagasaki. / Yo no soy ningún mocoso. / Tampoco soy chaparro y mucho menos musculoso. / Tampoco soy un palillo como el Gordo. Soy el Zorro / y nuestro ritmo libre ha dejado de sonar como un eructo, así que salimos y punto.

El Coronel terminó el rap con su improvisada caja de ritmos y todos nos aplaudimos.

—Has ganado, Alaska —dijo Takumi riendo.

—He hecho lo que he podido para representar a las damas. Lara me ha ayudado.

—Sí, así es.

Luego Alaska decidió que, aunque no estaba oscuro todavía, era hora de beber hasta que no pudiéramos más.

—Dos noches consecutivas pueden ser demasiado —advirtió Takumi mientras Alaska abría el vino.

—La suerte es para los tontos. —Alaska sonrió y se acercó la botella a los labios. Cenamos galletas saladas y un trozo de queso Cheddar que había traído el Coronel. El vino rosado tibio de la botella, con el queso y las galletas saladas, formaron una buena cena. Cuando se nos acabó el queso, hubo más espacio para el Strawberry Hill.

—Tenemos que ir más despacio o vomitaré —señalé cuando nos acabamos la primera botella.

—Lo siento, Gordo. No me he fijado que te estaban agarrando por la garganta y manteniendo tu boca abierta mientras te vertían el vino por ella —respondió el Coronel lanzándome una botella de refresco Mountain Dew.

—Es una obra caritativa llamar a este mejunje vino. —Takumi rió.

Luego, como de la nada, Alaska anunció:

—¡Mejor día, peor día!

—¿Qué?

—Todos vamos a vomitar si solo nos dedicamos a beber. Así que bajaremos el ritmo con un juego para beber. ¡Mejor día, peor día!

—Nunca lo había oído mencionar —dijo el Coronel.

—Es porque me lo acabo de inventar —repuso sonriendo.

Se tumbó de lado sobre dos balas de paja. La luz de la tarde hacía brillar con más intensidad sus ojos verdes, su piel bronceada como último recuerdo del otoño. Con la boca medio abierta, se me ocurrió que seguramente ya estaría borracha cuando observé que tenía la mirada

perdida. «La mirada vaga de la embriaguez», pensé, y al observarla con ociosa fascinación creí que yo también estaba un poco borracho.

—¡Qué divertido! ¿Cuáles son las reglas? —preguntó a su vez Lara.

—Todos contaréis la historia de vuestro mejor día. El mejor narrador estará exento de beber. Luego, todos contaréis la historia de vuestro peor día, y el mejor narrador estará exento de beber. Y así sucesivamente, segundo mejor día, segundo peor día, hasta que uno de vosotros abandone el juego.

—¿Cómo sabes que va a ser uno de nosotros?

—Porque yo soy la mejor bebedora y la mejor narradora —respondió. Es difícil rebatir esta lógica.

—Empiezas tú, Gordo. El mejor día de tu vida.

—Hummm. ¿Me dejáis un minuto para pensar?

—No pudo haber sido tan bueno si lo tienes que pensar —respondió el Coronel.

—Jódete, mamón.

—Uy, qué delicado.

—El mejor día de mi vida ha sido hoy —expliqué—. Y la historia es que me he despertado junto a una chica húngara muy bonita y hacía frío, pero no tanto. Me he bebido una taza de café instantáneo tibio y he comido Cheerios sin leche. Luego he paseado por el bosque con Alaska y Takumi. Hemos saltado por las piedras en el arroyo, y aunque suena tonto, no lo es. No lo sé. ¿Veis la posición del sol ahora, con las sombras largas y esa luz suave, brillante, que aparece cuando el sol todavía no se pone? Esa es la luz que hace que todo sea mejor, más bonito, y hoy, todo parecía bañado en esa luz. Me refiero a que no he hecho nada especial. Pero aquí sentado, incluso si solo estoy viendo al Coronel tallando pedazos de madera, o lo que sea. Lo que sea. Gran día. Hoy. El mejor día de mi vida.

—¿Piensas que soy bonita? —preguntó Lara, y se rió tímidamente. «Estaría bien que la miraras ahora, pero no puedo», pensé—. ¡Soy rumana!

—Tu historia ha terminado siendo bastante mejor de lo que pensaba —señaló Alaska—, pero, de todos modos, te voy a ganar.

—Adelante, nena —la reté. Empezó a soplar la brisa, la hierba alta de fuera se inclinaba lejos del granero y yo me tapé los hombros con el saco de dormir para permanecer caliente.

—El mejor día de mi vida fue el 9 de enero de 1997. Tenía ocho años y mi madre y yo fuimos al zoológico en una excursión escolar. A mí me gustaron los osos. A ella le gustaron los monos. El mejor día de todos. Fin de la historia.

—¿Eso es todo? ¿Ese es el mejor día de tu vida? —preguntó el Coronel.

—Ajá.

—Me ha gustado —dijo Lara—. A mí también me gustan los monos.

—Qué tonto —se burló el Coronel.

Yo no pensé que fuera tonto, sino otro ejemplo de la vaguedad intencionada de Alaska, otro ejemplo de su manera de profundizar en su propio misterio. Pero, aun así, a sabiendas de que era intencionado, no podía sino preguntarme: «¿Qué tiene de maravilloso el zoológico?». Pero, antes de que pudiera preguntar, Lara se adelantó.

—Bien, me toca —dijo Lara—. Es fácil. El día que llegué aquí. Yo sabíía inglés y mis padres no. Nos bajamos del aviiiión y mis parientes estaban aquí; tíos y tías que nunca había visto, en el aeropuerto, y mis padres estaban felices. Yo teníía doce años y siiiempre habíía sido la pequeña, pero ese fue el primer díía que mis padres me necesitaron y me trataron como una adulta. Porque no conocíían el idioma, ¿sííí? Me necesitaban para pedir comiida, para traducir formularios de impuestos e inmiigración y todo lo demás, y ese fue el díía que dejaron de tratarme

como una niiiña. También porque en Rumanía éramos pobres y aquí somos medio riiicos —dijo riéndose.

—Está bien. —Takumi sonrió y cogió la botella de vino—. Yo pierdo. Porque el mejor día de mi vida fue cuando perdí la virginidad. Y si creéis que os voy a contar esta historia, vais a tener que emborracharme más de lo que estoy.

—No está mal —comentó el Coronel—. No está mal. ¿Queréis saber cuál fue mi mejor día?

—De eso trata el juego, Chip —respondió Alaska claramente molesta.

—El mejor día de mi vida todavía no ha ocurrido. Pero ya sé cuál es. Lo veo todos los días. El mejor día de mi vida será el día que le compre a mi madre una casa enorme, enorme. Y no solo en el bosque, sino en medio de Mountain Brook, donde están todos los padres de los Guerreros Semaneros. Con todos los padres. Y no la voy a comprar con una hipoteca. Voy a pagarla en efectivo. Y voy a conducir a mi madre hasta allí y le abriré la puerta del coche, y saldrá y mirará la casa, con su valla de madera, y será de dos pisos y todo, ya sabéis. Y le voy a dar las llaves de su casa y le diré: «Gracias». Tío, ella me ayudó a rellenar la solicitud para entrar aquí. Me dejó venir aquí, y eso de dejar que tu hijo se vaya a una escuela lejos no es fácil de hacer si uno viene de donde venimos nosotros. Así que ese será el mejor día de mi vida.

Takumi alzó la botella, la inclinó y dio varios tragos. Luego me la pasó. Yo bebí, también Lara y después Alaska echó la cabeza para atrás y puso la botella boca abajo, y se bebió hasta la última gota de vino.

Al abrir la siguiente botella, Alaska sonrió al Coronel.

—Has ganado esta ronda. Ahora, ¿cuál es tu peor día?

—El peor día fue cuando mi padre se fue. Él es mayor, debe de tener unos setenta años ahora, y ya era mayor cuando se casó con mi madre. De

todos modos, la engañó. Ella lo pilló y se enfadó, así que él la golpeó. Entonces ella lo echó de casa y él se fue. Yo estaba aquí y mi madre me llamó; no me contó la historia del engaño ni que la había golpeado hasta después. Ella solo me dijo que él se había ido y que no iba a volver. Desde entonces, no lo he vuelto a ver. Ese día, me quedé esperando a que me llamara y me explicara todo, pero no lo hizo. Nunca más volvió a llamar para nada. Esperaba por lo menos que se despidiera o algo así. Ese fue el peor día.

—Mierda, me has vuelto a ganar —protesté—. Mi peor día fue en séptimo curso, cuando Tommy Hewitt se meó en mi ropa de gimnasia y el profesor dijo que o me la ponía o me suspendería. Gimnasia en séptimo, ¿no? Hay cosas peores que suspender. Pero en ese momento me importaba mucho; yo lloraba y trataba de explicarle al profesor lo que había sucedido, pero era muy vergonzoso, y él gritó, gritó y gritó, hasta que me puse los shorts y la camiseta empapados de orina. Ese día dejó de importarme lo que la gente hiciera. A partir de entonces ya nunca más me importó, ni ser un perdedor ni no tener amigos ni nada de eso. Así que supongo que fue positivo por ese lado; sin embargo, ese momento fue horroroso. Imaginadme jugando al voleibol o lo que fuera con la ropa de gimnasia empapada de orines, mientras Tommy Hewitt contaba a todos lo que había hecho. Ese fue el peor día.

—Lo siento, Miles —se burló Lara entre risas.

—Está bien —dije—. Ahora cuéntame el tuyo para que yo también pueda reírme de tu dolor. —Sonreí y nos reímos juntos.

—Miii peor día probablemente fue el mismo que el mejor. Porque dejé todo. Suena tonto, pero también dejé miii niiñez, porque la mayoría de los niiños de doce años no tienen que saber descifrar formularios W-2.

—¿Qué es un formulario W-2? —le pregunté.

—A eso me refiero. Es para los impuestos. Asíí que fue el miiismo dííía.

«Lara siempre ha necesitado hablar por boca de sus padres y quizá nunca ha aprendido a hablar por sí misma», pensé. Yo tampoco era muy bueno en eso de hablar por mí mismo. Así pues, teníamos algo importante en común, un rasgo singular de la personalidad que no compartía ni con Alaska ni con nadie más, aunque casi por definición Lara y yo no podíamos expresárnoslo el uno al otro. Así que quizá era solo la manera en que el sol, que aún no se había puesto, brillaba contra sus rizos oscuros, perezosos, pero en ese momento quería besarla y no necesitábamos hablar para besarnos, y el vómito en sus vaqueros y los meses en que nos habíamos evitado mutuamente se desvanecieron.

—Te toca, Takumi.

—El peor día de mi vida —contó Takumi— fue el 9 de junio de 2000. Mi abuela murió en Japón. Murió en un accidente de automóvil y se suponía que yo iría a verla dos días después. Iba a pasar todo el verano con ella y con mi abuelo, pero en vez de ello, fui a su funeral y la única vez que en realidad la vi, aparte de en fotografías, fue allí. Tuvo un funeral budista, y la incineraron, pero antes de eso estaba sobre una... bueno, no era solo budista. Me refiero a que la religión es complicada allí, así que es un poco budista y un poco *shinto*, pero a vosotros eso no os importa. Bueno, el caso es que estaba sobre una... una pira funeraria o lo que sea. Y esa fue la única vez que la vi, justo antes de que la incineraran. Ese fue el peor día.

El Coronel encendió un cigarrillo, me lo lanzó y encendió otro para él. Para mí era todo un misterio que supiera siempre cuándo quería un cigarrillo. Sí, éramos como un viejo matrimonio. Por un momento pensé: «Es de lo más estúpido tirar cigarrillos encendidos en un granero lleno de paja», pero cuando hubo pasado el momento de precaución tuve que hacer un gran esfuerzo para no lanzar cenizas donde había paja.

—No hay un ganador claro todavía —dijo el Coronel—. La lucha está reñida. Tu turno, amiga.

Alaska se recostó con las manos entrelazadas detrás de la nuca. Hablaba suave y rápidamente; el día silencioso se estaba convirtiendo en una noche más silenciosa aún, sin bichos por la llegada del invierno, así que podíamos escucharla con claridad.

—Ocurrió un viernes, al día siguiente de que mi madre me llevara al zoológico, donde a ella le gustaron los monos y a mí los osos. Yo llegué a casa de la escuela. Ella me abrazó y me dijo que me fuera a hacer los deberes a mi cuarto para que después pudiera ver la televisión. Me metí en mi habitación y ella se sentó frente a la mesa de la cocina, supongo. Luego gritó y yo corrí y vi que se había caído. Estaba tirada en el suelo, agarrándose la cabeza y sacudiéndose. Yo enloquecí. Debí haber llamado a urgencias, pero empecé a gritar y a llorar hasta que dejó de sacudirse y pensé que se había quedado dormida y que lo que fuera que le dolía había dejado de dolerle. Entonces me quedé sentada allí en el suelo con ella, hasta que mi padre llegó a casa una hora más tarde y me empezó a gritar: «¿Por qué no has llamado a urgencias?» y a tratar de practicarle la reanimación cardiopulmonar, pero ya estaba más que muerta. Aneurisma. El peor día. Yo gano. Vosotros bebéis.

Así que bebimos.

Nadie habló durante un minuto. Luego Takumi preguntó:

—¿Tu padre te culpó?

—Bueno, no en un primer momento. Pero sí, ¿cómo no hacerlo?

—Pero eras una niña pequeña —argumentó Takumi.

Yo estaba demasiado sorprendido e incómodo para hablar, intentando encajar esa información con lo que sabía sobre la familia de Alaska. Su

madre le contó el chiste del toc-toc cuando Alaska tenía seis años. Su madre solía fumar, pero ya no lo hacía, evidentemente.

—Sí, era una niña. Los niños pueden llamar a urgencias. Lo hacen todo el tiempo. Dame el vino —dijo con la cara inexpresiva, sin emoción. Bebió sin levantar la cabeza de la paja.

—Lo siento —dijo Takumi.

—¿Por qué nunca me lo has contado? —preguntó el Coronel suavemente.

—Hasta ahora nunca había surgido la oportunidad.

Luego dejamos de hacer preguntas. «¿Qué más puedes decir?», pensé.

En el largo silencio que siguió, al correr el vino y emborracharnos lentamente, me puse a pensar en el presidente William McKinley, el tercer presidente norteamericano al que asesinaron. Sobrevivió varios días a los disparos que recibió y, hacia el final, su esposa empezó a gritar y a llorar: «¡Yo también me quiero ir! ¡Yo también me quiero ir!».

Sacando fuerzas de donde no tenía, McKinley se volvió hacia ella y pronunció sus últimas palabras: «Todos nos vamos».

Era el momento central de la vida de Alaska. Cuando lloraba y me decía que lo había estropeado todo, ahora sabía a qué se refería. Y cuando decía que había fallado a todos, ahora sabía a quién se refería. Era al todo y a todos en su vida, así que no pude sino imaginármelo: veía a una niña flacucha de ocho años con las uñas sucias, mirando a su madre convulsionarse. Luego se había sentado junto a su madre muerta o quizá todavía viva, que imagino que ya no respiraba pero tampoco estaba fría. Y en ese lapso en que sobreviene la muerte, una pequeña Alaska sentada con su madre en silencio. Después, en medio del silencio y mi embriaguez, tuve una visión breve de cómo debió de haber sido. Debió de sentirse tan

impotente, pensé, que lo único que podría haber hecho era coger el teléfono y llamar a una ambulancia; pero ni siquiera se le ocurrió. Llega un momento en el que nos damos cuenta de que nuestros padres no se pueden salvar ni salvarnos a nosotros, que a todos los que navegan por el tiempo, tarde o temprano, la corriente los arrastra hacia el mar, y que, en pocas palabras, todos nos vamos.

Y se volvió impulsiva; su temor a la inacción la llevó a la acción constante. Cuando el Águila la amenazó con la expulsión, tal vez lanzó de sopetón el nombre de Marya porque fue el primero que se le ocurrió, porque no quería que la expulsaran y no podía pensar más allá de ese momento. Tenía miedo, claro está, pero, más importante todavía, quizá tenía miedo de sentirse paralizada de nuevo por el temor.

«Todos nos vamos», le dijo McKinley a su esposa, y vaya si nos vamos. He ahí tu laberinto de sufrimiento. Todos nos vamos. Encuentra tu camino fuera de ese dédalo.

Nada de esto se lo dije a ella en voz alta. No lo hice entonces ni nunca. No dijimos una palabra más sobre el tema. En vez de eso, pasó a convertirse en otro día peor, si bien el peor de todos, mientras la noche caía rápido y continuábamos bebiendo y bromeando.

Más tarde, esa noche, después de que Alaska se metiera los dedos en la garganta y se obligara a vomitar delante de todos porque estaba demasiado borracha para salir al bosque a despejarse, me acosté en mi saco de dormir. Lara estaba acostada junto a mí, en su saco, que casi tocaba el mío. Moví el brazo por encima del saco y lo empujé de manera que se solapara ligeramente con el de ella. Presioné mi mano contra la suya. Podía sentirla, a pesar de que había dos sacos de dormir entre nosotros. Mi plan, que de pronto pensé era muy ingenioso, era sacar el brazo del saco de dormir y

meterlo en el de ella, para así cogerle la mano. Era un buen plan, pero cuando intenté sacar el brazo del saco de dormir, se sacudió como un pez fuera del agua y casi me disloco el hombro. Ella se reía, no conmigo, sino de mí, pero seguíamos sin hablar. Habiendo pasado el punto de no retorno, deslicé de todos modos la mano dentro de su saco de dormir y ella reprimió una risita mientras mis dedos trazaban una línea de su codo a la muñeca.

—Me haces cosquillas —susurró.

Y yo que intentaba ser sensual...

—Lo siento —murmuré.

—No, me gustan —dijo, y me cogió la mano. Entrecruzó sus dedos con los míos y apretó. Luego se dio la vuelta y me besó. Estoy seguro de que ella sabía a alcohol rancio, pero no lo noté; estoy seguro de que yo sabía a alcohol rancio y a tabaco, pero ella no lo notó. Nos estábamos besando.

Pensé: «Qué bien».

Pensé: «No soy malo en esto de besar. Para nada».

Pensé: «Sin duda soy el que mejor besa en la historia del universo».

De pronto se rió y se apartó de mí. Sacó una mano fuera del saco de dormir y se limpió la cara.

—Me has llenado de babas la nariz —dijo riéndose.

Yo me reí también, tratando de darle la impresión de que mi estilo de besar llenando de babas la nariz debía de ser chistoso.

—Lo siento. —Si tomaba prestado el sistema de bases de Alaska, no había pasado de la primera base más de cinco veces en mi vida, por lo que traté de atribuírselo a la falta de experiencia.

—Soy un poco nuevo en esto.

—Ha sido una bonita babeada. —Se rió, y me volvió a besar.

Pronto estábamos totalmente fuera de los sacos de dormir, besándonos en silencio. Ella se tumbó encima de mí y yo rodeé su pequeña cintura con las

manos. Podía sentir sus senos contra mi pecho y a ella moviéndose lentamente encima de mí, montándome a horcajadas.

—Qué agradable.

—Guapa —le dije sonriendo.

En la oscuridad, podía distinguir el perfil de su cara y sus ojos grandes y redondos que parpadeaban hacia mí, sus pestañas casi aleteando contra mi frente.

—Los dos que os estáis besuqueando, ¿podrías hacerlo en silencio? —preguntó el Coronel en voz muy alta desde su saco de dormir—. Los que no estamos besuqueándonos estamos borrachos y cansados.

—Sobre todo... borrachos —dijo Alaska lentamente, como si pronunciar esas palabras le requiriera un gran esfuerzo.

Lara y yo casi nunca habíamos hablado y tampoco tuvimos oportunidad de hacerlo en ese momento, debido a la petición del Coronel. Así que nos besamos en silencio y nos reímos suavemente con la boca y los ojos.

Después de tanto besarnos, empezó a volverse aburrido y susurré:

—¿Quieres ser mi novia?

Ella contestó:

—Sí, por favor. —Y sonrió.

Dormimos juntos en su saco de dormir, y, a decir verdad, estuvimos un tanto apretujados, pero de todas formas estuvo bien. Nunca había sentido el cuerpo de otra persona apretado contra mí mientras dormía. Fue un buen colofón para el mejor día de mi vida.

UN DÍA ANTES

A la mañana siguiente, una expresión que utilizo a la ligera porque ni

siquiera había amanecido, el Coronel me sacudió para despertarme. Tenía a Lara rodeada en mis brazos, replegada sobre mí.

—Tenemos que irnos, Gordo. Es hora de moverse.

—Tío, estoy durmiendo.

—Puedes dormir cuando volvamos. ¡ES HORA DE IRSE! —gritó.

—Está bien. Está bien. No grites. Me duele la cabeza.

Y sí, ciertamente me dolía. Podía sentir el vino de la noche anterior en mi garganta y martillazos en la cabeza, como la mañana después de la conmoción. La boca me sabía como si se me hubiera metido una mofeta en la garganta y se hubiera muerto allí. Hice un gran esfuerzo para no exhalar aire cerca de Lara mientras ella se desenredaba medio atontada del saco de dormir.

Recogimos nuestras cosas rápidamente, lanzamos las botellas vacías en el campo de hierba —tirar la basura en cualquier sitio era una necesidad desafortunada en el Creek, donde nadie quería tirar una botella vacía de alcohol en una papelera de la escuela— y nos alejamos del granero. Lara me cogió la mano para luego soltarla tímidamente. Alaska tenía un aspecto como si la hubieran atropellado, pero insistió en verter los últimos tragos de Strawberry Hill en su café instantáneo frío antes de tirar la botella.

—Para la resaca —dijo.

—¿Cómo estás? —le preguntó el Coronel.

—He tenido mañanas mejores.

—¿Resacosa?

—Como un cura alcohólico un domingo por la mañana.

—Quizá no deberías beber tanto —sugerí.

—Gordo —sacudió la cabeza y bebió el café frío con vino—, Gordo, lo que tienes que entender de mí es que soy una persona profundamente infeliz.

Caminamos uno al lado del otro por el sendero de tierra deslavado de vuelta a la escuela. Justo después de llegar al puente, Takumi se detuvo, «Oh, oh», se puso a gatas y vomitó un volcán amarillo y rosa.

—Sácalo todo —le aconsejó Alaska—. Te sentirás mejor.

Cuando hubo terminado, se puso de pie y dijo:

—Por fin he encontrado algo que puede detener al Zorro. El Strawberry Hill.

Alaska y Lara se fueron a sus habitaciones, con la intención de avisar al Águila más tarde de que ya habían vuelto, mientras Takumi y yo estábamos detrás del Coronel cuando tocó a la puerta del Águila a las nueve de la mañana.

—Habéis llegado temprano. ¿Os habéis divertido?

—Sí, señor —respondió el Coronel.

—¿Cómo está tu madre, Chip?

—Está bien, señor. En buena forma.

—¿Os ha dado bien de comer?

—Desde luego, señor. Incluso se propuso hacerme engordar.

—Lo necesitas. Que tengáis un buen día.

—Bueno, creo que no sospecha nada —dijo el Coronel mientras regresábamos a la habitación 43—. Quizá lo hayamos conseguido.

Pensé en ir a ver a Lara, pero estaba bastante cansado, así que me fui a la cama a dormir la mona.

No fue un día en el que pasara nada en especial. Debí haber hecho cosas extraordinarias. Debí haber exprimido a tope la vida. Pero ese día dormí dieciocho horas de un total de veinticuatro.

EL ÚLTIMO DÍA

A la mañana siguiente, el primer lunes del nuevo semestre, el Coronel salió de la ducha justo cuando sonó mi alarma.

Al ponerme los zapatos, Kevin llamó una vez a la puerta y luego entró.

—Te queda bien —dijo el Coronel de forma casual. Kevin llevaba ahora un corte militar y una pequeña mancha azul en cada lado, justo por encima de las orejas. Proyectaba el labio inferior hacia fuera; el primer escupitajo de la mañana. Se acercó a nuestra MESA PARA CAFÉ, levantó una lata de Coca-Cola y escupió en ella.

—Casi no lo lográis. Me di cuenta con el acondicionador y me volví a meter de inmediato en la ducha. Pero no lo vi en el gel. A Jeff no se le nota para nada. Pero Longwell y yo tendremos que conformarnos con el look marine. Gracias a Dios que tengo una máquina para cortarme el pelo.

—Te queda bien —le dije, a pesar de no ser cierto. El cabello corto pronunciaba sus rasgos, en concreto sus ojos pequeños y demasiado juntos, que no se veían bien tan acentuados. El Coronel intentaba con todas sus ganas parecer duro, listo para cualquier cosa que le pudiera hacer Kevin, pero es difícil parecer duro cuando lo único que llevas puesto es una toalla anaranjada.

—¿Tregua?

—Bueno, me temo que tus problemas no han terminado —dijo el

Coronel, refiriéndose a los boletines de notas ya enviados pero que aún no habían recibido.

—Está bien, si tú lo dices. Hablaremos cuando hayáis terminado, supongo.

—Supongo —repitió el Coronel. Cuando salió Kevin, el Coronel le dijo —: Por lo menos llévate la lata en la que has escupido, imbécil antihigiénico.

Kevin cerró la puerta tras de sí. El Coronel cogió la lata, abrió la puerta y se la lanzó a Kevin, sin darle por mucho.

—Tranquilo.

—No hay tregua aún, Gordo.

Pasé la tarde con Lara. Estábamos muy empalagosos, a pesar de que no sabíamos nada el uno del otro y casi no hablábamos. Pero nos besuqueamos. Ella me apretó el culo en un momento dado y yo di un respingo. Estaba tumbado, pero logré el mejor salto que se puede dar cuando uno está tumbado.

—Perdón —se disculpó.

Y yo contesté:

—No, está bien. Es que aún estoy un poco dolorido por lo del cisne.

Caminamos juntos a la sala de televisión y yo cerré la puerta con llave. Estábamos viendo *La tribu de los Brady*, una serie que ella nunca había visto. Era el episodio donde la familia Brady visita el pueblo fantasma de minas de oro y terminan todos encerrados en la cárcel por un viejo loco; el anciano, de los que lavan el oro y tienen una barba blanca rala, era especialmente horrible y nos hizo reír mucho. Lo cual funcionaba bien, porque no teníamos mucho de que hablar.

Justo cuando estaban metiendo a los Brady en la cárcel, Lara me

preguntó de repente:

—¿Alguna vez te han hecho una mamada?

—Hummm, eso ha salido de la nada —dije.

—¿La nada?

—Sí, como del jardín izquierdo.

—¿Jardín izquierdo?

—Como en el béisbol. Como de la nada. Digo, ¿qué te ha hecho pensar en eso?

—Que nunca lo he hecho —contestó con su vocecita derrochando seducción. Era tan atrevido. Pensé que iba a explotar. Nunca me lo hubiera imaginado. Me refiero a que oír eso de Alaska era una cosa. Pero oír esa dulce vocecita rumana volverse tan sexy de repente...

—No —dije—, nunca.

—¿Crees que sería divertido?

«¿Que quéééééé?»

—Hummm, sí, pero no tienes por qué hacerlo.

—Creo que sí que quiero —dijo, y nos besamos. Y luego, mientras permanecía sentado viendo *La tribu de los Brady*, mirando a Marcia Marcia Marcia con sus payasadas tipo Brady, Lara me desabrochó los pantalones, me bajó los bóxers y me sacó el pene.

—Uau —exclamó.

—¿Qué?

Me miró sin mover su cara de mi pene.

—Es raro.

—¿Qué quieres decir con raro?

—Grande, supongo.

Podría vivir con esa definición de raro. Luego cerró su mano alrededor de mi pene y se lo metió en la boca.

Esperó.

Los dos estábamos muy quietos. Ella no movía un solo músculo de su cuerpo y yo no movía un solo músculo del mío. Yo sabía que a esas alturas tenía que suceder algo más, pero no estaba seguro de qué.

Ella permaneció inmóvil. Podía sentir su respiración nerviosa. Durante unos minutos, los mismos que les llevó a los Brady robar la llave y abrir la cerradura de la cárcel del pueblo fantasma, ella permaneció del todo inmóvil, con mi pene en la boca, y yo sentado esperando.

Al cabo de un rato se lo sacó de la boca y me miró fijamente con curiosidad.

—¿Debo hacer algo?

—Hummm, no sé.

Todo lo que había aprendido sobre el porno con Alaska de pronto se me borró de la cabeza. Pensé que quizá ella debía mover la cabeza para arriba y para abajo, pero ¿no haría eso que se atragantara? Así que permanecí callado.

—¿Debería, quizá, morderlo?

—¡No lo muerdas! Quiero decir, que no lo creo. Creo... me refiero a que ha estado bien. Agradable. No sé si hay algo más.

—Quiero decir, ¿tú no...?

—Hummm. Quizá deberíamos preguntarle a Alaska.

Así que fuimos a su habitación y le preguntamos. Alaska se partía de risa. Sentada en su cama, lloraba de risa. Se metió en el baño, regresó con el tubo de pasta de dientes y nos hizo una demostración. Detalladamente. Sinceramente, yo nunca había deseado con tantas ganas ser Colgate Total.

Lara y yo regresamos a su habitación, donde ella hizo exactamente lo que Alaska le dijo que hiciera y yo hice exactamente lo que Alaska dijo que haría, tener cien pequeñas muertes extáticas, con los puños apretados y el

cuerpo temblándome. Era mi primer orgasmo con una chica y, después, me sentí avergonzado y nervioso, igual que Lara, evidentemente, quien al cabo de un rato rompió el silencio para preguntar:

—Bueno, ¿quieres hacer deberes?

Había poco que hacer el primer día del semestre, pero ella se puso a leer algo para la clase de inglés. Yo cogí una biografía del revolucionario argentino Ernesto «Che» Guevara (cuyo rostro decoraba la pared en un póster) que la compañera de cuarto de Lara tenía en su estante de libros y luego me acosté junto a ella en la litera de abajo. Comencé por el final, como hago a veces con las biografías que no tengo la intención de leer de principio a fin, y encontré sus últimas palabras sin buscar mucho. Capturado por el ejército boliviano, Guevara dijo: «Dispara, cobarde. Solo vas a matar a un hombre». Pensé en las últimas palabras de Simón Bolívar en la novela de García Márquez: «¡Cómo salir de este laberinto!». Los revolucionarios sudamericanos morían con estilo. Le leí las últimas palabras en voz alta a Lara. Ella se volvió de lado, colocando la cabeza en mi pecho.

—¿Por qué te gustan tanto las últimas palabras?

Por raro que parezca, nunca había pensado en el porqué.

—No lo sé —dije colocando la mano en la curva de su espalda—. A veces, porque son chistosas. Como en la Guerra Civil, un general de nombre Sedgwick dijo: «No podrían matar a un elefante a esta dis...». — Y en ese preciso momento le dispararon.

Lara se rió.

—También porque, muchas veces, la gente muere como ha vivido. Así que las últimas palabras me dicen mucho de cómo eran esas personas y por qué se convirtieron en el tipo de personas sobre las que se escriben biografías. ¿Te parece que tiene algún sentido?

—Sí —respondió.

—¿Sí? ¿Solo sí?

—Sí —repitió, y volvió a su lectura.

No sabía cómo hablar con ella. Y me sentí frustrado intentándolo, así que, después de un rato, me levanté para irme.

Le di un beso de despedida. Por lo menos, eso sí que lo podía hacer.

Recogí a Alaska y al Coronel en nuestra habitación y caminamos hasta el puente, donde repetí con detalles vergonzosos el fiasco de la mamada.

—No puedo creer que te lo haya hecho dos veces en un día —exclamó el Coronel.

—Técnicamente, solo ha sido una —corrigió Alaska.

—De todos modos. Quiero decir. Al Gordo le han chupado la salchicha.

—Pobrecito Coronel —se compadeció Alaska con una sonrisa—. Te haría una mamada por compasión, pero quiero a Jake.

—Qué asquerosa —dijo el Coronel—. Se supone que solo debes coquetear con el Gordo.

—Pero el Gordo tiene noooviiiiaaa. —Se rió.

Esa noche, el Coronel y yo caminamos hasta la habitación de Alaska para celebrar nuestro éxito de la «Noche del granero». Ella y el Coronel habían estado celebrando mucho en los últimos dos días y yo no tenía ganas de beber Strawberry Hill, así que me senté y mordisqueé *pretzels* mientras Alaska y el Coronel bebían vino en vasos de papel con florecitas.

—Hoy, nada de terminarnos la botella así como así, ¿eh? —advirtió el Coronel—. ¡Lo haremos con clase!

—Es un concurso de bebida sureño, como se hacía antes —respondió Alaska—. Invitemos al Gordo a una genuina noche sureña: nos retamos el

uno al otro, vaso de papel por vaso de papel en mano, hasta que caiga el que menos bebe.

Y eso fue mal que bien lo que hicieron, con solo una pausa para apagar las luces a las once de la noche para que el Águila no nos hiciera una visita. Hablaban de cosas, pero, sobre todo, bebían, y yo me vi arrastrado por la conversación y terminé entornando los ojos en la oscuridad, viendo los lomos de los libros de la Biblioteca de Vida de Alaska. Incluso sin los libros que se habían perdido en la miniinundación, podría haberme llevado hasta la mañana leer los títulos de las pilas amontonadas sin ton ni son. Una docena de tulipanes blancos en un jarrón de plástico estaban colocados con descuido encima de uno de los montones de libros; cuando le pregunté por ellos, solo dijo:

—De mi aniversario con Jake... —Y como no me interesaba continuar hablando de ese tema, volví a leer los títulos y me pregunté cómo buscar las últimas palabras de Edgar Allan Poe (hago constar que fueron: «El Señor ayude a mi pobre alma») cuando Alaska dijo:

—El Gordo ni siquiera nos está escuchando.

—Sí que os escucho —contesté.

—Estábamos hablando de Verdad o desafío. ¿Lo jugaste hasta el aburrimiento en séptimo o todavía te quedan ganas?

—Nunca he jugado a ese juego. No tenía amigos en séptimo —dije.

—Bueno, ¡helo aquí! —gritó en voz un poco alta, teniendo en cuenta las altas horas de la noche, y teniendo en cuenta el hecho de que estaba bebiendo vino abiertamente en la habitación. ¡Verdad o desafío!

—Está bien —cedí—, pero no me voy a besuquear con el Coronel.

El Coronel estaba en un rincón.

—No puedes besuquearme. Estoy demasiado borracho.

Alaska empezó.

—Verdad o desafío, Gordo.

—Desafío.

—Ven conmigo.

Y la seguí.

Todo fue muy rápido. Me reí nervioso, y ella se inclinó hacia mí, ladeó la cabeza, y, para cuando quise darme cuenta, nos estábamos besando. Cero capas entre nosotros. Nuestras lenguas danzando de ida y vuelta en la boca del otro hasta que solo existían nuestras bocas entrelazadas. Ella sabía a tabaco, a refresco Mountain Dew, a vino y crema labial. Su mano ascendió hasta mi rostro y sentí sus dedos suaves seguir la línea de mi mandíbula. Nos recostamos al besarnos, ella encima de mí, y empecé a moverme debajo de ella. Yo me aparté un momento para preguntar: «¿Qué está sucediendo aquí?», y ella se llevó un dedo a los labios y nos volvimos a besar. Me cogió la mano con la suya y se la colocó en el estómago. Yo me moví lentamente encima de ella y noté cómo arqueaba la espalda con fluidez debajo de mí.

Me volví a apartar.

—¿Qué pasa con Lara? ¿Y Jake?

Una vez más, me susurró:

—Chiss. Menos lengua, y más labios. —Y me esforcé en hacerlo mejor. Y pensaba que solo se trataba de mover la lengua, pero ella era la experta.

—¡Por Dios! —exclamó el Coronel en voz bastante alta—. Esa bestia maldita, el drama se acerca.

Pero no le prestamos atención. Ella movió mi mano de su cintura a su pecho y yo lo toqué con precaución, moviendo los dedos lentamente bajo su blusa pero sobre su sostén, trazando el contorno de sus pechos y luego tomando uno en mi mano, apretándolo con suavidad.

—Hummm, eres bueno —susurró. Mientras hablaba sus labios no se

apartaron de los míos. Nos movimos juntos al compás, mi cuerpo entre sus piernas.

—Esto es muy divertido —murmuró—, pero tengo tanto sueño. ¿Continuamos luego?

Me besó un momento más, mi boca esforzándose por permanecer cerca de la suya. Luego se apartó de debajo de mí, colocó su cabeza en mi pecho y se quedó dormida en el acto.

No tuvimos sexo. No nos desnudamos. No toqué su pecho desnudo y sus manos no bajaron más allá de mis caderas. Pero no importaba. Mientras dormía, le susurré:

—Te quiero, Alaska Young.

Justo cuando estaba a punto de quedarme dormido, el Coronel preguntó:

—Tío, ¿acabas de besarte con Alaska?

—Sí.

—Esto va a terminar mal —se dijo a sí mismo.

Y luego me quedé dormido. Ese sueño de todavía-la-puedo-saborear-en-mi-boca, ese sueño que no es particularmente profundo pero del que no puedes despertar. Luego oí sonar el teléfono. Creo. Y creo, aunque no puedo saberlo, que oí levantarse a Alaska. Creo que la oí salir. Creo. Cuánto tiempo estuvo fuera, imposible saberlo.

Pero tanto el Coronel como yo nos despertamos cuando regresó, cuando quiera que eso fuera, porque dio un portazo. Estaba llorando, como la mañana posterior al día de Acción de Gracias, pero peor.

—¡Tengo que salir de aquí! —lloriqueó.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—¡Se me ha olvidado! ¡Dios!, ¿cuántas veces estropearé las cosas? —exclamó.

Ni siquiera tuve tiempo de preguntarme qué era lo que había olvidado

antes de que gritara:

—TENGO QUE SALIR de aquí. ¡AYUDADME A SALIR DE AQUÍ!

—¿Adónde quieres ir?

Se sentó y puso la cabeza entre las piernas, llorando.

—Solo necesito que distraigáis al Águila para que me pueda ir. Por favor.

El Coronel y yo, al mismo tiempo, con igual cantidad de culpa, dijimos:

—Está bien.

—Pero no enciendas las luces —advirtió el Coronel—. Solo conduce poco a poco y no enciendas las luces. ¿Estás segura de que estás bien?

—¡Joder! Únicamente deshaceos del Águila por mí —dijo sollozando como una niña, gritando a medias—. ¡Dios mío!, ¡oh, Dios!, lo siento tanto.

—Está bien —la tranquilizó el Coronel—. Pon en marcha el coche cuando oigas el segundo cohete.

Nos fuimos.

No le dijimos: «No conduzcas. Estás borracha».

No le dijimos: «No te dejaremos conducir en tu estado».

No le dijimos: «Insistimos en ir contigo».

No le dijimos: «Lo que sea puede esperar a mañana. Cualquier cosa, puede esperar».

Caminamos hacia el baño, cogimos los tres cohetes que quedaban debajo del lavabo y corrimos a casa del Águila. No estábamos seguros de que funcionara de nuevo.

Pero funcionó bastante bien. El Águila salió corriendo de su casa en cuanto oyó el primer cohete —supongo que nos estaba esperando—; nos dirigimos hacia el bosque e hicimos que se internara tanto que no la oyó salir. El Coronel y yo volvimos hacia atrás, vadeando el arroyo para ahorrar tiempo, nos metimos por la ventana trasera de la habitación 43 y dormimos como angelitos.

DESPUÉS

UN DÍA DESPUÉS

El Coronel durmió el sueño poco reparador de los borrachos y yo me acosté boca arriba en la litera de abajo. La boca me cosquilleaba como si todavía estuviera besando a alguien, y seguramente nos habríamos quedado dormidos en el transcurso de las clases de la mañana si el Águila no nos hubiera despertado a las ocho con tres golpes rápidos. Me di la vuelta cuando abrió la puerta y la luz de la mañana inundó la habitación.

—Necesito que vayáis al gimnasio —ordenó.

Entorné los ojos hacia donde estaba él de pie, casi invisible debido a la luz cegadora del sol.

—Ahora —añadió. Y supe que era el final. Nos habían atrapado. Demasiados boletines de notas. Demasiadas borracheras en muy poco tiempo. ¿Por qué habían bebido anoche? La saboreé de nuevo, el vino, el tabaco, la crema labial y Alaska. Y me pregunté si solo me había besado porque estaba borracha. «No me expulséis. No lo hagáis. Apenas empecé a besarla», pensé.

Y, como si respondiera a mis oraciones, el Águila dijo:

—No estáis en problemas. Pero tenéis que ir al gimnasio ahora mismo.

Oí al Coronel girarse en la litera de arriba.

—¿Qué sucede?

—Ha sucedido algo terrible —dijo el Águila, y cerró la puerta tras de sí.

Mientras cogía unos vaqueros que estaban tirados en el suelo, el Coronel dijo:

—Esto mismo sucedió hace un par de años, cuando murió la esposa de

Hyde. Debe de tratarse del Anciano. Al pobre diablo ya no le quedaba mucho fuelle.

Me miró con los ojos medio abiertos, como inyectados en sangre, y bostezó.

—Se te ve un poco resacoso —observé.

Cerró los ojos.

—Entonces se me da mejor fingir de lo que pensaba, Gordo, porque de hecho tengo una resaca monumental.

—Besé a Alaska.

—Sí. Tan borracho no estaba. Vámonos.

Atravesamos el círculo de dormitorios hacia el gimnasio. Yo llevaba puestos unos vaqueros holgados, una sudadera sin camisa debajo y una cara de sueño que me delataba. Todos los profesores estaban en el círculo de dormitorios, llamando a las puertas; no vi al doctor Hyde, y me lo imaginé recostado en su casa, muerto. Me pregunté quién lo habría encontrado y cómo sabían que había desaparecido antes de que no se presentara a clase.

—No veo al doctor Hyde —le dije al Coronel.

—Pobre diablo.

Cuando llegamos el gimnasio estaba medio lleno. Habían colocado un podio en medio de la cancha de baloncesto, cerca de las gradas. Yo me senté en la segunda fila y el Coronel justo enfrente de mí. Mis pensamientos estaban divididos entre la tristeza que sentía por el doctor Hyde y la emoción que me despertaba Alaska, tras recordar su boca cercana susurrándome: «¿Continuamos luego?».

Y no caí en la cuenta de lo que había sucedido, ni siquiera cuando el doctor Hyde entró arrastrando los pies en el gimnasio, dando pasitos lentos hacia el Coronel y hacia mí.

Le di unas palmaditas al Coronel en el hombro y le dije:

—Hyde está aquí.

El Coronel exclamó:

—¡Joder!

Y yo pregunté:

—¿Qué?

Y él preguntó a su vez:

—¿Dónde está Alaska?

Y yo respondí:

—No sé.

Y él preguntó:

—Gordo, ¿está aquí o no?

Entonces los dos nos pusimos de pie y nos fijamos en los rostros que había en el gimnasio.

El Águila se acercó al podio y preguntó:

—¿Estáis todos, chicos?

—No —respondí—. Alaska no está.

El Águila miró hacia abajo.

—¿Todos los demás estáis aquí?

—¡Alaska no está!

—Está bien, Miles, gracias.

—No podemos empezar sin Alaska.

El Águila me miró. Estaba llorando en silencio. Las lágrimas rodaban hasta su barbilla y caían en sus pantalones de pana. Me miró fijamente, pero no era la «mirada de la perdición». Con los párpados que dejaban caer las lágrimas que rodaban por su rostro, el Águila se veía increíblemente afligido.

—Por favor, señor —le rogué—. ¿Podemos esperar a Alaska?

Noté que todos los demás se nos quedaban mirando, tratando de saber lo

que yo ya sabía, pero no me atrevía a creer.

El Águila miró hacia abajo y se mordió el labio inferior.

—Anoche, Alaska Young tuvo un terrible accidente. —Sus lágrimas rodaban con mayor velocidad ahora—. Un fatal accidente. Alaska ha fallecido.

Por un momento, todo el gimnasio guardó silencio. El lugar nunca había estado tan silencioso, ni siquiera en aquellos momentos previos tras los cuales el Coronel ridiculizaba a nuestros oponentes en la línea de tiros libres. Clavé la mirada en la nuca del Coronel. Tan solo miraba su grueso y tupido cabello. Por un momento, el lugar estaba tan silencioso que se podía oír la pausa entre la respiración de cada uno, el vacío creado por ciento noventa alumnos tan impresionados que habían dejado de respirar.

Pensé: «Todo por mi culpa».

Pensé: «No me encuentro bien».

Pensé: «Voy a vomitar».

Me puse de pie y corrí fuera. Alcancé a llegar a una papelería en las inmediaciones del gimnasio, a tres metros de las puertas dobles, y vomité sobre botellas de Gatorade y mitades de hamburguesas de McDonald's. Pero no salió mucho de mi estómago. Simplemente fueron las arcadas, los músculos del vientre contrayéndose, la garganta abierta, el resuello gutural y las contracciones al vomitar una y otra vez. Entre las arcadas y la tos, cogía tanto aire como podía. Su boca. Su boca fría, muerta. No continuará luego. Yo sabía que estaba borracha. Fuera de sí. Por lógica, no dejas que alguien conduzca borracho y fuera de sí. Por lógica. ¡Por Dios!, Miles, ¿qué diablos te pasa? Y por fin llega el vómito, que salpica la papelería. Y aquí está lo que quedaba de ella en mi boca, aquí en la papelería. Y luego más

vómito, más. Y después está bien, cálmate, está bien, en serio, no está muerta.

No está muerta. Está viva. Está viva en alguna parte. En el bosque. Alaska está escondida en el bosque y no está muerta; solo se está escondiendo. Es una broma. Es solo una trastada elevada al máximo exponente de Alaska Young. Es Alaska como es Alaska, graciosa y juguetona, sin saber cómo o cuándo poner el freno.

Luego me sentí mucho mejor, porque no había muerto.

Regresé al gimnasio y todos estaban sumidos en varios estadios de dolor. Era como si vieras la televisión, como un especial de *National Geographic* sobre rituales funerarios. Vi a Takumi de pie, con las manos sobre los hombros de Lara, quien permanecía sentada. Vi a Kevin, con su corte militar y la cabeza escondida entre las rodillas. Una chica llamada Molly Tan, que había estudiado con nosotros para precálculo, gemía, golpeando sus muslos con los puños cerrados. Todas estas personas que medio conocía y que medio que no estaban todas destrozadas. Luego vi al Coronel, con las rodillas dobladas hacia el pecho, tumbado de lado en las gradas. Madame O'Malley, sentada junto a él, extendía la mano hacia su hombro pero sin tocarlo. El Coronel gritaba. Inhalaba. Gritaba. Inhalaba. Gritaba. Inhalaba. Gritaba.

Al principio pensé que solo gritaba. Pero después de varias respiraciones, observé una cadencia. Después de algunas más, me di cuenta de que el Coronel estaba pronunciando unas palabras.

—¡Lo siento tanto! —gritaba.

Madame O'Malley le cogió la mano.

—No tienes nada que reprocharte, Chip. No hay nada que pudieras haber hecho. —Si ella supiera.

Yo permanecía de pie mirando la escena y pensando que no estaba

muerta cuando sentí una mano en mi hombro; me di la vuelta y vi al Águila:

—Creo que es una de sus trastadas tontas —le dije.

Y él contestó:

—No, Miles. Lo siento mucho.

Sentí el calor en mis mejillas y afirmé:

—Ella es muy buena para eso. Podría hacerlo tan tranquila.

Él confirmó:

—La he visto. Lo siento.

—¿Qué sucedió?

—Anoche tiraron cohetes en el bosque —empezó a explicar, y yo cerré los ojos con fuerza ante el hecho inevitable de que yo la había matado—. Me fui tras ellos, y creo que ella salió de la escuela. Era tarde. Iba por la carretera I-65 justo en la parte sur del centro. Un camión había volcado y se había partido en dos, bloqueando ambos carriles. Un coche de la policía acababa de llegar al lugar del accidente. Ella chocó con el coche patrulla sin girar el volante. Creo que estaba muy ebria. La policía dijo que olía a alcohol.

—¿Cómo lo sabe? —pregunté.

—La he visto, Miles. Hablé con la policía. Murió en el acto. El volante le golpeó el pecho. Lo siento mucho.

Y le pregunté: «¿Usted la ha visto?». Y él respondió: «Sí». Y le pregunté: «¿Qué aspecto tenía?». Y él respondió: «La nariz le sangraba un poco». Luego me senté en el suelo del gimnasio. Podía oír al Coronel que todavía gritaba y podía sentir unas manos en mi espalda al encorvarme hacia delante, pero todo lo que podía ver era a ella, tumbada, desnuda, sobre una mesa de metal, con un hilillo de sangre cayendo de su nariz de media gota, sus ojos verdes abiertos, perdidos en la distancia, las comisuras de la boca

hacia arriba, apenas lo suficiente para sugerir la idea de una sonrisa. Y se había sentido tan tibia contra mí, su boca suave y tibia sobre la mía.

El Coronel y yo regresamos en silencio a nuestro dormitorio. Miro fijamente el suelo que hay debajo de mí. No puedo dejar de pensar que está muerta y no puedo dejar de pensar que no es posible que esté muerta. La gente no muere y deja de existir. No puedo lograr que mi respiración vuelva a su ritmo normal. Me siento temeroso, como si alguien me dijera que me va a pegar después de la escuela y estamos en la última hora de clase, así que sé lo que me espera. Hoy hace mucho frío —literalmente, está helando— y me imagino que corro al arroyo y me sumerjo de cabeza; el arroyo es tan poco profundo que mis manos se hacen cortes con las rocas y mi cuerpo se desliza hacia el agua fría; el impacto del frío me entumece y yo me quedo flotando en el agua, primero al río Cahaba, luego al río Alabama, luego a la bahía Mobile y por último al golfo de México.

Quiero derretirme en el césped pardusco, crujiente, que el Coronel y yo hemos pisado de regreso en silencio a nuestra habitación. Sus pies son muy grandes, demasiado grandes para su menudo cuerpo, y las nuevas zapatillas, que usa desde que se mearon en las viejas, parecen zapatos de payaso. Pienso en las chanclas de Alaska colgadas de sus dedos con las uñas azules, cuando nos mecíamos en el columpio junto al lago. ¿Estará abierto el ataúd? ¿Podrán los de la funeraria recrear su sonrisa? Todavía la podía oír diciendo: «Esto es muy divertido, pero tengo tanto sueño. ¿Continuamos luego?».

Las últimas palabras del predicador del siglo XIX Henry Ward Beecher fueron: «Ahora llega el misterio». El poeta Dylan Thomas, a quien le gustaba beber por lo menos tanto como a Alaska, dijo estas últimas

palabras: «Me he tomado dieciocho whiskies consecutivos. Presumo que es un récord», antes de morir. Las favoritas de Alaska eran las del dramaturgo Eugene O'Neill: «Nacido en un cuarto de hotel y, ¡maldita sea!, muerto en un cuarto de hotel». Incluso las víctimas de accidentes automovilísticos tienen sus últimas palabras. La princesa Diana preguntó: «¡Oh, Dios!, ¿qué ha sucedido?». La estrella cinematográfica James Dean dijo: «Tienen que vernos», justo antes de estrellar su Porsche contra otro coche. Conozco muchas últimas palabras, pero nunca conoceré las de Alaska.

Voy unos cuantos pasos delante de él cuando me doy cuenta de que el Coronel se ha caído.

Me doy la vuelta y está en el suelo boca abajo.

—Tenemos que levantarnos, Chip. Tenemos que levantarnos. Tenemos que llegar a la habitación.

El Coronel se da la vuelta, levanta el rostro del suelo, me clava la mirada y me dice:

—No... puedo... respirar.

Pero sí puede respirar y lo sé porque está hiperventilando, respirando como si intentara infundir aire a los muertos. Lo levanto, se agarra a mí con fuerza y vuelve a empezar a sollozar, diciendo: «Lo siento tanto», una y otra vez. Nunca antes nos habíamos abrazado. No hay mucho que decir, porque él tiene que sentirlo; le pongo una mano en la nuca y digo lo único que es cierto:

—Yo también lo siento.

DOS DÍAS DESPUÉS

Esa noche no dormí. El alba tardó en llegar, e incluso cuando lo hizo, el sol

brillando a través de las persianas, el destartado radiador no podía mantenernos calientes, así que el Coronel y yo nos sentamos sin decir una palabra en el sofá. Él leía el almanaque.

La noche anterior me había enfrentado al frío para llamar a mis padres. Esta vez, cuando dije: «Hola, soy Miles», y mi madre contestó: «¿Qué te pasa? ¿Está todo bien?», pude decirle con seguridad que no, que las cosas no iban bien. Mi padre descolgó el teléfono supletorio.

—¿Qué sucede? —preguntó.

—No grites —dijo mi madre.

—No estoy gritando; es el teléfono.

—Bueno, pues habla más bajo —dijo ella, así que tardé un buen rato en poder decir algo.

Una vez que lo hube logrado, tardé otro buen rato en poder decir las cosas en orden:

—Mi amiga Alaska ha muerto en un accidente automovilístico. —Miraba fijamente los números y los mensajes garabateados en la pared junto al teléfono.

—¡Oh, Miles! —exclamó mi madre—. Lo siento muchísimo, Miles. ¿Quieres venir a casa?

—No —contesté—. Quiero estar aquí... no me lo puedo creer. —Lo cual en parte todavía era cierto.

—Es horrible —dijo papá—. Pobres padres.

«Pobre papá», pensé, y me pregunté sobre su padre. Ni siquiera podía imaginar lo que harían mis padres si yo muriera. Conducir borracha. ¡Oh, Dios! Si su padre alguna vez se enterara, nos destriparía al Coronel y a mí.

—¿Cómo te podemos ayudar? —preguntó mi madre.

—Solo necesitaba que respondierais mi llamada. Necesitaba que descolgarais el teléfono, y lo habéis hecho.

Oí a alguien resollar detrás de mí (por frío o pena, no lo sé) y les dije a mis padres:

—Están esperando para llamar por teléfono. Me tengo que ir.

Toda la noche me sentí paralizado ante el silencio, aterrorizado. ¿De qué tenía tanto miedo? Lo peor imaginable ya había pasado. Ella estaba muerta. Ella estaba tibia y suave contra mi piel, con mi lengua en su boca, y se reía, tratando de enseñarme, perfeccionarme, prometiendo que continuaría. Y ahora.

Ahora, cada hora que pasaba, se volvía más fría, más muerta con cada una de mis exhalaciones. Pensé: «Ese es el miedo: he perdido algo importante, no lo puedo encontrar y lo necesito. Es un miedo semejante al de alguien que pierde las gafas, va a la óptica y le dicen que se han acabado todas las gafas del mundo y que tendrá que vivir sin ellas».

Justo antes de las ocho de la mañana, el Coronel anunció a nadie en particular:

—Creo que hoy habrá bufritos a la hora de la comida.

—Sí —convine—. ¿Tienes hambre?

—¡Dios mío!, no. Pero ella fue quien les puso el nombre. Se llamaban burritos fritos cuando llegamos y Alaska empezó a decirles bufritos. Luego todos los demás lo hicieron también. Y después, finalmente, Maureen les cambió el nombre de manera oficial.

Hizo una pausa.

—No sé qué hacer, Miles.

—Sí, lo sé.

—He acabado de memorizar las capitales —comentó.

—¿De los estados?

—No. Eso lo hice en quinto. De los países. Dime un país.

—Canadá.

—Uno más difícil.

—Eh, ¿Uzbequistán?

—Tashkent.

Ni siquiera tuvo que detenerse un momento a pensarlo. Lo tenía en la punta de la lengua, como si hubiera estado esperando que dijera «Uzbequistán» desde el principio.

—Fumemos.

Entramos en el baño, abrimos el grifo de la ducha, el Coronel sacó una caja de cerillas de sus vaqueros y frotó una cerilla contra la caja. No se encendió. Lo intentó una vez más sin éxito, y otra vez más; luego golpeó la caja de cerillas con una furia creciente, hasta que finalmente lanzó las cerillas al suelo y gritó:

—¡MIERDA!

—Está bien —le calmé mientras buscaba un encendedor en el bolsillo.

—No, Gordo, no está bien —dijo tirando el cigarrillo y poniéndose de pie, de repente furioso.

—¡Mierda! ¡Dios mío! ¿Cómo ha podido suceder esto? ¡Cómo pudo ser tan estúpida! Nunca pensaba bien las cosas. Tan condenadamente impulsiva. Dios, no está bien. ¡No puedo creer que fuera tan estúpida!

—Tendríamos que haberla detenido —dije.

Extendió la mano hacia la ducha para cerrar la poca agua que caía y luego golpeó con la mano abierta la pared.

—Sí, ya sé que tendríamos que haberla detenido, mierda. Soy totalmente consciente, ¡mierda!, de que tendríamos que haberla detenido. Pero no tendríamos que haberlo hecho. Tenías que cuidarla como si fuera una niña de tres años. Al mínimo fallo tuyo, y ella va y se muere. ¡Dios mío! Me estoy volviendo loco. Me voy a dar un paseo.

—Está bien —contesté tratando de mantener la voz calmada.

—Lo siento —se disculpó—. Me siento tan revuelto por dentro. Siento como si pudiera morirme.

—¿Podrías? —pregunté.

—Sí, sí. Podría. Nunca sabes. Es solo que... Es como un zas. Y te has ido.

Lo seguí a la habitación. Tomó el almanaque de la litera, se abrochó la chaqueta, cerró la puerta y ¡zas! Se había ido.

Con la mañana llegaron las visitas. Una hora después de que se fuera el Coronel, Hank Walsten, el residente fumeta, pasó a ofrecerme algo de hierba, que amablemente rechacé. Hank me abrazó y dijo:

—Por lo menos fue instantáneo. Por lo menos no sufrió.

Sé que solo estaba tratando de ayudar, pero no lo consiguió. Hubo dolor. Un dolor seco e infinito en mis entrañas que no desapareció ni siquiera cuando me arrodillé en el mosaico congelado del baño entre arcadas.

De cualquier manera, ¿qué significa muerte «instantánea»? ¿Cuánto dura un instante? ¿Un segundo? ¿Diez? El dolor de esos segundos debió de haber sido terrible, al estallarle el corazón y al fallarle los pulmones, y ya sin aire y sin sangre que corriera hacia el cerebro, solo le quedaba un pánico absoluto. ¿Qué diablos es «al instante»? Nada es instantáneo. El arroz instantáneo tarda cinco minutos. El pudín instantáneo, una hora. Dudo que un instante de dolor cegador se viva como un momento particularmente instantáneo.

¿Tuvo tiempo de que su vida pasara delante de sus ojos? ¿Habré salido allí? ¿Habría salido Jake? Y recordé que ella prometió que continuaría, pero también sé que iba conduciendo hacia el norte cuando murió, hacia Nashville, hacia Jake. Quizá no significó nada para ella, nada más que otro

impulso irrefrenable. Con Hank en la puerta de entrada, miré a través de él, miré hacia el círculo de dormitorios, demasiado tranquilo, preguntándome si le habría importado, y solo puedo decirme que sí, que claro, que ella lo había prometido. Que continuaría.

Lara llegó después con los ojos hinchados.

—¿Qué ocurrió? —me preguntó cuando la abracé, de puntitas, de tal manera que pudiera poner la barbilla sobre su cabeza.

—No lo sé.

—¿Viste a Alaska esa noche? —preguntó hablándole a mi clavícula.

—Se emborrachó. El Coronel y yo nos quedamos dormidos y supongo que ella salió de la escuela.

Y esa se convirtió en la mentira oficial.

Sentí los dedos de Lara, mojados por las lágrimas, que presionaban contra mi mano y, antes de que pudiera pensarlo mejor, se la aparté.

—Lo siento —dije.

—Está bien —contestó—. Estaré en mi habitación si quieres pasar.

No pasé. No sabía qué decirle. Estaba atrapado en un triángulo amoroso con uno de sus lados muerto.

Esa tarde, todos volvimos a entrar en el gimnasio para una «asamblea del pueblo». El Águila anunció que la escuela alquilaría autobuses el domingo para ir al funeral en Vine Station. Cuando nos levantamos para irnos, noté que Takumi y Lara se me acercaban. Lara atrajo mi atención con una sonrisa débil. Le sonreí a la vez, pero enseguida di media vuelta y me oculté entre la multitud de dolientes que salían del gimnasio.

Estoy dormido y Alaska entra volando en la habitación. Está desnuda e

intacta. Sus pechos, que sentí brevemente en la oscuridad, están llenos, luminosos y sobresalen de su cuerpo. Revolotea unos centímetros encima de mí y su aliento tibio y dulce roza mi cuerpo como la brisa en un campo de hierba.

—Hola —digo—. Te he echado de menos.

—Tienes buen aspecto, Gordo.

—Tú también.

—Estoy tan desnuda... ¿Por qué estoy tan desnuda? —dice riéndose.

—Solo quiero que te quedes —le pido.

—No —contesta, y su peso cae muerto sobre mí, me aplasta el pecho, me roba el aliento. Y está fría y mojada, como el hielo que se derrite. Su cabeza está partida en dos y un fango rosa grisáceo mana de la fractura de su cráneo y se desliza hacia mi cara. Y ella apesta a formaldehído y a carne pútrida. Quiero vomitar y la aparto de mí, aterrado.

Me desperté y caí de la cama, dando de bruces con un golpe seco en el suelo. Gracias a Dios que soy un hombre de litera inferior. Había dormido catorce horas. Era por la mañana. «Miércoles», pensé. Su funeral sería el domingo. Me pregunté si el Coronel regresaría para entonces de dondequiera que hubiera ido. Tenía que regresar para su funeral, porque yo no podía ir solo, e ir con alguien que no fuera el Coronel sería equivalente a ir solo.

El viento frío abofeteaba la puerta, y los árboles que había fuera de la ventana se sacudían con tanta fuerza que podía oír el batir de sus ramas desde la habitación. Me senté en la cama y pensé en el Coronel, que estaría allá fuera en alguna parte, cabizbajo, con los dientes apretados, caminando en dirección al viento.

CUATRO DÍAS DESPUÉS

Eran las cinco de la mañana y leía una biografía del explorador Meriwether Lewis (el compañero de Clark); trataba de permanecer despierto cuando se abrió la puerta y entró el Coronel.

Sus manos pálidas temblaban y el almanaque que llevaba parecía una marioneta bailando sin hilos.

—¿Tienes frío? —pregunté.

Asintió, se quitó las zapatillas y se metió en mi cama, en la litera de abajo, cogiendo el edredón. Los dientes le castañeteaban como en código morse.

—¡Por Dios! ¿Estás bien?

—Mejor ahora. Más caliente —dijo.

Una mano blanca como un fantasma apareció de debajo del edredón.

—Cógeme la mano, ¿sí?

—Está bien, pero eso es todo. Nada de besarnos.

El edredón se sacudía con su risa.

—¿Dónde has estado?

—Fui caminando hasta Montevallo.

—¿Sesenta kilómetros?

—Sesenta y siete —me corrigió—. Bueno, sesenta y siete de ida.

Y sesenta y siete de vuelta. Ciento treinta y dos kilómetros. No, ciento treinta y cuatro. Sí, eso, en cuarenta y cinco horas.

—¿Qué diablos hay en Montevallo? —pregunté.

—Nada. Solo caminé hasta que tuve demasiado frío y luego di media vuelta.

—¿Has dormido?

—¡No! Los sueños son terribles. En mis sueños, ni siquiera parece ella. Ya ni siquiera me acuerdo de cómo era.

Le solté la mano, tomé el anuario del año anterior y encontré su fotografía. En la foto en blanco y negro lleva su camiseta naranja de tirantes y los vaqueros recortados que le llegaban hasta la mitad de sus delgados muslos. Con la boca bien abierta en una risa congelada, su brazo izquierdo sostiene a Takumi practicándole una llave de cabeza. Su cabello cae sobre su rostro lo suficiente para oscurecer sus mejillas.

—Bien —continuó el Coronel—. Sí, estaba cansado de que se enfadara sin *razón* aparente, de cómo se enfurruñaba y hacía referencias al peso opresivo e inesperado de la tragedia o lo que fuera. Pero luego nunca decía qué estaba mal, nunca daba una verdadera razón para estar triste. Y creo que uno debe tener una razón. Mi novia me ha dejado, luego estoy triste. Me han pillado fumando, luego estoy furioso. Me duele la cabeza, luego estoy de mal humor. Ella nunca tenía una *razón*, Gordo. Yo estaba tan cansado de aguantar sus melodramas, que la dejé marchar. ¡Dios mío!

Sus estados de ánimo cambiantes también me habían molestado a mí en ocasiones, pero no esa noche. Esa noche la dejé marchar porque me pidió que lo hiciera. Así de sencillo y tonto.

Agarré la pequeña mano del Coronel con fuerza, para que su frío entrara en mí y mi calor en él.

—He memorizado los números de habitantes —dijo.

—Uzbequistán.

—Veintinueve millones trescientos noventa y cuatro mil doscientos.

—Camerún —dije, pero ya era demasiado tarde. Se había quedado dormido, con su mano flácida en la mía. Se la coloqué debajo de la colcha y me encaramé a su cama; solo por esa noche dormí como un hombre de litera superior. Me quedé dormido oyendo su respiración lenta, su obstinación, finalmente sucumbiendo a la fatiga insalvable.

SEIS DÍAS DESPUÉS

Ese domingo me levanté después de dormir tres horas y me di una ducha por primera vez en mucho tiempo. Me puse mi único traje. Casi me lo dejo en casa, pero mi madre insistió en que nunca se sabe cuándo vas a necesitar un traje, y tenía toda la razón.

El Coronel no tenía traje, y debido a su corta estatura no podía pedirle prestado uno a nadie en el Creek, así que se puso pantalones negros y una camisa gris de botones.

—Supongo que no puedo utilizar la corbata de flamencos —constató al ponerse los calcetines negros.

—Es un poco festiva para la ocasión —respondí.

—No me la pude poner para la ópera —dijo el Coronel esbozando una media sonrisa—. No me la puedo poner para un funeral. Ni tampoco la puedo utilizar para colgarme. Es un poco inútil, para ser una corbata.

Le di una corbata.

La escuela había alquilado autobuses para llevar a los alumnos al pueblo de Alaska, Vine Station; pero Lara, el Coronel, Takumi y yo nos fuimos en la camioneta de Takumi, tomando carreteras secundarias para no tener que

pasar por el lugar del accidente en la autopista. Yo miraba por la ventana cómo la desordenada expansión suburbana que rodeaba Birmingham se desvanecía en las colinas de lentas pendientes y los campos de Alabama del Norte.

En el asiento de delante, Takumi le contaba a Lara la vez que a Alaska le tocaron las tetas como si fueran un claxon durante el verano y Lara se rió. Esa fue la primera vez que la vi y ahora nos dirigíamos a la última. Más que nada, sentía la injusticia de ello, la injusticia indiscutible de querer a alguien que podría haberme querido también, pero que ya no puede porque está muerta, y me incliné hacia delante, con la frente contra el respaldo de Takumi, y lloré gimiendo, sintiendo tanto tristeza como dolor. Dolía, y no es un eufemismo. Dolía como si me hubieran dado una paliza.

Las últimas palabras de Meriwether Lewis fueron: «No soy un cobarde, pero soy muy fuerte. Es tan difícil morir». No dudo de que lo sea, pero no puede ser mucho más difícil que quedarse atrás. Pensé en Lewis mientras seguía a Lara a la capilla A, anexa a la funeraria de un solo piso de Vine Station, Alabama, un pueblo tan deprimido y depresivo como Alaska siempre dijo que era. El lugar olía a moho y desinfectante, y el papel de pared amarillo del vestíbulo se estaba despegando de las esquinas.

—¿Estáis todos aquí por la señorita Young? —le preguntó un tipo al Coronel, y el Coronel asintió.

Nos condujeron a una habitación grande con filas de sillas plegables donde había un solo hombre sentado. Él se arrodilló delante de un ataúd en la parte frontal de la capilla. El ataúd estaba cerrado. Cerrado. Nunca la volvería a ver. No podría besar su frente. No la podría ver por última vez. Pero necesitaba hacerlo, necesitaba verla, y en voz demasiado alta pregunté:

—¿Por qué está cerrado?

El hombre, cuya barriga empujaba hacia fuera de su traje demasiado

apretado, se dio la vuelta y caminó hacia mí.

—Su madre —explicó—. Su madre tuvo un ataúd abierto y Alaska me dijo: «No dejes que me vean muerta, papá». Por eso está cerrado. De todos modos, hijo, ella no está ahí. Está con Dios.

Ese hombre, que había engordado desde la última vez que tuvo que vestir ese traje, puso las manos sobre mis hombros, y yo no podía creer lo que le había hecho. Sus ojos eran de un verde rutilante como los de Alaska, pero hundidos en cuencas oscuras, como un fantasma de ojos verdes que aún respiraba para decir no, no, no, no te mueras, Alaska. No te mueras. Me deshice de su abrazo y pasé junto a Lara y Takumi para llegar al ataúd; me arrodillé delante y coloqué las manos sobre el acabado de madera, caoba oscura como el color de su cabello. Sentí las manos pequeñas del Coronel sobre mis hombros y una lágrima se deslizó en mi cabeza. Por unos instantes estábamos solo los tres, pues los autobuses de estudiantes no habían llegado, y Takumi y Lara se desvanecieron para que solo estuviéramos los tres, tres cuerpos y dos personas, los tres que sabíamos lo que había sucedido. Pero había demasiadas capas entre nosotros, estábamos demasiado alejados.

El Coronel dijo:

—Yo solo quiero salvarla.

Yo respondí:

—Chip, ya se ha ido.

Él añadió:

—Pensé que la vería mirándonos, pero estás en lo cierto. Simplemente se ha ido.

Dije:

—¡Oh, Dios! Alaska, te quiero. Te quiero.

El Coronel susurró:

—Lo siento tanto, Gordo. Sé que la querías.

Y yo contesté:

—No, no en pasado.

Ya ni siquiera era una persona, solo carne en putrefacción, pero yo amaba su tiempo presente. El Coronel se arrodilló junto a mí, acercó sus labios al ataúd y susurró:

—Lo siento, Alaska. Te merecías un amigo mejor.

«¿Tan difícil es morir, señor Lewis? ¿Acaso ese laberinto es en verdad peor que este?»

SIETE DÍAS DESPUÉS

Pasé el día siguiente en la habitación, jugando en silencio a un videojuego de fútbol, incapaz de hacer nada e incapaz de hacer mucho. Era el día de Martin Luther King, nuestro último día antes de que las clases comenzaran de nuevo, y yo no podía pensar en otra cosa que no fuera que la había matado. El Coronel pasó la mañana conmigo, pero luego decidió ir a la cafetería a por pastel de carne.

—Vamos —dijo.

—No tengo hambre.

—Tienes que comer.

—¿Quieres apostar? —propuse sin levantar la vista.

—Bueno —suspiró, y se fue dando un portazo.

«Sigue estando muy enfadado —pensé un poco apenado—. No hay razón para estar enfadado. La ira solo distrae la tristeza que todo lo abarca, el sincero conocimiento de que tú la mataste y le robaste un futuro y una vida. Enfureciéndose no lo va a arreglar. Maldita sea.»

—¿Cómo estaba el pastel de carne? —le pregunté al Coronel cuando volvió.

—Muy parecido a como lo recuerdas. Ni sabe a carne ni tiene nada de pastel. —El Coronel se sentó junto a mí.

—El Águila ha comido conmigo. Quería saber si nosotros pusimos los cohetes.

Hice una pausa en el juego y me giré para verlo. Con una mano, pinchaba uno de los últimos pedazos remanentes de vinilo azul del sofá de espuma.

—¿Y tú qué le has dicho?

—No he delatado a nadie. De cualquier modo, me ha dicho que su tía o alguien vendrá mañana a limpiar su habitación. Así que si hay cualquier cosa que sea nuestra o que no queramos que su tía encuentre...

Volví a concentrarme en el juego y dije:

—Hoy no puedo hacerlo.

—Entonces lo haré yo solo —respondió. Se dio la vuelta y salió dejando la puerta abierta, y los restos amargos de la ola de frío interfirieron en el radiador, así que hice una pausa en el juego y me levanté para cerrar la puerta. Cuando me asomé a la esquina para ver si el Coronel había entrado en su cuarto, estaba parado justo delante de nuestra puerta, y me agarró fuerte de la sudadera, me sonrió y después me dijo:

—*Sabía* que no me dejarías hacer esto solo. Lo *sabía*.

Negué con la cabeza y puse los ojos en blanco, pero lo seguí por la acera. Pasamos el teléfono de monedas y el cuarto de ella.

No había pensado en su olor desde que murió. Pero cuando el Coronel abrió la puerta, olí un deje de su aroma: olor a tierra mojada, hierba y tabaco; por debajo, vestigios de una loción para la piel con aroma a vainilla. Inundó mi presente y solo la discreción evitó que hundiera el rostro en la ropa sucia

que llenaba la cesta junto a su cómoda. La habitación estaba como la recordaba: cientos de libros apilados contra las paredes, el edredón color lavanda arrugado al pie de la cama, una precaria pila de libros en la mesita de noche, la vela volcánica asomando de debajo de la cama. Estaba tal y como yo sabía que estaría, pero el inequívoco olor de ella me impresionó. Permanecí en medio de la habitación, con los ojos cerrados, inhalando lentamente la vainilla y el olor a hierba de otoño sin cortar, pero con cada respiración, el olor se disipaba a medida que me iba acostumbrando a él y pronto se había ido de nuevo.

—Esto es insoportable —dije, porque en verdad lo era—. ¡Oh, Dios! Estos libros que nunca leerá. Su Biblioteca de Vida.

—Comprados en ventas de garaje y ahora quizá destinados a otra de esas ventas.

—«Polvo eres y en polvo te convertirás.» De una venta de garaje saliste y a otra venta de garaje regresas.

—Está bien. Bueno, a lo que veníamos. Busca cualquier cosa que a su tía no le gustaría encontrar —dijo el Coronel, y lo vi arrodillarse junto a su escritorio, con el cajón de debajo del ordenador abierto, los pequeños dedos sacando pliegues de papeles grapados.

—Guardaba cada uno de los ensayos que escribió. *Moby Dick*, *Ethan Frome*.

Extendí el brazo en busca de los condones que sabía que escondía para las visitas de Jake, entre el colchón y el somier. Los metí en la bolsa y luego me dirigí a su cómoda, buscando entre su ropa interior botellas ocultas de licor o juguetes sexuales, o lo que fuera. No encontré nada. Luego pasé a los libros, apilados sobre sus lados, con los lomos hacia fuera, la colección improvisada de literatura de Alaska. Había un libro que quería llevarme, pero no lo encontré.

El Coronel estaba sentado en el suelo junto a la cama, con la cabeza inclinada, mirando el suelo.

—No dejó nada de alcohol, ¿verdad? —preguntó.

Y estuve a punto de decirle: «Lo escondió en el bosque junto al campo de fútbol», pero me di cuenta de que el Coronel no lo sabía, que ella nunca lo había llevado al borde del bosque ni le había dicho que cavara en busca de un tesoro escondido, que ella y yo habíamos compartido solos, y me callé, como si el hecho de compartir ese recuerdo pudiera hacer que se disipara.

—¿Ves *El general en su laberinto* por alguna parte? —le pregunté mientras revisaba los títulos en los lomos de los libros—. Tiene la cubierta de color verde, creo. Tiene tapa blanda y se mojó con la inundación, así que las páginas probablemente estén hinchadas, pero no creo que ella...

Y en esas, me interrumpió:

—Sí, aquí está.

Me di la vuelta y lo tenía en la mano, abierto como un acordeón debido a la trastada de Longwell, Jeff y Kevin, y me acerqué a él, lo tomé y me senté en la cama. Los lugares que había subrayado y las notas que había escrito se habían vuelto borrosos con la inundación, pero el libro seguía siendo legible en su mayor parte, y estaba pensando que me lo llevaría a mi habitación e intentaría leerlo aunque no fuera una biografía cuando pasé a la página del final:

Lo estremeció la revelación deslumbrante de que la loca carrera entre sus males y sus sueños llegaba en aquel instante a la meta final. El resto eran las tinieblas.

—Carajos —suspiró—. ¡Cómo voy a salir de este laberinto!

El pasaje entero estaba subrayado en tinta negra, sangrada, empapada por el agua. Pero había otra tinta, en azul vivo, postinundación, y una flecha que

iba de: «¡Cómo voy a salir de este laberinto!» a una nota escrita en el margen con su letra cursiva llena de florituras: «Derecho y rápido».

—Oye, después de la inundación escribió algo aquí —dije—. Pero es raro. Mira. La página ciento noventa y dos.

Le lancé el libro al Coronel y pasó las hojas hasta llegar a esa página y luego me miró.

—Derecho y rápido —repitió.

—Sí. Extraño, ¿no? La forma de salir del laberinto, supongo.

—Espera, ¿cómo sucedió? ¿Qué sucedió?

Por la manera como lo dijo, supe a qué se refería.

—Te conté lo que me dijo el Águila. Un camión se partió en dos sobre la carretera. Llegó la policía y ella se estrelló contra el coche patrulla. Estaba tan borracha que ni siquiera intentó esquivarlo.

—¿Tan borracha? ¿Tan borracha? El coche patrulla tendría las luces encendidas. Gordo, se estrelló contra un coche patrulla con las luces encendidas —dijo apresurado—. Derecho y rápido. Derecho y rápido. Fuera del laberinto.

—No.

Pero mientras lo decía, podía verla. Podía verla lo suficientemente borracha y lo suficientemente furiosa. (¿Por qué? ¿Por engañar a Jake? ¿Por herirme a mí? ¿Por quererme a mí y no a él? ¿Por estar todavía enfadada consigo misma por haber delatado a Marya?) Podía verla mirando el coche patrulla y dirigiéndose hacia él sin importarle nadie más, sin pensar en la promesa que me había hecho, sin pensar en su padre ni en nadie, y esa zorra, esa zorra, se mató. Pero no. No. Esa no era ella. No. Ella dijo: «Continuará». Por supuesto.

—No.

—Sí, probablemente tienes razón —reconoció el Coronel. Soltó el libro,

se sentó en la cama junto a mí y se llevó las manos a la cabeza.

—¿Quién conduce diez kilómetros fuera de la escuela para matarse? No tiene sentido. Pero «derecho y rápido». Es una premonición rara, ¿no? Si lo piensas, seguimos sin saber qué sucedió. Adónde iba y por qué. Quién llamó. Alguien llamó, ¿verdad? O lo habré...

Y el Coronel seguía hablando, intentando descifrar el significado, mientras yo levantaba el libro y encontraba esa página donde la loca carrera del general llegaba a su fin, y ambos estábamos atorados, la distancia entre nosotros, inexpugnable, y yo no podía escuchar al Coronel porque estaba ocupado tratando de capturar lo último que quedaba de su olor, ocupado en convencerme de que por supuesto ella no lo había hecho. Fui yo, era yo quien lo había hecho, así como el Coronel. Él podía tratar de descifrar cómo salir de allí, pero yo sabía que no era así, sabía que nunca podríamos ser otra cosa excepto que los culpables del todo imperdonables.

OCHO DÍAS DESPUÉS

El martes se reanudaron las clases. Madame O'Malley pidió un minuto de silencio al inicio de la clase de francés, una clase que siempre se caracterizaba por tener largos períodos de silencio, y luego nos preguntó cómo nos sentíamos.

—Horrible —dijo una chica.

—*En français* —replicó al instante madame O'Malley—, *en français*.

Todo me parecía igual, pero más sereno: los Guerreros Semaneros seguían sentados en los bancos de fuera de la biblioteca, pero su chismorreó era tranquilo, discreto. En la cafetería se escuchaba el sonido habitual de las bandejas de plástico al golpear contra las mesas de madera y de los

tenedores al arañar los platos, pero las conversaciones eran silenciosas. Sin embargo, más que la falta de ruido de todos los demás estaba el silencio donde debería haber estado ella, la Alaska burbujeante, vivaz, la narradora de historias; en vez de ello, era como en aquellos momentos en los que se encerraba en sí misma, cuando se negaba a contestar preguntas de *cómo* o *por qué*, solo que esta vez era para siempre.

El Coronel se sentó junto a mí en clase de religión, suspiró y dijo:

—Apesta a humo, Gordo.

—Pregúntame si me importa un comino.

El doctor Hyde entró cojeando en la clase, con nuestros exámenes finales debajo del brazo. Se sentó, respiró con dificultad varias veces y empezó a hablar:

—Por ley, los padres no deberían sepultar a sus hijos —dijo—. Y alguien debería hacer que se cumpliera. Este semestre continuaremos estudiando las tradiciones religiosas que les presenté este otoño. Pero no duden de que las preguntas que se harán serán ahora más personales que hace unos días. Lo que nos sucede después de morir, por ejemplo, ya no es una pregunta de interés filosófico. Es una pregunta que debemos hacer sobre nuestra compañera de clase. Y cómo vivir a la sombra del dolor no es algo desconocido para la exploración de budistas, cristianos y musulmanes. Las preguntas del pensamiento religioso se han vuelto, sospecho, personales.

Recolocó los exámenes, y luego sacó uno de la pila que tenía enfrente.

—Aquí tengo el examen final de Alaska. Recordarán que se les pidió escribir sobre cuál es la pregunta más importante a la que se enfrentan las personas y la manera en que las tres tradiciones que estamos estudiando este año abordan esa pregunta. Esta era la pregunta de Alaska.

Con un suspiro, se agarró a la silla para levantarse; luego escribió en la pizarra: «¿Cómo saldremos de este laberinto de sufrimiento? A. Y.».

—Voy a dejar eso ahí para el resto del semestre —dijo—. Porque todos los que alguna vez han perdido su camino en la vida han experimentado la insistencia de esa pregunta. En algún momento, todos miramos hacia arriba y nos damos cuenta de que estamos perdidos en un laberinto. Y no quiero que olvidemos a Alaska, no quiero que olvidemos que incluso cuando el material que estudiamos parece aburrido, estamos intentando conocer la manera en que las personas han respondido a esta pregunta y a las preguntas que cada uno de ustedes plantearon en su trabajo, la manera en que distintas tradiciones han llegado a un acuerdo con lo que Chip, en su trabajo final, ha llamado «la suerte podrida que tiene la gente en la vida».

Hyde se sentó.

—Así qué, ¿cómo están?

El Coronel y yo nos quedamos callados, mientras que una serie de personas que no conocían a Alaska exaltaban sus virtudes y declaraban sentirse destrozadas. Al principio, me molestó. No quería que la gente que ella no conocía, y la gente que le caía mal, se sintiera triste. A ellos nunca les había importado y ahora actuaban como si hubiera sido una hermana. Pero supongo que yo tampoco la conocía por completo. Si lo hubiera hecho, habría sabido qué quiso decir con «¿Continuamos luego?». Y si me hubiera importado tanto como debería haber sido, como pensé que me importaba, ¿por qué la había dejado marchar?

Así que en realidad no me molestaban. Sin embargo, a mi lado el Coronel respiraba lenta y profundamente por la nariz, como un toro a punto de embestir.

De hecho, puso los ojos en blanco cuando una Guerrera Semanera, Brooke Blakely, cuyos padres habían recibido un boletín de notas por cortesía de Alaska, dijo:

—Me da pena no haberle dicho nunca que la quería. Simplemente no

entiendo por qué.

—Eso es una mierda —dijo el Coronel mientras caminábamos a la cafetería—. Como si a Brooke Blakely le importara dos leches Alaska.

—Si Brooke Blakely muriera, ¿no estarías triste? —pregunté.

—Supongo, pero no me iría por ahí lamentándome por no haberle dicho que la quería. No la quiero. Es una idiota.

Pensé que todos los demás tenían una mejor excusa para sentirse afligidos que nosotros —después de todo, ellos no la habían matado—, pero yo sabía que intentar hablar con el Coronel cuando estaba enfadado no era una buena idea.

NUEVE DÍAS DESPUÉS

—Tengo una teoría —dijo el Coronel cuando entré en la habitación después de un horrible día de clases.

El frío había empezado a remitir, pero el encargado de la calefacción parecía no enterarse todavía, así que las aulas estaban demasiado calientes y sofocantes y yo solo quería meterme en la cama y dormir hasta que llegara el momento de repetir todo de nuevo.

—Te hemos echado de menos en clase hoy —observé al sentarme en la cama.

El Coronel estaba en su escritorio, encorvado sobre un cuaderno. Me acosté y me tapé hasta la cabeza con el edredón, pero eso no desmotivó al Coronel.

—Sí, pero estaba ocupado elaborando la teoría, que es del todo improbable, lo admito, pero factible. Escucha. Ella te besa. Esa noche, alguien llama. Jake, supongo. Se pelean, por el engaño o por otra cosa,

quién sabe. Así que ella se enfada y quiere ir a verlo. Regresa a la habitación llorando, y nos dice que la ayudemos a salir de la escuela. Y se vuelve loca, porque, no sé, quizá porque, si no lo puede ir a visitar, Jake romperá con ella. Esa es solo una mera hipótesis. Así que ella sale de la escuela, borracha y cabreada, y está furiosa consigo misma por lo que quiera que sea; va conduciendo sola, ve el coche patrulla y de pronto todo encaja: el final a su misterio laberíntico la está mirando de frente y lo hace «derecho y rápido»; tan solo se dirige hacia el coche patrulla y no gira el volante para esquivarlo, no porque esté borracha, sino porque se quiso matar.

—Eso es ridículo. Ella no estaba pensando en Jake ni peleándose con Jake. *Estaba enrollándose conmigo*. Yo intenté sacar a colación a Jake, pero ella me hizo callar.

—Entonces ¿quién la llamó?

Di una patada a mi edredón y, con el puño apretado, golpeé la mano contra la pared mientras decía silabeando:

—¡NO! ¡LO! ¡SÉ! Y ¿sabes qué?, no importa. Está muerta. ¡Mierda! ¿Acaso el brillante Coronel va a inventar algo que la haga estar menos muerta?

Pero claro que importaba. Por eso seguí golpeando las paredes de hormigón, porque las preguntas habían flotado bajo la superficie durante una semana. ¿Quién había llamado? ¿Qué es lo que estaba mal? ¿Por qué se fue? Jake no había asistido a su funeral. Ni tampoco se había puesto en contacto para decirnos que lo sentía mucho, ni para preguntarnos lo que había sucedido. Tan solo había desaparecido y, por supuesto, yo me preguntaba por qué. Me había preguntado si ella tenía la intención de cumplir la promesa de que continuaría. Me preguntaba quién había llamado,

por qué, y qué la había perturbado tanto. Pero prefería las preguntas a obtener respuestas con las que no podría vivir.

—Entonces, quizá iba hacia allí para romper con Jake —sugirió el Coronel; su voz de pronto sonó más apacible. Se sentó en el borde de mi cama.

—No lo sé. En realidad no lo quiero saber.

—Sí, bueno —dijo—. Yo sí quiero saberlo. Porque si sabía lo que estaba haciendo, Gordo, nos hizo sus cómplices. Y la detesto por ello. Por Dios, míranos. Ya no podemos hablar con nadie. Así que escucha; he trazado un plan: Uno. Hablar con los testigos presenciales. Dos. Averiguar cuán borracha estaba. Tres. Descifrar adónde iba y por qué.

—Yo no quiero hablar con Jake —dije con indiferencia, resignado a la planificación incesante del Coronel—. Si él sabe lo que hubo entre nosotros, definitivamente no quiero hablar con él. Y si no lo sabe, no quiero fingir que no ocurrió nada.

El Coronel se puso de pie y suspiró.

—¿Sabes qué, Gordo? Me siento mal por ti. De verdad. Sé que la besaste y sé que estás destrozado por ello. Pero, honestamente, cállate. Si Jake lo sabe, no vas a empeorar. Y si no lo sabe, no lo averiguará. Así que, maldita sea, deja de preocuparte por ti por un minuto y piensa en tu amiga muerta. Lo siento. Pero hoy ha sido un día muy largo.

—Está bien —dije tapándome de nuevo la cabeza con el edredón—. Está bien —repetí.

Y, como fuera, *estaba* bien. Tenía que estarlo. No podía permitirme el lujo de perder al Coronel.

TRECE DÍAS DESPUÉS

Debido a que nuestra principal fuente de transporte estaba enterrada en Vine Station, Alabama, el Coronel y yo nos vimos obligados a caminar hasta el Departamento de Policía de Pelham en busca de testigos presenciales. Nos fuimos después de cenar en la cafetería, con la noche cayendo deprisa y temprano, y caminamos lenta y penosamente por la autopista 119 dos kilómetros y medio antes de llegar a un edificio de estuco de un piso situado entre una Casa de Gofres y una gasolinera.

Dentro, un escritorio alargado que le llegaba al Coronel al plexo solar nos separaba de la comisaría de policía propiamente dicha, donde había tres oficiales uniformados sentados en tres escritorios hablando por teléfono.

—Soy el hermano de Alaska Young —anunció el Coronel con decisión—. Y quiero hablar con el policía que la vio morir.

Un hombre delgado, pálido y con una barba rubia rojiza se apresuró a hablar rápido por teléfono y luego colgó.

—Yo la vi —dijo—. Ella chocó contra mi coche patrulla.

—¿Podemos hablar con usted fuera? —preguntó el Coronel.

—Ajá.

El policía cogió un abrigo y se nos acercó; podía ver las venas azules a través de la piel translúcida de su rostro. Para ser policía, no parecía salir mucho. El Coronel encendió un cigarrillo.

—¿Tienes diecinueve años? —preguntó el policía—. En Alabama uno puede casarse a los dieciocho (o a los catorce con el permiso de los progenitores), pero para fumar es necesario tener diecinueve.

—Entonces mílteme. Solo necesito saber qué vio.

—Casi siempre trabajo de seis a doce, pero ese día me tocaba cubrir el turno de medianoche. Recibimos una llamada sobre un camión que se había partido en dos y, como yo estaba a un kilómetro y medio, me dirigí hacia allí. Aún no había salido del coche patrulla y de reojo vi las luces; yo tenía

las luces encendidas y puse en marcha la sirena, pero las luces seguían aproximándose hacia mí y me bajé a toda velocidad; salí corriendo y ella se estrelló. He visto muchas cosas, pero nunca había visto nada parecido. No se movió. No frenó. Simplemente se fue con todo. Yo no estaba ni a tres metros del coche patrulla cuando chocó contra él. Pensé que me iba a morir, pero aquí estoy.

Por primera vez, la teoría del Coronel parecía factible. ¿No oyó la *sirena*? ¿No vio las *luces*? «Estaba lo suficientemente sobria para besar bien — pensé—. Seguro que estaba lo suficientemente sobria para girar el volante.»

—¿No vio su rostro antes de que chocara contra el coche patrulla? ¿Estaba dormida? —preguntó el Coronel.

—Eso no te lo puedo decir. No la vi. No hubo tiempo.

—Entiendo. ¿Estaba muerta cuando llegó al coche?

—Yo... yo hice todo lo que pude. Corrí directo hacia ella, pero el volante... bueno, yo metí la mano pensando que podría liberarla del volante, pero no había manera de sacarla viva del coche. Tenía el pecho aplastado.

La imagen me sobresaltó.

—¿Dijo algo? —pregunté.

—Ya se había ido, hijo —murmuró sacudiendo la cabeza, y con eso mis esperanzas de conocer sus últimas palabras se desvanecieron.

—¿Cree que fue un accidente? —preguntó el Coronel conmigo de pie junto a él.

Mis hombros se encorvaban, deseaba un cigarrillo, pero me ponía nervioso que él fuera tan audaz.

—He sido oficial aquí durante veintiséis años y he visto a más borrachos de los que podríais contar, pero nunca había visto a alguien tan borracho como para que no pudiera girar el volante. Aunque, no lo sé, el forense dijo

que había sido un accidente, y quizá lo fue. Ese no es mi campo, ¿sabéis? Yo supongo que ahora eso está entre ella y el Señor.

—¿Cuán borracha estaba? ¿Le hicieron alguna prueba?

—Sí. Su tasa de alcoholemia era de cero veinticuatro. Eso es estar borracha, sin lugar a dudas. Muy borracha.

—¿Encontraron cualquier otra cosa en el coche? —preguntó el Coronel—. ¿Cualquier cosa, digamos rara, que usted recuerde?

—Recuerdo folletos de universidades, lugares en Maine, Ohio y Texas. Pensé para mis adentros que esa chica debía de ser de Culver Creek y que era muy triste ver a una chica así que iba a ir a la universidad. Es una verdadera lástima. Y las flores. Había flores en el asiento de atrás. Como de una floristería. Tulipanes.

¿Tulipanes? De inmediato pensé en los tulipanes que Jake le había enviado.

—¿Eran blancos? —pregunté.

—Sí, lo eran —respondió el policía.

¿Por qué se habría llevado los tulipanes? Pero el policía no tenía respuesta para eso.

—Espero que encontréis lo que estáis buscando. He pensado bastante en ello, porque nunca había visto algo así antes. He pensado mucho; me he preguntado si le habría sucedido algo en el caso de haber encendido el motor del coche patrulla rápidamente y haberme apartado. Quizá habría habido tiempo. No hay manera de saberlo ahora. Pero a mí no me importa si fue un accidente o no. Es una lástima, de cualquier modo.

—No podía hacer nada —dijo el Coronel suavemente—. Usted hizo su trabajo y le estamos agradecidos por ello.

—Bueno. Gracias. Seguid vuestro camino, cuidaos y avisadme si tenéis más preguntas. Esta es mi tarjeta por si necesitáis algo.

El Coronel cogió la tarjeta y emprendimos el camino a casa.

—Tulipanes blancos —dije—. Los de Jake. ¿Por qué?

—El año pasado Takumi, ella, y yo estábamos en el Agujero fumando y había una pequeña margarita blanca en la orilla del arroyo; de pronto ella saltó al agua, y con el agua por la cintura, cruzó vadeando al otro lado y la cogió. Se la puso detrás de la oreja, y cuando le pregunté por qué lo había hecho, dijo que sus padres siempre le ponían flores blancas en el pelo cuando era niña. Quizá quería morir rodeada de flores blancas.

—Quizá se las iba a devolver a Jake —sugerí.

—Quizá. Pero ese policía me acaba de convencer de que pudo haber sido un suicidio.

—Quizá deberíamos dejarla descansar en paz —comenté frustrado.

Me parecía que nada de lo que pudiéramos encontrar mejoraría las cosas, y no podía apartar de mi cabeza la imagen del volante incrustado en su pecho, su pecho «aplastado» al tiempo que ella aspiraba una última respiración que no llegaría, y no, esto no estaba mejorando las cosas.

—Y si lo hizo, entonces ¿qué? —le pregunté al Coronel—. Eso no nos hace menos culpables. Todo lo que hace es convertirla en una maldita zorra egoísta.

—Dios mío, Gordo. ¿Recuerdas el tipo de persona que era en realidad? ¿Recuerdas que podía ser una maldita zorra egoísta? Eso era parte de ella y solías conocerla. Es como si ahora solo te importara la Alaska que inventaste.

Aceleré el paso, caminando delante del Coronel en silencio. Él no podía saberlo, porque no fue la última persona a la que besó, porque no se había quedado con una promesa sin cumplir, porque no era yo. «Al cuerno con esto», pensé y, por primera vez, imaginé que volvía a casa y abandonaba el Gran Quizá a cambio de la ya conocida comodidad de los amigos de la

escuela. Cualesquiera que fueran sus faltas, mis amigos de la escuela en Florida nunca se me habían muerto así.

Después de una distancia considerable, el Coronel corrió hasta alcanzarme y dijo:

—Tan solo quiero que todo vuelva a ser normal. Tú y yo. Normal. Divertido. Simplemente normal. Y me parece que si supiéramos...

—De acuerdo —lo interrumpí—. Bien. Seguiremos buscando entonces.

El Coronel sacudió la cabeza y luego sonrió.

—Siempre he apreciado tu entusiasmo, Gordo. Y fingiré por un momento que todavía lo conservas hasta que regrese. Ahora vayamos a casa y averigüemos por qué la gente decide abandonar esta vida.

CATORCE DÍAS DESPUÉS

Estas son las señales de advertencia de suicidio que encontramos el Coronel y yo en internet:

Intentos previos de suicidio.

Amenaza verbal de suicidarse.

Regalar objetos queridos.

Recabar y hablar sobre métodos de suicidio.

Expresiones de falta de esperanza y de ira hacia uno mismo y/o hacia el mundo.

Escribir, hablar, leer y dibujar sobre la muerte y/o la depresión.

Sugerir que la persona no sería echada de menos si no estuviera.

Autolesiones.

Pérdida reciente de un amigo o miembro de la familia por muerte o suicidio.

Deterioro súbito y drástico en el desempeño académico.

Desórdenes en la alimentación, insomnio, sueño excesivo, dolores de cabeza crónicos.

Uso (o uso incrementado) de sustancias para alterar el estado de conciencia.

Pérdida de interés en el sexo, pasatiempos y otras actividades de las que antes se disfrutaban.

Alaska presentaba dos de esas señales de advertencia. Había perdido, si bien no recientemente, a su madre. Y su manera de beber, que siempre había sido constante, definitivamente se había incrementado en su último mes de vida. Hablaba acerca de la muerte en tono de broma, pero siempre parecía hacerlo a medias.

—Yo hago bromas sobre la muerte todo el tiempo —dijo el Coronel—. La semana pasada hice una broma sobre colgarme con una corbata. Y eso no significa que me vaya a ahorcar. Así que eso no cuenta. Y no regaló nada, y sin duda alguna no perdió interés por el sexo. A ella tenía que gustarle muchísimo el sexo para magrear tu flacucho culo.

—Qué gracioso —le espeté.

—Lo sé. Dios, soy un genio. Y sus calificaciones eran buenas. Y no recuerdo haberla oído hablar sobre suicidarse.

—Una vez hablando del tabaco, ¿recuerdas? «Vosotros fumáis para gozar. Yo fumo para morir.»

—Era una broma.

Pero cuando me insistía el Coronel, quizá para demostrarle que podía recordar a Alaska como en realidad era y no solo como yo quería que hubiera sido, la conversación volvía a cuando podía ser mala y gruñona, cuando no tenía ganas de responder preguntas sobre «Cómo», «Cuándo», «Por qué», «Quién» o «Qué».

—Podía parecer tan cabreada —pensé en voz alta.

—Qué, ¿y yo no puedo? —replicó el Coronel—. Yo estoy bastante cabreado, Gordo. Y tú tampoco puede decirse que hayas sido últimamente la personificación de la placidez, y no por eso te vas a suicidar. Espera, ¿o sí?

—No —respondí. Quizá era que Alaska no podía poner el freno y yo no podía apretar el acelerador. Quizá tenía un tipo raro de valentía que a mí me faltaba, pero no.

—Es bueno saberlo. Así que ella subía y bajaba, de fuego y azufre a humo y cenizas. Pero en parte, por lo menos este año, fue todo el asunto de Marya. Mira, Gordo, evidentemente no estaba pensando en suicidarse cuando estaba montándose contigo. Después de eso, durmió hasta que sonó el teléfono. Así que decidió suicidarse en algún momento entre la llamada de teléfono y el instante en que se estrelló, o fue un accidente.

—Pero ¿para qué esperar a estar a diez kilómetros de la escuela para morir? —pregunté.

Suspiró y sacudió la cabeza.

—A ella le gustaba ser misteriosa. Quizá así fue como lo quiso.

Me reí y el Coronel preguntó:

—¿Qué pasa?

—Estaba pensando: «¿Por qué te estrellas contra un coche patrulla con las luces encendidas?». Y luego se me ha ocurrido: «Bueno, ella detestaba las figuras de autoridad».

El Coronel se rió.

—Mirad. ¡El Gordo acaba de hacer un chiste!

Todo parecía casi normal. Luego, mi distanciamiento del accidente pareció evaporarse y me encontré de nuevo en el gimnasio, oyendo la noticia por primera vez, las lágrimas del Águila cayendo sobre sus

pantalones. Miré al Coronel y pensé en todas las horas que habíamos pasado en ese sofá de espuma en las últimas dos semanas, en todo lo que ella había estropeado. Demasiado cabreado para llorar, dije:

—Con esto solo voy a lograr odiarla. No la quiero odiar. ¿Y de qué sirve si es lo que está consiguiendo? —Al negarse todavía a responder las preguntas de «Cómo» y «Por qué», y a seguir insistiendo en su aura de misterio.

Me incliné hacia delante, con la cabeza entre las rodillas, y el Coronel puso una mano en mi espalda.

—Siempre hay respuestas, Gordo.

Luego empujó el aire entre sus labios fruncidos y yo podía oír de forma clara el temblor de ira en su voz conforme repetía:

—Siempre hay respuestas. Solo tenemos que ser lo suficientemente listos. En internet hemos encontrado que el suicidio por lo general requiere planes bien estructurados. Así que está claro que no se suicidó.

Me sentí avergonzado de seguir destrozado dos semanas después, cuando el Coronel podía tomar su medicina de manera tan estoica, y me senté derecho.

—Está bien —respondí—. No fue suicidio.

—Aunque ciertamente no tiene sentido el accidente —aseveró el Coronel.

Nos interrumpió Holly Moser, la chica de último año que yo conocía básicamente por haber visto sus autorretratos desnuda durante el día de Acción de Gracias con Alaska. Holly se juntaba con los Guerreros Semaneros, lo cual explica por qué había cruzado con ella como dos palabras en mi vida, pero entró sin llamar a la puerta y dijo que había tenido una señal mística de Alaska.

—Estaba en la Casa de Gofres y de pronto todas las luces se apagaron,

excepto la luz de mi cabina, que empezó a parpadear. Estaba encendida un segundo y luego se apagaba un rato y luego se volvía a encender un par de segundos y luego se apagaba de nuevo. Y me di cuenta, ¿sabéis?, de que era Alaska. Creo que estaba tratando de comunicarse conmigo en código morse. Pero, bueno, yo no sé código morse. Ella probablemente no lo sabía. De todos modos, he pensado que deberíais saberlo.

—Gracias —dije cortésmente, y ella permaneció de pie inmóvil un rato, mirándonos, con la boca abierta como si fuera a decir algo, pero el Coronel la miraba con los ojos entornados, el mentón hacia fuera y haciendo un esfuerzo monumental para contener su cabreo.

Entendí cómo se sentía: yo no creía en fantasmas que utilizaran el código morse para comunicarse con personas con las que nunca se habían llevado bien. Y a mí me desagradaba la posibilidad de que Alaska le diera paz a alguien que no fuera yo.

—Dios, a la gente así no deberían dejarla vivir —dijo el Coronel después de que se hubo marchado.

—Ha sido muy estúpido.

—No solo estúpido, Gordo. Quiero decir, como si Alaska le fuera a hablar a Holly Moser. ¡Dios! No puedo soportar a estos falsos dolientes. Zorra estúpida.

Estuve a punto de decirle que Alaska no querría que él llamara zorra a ninguna mujer, pero no servía de nada discutir con el Coronel.

VEINTE DÍAS DESPUÉS

Era domingo y el Coronel y yo tomamos la decisión de no ir a la cafetería a cenar; en vez de eso, caminamos fuera de la escuela por la autopista 119 hasta la tienda Sunny Konvenience Kiosk, donde disfrutamos de una

comida equilibrada consistente en dos tartas cremosas de avena. Setecientas calorías. Suficiente para nutrir a un hombre medio día. Nos sentamos en la cuneta frente a la tienda y yo me terminé la cena en cuatro mordiscos.

—Mañana voy a llamar a Jake, para que lo sepas. Takumi me dio su teléfono.

—Bien —dije.

Oí sonar una campana detrás de mí y me giré hacia la puerta que se abría.

—Holgazanes —espetó la mujer que nos acababa de vender la cena.

—Estamos comiendo —replicó el Coronel.

La mujer sacudió la cabeza y nos ordenó como si fuéramos perros:

—Largaos.

Así que fuimos a la parte de atrás de la tienda y nos sentamos junto al basurero apestoso y fétido.

—Basta de decir «Bien», Gordo. Eso es ridículo. Voy a llamar a Jake, voy a escribir todo lo que diga y luego nos sentaremos juntos para tratar de descifrar lo que sucedió.

—No. Tú estás solo en esto. Yo no quiero saber lo que sucedió entre ella y Jake.

—¿Por qué no? —El Coronel suspiró y sacó un paquete de tabaco del bolsillo de sus vaqueros, patrocinado por el Fondo del Gordo.

—¡Porque no quiero! ¿Tengo que proporcionarte un parte detallado de cada una de las decisiones que tome?

El Coronel encendió un cigarrillo con un encendedor que yo había comprado y dio una calada.

—Como quieras. Necesitamos descifrar lo que ocurrió y yo necesito tu ayuda para hacerlo, porque entre los dos la conocíamos bastante bien.

Me puse de pie y lo miré, sentado satisfecho, y él sopló una voluta de humo hacia mi cara. Tuve suficiente.

—¡Estoy cansado de seguir órdenes, imbécil! De ningún modo pienso sentarme contigo a discutir lo mejor de su relación con Jake, maldita sea. No lo puedo decir más claro: no quiero saber nada de ellos. ¡Sé lo que ella me dijo y eso es todo lo que necesito saber, y tú puedes comportarte como un capullo condescendiente todo el tiempo que quieras, pero yo no me voy a quedar ahí a discutir contigo sobre cuánto amaba a Jake! Ahora, dame mi tabaco.

El Coronel arrojó el paquete al suelo y se levantó como una exhalación, aferrando mi suéter con el puño e intentando, sin éxito, tirar de mí para que quedara a su altura.

—¡Ni siquiera te importa ella! —gritó—. Todo lo que te importa eres tú y tu preciosa fantasía de que tuviste con Alaska un maldito romance secreto, que ella iba a dejar a Jake por ti y que viviríais felices para siempre. Pero ella besó a muchos chicos, Gordo. Y si estuviera aquí, los dos sabemos que seguiría siendo la novia de Jake y que no habría más que dramas entre vosotros, no amor, ni sexo, solo tú suspirando por ella y ella diciendo cosas como: «Eres mono, Gordo, pero quiero a Jake». Si te quería tanto, ¿por qué te dejó esa noche? Y si tú la querías tanto, ¿por qué la ayudaste a que se fuera? Yo estaba borracho. A ver, dime, ¿cuál es tu excusa?

El Coronel soltó mi suéter, extendí la mano y levanté los cigarros. Sin gritar, sin apretar los dientes y sin que las venas se me notaran en la frente, lo miré con calma y le dije:

—¡Vete a la mierda!

El grito con las venas martilleándome llegó después, cuando ya había corrido por la autopista 119, por el círculo de dormitorios, a lo largo del campo de fútbol y por el camino de tierra hasta el puente, cuando me encontré en el Agujero para fumar. Cogí una silla azul y la lancé contra el

muro; el ruido del plástico contra el hormigón resonó bajo el puente al caer la silla a un lado; luego me tumbé con las rodillas colgando sobre el precipicio y grité. Grité porque el Coronel era un capullo autosuficiente, condescendiente, y porque estaba en lo cierto, porque yo quería creer que había tenido un romance secreto con Alaska. ¿Me amaba? ¿Habría dejado a Jake por mí? ¿O acaso fue otro momento impulsivo de Alaska? No me bastaba con ser el último tipo al que había besado. Quería ser el último al que había amado. Y sabía que no lo era. Lo sabía y la odiaba por ello. La odiaba por no quererme. La odiaba por irse esa noche y me odiaba a mí también, no solo porque la dejé marchar, sino porque, si hubiera sido suficiente para ella, no habría querido irse. Se habría quedado conmigo, habría hablado y llorado, y yo la habría escuchado y le habría besado las lágrimas.

Me volví y miré una de las sillas azules de plástico tirada de lado. Me pregunté si llegaría el día que ya no pensara en Alaska, me pregunté si podría esperar a que llegara el momento en que se convirtiera en un recuerdo distante, y la recordara únicamente por el aniversario de su muerte o quizá un par de semanas más tarde, recordando solo después de haber olvidado.

Sabía que llegaría a conocer a más personas que morirían. Los cuerpos se van apilando. ¿Habría un espacio en mi recuerdo para cada uno de ellos o me olvidaría un poco de Alaska todos los días durante el resto de mi vida?

A principios de año, un día ella y yo fuimos andando hasta el Agujero para fumar y ella saltó al arroyo de Culver Creek con las chanclas puestas. Atravesó el arroyo, calculando cuidadosamente sus pasos sobre las piedras con líquenes, y se sujetó a un palo de la orilla del arroyo. Mientras yo permanecía sentado sobre el hormigón, con los pies colgando hacia el agua,

ella giraba las rocas con el palo y señalaba los asustadizos crustáceos de agua dulce.

—Los hierves y luego les chupas la cabeza por dentro —decía entusiasmada—. Ahí es donde está lo bueno, en la cabeza.

Ella me enseñó todo lo que sabía sobre crustáceos de agua dulce y cómo besar y el vino rosado y la poesía. Ella me hizo diferente.

Encendí un cigarrillo y lo escupí hacia el arroyo.

—No puedes convertirme en alguien diferente y luego irte —le dije en voz alta—. Porque yo estaba bien antes, Alaska. Estaba bien conmigo, con las últimas palabras y los amigos de la escuela, y tú no puedes venir, convertirme en alguien diferente y luego morirte.

Pues ella había personificado el Gran Quizá, me había demostrado que valía la pena dejar atrás mi pequeña vida por una más amplia, y ahora se había ido llevándose consigo mi fe en el quizá.

Yo podía calificar todo lo que hiciera y dijera el Coronel de «bien». Podía tratar de fingir que no me importaba, pero nunca volvería a ser cierto. No puedes convertirte en una persona importante y luego morirte, Alaska, porque ahora soy irrecuperablemente diferente y siento haberte dejado marchar, sí, pero fue tu elección. Tú me dejaste sin quizá, atorada en tu maldito laberinto. Y ahora ya no sé si elegiste la manera derecha y rápida de escapar, si me dejaste así a propósito. Entonces, nunca te conocí, ¿o sí? No recuerdo, porque nunca lo supe.

Y al incorporarme para regresar a casa y hacer las paces con el Coronel, intenté imaginarla en esa silla, pero no pude recordar si había cruzado las piernas. Aún la podía ver sonreírme con la mitad de la sonrisa burlona de la Mona Lisa, pero no visualizar sus manos lo suficientemente bien para verla sosteniendo un cigarrillo. Necesitaba conocerla en realidad, porque necesitaba más para recordar. Antes de que pudiera empezar el vergonzoso

proceso de olvidar el cómo y el porqué de su vida y su muerte, necesitaba saber: cómo. Por qué. Cuándo. Dónde. Qué.

En la habitación 43, después de ofrecer y aceptar unas disculpas rápidas, el Coronel dijo:

—Hemos tomado la decisión táctica de aplazar la llamada a Jake. Vamos a investigar otras vías primero.

VEINTIÚN DÍAS DESPUÉS

Mientras el doctor Hyde entraba arrastrando los pies en la clase a la mañana siguiente, Takumi se sentó junto a mí y anotó en la esquina de su cuaderno: «Comida en McIncomible».

Garabateé «Ok» en mi cuaderno y luego giré la página, al tiempo que el doctor Hyde empezaba a hablar sobre sufismo, la secta mística del islam. Yo había leído el texto de pasada (había estudiado lo suficiente para no suspender), y, para mi sorpresa, en esa lectura rápida había encontrado unas últimas palabras fantásticas. Un sufí pobre, vestido con harapos, entró en una joyería propiedad de un rico mercader y le preguntó:

—¿Sabes cómo vas a morir?

El mercader contestó:

—No. Nadie sabe cómo va a morir.

Y el sufí dijo:

—Yo sí.

—¿Cómo? —preguntó el mercader.

El sufí se recostó, cruzó los brazos, dijo «Así», y murió, tras lo cual el mercader renunció de inmediato a su tienda para vivir una vida humilde en busca del tipo de riqueza espiritual que el sufí muerto había adquirido.

Pero el doctor Hyde contaba una historia diferente, una que me había

saltado:

—Karl Marx llamó a la religión «el opio de las masas». El budismo, sobre todo de la forma como se practica popularmente, promete la ascensión a través del karma. El islam y el cristianismo prometen el paraíso eterno a los fieles. Y ese es un opiáceo poderoso, sin duda, la esperanza de una vida mejor después de la muerte. Pero hay una historia sufí que contradice la idea de que la gente cree únicamente porque necesita un opiáceo. A Rabi'a al-Adiwiya, una gran mujer santa del sufismo, se la vio correr por las calles de su pueblo, Basora, con una antorcha en una mano y un cubo de agua en la otra. Cuando alguien le preguntó qué hacía, respondió: «Voy a verter este cubo de agua sobre las llamas del infierno; luego usaré esta antorcha para quemar las puertas del paraíso para que la gente no ame a Dios por desear el cielo ni por temor al infierno, sino porque es Dios».

Una mujer fuerte que hace arder el cielo e inunda el infierno. «A Alaska le habría gustado esta tal Rabi'a», escribí en mi cuaderno. Pero, aun así, la vida después de la vida me importaba. El cielo, el infierno y la reencarnación. Así como quería saber cómo había muerto Alaska, quería saber dónde estaba ahora, si es que estaba en algún lugar. Me gustaba imaginarla mirando encima de nosotros, aún consciente de nosotros, pero me parecía una fantasía y en realidad nunca la había sentido; así como el Coronel había dicho en el funeral que ella no estaba allí, no estaba en ninguna parte. Honestamente, no podía imaginarla de otro modo que muerta, con su cuerpo pudriéndose en Vine Station, el resto de ella como un fantasma vivo únicamente en nuestro recuerdo. Al igual que Rabi'a, no pensaba que la gente debía creer en Dios solo por el cielo y el infierno. Pero no sentía necesidad de correr por todos lados con una antorcha. No puedes quemar un lugar inventado.

Después de clase, Takumi se dedicó a seleccionar una por una las patatas fritas que le habían servido en McIncomible, comiéndose solo las más crujientes. Sentí la pérdida total de ella; aún estaba aturdido ante la idea de que no solo se había ido de este mundo, sino de todos.

—¿Cómo estás? —le pregunté.

—No muy bien —contestó con la boca llena de patatas—. ¿Y tú?

—No muy bien. —Di un mordisco a la hamburguesa con queso. Saqué un cochecito de plástico de mi Happy Meal que estaba con las ruedas para arriba sobre la mesa y lo hice rodar.

—La echo de menos —confesó Takumi apartando a un lado su bandeja y olvidándose de las patatas blandas que quedaban.

—Sí. Yo también. Lo siento, Takumi. —Y lo sentía de la manera más amplia posible. Sentía que hubiéramos terminado así, haciendo rodar coches en un McDonald's. Sentía que la persona que nos había reunido ahora estuviera muerta. Sentía haberla dejado morir. «No he hablado contigo porque no podías saber la verdad sobre el Coronel y yo, y detestaba estar cerca de ti y tener que fingir que mi dolor es un asunto poco complicado, aparentando que ella había muerto y que la echaba de menos en vez de que ella había muerto por mi culpa.»

—Yo también. Ya no sales con Lara, ¿o sí?

—No lo creo.

—Está bien. Ella se lo preguntaba.

Había estado ignorándola y ahora también ella había empezado a ignorarme, así que imaginé que había terminado, pero quizá no.

—Bueno —le dije a Takumi—, no puedo... No sé... Es bastante complicado.

—Está bien. Ella lo entenderá. Seguro. Todo está bien.

—Vale.

—Escucha, Gordo, yo... eh, no lo sé. Es una mierda, ¿no?

—Sí.

VEINTISIETE DÍAS DESPUÉS

Seis días más tarde, cuatro domingos después del último domingo, el Coronel y yo estábamos disparándonos el uno al otro con pistolas cargadas de pintura al tiempo que alcanzábamos los novecientos puntos con medio tubo.

—Necesitamos alcohol. Y necesitamos tomar prestado el alcoholímetro del Águila.

—¿Tomarlo prestado? ¿Sabes dónde está?

—Sí. ¿Nunca te ha sometido a una prueba de alcoholemia?

—Hummm. No. Piensa que soy un aburrido.

—Eres un aburrido, Gordo. Pero no vas a dejar que un detalle como ese te impida beber.

De hecho, no había vuelto a beber desde aquella noche, y no sentía particular interés por reanudar el hábito.

Luego casi le doy un codazo al Coronel en la cara, al sacudir los brazos alocadamente como si contorsionarme al ritmo del juego importara tanto como pulsar los botones adecuados en los momentos adecuados; era la misma ilusión del videojuego que siempre había engañado a Alaska. Pero el Coronel estaba tan concentrado en el juego que ni siquiera se dio cuenta.

—¿Tienes un plan para robar el alcoholímetro de casa del Águila?

—Eres un desastre en este juego —me espetó el Coronel mientras me

miraba.

Luego, sin volverse de nuevo a la pantalla, golpeó a mi patinador en las pelotas con un chorro de pintura azul.

—Pero antes tenemos que conseguir algo de licor, porque la «ambrosía» se ha estropeado y mi conexión de alcohol está...

—¡Zas! Desaparecido —concluí.

Cuando abrí la puerta, Takumi estaba sentado en su escritorio con unos voluminosos auriculares que le rodeaban la cabeza, la cual sacudía al compás del ritmo. Parecía no haberse dado cuenta de que estábamos allí.

—Oye —dije. Pero nada.

—¡Takumi! —Pero nada.

—¡TAKUMI!

Se dio la vuelta y se quitó los auriculares. Cerré la puerta detrás de mí y le pregunté:

—¿Tienes alcohol?

—¿Por qué?

—Eh, eh, porque queremos emborracharnos —respondió el Coronel.

—Fabuloso. Os acompaño.

—Takumi —dijo el Coronel—. Esto... Necesitamos hacer esto solos.

—No. Ya he tenido suficiente de ese rollo de mierda. —Takumi se puso de pie, se metió en el baño y salió con una botella de Gatorade llena de un líquido claro.

—Lo guardo en el botiquín —explicó Takumi—. Como es una medicina...

Se guardó la botella en el bolsillo y luego salió de la habitación, dejando la puerta abierta tras de sí. Al cabo de un momento, asomó la cabeza dentro, e imitando de manera brillante la voz mandona y grave del Coronel, dijo:

—Por Dios, ¿venís o qué?

—Takumi —cedió el Coronel—, está bien. Mira. Lo que estamos haciendo es un poco peligroso y no quiero que te veas envuelto en esto. Honestamente. Pero, escucha, a partir de mañana te lo contaremos todo.

—Estoy harto de todo ese secretismo de mierda. Ella era mi amiga también.

—Mañana. De verdad.

Se sacó la botella del bolsillo y me la lanzó.

—Mañana —dijo.

—Yo no quiero que sepa la verdad —dije mientras caminábamos de regreso a la habitación, con la botella de Gatorade guardada en el bolsillo de mi sudadera—. Nos va a odiar.

—Sí, pero más nos va a odiar si seguimos fingiendo que no existe —respondió el Coronel.

Quince minutos después, estaba delante de la casa del Águila.

Abrió la puerta con una espumadera en la mano, sonrió y dijo:

—Miles, entra. Me estaba haciendo un sándwich de huevo. ¿Quieres uno?

—No, gracias.

Mi función era mantenerlo alejado de la sala de estar treinta segundos, para que el Coronel pudiera coger el alcoholímetro sin ser pillado. Tosí fuerte para que el Coronel supiera que no había moros en la costa. El Águila tomó su sándwich de huevo y le dio un mordisco.

—¿A qué debo el placer de tu visita? —preguntó.

—Solo quería decirle que el Coronel, quiero decir, Chip Martin, mi compañero de cuarto, usted sabe, lo está pasando mal en clase de latín.

—Bueno, según tengo entendido, no asiste a clase, y eso puede hacer

muy difícil el aprendizaje de una lengua.

Se acercó a mí. Volví a toser y me moví hacia atrás; el Águila y yo nos movíamos hacia su sala como si bailáramos un tango.

—Sí, bueno, es que se pasa toda la noche, todas las noches, pensando en Alaska.

Yo estaba sentado derecho, erguido, tratando de bloquear la vista del Águila de la sala con mis estrechos hombros.

—Ellos eran muy amigos, ya lo sabes.

—Lo sé —dijo, y la suela de las zapatillas del Coronel rechinaron en el suelo de madera de la sala. El Águila me miró con cara interrogante y me esquivó. Rápidamente pregunté:

—¿Está encendido ese hornillo? —Y señalé la sartén.

El Águila se dio la vuelta, observó la sartén, que por supuesto no estaba encendida, y luego corrió hacia la sala. Vacía. Se giró hacia mí y me preguntó:

—¿Qué estás tramando, Miles?

—Nada, señor. De verdad. Solo quería hablarle de Chip.

Arqueó las cejas escéptico.

—Bueno, entiendo que se trata de una terrible pérdida para los amigos cercanos de Alaska. Es horrible. No hay consuelo para este dolor, ¿no es verdad?

—No, no lo hay, señor.

—Comprendo los problemas de Chip, pero la escuela es importante. Alaska habría deseado, estoy seguro, que los estudios de Chip continuaran sin impedimentos.

«Estoy seguro», pensé. Le di las gracias al Águila y me prometió un sándwich de huevo en un futuro, lo cual me puso nervioso, pues pensé que la tarde menos esperada se presentaría en nuestro cuarto con un sándwich

de huevo en una mano, y nos encontraría *a*) fumando, contra el reglamento, mientras el Coronel *b*) bebía leche con vodka de manera ilegal de una garrafa de litro.

A medio camino en el círculo de dormitorios, el Coronel corrió hacia mí.

—Buena idea lo de decir «¿Está encendido eso?». Si no lo hubieras hecho, habría estado perdido. Aunque creo que tendré que empezar a ir a las clases de latín. Maldito latín.

—¿Lo has conseguido?

—Sí —respondió—. Sí. Dios. Espero que no lo busque hoy por la noche. Aunque, claro, no podría sospechar nada. Pensaría: «¿Por qué querría alguien robar un alcoholímetro?».

A las dos de la mañana, el Coronel se tomó el sexto trago de vodka, hizo una mueca y señaló desesperadamente la botella de refresco Mountain Dew que estaba tomando yo. Se la pasé y bebió un largo trago.

—Creo que no podré ir a clase de latín mañana —dijo. Farfullaba ligeramente, como si tuviera la lengua hinchada.

—Uno más —supliqué.

—Está bien. Pero es el último.

Vertió un trago de vodka en un vaso de papel, se lo tragó, frunció los labios y apretó las manos formando puños.

—Oh, Dios, qué malo. Es mucho mejor con leche. Más vale que esto sea cero veinticuatro.

—Tenemos que esperar quince minutos después de tu último trago antes de probarlo —dije siguiendo las instrucciones que había bajado de internet sobre el alcoholímetro—. ¿Te sientes borracho?

—Si estar borracho fuera como ser una galleta, entonces yo sería Famous Amos.

Nos reímos.

—¡Chips Ahoy! habría sido más chistoso —sugerí.

—Perdón. No estoy en mi mejor forma.

Sostuve en la mano el alcoholímetro, un dispositivo delgado, plateado, del tamaño de un control remoto pequeño. Debajo de la pantalla LCD había un agujerito. Soplé en él para probarlo: 0.00 apareció. Supuse que estaba funcionando.

Después de quince minutos, se lo pasé al Coronel.

—Venga, sopla con fuerza como mínimo durante dos segundos —le ordené.

Alzó la cabeza y me miró.

—¿Eso fue lo que le dijiste a Lara en la sala de televisión? Porque, Gordo, una mamada no tiene nada que ver con soplar.

—Calla y sopla.

Con los carrillos inflados, el Coronel sopló con fuerza en el agujero y la cara se le puso roja.

—Cero dieciséis. ¡Oh, no! —exclamó el Coronel—. ¡Oh, Dios!

—Ya llevas dos tercios —le dije para motivarlo.

—Sí, pero ya llevo tres cuartas partes camino de ir a vomitar.

—Bueno, evidentemente lo puedes conseguir. Ella lo hizo. ¡Venga! Tú puedes beber más que una chica, ¿no?

—Dame el Mountain Dew —dijo estoicamente.

Luego oí pasos fuera. Pasos. Habíamos esperado hasta la una de la noche para apagar las luces, suponiendo que todos estarían dormidos desde hacía rato (después de todo, era una noche entre semana). Pero oímos pasos. ¡Mierda! Y mientras el Coronel me miraba confundido, le arrebaté el alcoholímetro y lo escondí entre los cojines de espuma del sofá; tomé el vaso de papel y la botella de Gatorade con vodka y los metí detrás de la

MESA PARA CAFÉ, y con un movimiento cogí un cigarrillo del paquete y lo encendí con la esperanza de que el olor a tabaco tapara el olor de alcohol. Di una fuerte calada al cigarrillo sin inhalarlo, tratando de llenar la habitación de humo, y estaba casi de vuelta en el sofá cuando llamaron apresuradamente tres veces en la puerta y el Coronel me miró con los ojos abiertos de par en par; de repente vio ante sus ojos un futuro poco prometedor, y yo susurré: «Llora», mientras el Águila giraba el picaporte.

El Coronel se encorvó hacia delante, con la cabeza entre las rodillas y los hombros temblando. Yo lo rodeé con el brazo mientras entraba el Águila.

—Lo siento —dije antes de que el Águila pudiera decir nada—. Lo está pasando mal esta noche.

—¿Estás fumando? —preguntó el Águila—. ¿En tu habitación? ¿Cuatro horas después de apagarse las luces?

Solté el cigarrillo dentro de una lata de Coca-Cola medio vacía.

—Lo siento, señor. Solo estoy tratando de mantenerme despierto con él.

El Águila se dirigió hacia el sofá y yo sentí que el Coronel quería levantarse, pero lo detuve firmemente por los hombros, porque si el Águila olía su aliento, todo habría terminado.

—Miles —dijo el Águila—, entiendo que estás pasando por un momento difícil, pero o respetas las reglas de la escuela o tendrás que matricularte en otra parte. Te veré mañana en el Jurado. ¿Hay algo que pueda hacer por ti, Chip?

Sin alzar la vista, el Coronel respondió con una voz temblorosa, anegada en lágrimas:

—No, señor. Solo agradezco que Miles esté aquí.

—Bueno, yo también estoy agradecido —dijo el Águila—. Quizá sea bueno que lo motives a que viva dentro de los límites de las reglas, de manera que no arriesgue su permanencia en esta escuela.

—Sí, señor —dijo el Coronel.

—Podéis dejar las luces encendidas hasta que estéis listos para iros a dormir. Te veré mañana, Miles.

—Buenas noches, señor —dije imaginándome al Coronel devolviendo a escondidas el alcoholímetro en casa del Águila mientras a mí me amonestaban en el Jurado. Justo después de que el Águila cerrara la puerta tras de sí, el Coronel se puso de pie de inmediato; aún nervioso por que el Águila pudiera estar fuera, me sonrió y me susurró:

—Eso ha sido genial.

—He aprendido del mejor —dije—. Ahora, bebe.

Una hora después, con la botella de Gatorade casi vacía, el Coronel alcanzó cero veinticuatro.

—¡Jesús, gracias! —exclamó, y luego añadió—: Esto es terrible. Esto no es una borrachera divertida.

Me levanté y aparté la MESA PARA CAFÉ, de manera que el Coronel pudiera andar a lo largo de la habitación sin tropezar contra ningún obstáculo y le dije:

—Está bien, ¿puedes ponerte de pie?

El Coronel empujó los brazos hacia la espuma del sofá y empezó a levantarse; sin embargo, luego cayó de espaldas, tumbándose.

—El cuarto da vueltas —observó—. Voy a vomitar.

—No vomites. Se irá todo al traste.

Decidí hacerle una prueba de alcoholemia sobre el terreno, como hacen los policías.

—Está bien. Ven hasta aquí y trata de caminar en línea recta.

Rodó por el sofá y cayó al suelo. Lo cogí por debajo de los brazos y lo sostuve. Lo coloqué en una posición entre dos baldosas del suelo de linóleo.

—Sigue la línea de baldosas. Camina derecho, de los dedos de los pies al talón.

Levantó una pierna y de inmediato se inclinó hacia el lado izquierdo, con los brazos como las aspas de un molino de viento. Dio un solo paso tambaleante, como el contoneo de un pato, ya que sus pies parecían incapaces de aterrizar uno directamente delante del otro. Recobró el equilibrio brevemente, luego dio un paso hacia atrás y aterrizó en el sofá.

—No sé hacerlo —dijo dándolo por hecho.

—Está bien. ¿Cómo está tu percepción de la profundidad?

—¿Mi «perce» qué?

—Mírame. ¿Cuántos dedos ves? Si fuera un coche patrulla, ¿podrías estrellarte accidentalmente conmigo?

—Todo da vueltas a mi alrededor, pero creo que no. Uf, es horrible. ¿De verdad estaba así ella?

—Al parecer, sí. ¿Podrías conducir?

—Oh, Dios, no. No. No. De verdad estaba borracha, ¿no?

—Sí.

—Fuimos realmente estúpidos.

—Sí.

—Todo me da vueltas. Pero no. Ningún coche patrulla. Puedo *ver*.

—Ahí está tu evidencia.

—Quizá se quedó dormida. Tengo mucho sueño.

—Lo averiguaremos —dije tratando de desempeñar el papel que el Coronel siempre había desempeñado por mí.

—Esta noche no —respondió—. Esta noche, vomitaremos un poco y luego nos iremos a dormir la mona.

—No te olvides de la clase de latín.

—Es verdad. Maldito latín.

VEINTIOCHO DÍAS DESPUÉS

A la mañana siguiente, el Coronel fue a clase de latín.

—Me siento de maravilla, porque todavía estoy borracho. Pero que el cielo me asista dentro de un par de horas.

Hice un examen de francés para el cual había estudiado un *petit peu*. Me salió bastante bien la parte de opción múltiple (con preguntas tipo «Selecciona el tiempo verbal»), pero la pregunta de desarrollar: «¿Cuál es el significado de la rosa en *Le Petit Prince*?», me confundió un poco.

Si hubiera leído *El principito* en inglés, español o francés, sospecho que esta pregunta habría sido muy fácil. Por desgracia, había pasado la noche emborrachando al Coronel. Así que respondí: «*Elle symbolise l'amour*» («Simboliza el amor»). Madame O'Malley nos había dejado una página entera para responder la pregunta, pero creí que la había respondido bien en tres palabras.

Había seguido bien las clases de manera que obtuviera 9 y 8, así mis padres no se preocupaban; en realidad ya no me importaba. «¿El significado de la rosa?—pensé—. ¿A quién le importa?» «¿Cuál es el significado de los tulipanes blancos?» Esa sí era una pregunta que valía la pena responder.

Después de que me sermonearan y me castigaran con diez horas de trabajo en el Jurado, regresé a la habitación 43 para encontrarme con que el Coronel le estaba contando todo a Takumi, bueno, todo excepto lo del beso. Entré cuando el Coronel decía:

—Así que la ayudamos a irse.

—Vosotros tirasteis los cohetes —dijo.

—¿Cómo sabes lo de los cohetes?

—He estado investigando un poco —respondió Takumi—. De cualquier modo, eso fue una estupidez. No deberíais haberlo hecho. Pero, a decir

verdad, todos la dejamos marchar —dijo, y me pregunté qué había querido decir con eso, pero no tuve tiempo de preguntar antes de que me dijera:

—¿Así que piensas que fue un suicidio?

—Quizá —respondí—. No entiendo cómo pudo estrellarse contra el coche patrulla por accidente a no ser que estuviera dormida.

—Quizá iba a visitar a su padre —sugirió Takumi—. Vine Station está de camino.

—Quizá —dije—. Todo es un quizá, ¿no?

El Coronel buscó un paquete de tabaco en el bolsillo.

—Bueno, aquí hay otro: Quizá Jake tenga las respuestas —añadió—. Hemos agotado las otras estrategias, así que lo llamaré mañana, ¿de acuerdo?

Yo también quería respuestas, pero no a algunas preguntas.

—Sí, está bien —cedí—. Pero no me cuentes nada que no sea relevante. No quiero saber nada a menos que me ayude a saber adónde iba y por qué.

—Yo tampoco —añadió Takumi—. Creo que algunas de esas cosas deberían permanecer en la privacidad.

El Coronel metió una toalla bajo la puerta, encendió un cigarrillo y dijo:

—Está bien, chicos. Trabajaremos sobre la base que necesitemos saber.

VEINTINUEVE DÍAS DESPUÉS

Cuando caminaba a casa después de clase al día siguiente, vi al Coronel sentado en el banco junto al teléfono de monedas, anotando en una libreta sobre sus rodillas mientras acunaba el teléfono entre la oreja y el hombro.

Me apresuré a entrar en la habitación 43, donde encontré a Takumi jugando en silencio a un juego de carreras.

—¿Cuánto lleva al teléfono? —le pregunté.

—No sé. Ya estaba cuando he llegado, hace unos veinte minutos. Debe de haberse saltado Matemáticas para Niños Inteligentes. ¿Por qué temes que Jake venga y te patee el culo por dejar que ella se marchara?

—Déjalo —dije pensando: «Esta es precisamente la razón por la que no debimos habérselo dicho». Entré en el baño, abrí la ducha y encendí un cigarrillo. Takumi entró al cabo de un momento.

—¿Qué sucede? —preguntó.

—Nada, solo quiero saber lo que le sucedió.

—¿En serio quieres conocer la verdad? ¿O quieres averiguar que ellos se habían peleado y ella iba a cortar con él e iba a regresar aquí a tus brazos e ibais a hacer el amor dulce y ardientemente y a tener bebés genios que memorizaran últimas palabras y poesía?

—Si estás enfadado conmigo, solo tienes que decírmelo.

—No estoy enfadado porque la dejasteis marchar. Pero estoy cansado de que actúes como si fueras el único tipo que la ha deseado. Como si tuvieras el monopolio de que te gustara —respondió Takumi.

Me puse de pie, levanté la tapa del váter y arrojé el cigarrillo sin terminar.

Lo miré un momento y luego dije:

—La besé esa noche, y tengo el monopolio de eso.

—¿Qué? —tartamudeó.

—La besé.

Abrió la boca para decir algo, pero no dijo nada. Nos miramos el uno al otro durante un rato y me sentí avergonzado de mí mismo por mi alarde de presunción; finalmente dije:

—Yo... mira, tú sabes cómo era. Quería hacer algo y lo hacía. Probablemente fui el tipo que estaba allí en ese momento.

—Sí, bueno, yo nunca fui ese tipo —dijo—. Yo... bueno, Gordo, Dios

sabe que no te puedo culpar.

—No se lo cuentes a Lara.

Estaba asintiendo cuando oímos tres toques rápidos en la puerta de entrada, que significaban que era el Águila, y pensé: «Maldita sea, me ha pillado dos veces en una semana». Takumi señaló la ducha, nos metimos dentro y cerramos la cortina; la ducha, demasiado baja, nos escupía agua de la caja torácica para abajo. Al vernos obligados a estar más juntos de lo necesario, permanecemos allí en silencio; la ducha escupidora empapó lentamente nuestras camisetas y vaqueros durante unos largos minutos, mientras esperábamos que el vapor elevara el humo hacia las rejillas de ventilación. Sin embargo, el Águila nunca tocaba a la puerta del baño, así que después de un rato Takumi cerró el grifo de la ducha. Entreabrí la puerta del baño, me asomé y vi al Coronel sentado en el sofá de espuma, con los pies encima de la MESA PARA CAFÉ, terminando la carrera NASCAR de Takumi. Abrí la puerta y Takumi y yo salimos con la ropa empapada de agua.

—Bueno, he aquí algo que no se ve todos los días —ironizó el Coronel con gesto imperturbable.

—¿Qué demonios haces? —pregunté.

—He llamado como el Águila para asustaros —dijo sonriendo—. Pero en fin, si queréis privacidad, solo tenéis que dejar una nota en la puerta la próxima vez.

Takumi y yo nos reímos, y luego Takumi dijo:

—Sí, el Gordo y yo nos estábamos peleando, pero en fin, desde que nos hemos duchado juntos, Gordo, me siento más cerca de ti.

—¿Cómo te ha ido? —pregunté. Me senté en la MESA PARA CAFÉ y Takumi se tiró en el sofá junto al Coronel, ambos mojados y ateridos, pero

más preocupados por la conversación entre el Coronel y Jake que en secarnos.

—Ha sido interesante. Esto es lo que necesitáis saber: él le dio las flores, como pensábamos. No se pelearon. Él la llamó porque le había prometido llamarla en el momento exacto que cumplían ocho meses de salir juntos, que era a las tres cero dos de la mañana, lo que, estaréis de acuerdo conmigo, es un poco ridículo, y creo que de algún modo ella oyó sonar el teléfono. Así que hablaron de nada durante algo así como cinco minutos y luego, a cuento de nada, ella enloqueció.

—¿A cuento de nada? —preguntó Takumi.

—Déjame consultar mis notas. —El Coronel pasó las hojas de su cuaderno—. Bien. Jake dice: «¿Has tenido un buen aniversario?». Y luego Alaska le respondió: «He tenido un aniversario estupendo». —Y en la recreación del Coronel pude oír la emoción de su voz, la manera en que ella resaltaba ciertas palabras como «estupendo» y «fantástico» y «absolutamente»—. Luego se hizo el silencio y Jake le preguntó: «¿Qué estás haciendo?». Alaska le contestó: «Nada, solo estoy garabateando». Luego exclamó: «¡Oh, Dios! ¡Mierda, mierda, mierda!», se puso a llorar y le dijo que hablaría después con él, pero no dijo que lo fuera a ir a visitar y Jake no piensa que ella fuera para allí a verlo. No sabe adónde iba, pero dice que siempre preguntaba si podía ir a verlo y esa noche no le preguntó, así que no cree que fuera para allá. A ver, dejadme que busque las palabras exactas.

Pasó las hojas de su cuaderno.

—Aquí está. «Ella dijo que me llamaría después, no que me vería.»

—A mí me dijo «Continuará» y a él que hablaría después con él — observé.

—Sí. Observación anotada. Tenía planes de futuro. Esto nos hace pensar

que se contradice con el suicidio. Luego regresó a su cuarto gritando sobre algo que se había olvidado. Y después su loca carrera llegó a su fin. Así que no hay respuestas, en realidad.

—Bueno, ya sabemos adónde no iba.

—A menos que tuviera un impulso en particular —dijo Takumi. Me miró—. Y según parece, andaba bastante impulsiva esa noche.

El Coronel me miró con curiosidad y yo asentí.

—Sí —informó Takumi—, ya lo sé.

—Bien. Tú estabas enfadado, pero luego te has dado una ducha con el Gordo y habéis hecho las paces. Excelente. Así que esa noche... —continuó el Coronel.

Intentamos reproducir la conversación de esa última noche lo mejor que pudimos para Takumi, pero ninguno de los dos se acordaba muy bien, en parte porque el Coronel estaba borracho y yo no estaba prestando atención hasta que empezó con lo de «Verdad o desafío». De cualquier modo, no habríamos sabido ver su significado. Las últimas palabras siempre son más difíciles de recordar cuando no se sabe que alguien está a punto de morir.

—Quiero decir —continuó el Coronel—, creo que ella y yo hablábamos sobre lo mucho que me gusta ir en patinete por ordenador y cómo nunca se me ocurriría intentar montarme en uno en la vida real. Luego ella dijo: «Juguemos a Verdad o desafío», y tú te liaste con ella.

—Un momento, ¿te liaste con ella? ¿Delante del Coronel? —gritó Takumi.

—No me lié con ella.

—Calmaos, chicos —dijo el Coronel alzando las manos hacia arriba—. Es un eufemismo.

—¿De qué? —preguntó Takumi.

—De besarse.

—Un eufemismo brillante. —Takumi puso los ojos en blanco—. ¿Soy el único que piensa que este dato puede ser significativo?

—Sí, a mí no se me había ocurrido antes —dije con cara inexpresiva—. Pero, ahora, no sé. No se lo contó a Jake. No podría haber sido tan importante.

—Quizá la culpa le atormentaba —sugirió Takumi.

—Jake me ha dicho que ella parecía normal al teléfono antes de perder la chaveta —informó el Coronel—. Pero tuvo que ser esa llamada telefónica. Algo sucedió que no sabemos ver.

El Coronel pasó las manos por su gruesa cabellera, con un gesto de frustración.

—Dios, algo. Algo pasó durante esa llamada. Y ahora solo nos queda saber qué fue.

—Así que solo tenemos que leer la mente de una persona muerta —sugirió Takumi—. Bastante fácil.

—Precisamente. ¿Quieres emborracharte? —me preguntó el Coronel.

—No tengo ganas de beber —contesté.

El Coronel metió la mano en las profundidades de la espuma del sofá y sacó la botella de Gatorade de Takumi. Takumi tampoco quería, pero el Coronel sonrió burlón y dijo:

—Más para mí. —Y dio un trago.

TREINTA Y SIETE DÍAS DESPUÉS

Al miércoles siguiente me topé literalmente con Lara después de clase de religión. Había visto a Lara, claro está. La había visto casi todos los días, en la clase de inglés o sentada en la biblioteca susurrando con su compañera de cuarto, Katie. La veía a la hora de la comida y la cena en la cafetería y

probablemente la habría visto a la hora del desayuno, si me hubiera levantado a esa hora. De seguro, ella también me había visto, pero hasta esa mañana no nos habíamos encontrado.

A esas alturas, suponía que me habría olvidado. Después de todo, solo fuimos novios como un día, si bien un día memorable. Pero cuando choqué contra su hombro izquierdo mientras iba con prisas rumbo a clase de precálculo, ella se giró y me miró enfadada, pero no por que hubiéramos chocado.

—Lo siento —solté de sopetón, y ella me miró con los ojos entornados, como si estuviera a punto de pelearse o echarse a llorar. Luego desapareció en silencio hacia un aula. Eran las primeras palabras que le decía en un mes.

Quería hablar con ella. Sabía que me había portado mal. «Imagínate — me repetía una y otra vez—, si tú fueras Lara, con una amiga muerta y un ex novio mudo», pero yo solo tenía espacio para una pasión verdadera y esa pasión estaba muerta y yo quería saber el cómo y el porqué; Lara no me lo podía decir y eso era todo lo que me importaba.

CUARENTA Y CINCO DÍAS DESPUÉS

Durante semanas, el Coronel y yo habíamos dependido de la caridad para sostener nuestro hábito de fumar: todos, desde Molly Tan hasta Longwell Chase, que una vez llevó un corte militar, nos habían dado paquetes gratis o a buen precio. Era como si la gente quisiera ayudar y no pudiera pensar en otra manera mejor. Pero, hacia finales de febrero, la caridad se acabó. Ya era hora, en realidad. Yo nunca me sentí bien al aceptar los regalos de la gente, porque ellos no sabían que nosotros habíamos cargado las balas y puesto la pistola en su cabeza.

Así que después de clase, Takumi nos condujo a Licores Coosa,

«Satisfacemos tus necesidades espirituosas». Esa tarde, Takumi y yo obtuvimos los desalentadores resultados de nuestro primer examen fuerte de precálculo del semestre. Quizá porque Alaska ya no estaba disponible para enseñarnos precálculo sobre una pila de patatas fritas de McIncomible o quizá porque ninguno de nosotros había estudiado en realidad y ambos estábamos en peligro de que enviaran cartas de aviso a nuestras casas.

—La cuestión es que precálculo no me resulta muy interesante —dijo Takumi, como un hecho constatable.

—Será difícil darle esa explicación al director de admisiones de Harvard —respondió el Coronel.

—Francamente, no lo sé. A mí me resulta bastante apremiante —dije.

Nos reímos; pero las risas se vieron arrastradas hacia un silencio denso, penetrante, y sabía que todos estábamos pensando en ella, muerta y sin risa, fría, no más Alaska. La idea de que Alaska no existiera aún me azoraba cuando pensaba en ello. «Se está pudriendo bajo la tierra de Vine Station, Alabama», pensé, pero ni siquiera era eso. Su cuerpo estaba allí, pero ella no estaba en ningún lado, nada, ¡zas!

Los momentos más felices siempre iban seguidos por la tristeza, porque cuando disfrutábamos como cuando estábamos con ella, nos dábamos cuenta de que se había ido del todo para siempre.

Compré tabaco. Yo nunca había entrado en Licores Coosa, pero el lugar era tan deprimente como lo había descrito Alaska. El suelo polvoriento de madera rechinaba mientras avanzabas hacia el mostrador y vi un gran barril lleno de agua nauseabunda que decía almacenar CARNADA VIVA, pero que contenía un verdadero cardumen de pececitos muertos, flotantes. La mujer detrás del mostrador me sonrió con sus cuatro dientes cuando le pedí un cartón de Marlboro Light.

—¿Tú vas a Culver Creek? —me preguntó, y no supe si responderle la

verdad, ya que ningún alumno de instituto tendría diecinueve años de seguro, pero ella tomó el cartón de tabaco y lo puso en el mostrador sin pedir una identificación, así que contesté:

—Sí, señora.

—¿Cómo estáis en la escuela? —preguntó.

—Bastante bien —contesté.

—Oí que murió alguien.

—Sí, señora —dije.

—Siento mucho oír eso.

—Sí, señora.

La mujer, cuyo nombre desconocía porque no era el tipo de establecimiento comercial que desperdiciara el dinero en placas identificativas, tenía un pelo largo y blanco que le crecía de un lunar en la mejilla izquierda. No era lo que se dice asqueroso, pero no podía dejar de mirarlo y luego mirar para otro lado.

De regreso en el coche, le entregué un paquete de tabaco al Coronel.

Bajamos las ventanillas, pese a que el frío de febrero me golpeó en la cara y el fuerte viento hacía imposible la conversación. Me senté en mi cuarta parte del coche y fumé, preguntándome por qué la vieja de Licores Coosa no se arrancaba ese pelo del lunar. El viento soplaba contra mi cara al entrar por la ventanilla que había bajado Takumi delante de mí. Me moví hacia la mitad del asiento trasero y miré al Coronel sentado al revés, sonriendo, con el rostro hacia el viento que soplaba a través de su ventana.

CUARENTA Y SEIS DÍAS DESPUÉS

Yo no quería hablar con Lara, pero al día siguiente, en la comida, Takumi jugó la carta de la culpabilidad.

—¿Cómo crees que se sentiría Alaska? —preguntó mientras miraba a Lara, en el otro extremo de la cafetería. Estaba sentada a tres mesas de nosotros con su compañera de cuarto, Katie, que le estaba contando alguna historia, y Lara sonreía cada vez que Katie se reía de alguno de sus propios chistes. Lara levantó una porción de granos de maíz de lata con el tenedor y la sostuvo encima de su plato, acercando la boca hacia este e inclinando la cabeza hacia el regazo para tomar la porción del tenedor: una comensal tranquila.

—Podría hablarme —le dije a Takumi.

Takumi sacudió la cabeza. Con la boca abierta, pegajosa por el puré de patatas, dijo:

—Tienes que hacerlo tú. —Y tragó el bocado de comida—. Déjame preguntarte algo, Gordo. Cuando seas viejo y canoso y tus nietos estén sentados en tus rodillas y te miren y pregunten: «Abuelito, ¿quién te hizo tu primera mamada?», ¿querrás decirles que fue una chica a la que ignoraste durante el resto del instituto? ¡No! —Sonrió—. Querrás decirles: «Mi querida amiga Lara Buterskaya. Una chica preciosa. Mucho más bonita que vuestra abuela». —Me reí. Así que sí. Tenía que hablar con Lara.

Después de clase, me dirigí a la habitación de Lara y llamé a la puerta. Enseguida ella estaba en la puerta mirándome como si preguntara: «¿Qué? ¿Ahora qué? Ya has hecho el daño que podías, Gordo». Miré por encima de su hombro, a la habitación a la que había entrado solo una vez, donde había aprendido que, nos besáramos o no, no podía hablarle, y antes de que el silencio se volviera demasiado incómodo, dije:

—Lo siento.

—¿Por qué? —preguntó mirando hacia mí, pero no a mí.

—Por ignorarte. Por todo —contesté.

—No tenías por qué ser mi novio.

Estaba muy hermosa, con sus grandes ojos parpadeando, sus mejillas suaves y redondas. Aun así, su redondez solo podía recordarme el rostro delgado de Alaska y sus pómulos altos. Sin embargo, podía vivir con ello y, aunque no fuera así, tenía que hacerlo.

—Podías haber sido solo mi amigo —me reprochó.

—Lo sé. La he cagado. Lo siento.

—No perdones a ese imbécil —gritó Katie desde dentro de la habitación.

—Te perdono. —Lara sonrió y me abrazó; sus manos apretaron la curva de mi espalda. Rodeé con los brazos sus hombros y olí el aroma a violetas de su cabello.

—Yo no te perdono —dijo Katie saliendo a la entrada.

Y a pesar de que Katie y yo apenas nos conocíamos, ella se sintió con la suficiente confianza para golpearme con la rodilla en los huevos.

Luego sonrió y, cuando me vio doblarme de dolor, dijo:

—Ahora sí te perdono.

Lara y yo caminamos hasta el lago, sin Katie, y hablamos. Hablamos sobre Alaska y el mes anterior, sobre cómo ella había tenido que echarnos de menos a Alaska y a mí, mientras que yo solo había tenido que echar de menos a Alaska (lo que era cierto). Le conté lo más próximo a la verdad que pude, desde los cohetes hasta lo del Departamento de Policía de Pelham y sobre los tulipanes blancos.

—La quería —dije.

Lara contestó que ella también la quería y yo dije:

—Lo sé, pero es por eso. La quería y cuando murió no podía pensar en nada más. Me sentía deshonesto, como cuando engañas a alguien.

—Esa no es una buena razón —me reprochó ella.

—Lo sé —contesté.

—Bueno, entonces está bien. —Se rió suavemente—. Siempre y cuando

lo sepas.

Sabía que no iba a olvidar ese enfado, pero al menos estábamos hablando.

Esa noche, a medida que se hacía de noche, las ranas croaban y los insectos recién resucitados zumbaban por las instalaciones de la escuela. Los cuatro —Takumi, Lara, el Coronel y yo— caminamos por la luz gris y fría de la luna llena hasta llegar al Agujero para fumar.

—Oye, Coronel, ¿por qué lo llamáis el Agujero para fumar? —preguntó Lara—. Es como un túnel.

—Más bien se parece a un agujero para pescar —dijo el Coronel—. Me refiero a que si pescáramos, lo haríamos desde aquí. Pero nosotros fumamos. No lo sé. Me parece que Alaska fue la que le puso el nombre.

El Coronel sacó un cigarrillo de su paquete y lo lanzó al agua.

—¿Qué demonios haces? —pregunté.

—Por ella —me contestó.

Esbocé una media sonrisa y seguí su ejemplo: le tiré un cigarrillo a Alaska. Les pasé a Takumi y a Lara los cigarrillos y ellos también lo hicieron. Los cigarrillos rebotaron y danzaron en la corriente unos minutos para luego flotar lejos de la vista.

Yo no era religioso, pero me gustaban los rituales. Me gustaba la idea de relacionar una acción con la memoria. En China, nos había dicho el Anciano, hay días reservados para limpiar las tumbas, donde se hacen obsequios a los muertos. Y yo imaginé que Alaska querría un cigarrillo, así que me pareció que el Coronel había empezado un ritual excelente.

El Coronel escupió hacia la corriente y rompió el silencio.

—Es curioso hablar con los fantasmas —comentó—. No sabes si estás inventando sus respuestas o si de verdad te están hablando.

—Yo digo que hagamos una lista —propuso Takumi, alejándose de los temas de introspección—. ¿Qué tipo de pruebas tenemos de que pudo haber sido un suicidio?

El Coronel sacó su omnipresente cuaderno.

—No pisó el freno —mencioné, y el Coronel comenzó a anotar.

Y estaba terriblemente perturbada por algo, aunque muchas veces antes había estado muy perturbada sin que intentara suicidarse. Pensamos que quizá las flores eran algún tipo de homenaje para ella misma, como un arreglo funerario o algo así. Pero eso no nos pareció propio de Alaska. Era críptica, claro, pero si vas a planear tu suicidio cuidando todos los detalles, hasta las flores, probablemente tengas un plan de cómo vas a morirte y Alaska no tenía forma de saber que un coche patrulla iba a estar presente en la carretera I-65 cuando ella pasara.

¿Y la evidencia que sugería que fue un accidente?

—Estaba realmente borracha, así que quizá pensó que no iba a chocar con el coche patrulla, aunque no sé cómo —observó Takumi.

—Pudo haberse quedado dormida —opinó Lara.

—Sí, hemos pensado en eso —añadí—. Pero no creo que sigas conduciendo derecho si te quedas dormido.

—No se me ocurre una manera de averiguarlo que no ponga en riesgo nuestras vidas —aseveró el Coronel con el rostro inexpresivo—. De todos modos, no había dado ninguna señal de advertencia de intención de suicidio. Me refiero a que no hablaba sobre querer morirse ni regaló sus cosas ni nada por el estilo.

—Esas son dos. Borracha y sin planes de morir —dijo Takumi.

Esto no llevaba a ningún lado. Era solo una danza diferente con la misma pregunta. Lo que necesitábamos no era pensar más. Necesitábamos tener más evidencias.

—Tenemos que averiguar hacia dónde se dirigía —continuó el Coronel.

—Las últimas personas con las que habló fuimos tú y yo y Jake —le dije—. Y nosotros no lo sabemos. Así que ¿cómo demonios vamos a averiguarlo?

Takumi miró al Coronel y suspiró.

—No creo que saber hacia dónde se dirigía ayude en algo. Creo que lo empeoraría. Es una corazonada.

—Bueno, mi corazón quiere saber —dijo Lara, y entonces entendí lo que quiso decir Takumi el día que habíamos estado juntos en la ducha: yo podía haberla besado, pero en realidad no tenía el monopolio sobre Alaska; el Coronel y yo no éramos los únicos a quienes les importaba Alaska ni tampoco estábamos solos en eso de tratar de averiguar cómo y por qué murió.

—Bueno, no importa —dijo el Coronel—, estamos en un punto muerto. Así que alguno de vosotros pensad en algo que hacer, porque a mí se me han acabado los instrumentos de investigación.

Lanzó la colilla al arroyo, se puso de pie y se fue. Lo seguimos. Aun en la derrota, seguía siendo el Coronel.

CINCUENTA Y UN DÍAS DESPUÉS

Con la investigación detenida, empecé de nuevo a leer para la clase de religión, lo cual pareció complacer al Anciano, cuyos exámenes sorpresa había estado suspendiendo sistemáticamente durante seis semanas seguidas. Tuvimos uno ese miércoles por la mañana: «Comparte un ejemplo de un *koan* budista». Un *koan* es como una adivinanza que se supone debe ayudarte a alcanzar la iluminación en el budismo zen. En mi respuesta escribí sobre un tipo, Banzan, que iba caminando un día por el mercado

cuando oyó a alguien pedirle a un carnicero su mejor trozo de carne. El carnicero le contestó: «Todo lo que hay en mi tienda es lo mejor. No puedes encontrar un trozo de carne que no sea el mejor». Al oír esta respuesta, Banzan entendió que no hay mejor ni peor, que esos juicios no tienen un significado real, porque solo existe lo que existe y, ¡zas!, alcanzó la iluminación. Leyéndolo la noche anterior, me pregunté si sería así en mi caso, si en algún momento por fin la entendería, la conocería y comprendería el papel que desempeñé en su muerte. Sin embargo, no estaba convencido de que la iluminación le cayera a uno encima como un rayo.

Después de pasar nuestros exámenes sorpresa, el Anciano, sentado, tomó el bastón y señaló la pregunta de Alaska medio borrada de la pizarra.

—Veamos una frase en la página noventa y cuatro de esta introducción tan entretenida al zen que les pedí que leyeran esta semana. «Todo lo que se une se deshace», dijo el Anciano. Todo. La silla sobre la cual estoy sentado fue labrada; por lo tanto, se deshará. Yo me desharé, probablemente antes que esta silla. Y ustedes se desharán. Las células, los órganos y los sistemas que los conforman se juntaron, crecieron y, por ende, deberán deshacerse. El Buda sabía una cosa que la ciencia no demostró hasta milenios después de su muerte: la entropía se incrementa. Las cosas se deshacen.

«Todos nos vamos», pensé, y se aplica a las tortugas y a los cuellos de tortuga, a Alaska la chica y a Alaska el lugar, porque nada puede durar, ni siquiera la Tierra misma. El Buda dijo que el sufrimiento era causado por el deseo, habíamos aprendido, y que el cese del deseo significaba el cese del sufrimiento. Al dejar de desear que las cosas no se deshicieran, dejabas de sufrir cuando lo hacían.

«Algún día nadie recordará que ella alguna vez existió», escribí en mi cuaderno, y luego anoté: «O que yo lo hice». Porque los recuerdos también se deshacen. Y luego no te queda nada, ni siquiera un fantasma, tan solo su

sombra. Al principio, me perseguía de día y en sueños, pero incluso ahora, apenas unas semanas después, se estaba yendo, se empezaba a deshacer en mi recuerdo y en el de todos los demás, muriendo de nuevo.

El Coronel, quien había dirigido la investigación desde el principio, a quien le había importado lo que le había sucedido a ella cuando a mí todo lo que me había importado era si ella me quería, se había dado por vencido, sin respuestas. Y a mí no me gustaban las respuestas que tenía: a Alaska ni siquiera le había importado lo suficiente lo que sucedió entre nosotros para decírselo a Jake; en vez de eso, solo había hablado con él toda graciosa, sin darle razones para pensar que, minutos antes, yo había probado su respiración alcoholizada. Y luego, algo imperceptible se rompió dentro de ella y aquello que se había unido comenzó a deshacerse.

Y esa era quizá la única respuesta que tendríamos alguna vez. Ella se deshizo porque eso es lo que sucede. El Coronel parecía resignado a eso, pero si la investigación había sido idea suya, ahora era lo que me sostenía, a la espera de ser iluminado.

SESENTA Y DOS DÍAS DESPUÉS

El domingo siguiente dormí hasta que la luz del sol de los últimos minutos de la mañana se coló a través de las persianas y encontró el camino hasta mi rostro. Me tapé la cabeza con el edredón, pero el aire se volvió caliente y viciado, así que me levanté para llamar a mis padres.

—¡Miles! —adivinó mi madre antes de que le dijera siquiera hola—. Acabamos de instalar un identificador de llamadas.

—¿Uno que sabe mágicamente que soy yo el que llama desde el teléfono de monedas?

—No, simplemente dice «teléfono de monedas» —replicó riéndose— y

trae el prefijo. Así que lo he deducido. ¿Cómo estás? —me preguntó con una preocupación cálida en su voz.

—Estoy bien. La pifié un poco en algunas clases, pero ya he vuelto a hincar los codos, así que el curso me irá bien —dije, y casi todo era cierto.

—Sé que ha sido difícil para ti, querido —me comentó—. ¡Ah! Adivina a quién vimos tu padre y yo en una fiesta anoche. ¡A la profesora Forrester, tu maestra de cuarto curso! ¿La recuerdas? Ella se acordaba de ti perfectamente, habló muy bien de ti y estuvimos hablando... —Me agradaba saber que la profesora Forrester tenía en alta estima mi desempeño de cuarto curso, pero solo escuchaba a medias mientras leía las notas garabateadas en la pared de pino pintada de blanco a ambos lados del teléfono, buscando alguna nueva que pudiera descifrar («Lacy's: viernes, 10, suena al *dónde* y *cuándo* de una fiesta de Guerreros Semaneros», pensé) —. Cenamos con los Johnston anoche y me temo que papá tomó demasiado vino. Jugamos a las adivinanzas y él resultó muy, pero que muy malo.

Se rió y de repente me sentí muy cansado; pero alguien había arrastrado el banco lejos del teléfono de monedas, así que senté mi enjuto culo sobre el hormigón duro, estiré el cable plateado del teléfono y me preparé para un soliloquio de mi madre cuando vi, debajo de todas las demás notas y garabatos, el dibujo de una flor. Doce pétalos oblongos formaban un círculo completo contra la pintura color blanco margarita y margaritas, margaritas blancas, y podía oírla diciendo: «¿Qué ves, Gordo? Mira», y podía imaginármela sentada borracha al teléfono, hablando con Jake sobre nada en particular: «¿Qué estás haciendo?», y ella contestando: «Nada, garabateando, solo garabateando». Y luego: «¡Oh, Dios!».

—¿Miles?

—Sí, mamá. Lo siento. Chip está aquí. Tenemos que ponernos a estudiar. Me tengo que ir.

—¿Nos llamarás más tarde? Estoy segura de que tu padre quiere hablar contigo.

—Sí, mamá; sí, claro. Os quiero. Tengo que irme.

—¡Creo que he encontrado algo! —le grité al Coronel, invisible debajo de su edredón, pero la urgencia en mi voz y la promesa de cualquier cosa encontrada, despertaron de inmediato al Coronel, que saltó de su litera al suelo. Antes de que pudiera decir nada, cogió los vaqueros y la sudadera del día anterior tirados en el suelo, se los puso y me siguió fuera.

—Mira —señalé. Se puso en cuclillas junto al teléfono y dijo:

—Sí, lo dibujó ella. Siempre estaba dibujando estas flores.

—Y «solo garabateando», ¿recuerdas? Jake le preguntó qué estaba haciendo y ella contestó: «Solo garabateando». Luego ella dijo: «¡Oh, Dios!», y enloqueció. Miró el garabato y recordó algo.

—Buena memoria, Gordo —reconoció, y me pregunté por qué el Coronel no se emocionaba.

—Luego enloqueció —repetí, y fue por los tulipanes mientras nosotros íbamos a por los cohetes. Vio el garabato, recordó lo que se le había olvidado y luego enloqueció.

—Quizá —dijo mirando fijamente la flor, quizá intentando verla como ella la había visto.

Finalmente se puso de pie y dijo:

—Es una teoría sólida, Gordo. —Extendió el brazo y me dio unas palmaditas en el hombro, como un entrenador que hace un cumplido a un jugador—. Pero seguimos sin saber qué fue lo que olvidó.

SESENTA Y NUEVE DÍAS DESPUÉS

Una semana después del descubrimiento de la flor garabateada, me resigné a su insignificancia —después de todo, no era Banzan en el mercado de carnes—, y conforme los arcos que circundaban la escuela empezaban a dar señales de resurrección y el equipo de mantenimiento comenzaba a cortar el césped en el círculo de dormitorios de nuevo, me pareció que finalmente la habíamos perdido.

Esa tarde el Coronel y yo entramos en el bosque por el lago y fumamos un cigarrillo en el lugar preciso donde el Águila nos había pillado tiempo atrás. Veníamos de una «asamblea del pueblo», en la que el Águila anunció que la escuela iba a construir un parque de juegos junto al lago en memoria de Alaska. A ella le gustaban los columpios, cierto, pero ¿un parque de juegos? Lara se puso de pie en la asamblea (de seguro era la primera vez que lo hacía) y dijo que deberían haber hecho algo más gracioso, algo que la propia Alaska hubiera hecho.

Ahora, sentados junto al lago, sobre un tronco lleno de musgo y medio podrido, el Coronel me dijo:

—Lara estaba en lo cierto. Deberíamos hacer algo por ella. Una trastada. Algo que le hubiera encantado.

—¿Algo así como una trastada en honor de...?

—Exacto. La trastada en honor de Alaska Young. Podemos convertirla en una celebración anual. De todos modos, a ella se le ocurrió esta idea el año pasado. Pero quiso guardarla para que fuera nuestra trastada del último año. Pero es buena. Buena de verdad. Es histórica.

—¿Me la vas a contar? —le dije recordando cuando él y Alaska me dejaron fuera de la planificación de la trastada para la «Noche del granero».

—Claro —respondió—. La trastada se llama «Subvertir el paradigma patriarcal».

Y me la contó, y tengo que decir que Alaska nos dejó la joya suprema de

las trastadas, la Mona Lisa de la hilaridad del instituto, la culminación de generaciones de trastadas en Culver Creek. Si el Coronel podía sacarla adelante, quedaría grabada en la memoria de todos en el Creek, y Alaska no se merecía menos. Lo mejor de todo era que, técnicamente, no incluía ningún desacato que mereciera la expulsión.

El Coronel se puso de pie y se sacudió la tierra y el musgo de los vaqueros.

—Creo que se lo debemos.

Estuve de acuerdo, pero, de todos modos, ella nos debía una explicación. Si estaba allá arriba, allá abajo, allá fuera, en alguna parte, quizá se reiría. Y quizá, solo quizá, nos daría la pista que necesitábamos.

OCHENTA Y TRES DÍAS DESPUÉS

Dos semanas después, el Coronel regresó de las vacaciones de primavera con dos cuadernos llenos hasta el último detalle del plan de la trastada, esbozos de varias ubicaciones y una lista de cuarenta páginas, a dos columnas, de los problemas que podrían surgir y sus soluciones. Calculó todos los tiempos incluso en décimas de segundo y todas las distancias hasta el último centímetro; después volvió a calcularlos, como si no pudiera soportar la idea de volver a fallarle a Alaska. Luego, el domingo, el Coronel se despertó tarde y se dio la vuelta. Yo estaba leyendo *El ruido y la furia*, que se suponía que tendría que haber leído a mediados de febrero, y miré hacia arriba al oír el roce de las sábanas.

—Reunamos de nuevo a la banda —dijo el Coronel.

Así que salí disparado fuera, hacia la primavera nublada, para despertar a Lara y a Takumi, y los traje de vuelta a la habitación 43. El equipo de la

«Noche del granero» estaba intacto, o tanto como lo podría estar, para la Trastada en Memoria de Alaska Young.

Los tres nos sentamos en el sofá mientras el Coronel se ponía de pie ante nosotros con una emoción que nunca antes le había visto, para presentarnos el plan y las partes que ejecutaríamos cada uno. Al terminar, sugirió:

—¿Alguna pregunta?

—Sí —respondió Takumi—. ¿Eso va a funcionar de verdad?

—Bueno, primero tenemos que encontrar a un stripper. Segundo, el Gordo tiene que operar algo de magia con su padre.

—Está bien —comentó Takumi—. Manos a la obra.

OCHENTA Y CUATRO DÍAS DESPUÉS

Todas las primaveras, Culver Creek se tomaba una tarde de viernes libre y todos los alumnos, el cuerpo docente y el personal tenían que personarse en el gimnasio para el día de los Oradores. Ese día se invitaba a dos oradores, por lo general pequeñas celebridades o pequeños políticos o pequeños académicos; la clase de personas que van a una escuela a hablar por los miserables trescientos dólares que la escuela les paga. El penúltimo grado elegía al primer orador y los del último grado, al segundo, y cualquiera que hubiera asistido a un día de los Oradores estaba de acuerdo en que era aburrido hasta la tortura. Nosotros planeábamos sacudir un poco el día de los Oradores.

Todo lo que necesitábamos hacer era convencer al Águila de que dejara al «doctor William Morse», un «amigo de mi padre» y un «prominente erudito en el tema de conducta sexual en los adolescentes», presentarse como el orador de la clase del decimoprimer grado.

Así que llamé a mi padre al trabajo y su secretario, Paul, me preguntó si

todo iba bien, y yo me pregunté por qué todos, sin excepción, me preguntaban si todo iba bien cuando llamaba a cualquier hora que no fuera domingo por la mañana.

—Sí, estoy bien.

Mi padre levantó el auricular.

—Hola, Miles. ¿Todo va bien?

Me reí y hablé en voz baja por teléfono, porque había gente arremolinándose cerca.

—Sí, papá. Todo va bien. Oye, ¿recuerdas cuando robaste la campana de la escuela y la enterraste en el cementerio?

—La más grande trastada de Culver Creek que haya habido jamás —respondió con orgullo.

—Seguro que sí, papá. Seguro que sí. Así que, escucha, quería saber si me ayudarías con la segunda más grande trastada que haya habido jamás en Culver Creek.

—Oh, no lo sé, Miles. No querría que te metieras en problemas.

—No lo haré. Toda la clase de decimoprimeros lo está planeando. Y nadie va a salir lastimado ni nada por el estilo. ¿Recuerdas el día de los Oradores?

—Dios, qué aburrimiento. Era casi peor que ir a clase.

—Sí, bueno, necesito que finjas ser nuestro orador, el doctor William Morse, un profesor de psicología de la Universidad de Florida Central y experto en la conducta sexual de los adolescentes.

Guardó silencio mucho rato y, mientras yo miraba hacia abajo, a la última margarita dibujada por Alaska y esperaba que preguntara cuál era la trastada —y se la habría explicado—, solo lo oí respirar lentamente al otro lado del teléfono.

Después respondió:

—Ni siquiera voy a preguntar. Hummm —musitó—, júrame por Dios

que nunca se lo contarás a tu madre.

—Lo juro por Dios.

Hice una pausa. Tardé un segundo en recordar el verdadero nombre del Águila.

—El señor Starnes te llamará dentro de unos diez minutos.

—Está bien. ¿Mi nombre es el doctor William Morse y soy profesor de psicología y... sexualidad adolescente?

—Ajá. Eres el mejor, papá.

—Solo quiero ver si sois capaces de hacerlo mejor que yo —dijo riendo.

Pese a que al Coronel la idea le mortificaba, la trastada no funcionaría sin la ayuda de los Guerreros Semaneros, en especial del presidente de la clase de decimoprimer año, Longwell Chase, a quien ya le había crecido de nuevo su ridícula mata de surfista. Pero a los Guerreros les encantó la idea, así que me reuní con Longwell en su habitación.

—Vamos —le dije.

Longwell Chase y yo no teníamos nada de que hablar y ningún deseo de fingir lo contrario, así que caminamos en silencio a casa del Águila. El Águila apareció en la puerta antes de que tocáramos. Ladeó un poco la cabeza cuando nos vio, como confundido, porque sí: formábamos una pareja extraña, con los pantalones color caqui plisados y planchados de Longwell y mis vaqueros azules que algún día tendría que lavar.

—El orador que hemos elegido es un amigo del padre de Miles —explicó Longwell—, el doctor William Morse. Es profesor en una universidad de Florida y estudia la sexualidad adolescente.

—Ah, buscamos crear controversia, ¿no?

—Oh, no —respondí—. Conozco al doctor Morse. Es interesante, pero no polémico. Él solo estudia la, eh, la manera en que la comprensión del

sexo de los adolescentes cambia a un ritmo acelerado. Quiero decir, está en contra del sexo premarital.

—Bueno, ¿me puedes dar su teléfono? —Le di al Águila un pedazo de papel, caminé hacia un teléfono empotrado en la pared y marcó:

—Sí, hola. Quisiera hablar con el doctor Morse... Sí, gracias... Bueno, doctor Morse. Tengo a Miles Halter aquí en mi casa y me está diciendo que... fantástico, fabuloso... Bueno, me preguntaba si —el Águila hizo una pausa, enredando el cable en un dedo—, me preguntaba, supongo, si usted... siempre y cuando entienda que se trata de jóvenes impresionables. No querríamos discusiones explícitas... Excelente. Excelente. Me alegro que me entienda... Usted también, señor. ¡Hasta pronto!

El Águila colgó el teléfono sonriendo, y dijo:

—¡Buena elección! Parece un hombre muy interesante.

—Vaya si lo es —repuso Longwell con mucha seriedad—. Creo que será muy interesante.

CIENTO DOS DÍAS DESPUÉS

Papá adoptó el papel del doctor Morse al teléfono, pero el hombre que iba a representarlo se llamaba Maxx con doble equis, aunque su nombre era, de hecho, Stan, excepto el día de los Oradores, en el que evidentemente sería el doctor William Morse. Era un verdadero caso de crisis de identidad, un stripper varón con más sobrenombres que un agente encubierto de la CIA.

Las primeras cuatro «agencias» a las que llamó el Coronel rechazaron nuestra proposición. No fue hasta que llegamos a la *F* en la sección de «Entretenimiento» de las Páginas Amarillas cuando encontramos la empresa Fiestas de Solteras Somos Nosotros. Al propietario le gustó mucho la idea, pero dijo:

—A Maxx le va a encantar, pero nada de desnudarse. No delante de los chicos.

Accedimos, un poco reticentes.

Para asegurarnos de que no expulsaran a nadie, Takumi y yo recolectamos cinco dólares entre los alumnos de decimoprimer curso de Culver Creek para pagar los honorarios del «doctor William Morse», ya que dudábamos que el Águila quisiera pagarle después de presenciar el, eh, discurso. Yo puse los cinco dólares del Coronel.

—Siento que me he ganado tu caridad —dijo señalando los cuadernos de espiral que había llenado con planes.

Esa mañana, sentado en clase, no podía pensar en ninguna otra cosa. Todos los alumnos de decimoprimer curso en la escuela lo sabían desde hacía dos semanas, y no habían hecho circular ni el más mínimo comentario. Pero el Creek estaba repleto de chismes, sobre todo en torno a los Guerreros Semaneros, y si una sola persona le decía a un amigo que le dijera a un amigo que le dijera a un amigo que le dijera al Águila, todo se vendría al traste.

La ética de no delatar del Creek soportó bastante bien la prueba, pero ese día, cuando Maxx/Stan/doctor Morse no apareció a las 11.50 de la mañana, pensé que el Coronel perdería la cabeza. Estaba sentado sobre el parachoques de un coche en el aparcamiento de alumnos, con la cabeza inclinada, deslizando las manos por su espesa mata de cabello oscuro una y otra vez, como si estuviera buscando algo. Maxx había prometido llegar a las 11.40, veinte minutos antes del inicio oficial del día de los Oradores, para que le diera tiempo de aprenderse el discurso y todo lo demás. Yo estaba de pie junto al Coronel, preocupado pero en silencio, esperando. Habíamos enviado a Takumi a llamar a «la agencia» para averiguar dónde estaba «el artista».

—De todas las cosas que pensé que podían salir mal, esta no era una de ellas. Y para esta no tenemos solución.

Takumi se acercó corriendo, con cuidado de no hablarnos hasta estar cerca de nosotros. Los chicos empezaban a entrar en el gimnasio. Tarde, tarde, tarde, tarde. Le habíamos pedido tan poco a nuestro artista, en realidad. Le habíamos escrito su discurso. Le habíamos planeado todo. Lo único que Maxx tenía que hacer era aparecer con su traje puesto. Y aun así...

—La agencia —dijo Takumi— dice que el artista está de camino.

—¿De camino? —dijo el Coronel restregándose el pelo con renovado brío—. ¿De camino? Ya llega tarde.

—Dicen que debe... —Y de pronto nuestras preocupaciones desaparecieron al ver una pequeña camioneta azul doblar la esquina hacia el aparcamiento; dentro iba un hombre con un traje.

—Más vale que ese sea Maxx —dijo el Coronel mientras el coche aparcaba. Corrió hacia él.

—Soy Maxx —dijo el tipo abriendo la puerta.

—Yo soy un representante anónimo de la clase de decimoprimer curso —respondió el Coronel dándole la mano a Maxx. Tenía treinta y tantos años, piel bronceada y hombros anchos, con una mandíbula fuerte y una barbita de chivo oscura y recortada.

Le proporcionamos a Maxx una copia de su discurso, que leyó rápidamente.

—¿Alguna pregunta? —dije.

—Eh, sí. Dada la particularidad del evento, creo que deberíais pagarme por anticipado.

Me pareció muy elocuente, incluso como profesor, y sentí una confianza suprema, como si Alaska nos hubiera encontrado al mejor stripper masculino de toda Alabama central y nos hubiera conducido a él.

Takumi abrió el maletero de su camioneta y cogió una bolsa de papel del súper con 320 dólares dentro.

—Aquí tienes, Maxx —le ofreció—. Mira, el Gordo aquí presente se sentará junto a ti, porque tú eres amigo de su padre. Eso viene en el discurso. Pero, eh, esperamos que si te interrogan cuando termine todo esto, digas que la clase entera de decimoprimer curso habló contigo en una llamada tipo conferencia para contratarte. No quisiéramos meter al Gordo en problemas.

—A mí me parece bien. —Se rió—. Acepté el trabajo porque me pareció divertido. Ojalá se me hubiera ocurrido esto en el insti.

Al entrar en el gimnasio, con Maxx/el doctor William Morse a mi lado, y Takumi y el Coronel unos pasos detrás de mí, supe que era más fácil que me atraparan a mí que a cualquier otra persona. Pero había estado leyendo el Manual de Culver Creek con sumo cuidado las últimas dos semanas y me recordaba a mí mismo mi defensa basada en dos puntos en caso de que me metiera en problemas: 1) Técnicamente, no hay ninguna regla que prohíba contratar a un stripper para que baile delante de los alumnos. 2) Es imposible probar que yo soy el responsable del incidente. Únicamente se puede probar que yo llevé a la escuela a una persona que se suponía era un experto en la conducta sexual de los adolescentes, que al final resultó ser un desviado sexual.

Me senté con el doctor William Morse a mitad de la fila delantera de las gradas. Algunos chicos de noveno curso se sentaron detrás de mí, pero cuando el Coronel entró con Lara un momento después, cortésmente les dijo: «Gracias por guardarnos nuestros asientos», y se deshizo de ellos. Según el plan, Takumi estaba en la sala de provisiones en el segundo piso, conectando su equipo de estéreo a los altavoces del gimnasio. Yo me giré hacia el doctor Morse y le dije:

—Deberíamos mirarnos con gran interés y hablar como si fuera amigo de mis padres.

Él sonrió y asintió.

—Tu padre es un hombre ejemplar. Y tu madre... tan hermosa.

Puse los ojos en blanco, un poco asqueado. No obstante, me caía bien ese stripper. El Águila llegó a las doce en punto, saludó al orador de la clase de decimosegundo curso, un antiguo procurador general del estado de

Alabama, y luego se acercó al doctor Morse, que se puso de pie con gran aplomo y medio se inclinó al darle la mano al Águila, quizá demasiado formal.

—Sin duda estamos muy contentos de tenerlo aquí con nosotros —dijo el Águila.

A lo que Maxx contestó:

—Gracias, espero no desilusionarles.

A mí no me preocupaba que me expulsaran. Ni siquiera me preocupaba que expulsaran al Coronel, aunque quizá debería haberlo estado. Me preocupaba que no funcionara porque Alaska no lo había planeado. Quizá ninguna trastada digna de ella podía lograrse sin ella.

El Águila se colocó detrás del estrado.

—Hoy es un día de significado histórico en Culver Creek. Fue idea de nuestro fundador, Phillip Garden, que ustedes, como alumnos, y nosotros, como cuerpo docente, podamos tomarnos libre una tarde al año para beneficiarnos de la sabiduría de las voces que están fuera de la escuela, y por eso nos reunimos aquí cada año para aprender de ellos, para ver el mundo como otros lo ven. Hoy, el orador de la clase de decimoprimer curso es el doctor William Morse, profesor de psicología en la Universidad de Florida Central y un erudito muy respetado. Hoy está aquí para hablar sobre adolescentes y sexualidad, un tema que estoy seguro les será de gran interés. Así que, por favor, démosle la bienvenida al doctor Morse al estrado.

Aplaudimos. Mi corazón latía dentro de mi pecho como si también quisiera aplaudir. A medida que Maxx caminaba hacia el estrado, Lara se inclinó y me susurró:

—Está bueníísimo.

—Gracias, señor Starnes. —Maxx sonrió y asintió en dirección al

Águila; luego enderezó sus papeles y los colocó sobre el estrado. Incluso yo casi creí que era un profesor de psicología. Me pregunté si no sería un actor que se sacaba un sueldo extra haciendo de stripper.

Leyó directamente el discurso sin alzar la vista, pero leyó con el tono seguro y frívolo de un académico un poco altanero.

—Hoy estoy aquí para hablarles sobre el fascinante tema de la sexualidad adolescente. Mi investigación se basa en el campo de la lingüística sexual, específicamente en la manera en que los jóvenes hablan del sexo y las preguntas relacionadas con ello. Así que, por ejemplo, estoy interesado en por qué si digo la palabra «brazo» no les hace reír, pero si digo la palabra «vagina», sí.

Y sí, se oyeron algunas risitas nerviosas entre el público.

—La manera en que los jóvenes hablan sobre los cuerpos de los demás dice mucho sobre nuestra sociedad. En el mundo de hoy, es mucho más probable que los chicos vean los cuerpos de las chicas como objetos que al revés. Los chicos se dirán entre ellos que Fulanita tiene un buen culo, mientras que las chicas son más propensas a decir que un chico es simpático, un término que describe características físicas y emocionales. En el primer caso las chicas son vistas como meros objetos, mientras que en el segundo los chicos son vistos como personas completas...

Luego Lara se puso de pie y, con su acento inocente y delicado, interrumpió al doctor William Morse.

—¡Está usted bueníísimo! ¡Ojalá que se callara y se quiiitara la ropa!

Los alumnos se rieron; sin embargo, los profesores en bloque se dieron la vuelta y la miraron azorados y en silencio. Ella se sentó.

—¿Cómo te llamas, querida?

—Lara —contestó.

—Ahora, Lara —dijo Maxx mirando sus hojas para acordarse de la línea

—, lo que tenemos aquí es un estudio clínico muy interesante, una fémina viéndome como objeto a mí, un varón. Es tan poco común que lo único que puedo suponer es que estás intentando ser graciosa.

Lara se puso de pie de nuevo y gritó:

—¡No es broma! Quítese la ropa.

Él miró nervioso su discurso, y luego nos miró a todos sonriendo.

—Bueno, sin duda es importante subvertir el paradigma patriarcal, y supongo que esta es una buena manera de hacerlo. Está bien —dijo colocándose en el lado izquierdo del estrado. Y luego gritó, lo suficientemente fuerte para que Takumi lo oyera arriba:

—Va por Alaska Young.

Cuando empezó a sonar el bajo rápido y batiente de la canción «*Get Off*» de Prince en los altavoces, el doctor William Morse se agarró la pierna de los pantalones con una mano y la solapa de la chaqueta; con la otra se separó el velcro y su disfraz se abrió, revelando a Maxx con dos equis, un hombre asombrosamente fornido, de estómago bien definido y músculos pectorales prominentes. Y Maxx permaneció de pie ante nosotros, sonriendo, vestido solo con calzoncillos de cuero negro.

Con los pies bailoteando, Maxx mecía los brazos al ritmo de la música; la multitud soltó una carcajada y un aplauso ensordecedor y sostenido: la ovación más larga con diferencia en la historia del día de los Oradores. El Águila se puso de pie en un segundo y, en cuanto lo hizo, Maxx dejó de bailar, pero flexionó los músculos pectorales de manera que subieran arriba y bajó rápidamente al ritmo de la música antes de que el Águila, sin sonreír pero succionando los labios hacia dentro como si no sonreír le requiriera esfuerzo, indicara con el dedo pulgar que Maxx debía irse a casa, cosa que Maxx hizo.

Con la vista seguí a Maxx, que salía por la puerta, y vi a Takumi en la

entrada, con los puños en alto en señal de triunfo, antes de que saliera corriendo hacia arriba para apagar la música. Me alegró que hubiera podido ver al menos una parte del espectáculo.

Takumi tuvo bastante tiempo para sacar su equipo, porque las risas y los comentarios siguieron durante varios minutos, al tiempo que el Águila repetía una y otra vez:

—Bien. Bien. Vamos a calmarnos ahora. Calmaos todos.

El orador de la clase de decimosegundo curso habló a continuación sin recibir mucha atención. Al salir del gimnasio, los que no eran de decimoprimer curso se arremolinaban alrededor de nosotros preguntando:

—¿Habéis sido vosotros? —Yo sonreía y decía que no, porque en realidad no había sido yo, ni el Coronel, ni Takumi, ni Lara ni Longwell Chase, ni nadie más en ese gimnasio. Había sido obra de Alaska de principio a fin. «La parte más difícil de hacer trastadas —me dijo Alaska una vez— es no poder confesar. Pero ahora podía confesarlo de parte de ella. Y al salir lentamente del gimnasio, decía a quien quisiera escucharme:

—No, no hemos sido nosotros. Ha sido Alaska.

Los cuatro regresamos a la habitación 43, radiantes por el triunfo, convencidos de que el Creek nunca más vería una trastada semejante, y ni siquiera se me pasó por la cabeza que podría estar metido en problemas hasta que el Águila abrió la puerta de nuestra habitación y se quedó allí de pie, ante nosotros, sacudiendo la cabeza con desdén.

—Sé que habéis sido vosotros —dijo el Águila.

Lo miramos en silencio. Con frecuencia fanfarroneaba. Y quizá era una de esas veces.

—Nunca más volváis a hacer algo así —dijo—. Por el amor de Dios, «subvertir el paradigma patriarcal»: es como si ella hubiera escrito el discurso.

Sonrió y cerró la puerta.

CIENTO CATORCE DÍAS DESPUÉS

Una semana y media después, iba de camino a clase, sintiendo el sol de la tarde sobre mi piel como un recordatorio constante de que la primavera en Alabama había llegado tan pronto como se había ido, en cuestión de horas, y que en esos momentos, a principios de mayo, el verano había regresado para una visita de seis meses; sentí cómo el sudor se deslizaba por mi espalda y anhelé los helados vientos de enero. Cuando llegué a mi habitación, encontré a Takumi sentado en el sofá, leyendo mi biografía de Tolstói.

—Eh, hola —dije.

Cerró el libro, lo colocó a un lado y dijo:

—Diez de enero.

—¿Qué? —pregunté.

—Diez de enero. ¿Te suena de algo?

—Sí, es el día que murió Alaska.

Técnicamente, había muerto el 11 de enero alrededor de las tres de la mañana, pero para nosotros seguía siendo la noche del lunes 10 de enero.

—Sí, pero hay otra cosa, Gordo. El 9 de enero, la madre de Alaska la llevó al zoológico.

—Espera. No. ¿Cómo lo has sabido?

—Ella nos lo dijo la «Noche del granero». ¿Recuerdas?

Por supuesto que no me acordaba. Estoy seguro de que si tuviera la capacidad de recordar números, no tendría que hacer tantos esfuerzos para sacar un 8 en precálculo.

—¡Mierda! —exclamé al tiempo que entraba el Coronel.

—¿Qué? —preguntó.

—El 9 de enero de 1997 —le contesté—. A Alaska le gustaron los osos. A su madre le gustaron los monos.

El Coronel me miró sin comprender un momento, luego se quitó la mochila y la lanzó a la otra punta del cuarto con un solo movimiento.

—¡Mierda! —dijo—. ¡POR QUÉ DEMONIOS NO SE ME OCURRIÓ ANTES!

En solo un minuto, el Coronel tenía la mejor solución que se nos podría ocurrir a cualquiera de nosotros.

—Ella está durmiendo. Jake llama y ella habla con él. Está garabateando, mira su flor blanca y piensa: «¡Oh, Dios!, a mi madre le gustaban las flores blancas y me las ponía en el pelo cuando era niña». Luego enloquece. Regresa a su cuarto y empieza a gritarnos que se le ha olvidado, se ha olvidado de su madre, por supuesto, así que toma las flores y sale de la escuela, conduciendo, de camino a... ¿adónde? —Me mira a mí—. ¿Adónde? ¿A la tumba de su madre?

—Sí, probablemente —asentí—. Entonces se mete en el carro y solo quiere llegar a la tumba de su madre, pero hay un camión partido por la mitad y un coche patrulla. Ella está borracha, enfurecida y a la carrera, así que calcula que puede pasar por el hueco que deja el coche patrulla y ni siquiera piensa con coherencia, pero tiene que llegar hasta su madre y de algún modo cree que puede lograrlo, y ¡zas!

Takumi asiente lentamente con un semblante pensativo, y luego dice:

—O se mete dentro del coche con las flores, pero ya se ha perdido el aniversario. Probablemente está pensando que ha vuelto a fastidiarla con su mamá. Primero no llama al número de urgencias y ahora ni siquiera se puede acordar del maldito aniversario. Está furiosa, se odia a sí misma y

decide: «Ya he tenido suficiente. Lo voy a hacer». Ve el coche patrulla y la oportunidad de hacerlo, y va y se estrella.

El Coronel extendió la mano hacia su bolsillo y sacó un paquete de tabaco, dándole golpecitos del revés contra la MESA PARA CAFÉ.

—Bueno —dijo—, eso aclara las cosas.

CIENTO DIECIOCHO DÍAS DESPUÉS

Así que nos dimos por vencidos. Finalmente yo ya había tenido suficiente persiguiendo a un fantasma que no quería que lo encontrara. Habíamos fracasado, tal vez, pero algunos misterios ocurren para no ser resueltos. Todavía no la conocía como quería hacerlo, pero nunca lo haría. Ella hizo que me fuera imposible. Y el *accidido*, el *suicidente*, nunca sería nada más, y a mí solo me quedó preguntar: «¿Te ayudé a llegar a un destino que no querías, Alaska, o tan solo te auxilié en tu autodestrucción premeditada?». Porque son crímenes distintos y yo no sabía si sentirme enfadado con ella por hacerme partícipe de su suicidio o solamente sentirme enfadado conmigo mismo por dejarla marchar.

Pero sabíamos lo que se podía averiguar, y el hecho de hacerlo por lo menos nos había acercado más al Coronel, a Takumi y a mí. Y eso era todo. No me dejó lo suficiente para descubrirla, pero me dejó lo suficiente para redescubrir el Gran Quizá.

—Hay una cosa más que debemos hacer —dijo el Coronel mientras jugábamos a un videojuego con el sonido encendido—; solo nosotros dos, como al principio de la investigación.

—No hay nada más que podamos hacer.

—Quiero pasar por el lugar conduciendo —dijo—, tal como lo hizo ella.

No podíamos arriesgarnos a salir de la escuela en mitad de la noche como lo había hecho ella, así que salimos doce horas antes, a las tres de la tarde, con el Coronel detrás del volante de la camioneta de Takumi. Le pedimos a Lara y a Takumi que nos acompañaran, pero se habían cansado de perseguir fantasmas y, además, faltaba poco para los exámenes finales.

Era una tarde luminosa y el sol caía sobre el asfalto, de modo que la franja de carretera ante nosotros se estremecía de calor. Condujimos un kilómetro y medio por la autopista 119 y luego conectamos con la I-65, rumbo al norte, dirigiéndonos al lugar del accidente y hacia Vine Station.

El Coronel conducía rápido e íbamos en silencio, mirando adelante. Intenté imaginar lo que ella podía haber ido pensando, intentando una vez más ver a través del tiempo y el espacio, entrar en su cabeza por un instante. Una ambulancia, con las luces y la sirena a todo volumen, nos adelantó a gran velocidad, en dirección contraria, yendo hacia la escuela y, por un instante, sentí una emoción nerviosa; pensé: «Podría ser alguien conocido». Casi deseé que fuera alguien conocido, a fin de dar una nueva forma y profundidad a la tristeza que todavía sentía.

El silencio se rompió:

—A veces me gustaba que estuviera muerta —confesé.

—¿Quieres decir que te sentías bien?

—No. No lo sé. Me sentía... puro.

—Sí —dijo haciendo alarde de su elocuencia habitual—. Lo sé. También a mí me pasaba. Es natural. Quiero decir, debe de ser natural.

Siempre me impresionaba darme cuenta de que no era el único que pensaba y sentía cosas tan extrañas y terribles.

A ocho kilómetros de la escuela, el Coronel se metió en el carril izquierdo de la I-65, la carretera interestatal, y comenzó a acelerar. Apreté la mandíbula y allí, frente a nosotros, cristales rotos brillaban con el

resplandor del sol como si el camino llevara joyas puestas. Ese sitio debía de ser el sitio. El Coronel siguió acelerando.

Pensé: «Esta no sería una mala manera de irse».

Pensé: «Derecho y rápido. Quizá lo decidió en el último segundo».

Y ¡zas!, habíamos pasado por el momento de su muerte. Condujimos hacia el lugar por donde ella no pudo pasar, pasando al asfalto que ella nunca vio, y no estamos muertos. ¡No estamos muertos! Estamos respirando, llorando, aminorando la velocidad y regresando al carril derecho.

Tomamos la siguiente salida en silencio y luego caminamos frente al coche para intercambiar posiciones. Nos encontramos, y yo lo abracé con los puños apretados en sus hombros; él me envolvió con sus brazos cortos y me apretó duro, de manera que sentí su pecho jadear arriba y abajo mientras nos dábamos cuenta, una y otra vez, de que todavía estábamos vivos. Yo me fui dando cuenta en oleadas y nos aferramos el uno al otro llorando. Pensé: «Dios mío, seguro que parecemos un par de tontos», pero eso no importa cuando te das cuenta, después de todo este tiempo, de que sigues vivo.

CIENTO DIECINUEVE DÍAS DESPUÉS

El Coronel y yo nos entregamos al trabajo escolar una vez que nos dimos por vencidos, sabiendo que ambos necesitaríamos salir con honores en los exámenes finales para lograr nuestras metas en los promedios generales de calificación (yo quería un 3.0 y el Coronel no iba a aceptar ni siquiera un 3.98). Nuestra habitación se convirtió en la Central de Estudios para los cuatro, con Takumi y Lara hasta altas horas de la noche hablando sobre *El ruido y la furia*, la meiosis y la batalla de las Árdenas. El Coronel nos

enseñó el equivalente a un semestre de precálculo, a pesar de ser demasiado bueno en matemáticas para enseñarlo muy bien: «Claro que tiene sentido. Confiad en mí. Dios, si no es tan difícil», pero yo echaba de menos a Alaska.

Cuando no me podía poner al día, hacía trampa. Takumi y yo compartíamos copias de los libritos con extractos de novelas para *Todo se desmorona* y *Adiós a las armas* («¡Estas cosas son demasiado largas, maldita sea!», exclamó un día).

No hablábamos mucho. Pero no era necesario.

CIENTO VEINTIDÓS DÍAS DESPUÉS

Una brisa fresca había amainado el violento envite del verano y por la mañana, cuando el Anciano nos dio los exámenes finales, sugirió que hiciéramos la clase fuera. Me pregunté por qué podíamos hacer una clase entera fuera cuando el semestre pasado me habían echado de clase por mirar por la ventana, pero el Anciano quería tener la clase fuera, así que eso hicimos. El Anciano se sentó en una silla que Kevin Richman sacó para él y nosotros nos sentamos sobre el césped. Mi libreta se tambaleaba sobre mis piernas primero, y luego sobre el grueso césped verde; la tierra pedregosa no se prestaba para escribir y los mosquitos revoloteaban alrededor. Estábamos demasiado cerca del lago para estar cómodos en realidad, pero el Anciano parecía contento.

—Aquí tengo sus exámenes finales. El semestre pasado, les di casi dos meses para completar su trabajo final. Esta vez, tienen dos semanas.

Hizo una pausa.

—Bueno, no hay nada que hacer con eso, me parece.

Se rió.

—A decir verdad, anoche decidí utilizar este tema para el trabajo. De hecho, va más bien contra mi naturaleza. De todos modos, voy a pasárselos. Cuando el pliego llegó a mí, leí la pregunta:

¿Cómo haría, personalmente, para salir de este laberinto de sufrimiento? Ahora que ha lidiado con tres de las tradiciones religiosas principales del mundo, aplique su mente recién iluminada a la pregunta de Alaska.

Después de distribuir los exámenes, el Anciano dijo:

—No necesitan argumentar las perspectivas específicas de las distintas religiones para su trabajo, así que no hay investigación necesaria. Su conocimiento, o la falta del mismo, se ha establecido conforme a los exámenes sorpresa que han resuelto este semestre. Estoy interesado en cómo pueden relacionar el hecho incontestable del sufrimiento en su comprensión del mundo, y cómo esperan navegar en la vida a pesar de este. El año que viene, siempre y cuando mis pulmones resistan, estudiaremos el taoísmo, el hinduismo y el judaísmo juntos... —El Anciano tosió y luego empezó a reír, lo que hizo que tosiera de nuevo—. Dios, quizá no dure. Pero sobre las tres tradiciones que hemos estudiado este año, quisiera decir una cosa. El islam, el cristianismo y el budismo tienen todos figuras fundadoras, Mahoma, Jesucristo y el Buda, respectivamente. Y al pensar en estas figuras fundadoras, soy de la creencia que debemos concluir que cada una trajo un mensaje de esperanza radical. A la Arabia del siglo VII, Mahoma trajo la promesa de que cualquiera podía encontrar satisfacción y vida eterna a través de la fidelidad al único Dios verdadero. El Buda, por su parte, ofrecía la esperanza de que el sufrimiento pudiera trascenderse. En cambio, Jesús trajo el mensaje de que el último sería el primero, que incluso los recaudadores de impuestos y los leprosos, los parias, podían tener

esperanza. Y, por ende, esa es la pregunta con la que les dejo para este examen final: ¿Cuál es su razón para tener esperanza?

De vuelta en la habitación 43, el Coronel se puso a fumar dentro. Aun cuando todavía me quedaba una noche de fregar platos en la cafetería para pagar con trabajo mi condición de fumador, no temíamos mucho al Águila. Nos quedaban quince días de clase y si nos pescaban solo tendríamos que empezar el último año escolar cumpliendo con algunas horas de trabajo.

—Así que ¿cómo saldremos de este laberinto, Coronel? —pregunté.

—Si tan solo lo supiera —contestó.

—Con eso probablemente no sacarás un diez.

—Ni tampoco le dará reposo a mi alma.

—O a la de ella —dije.

—Cierto. La había olvidado. —Sacudió la cabeza—. Cada vez me sucede más a menudo.

—Bueno, tienes que escribir algo —le propuse.

—Después de todo este tiempo, me sigue pareciendo que «derecho y rápido» es la única manera de salir, pero yo elijo el laberinto. El laberinto apesta, pero lo prefiero.

CIENTO TREINTA Y SEIS DÍAS DESPUÉS

Dos semanas después todavía no había terminado mi examen final para el Anciano y el semestre estaba a veinticuatro horas de concluir. Iba caminando a casa después de mi último examen; si bien había sido una batalla difícil contra el precálculo, a fin de cuentas esperaba que fuera exitosa y que me otorgaría la calificación de 9 que tanto deseaba. Fuera hacía realmente calor de nuevo, tan cálido como había sido ella. Y yo me

sentía bien. Al día siguiente vendrían mis padres, cargarían mi equipaje en el coche y asistiríamos juntos a la graduación; luego regresaríamos a Florida. El Coronel volvería a casa con su madre a pasar el verano viendo crecer los frijoles de soja, pero yo podría llamarlo, así que estaríamos en contacto a menudo. Takumi se iba a Japón a pasar el verano y a Lara la llevarían a casa en limusina verde. Justo estaba pensando que estaba bien no saber exactamente dónde estaría Alaska y a dónde fue exactamente esa noche, cuando abrí la puerta de mi habitación y vi una hoja de papel doblada sobre el suelo de linóleo. Era una sola hoja de papel de carta color verde lima. Arriba, en caligrafía itálica, decía:

Del escritorio de... Takumi Hikohito

Gordo/Coronel:

Siento no haber hablado con vosotros antes. No me quedo a la graduación. Salgo para Japón mañana por la mañana. Durante mucho tiempo estuve enfadado con vosotros. La manera como me dejasteis fuera de todo me hirió, así que me guardé lo que sabía para mis adentros. Sin embargo, después de que ya no estuviera enojado, seguía sin decir nada y ni siquiera sé bien por qué. Al Gordo le había tocado el beso, supongo. Y yo tenía el secreto.

En gran parte, lo habéis descifrado, pero la verdad es que yo la vi esa noche. Me había quedado despierto hasta tarde con Lara y con otras personas, y a esa hora me estaba quedando dormido cuando la oí llorar fuera de mi ventana.

Eran las 3.15 de la mañana, creo, y salí y la vi caminando por el campo de fútbol. Intenté hablar con ella, pero tenía prisa. Me dijo que ese día hacía ocho años que su madre había muerto y que ella siempre ponía flores en la tumba en el aniversario de su muerte, aunque ese año había olvidado hacerlo. Estaba fuera buscando flores, pero era demasiado pronto, demasiado invierno. Así fue como supe lo del 10 de enero. Sigo sin saber si fue suicidio.

Ella parecía muy triste y yo no supe qué hacer ni qué decir. Creo que ella contaba con que yo fuera la persona que siempre haría y diría lo correcto para ayudarla, pero no pude. Pensé que solo estaba buscando flores. No sabía que se iba a ir. Estaba borracha, borracha a más no poder, y de verdad no se me ocurrió que fuera a conducir ni nada. Pensé que lloraría hasta quedarse dormida y luego visitaría a su madre al día siguiente o algo así. Se alejó caminando y luego oí que se encendía el motor de un coche. No sé en qué estaba pensando.

Así que yo también la dejé marchar. Y lo siento. Sabéis que la quería. Era difícil no hacerlo.

Salí corriendo de la habitación, como si nunca hubiera fumado un cigarrillo, como corrí con Takumi la «Noche del granero», de un lado al otro del círculo de dormitorios hasta llegar a su habitación, pero Takumi se había ido. Su litera la cubría el colchón de vinilo desnudo; su escritorio estaba vacío; una línea de polvo yacía donde había estado su estéreo. Se había ido y no tuve tiempo de decirle lo que me acababa de dar cuenta: que lo perdonaba y que ella nos perdonaba, y que teníamos que perdonar para sobrevivir en el laberinto. Cuántos de nosotros tendríamos que vivir con cosas que se hicieron y que no se hicieron ese día. Cosas que no salieron bien, cosas que parecían bien en el momento porque no podíamos ver el futuro. Si tan solo pudiéramos ver la interminable cadena de consecuencias que resultan de nuestras acciones más pequeñas. Pero no podemos hacer mejor las cosas hasta que hacerlas mejor resulte inútil.

Y conforme caminaba de regreso para darle la nota de Takumi al Coronel, me percaté de que yo nunca sabría. Nunca la conocería lo suficiente para saber sus pensamientos en esos últimos minutos, nunca sabría si nos dejó a propósito. Pero el hecho de no saber no evitaría que me importara y que siempre amara a Alaska Young, mi retorcida vecina, con todo mi retorcido corazón.

Regresé a la habitación 43, pero el Coronel aún no había llegado, así que le dejé la nota en la litera de arriba, me senté delante del ordenador y escribí mi manera de salir del laberinto:

Antes de llegar aquí, durante mucho tiempo pensé que la manera de salir del laberinto era fingir que no existía, construir un mundo pequeño, autosuficiente, en un rincón trasero del interminable dédalo y fingir que no estaba perdido, sino en casa. Pero eso solo me condujo a una vida solitaria, acompañado únicamente por las últimas palabras de los que ya habían muerto, así que llegué aquí buscando un Gran Quizá, amigos reales y una vida menos mediocre. Luego metí la pata y el

Coronel metió la pata y Takumi metió la pata y ella se nos fue cuando no estábamos prestando atención. Y no hay manera de decir las cosas para que suene menos fuerte: ella se merecía unos amigos mejores.

Cuando ella falló hace muchos años, cuando era una niña pequeña aterrada hasta la parálisis, cayó en el enigma de ella misma. Y yo podía haber hecho lo mismo, pero vi adónde la condujo a ella. Así que todavía creo en el Gran Quizá y puedo creerlo a pesar de haberla perdido.

Porque la olvidaré, sí. Aquello que se unió se deshará de manera lenta, imperceptible. Y yo olvidaré, pero ella perdonará mi olvido, así como yo la perdono por olvidarme a mí y al Coronel y a todos los demás, excepto a ella misma y a su madre en los últimos momentos de vida. Ahora sé que me perdona por ser tonto y temeroso y hacer aquello que era tonto y temeroso. Sé que me perdona, así como su madre la perdona a ella. Y es así como sé:

Al principio pensé que estaba solo muerta. Solo oscuridad. Solo un cuerpo al que se estaban comiendo los gusanos. Pensé mucho en ella de esa manera, como si fuera el almuerzo de alguien. Lo que había sido ella, los ojos verdes, la sonrisa medio burlona, las curvas suaves de sus piernas, pronto serían nada, solo los huesos que nunca vi. Pensé en el lento proceso de convertirse en huesos y luego en fósil y luego en carbón, el cual, millones de años después, sería extraído de las minas por los humanos del futuro. Ellos calentarían sus hogares con ella y ella sería el humo que saldría ondulante de una chimenea, recubriendo la atmósfera. A veces pienso todavía que quizá la «vida después de la vida» es solo algo que inventamos para rebajar el dolor de la pérdida, para volver soportable nuestro tiempo en el laberinto. Quizá era solo materia y la materia se recicla.

Pero, a fin de cuentas, no creo que haya sido solo materia. El resto de ella se debe reciclar también. Ahora creo que somos más grandes que la suma de nuestras partes. Si tomas el código genético de Alaska y añades sus experiencias y las relaciones que tuvo con la gente y luego tomas el tamaño y la forma de su cuerpo, no la podrías concebir de nuevo. Habría algo más del todo. Hay una parte de ella más grande que la suma de sus partes conocidas. Y esa parte se tiene que ir a algún lado, porque no se puede destruir.

Aunque nadie me culpará de ser un buen alumno de ciencias, una cosa que aprendí de esa clase es que la energía nunca se crea ni se destruye. Y si Alaska dio cuenta de su propia vida, esa es la esperanza que desearía poderle haber dado. Olvidar a su madre, fallarle a su madre y a sus amigos y a ella misma, son todo cosas horribles, pero no necesitaba plegarse y autodestruirse. Esas cosas horribles pueden sobrevivirse, porque somos tan indestructibles como queramos creerlo. Cuando los adultos dicen: «Los adolescentes piensan que son invencibles», con una sonrisa taimada y estúpida en sus rostros, no saben cuán en lo cierto están. Necesitamos no perder nunca la esperanza, porque nunca nos rompemos de modo irreparable. Pensamos que somos invencibles porque lo somos. No podemos nacer y no podemos morir. Como toda la energía, solo podemos cambiar de formas, tamaños y manifestaciones. Ellos olvidan eso al envejecer. Temen perder y fracasar. Pero esa parte nuestra, más grande que la suma de nuestras partes, no puede nacer y no puede morir, así que no puede fracasar.

Así que sé que ella me perdona, como yo la perdono a ella. Las últimas palabras de Thomas

Alva Edison fueron: «Es muy hermoso allá». No sé dónde queda allá, pero creo que es en alguna parte, y espero que sea hermoso.

Algunas últimas palabras acerca de las últimas palabras

Al igual que al Gordo Halter, a mí me fascinan las últimas palabras. Para mí, esto comenzó cuando tenía doce años. Leyendo un libro de texto de historia, me encontré las palabras del presidente John Adams en su lecho de muerte: «Thomas Jefferson todavía vive». (Y a propósito, no era así. Jefferson había muerto más temprano ese mismo día, el 4 de julio de 1826; las últimas palabras de Jefferson fueron: «¿Hoy es el día Cuatro?».)

No puedo saber por qué me siguen interesando las últimas palabras ni por qué nunca he dejado de buscarlas. Es cierto que de verdad me encantaron las últimas palabras de John Adams cuando tenía doce años. Pero también me encantaba una chica llamada Whitney. La mayoría de los amores no duran. (Whitney sin duda no duró. Ni siquiera me puedo acordar de su apellido.) Pero algunos sí sobreviven.

Otra cosa que no puedo afirmar a ciencia cierta es que todas las últimas palabras citadas en este libro sean definitivas. Casi por definición, las últimas palabras son difíciles de verificar. Los testigos están cargados de emociones, el tiempo revuelve las cosas y el orador no está allí para aclarar cualquier controversia. He intentado ser preciso, pero no me sorprende que haya un debate sobre las dos citas centrales de *Buscando a Alaska*.

«¡Cómo voy a salir de este laberinto!»

En realidad, es probable que «¡Cómo voy a salir de este laberinto!» no fueran las últimas palabras de Simón Bolívar (aun cuando, históricamente, sí las dijo). Sus últimas palabras pudieron haber sido: «José, trae el equipaje. No nos quieren aquí». La fuente significativa de «¡Cómo voy a salir de este laberinto!» es también la fuente de Alaska, el libro *El general en su laberinto* de Gabriel García Márquez.

FRANÇOIS RABELAIS

«Voy en busca de un Gran Quizá.»

A François Rabelais se le acreditan cuatro conjuntos diferentes de últimas palabras. El *Oxford Book of Death* cita como sus últimas palabras: a) «Voy en busca de un Gran Quizá.»; b) (después de recibir la extremaunción) «Estoy engrasando mis botas para el último viaje.»; c) «Id bajando el telón; la farsa ha terminado.»; d) (envolviéndose en su dominó, o capa con capucha) «*Beati qui in Domino moriuntur*».* El último, a propósito, era un juego de palabras, pero como está en latín, hoy en día rara vez se cita. De todos modos, yo descarto la opción d) porque es difícil imaginar a un François Rabelais en su lecho de muerte con la energía para hacer un juego de palabras que requiriera energía, y sobre todo, en latín. c) Es la cita más común, porque es chistosa, y todos adoran las últimas palabras chistosas.

Yo sostengo que las últimas palabras de Rabelais fueron: «Voy en busca de un Gran Quizá», en parte porque el libro —casi una autoridad— de Laura Ward *Famous Last Words* está de acuerdo conmigo y, en parte, porque yo creo en ellas. Yo nací en el laberinto de Bolívar y, por ende, debo creer en la esperanza del Gran Quizá de Rabelais.

Para mayor información sobre *Buscando a Alaska*, véase por favor mi web:
<http://johngreenbooks.com>

JOHN GREEN

Agradecimientos

Quiero expresar los siguientes agradecimientos:

Primero, que la publicación de este libro habría sido imposible de no haber sido por la extraordinaria amabilidad de mi amiga, editora, cuasi agente y mentora, Ilene Cooper. Ilene es como un hada madrina, pero de verdad, y mejor vestida.

Segundo, que soy increíblemente afortunado de tener a Julie Strauss-Gabel como mi editora en Dutton; pero sobre todo, de tenerla como amiga. Julie es la editora con que todo escritor sueña: es cariñosa, apasionada e indiscutiblemente brillante. Este agradecimiento es lo único en todo el libro que no pudo editar, y creo que estaremos de acuerdo con que las consecuencias de ello son evidentes.

Tercero, que Donna Brooks creyó en esta historia desde el principio e hizo mucho para darle forma. También estoy en deuda con Margaret Woollatt, de Dutton, cuyo nombre tiene muchas consonantes, pero quien es en realidad una persona de primera categoría. Y gracias también a la talentosa Sarah Shumway, cuya cuidadosa lectura y certeros comentarios fueron una bendición para mí.

Cuarto, que estoy muy agradecido a mi agente, Rosemary Sandberg, una incansable defensora de sus autores. También es inglesa. Dice «vale» cuando en realidad quiere decir «de acuerdo». ¿No es increíble?

Quinto, que los comentarios de mis dos mejores amigos en todo el

mundo, Dean Simakis y Will Hickman, fueron esenciales en la escritura y la revisión de esta historia, y que, eh, ya sabéis, os quiero.

Sexto, que estoy en deuda con, entre muchos otros, Shannon James (compañera de cuarto), Katie Else (lo prometí), Hassan Arawas (amigo), Braxton Goodrich (primo), Mike Goodrich (abogado y también primo), Daniel Biss (matemático de profesión), Giordana Segneri (amiga), Jenny Lawton (larga historia), David Rojas y Molly Hammond (amigos), Bill Ott (todo un modelo a seguir), Amy Krouse Rosenthal (me consiguió trabajo en una emisora de radio), Stephanie Zvirin (me dio mi primer empleo de verdad), P. F. Kluge (maestro), Diane Martin (maestra), Perry Lentz (maestro), Don Rogan (maestro), Paul MacAdam (maestro, soy un gran admirador de los maestros), Ben Segedin (jefe y amigo) y la encantadora Sarah Urist.

Séptimo, que asistí al instituto con un montón de gente maravillosa. Quisiera agradecer en particular al indomable Todd Cartee, así como a Olga Charny, Sean Titone, Emmett Cloud, Daniel Alarcón, Jennifer Jenkins, Chip Dunkin y MLS.

* Significa tanto «Benditos los que mueren en el Señor» como «Benditos los que mueren con una capa puesta».

John Green nació en Indianápolis en 1977, y se graduó en Lengua y Literatura Inglesas y Teología en el Kenyon College. Tras iniciar carrera en el mundo editorial como crítico y editor, ha sido galardonado con el premio de honor Printz y el premio Edgar por sus diversas novelas para público juvenil. Su última novela, *Bajo la misma estrella*, ha sido recibida por la prensa con un aluvión de críticas entusiastas y permanece en lo más alto de las listas de ventas de todo el mundo desde su publicación. Según la revista *Time*, John Green es una de las cien personas más influyentes del mundo.

Síguelo en  [@realjohngreen](https://twitter.com/realjohngreen)

 [JohnGreen.Oficial](https://www.facebook.com/JohnGreen.Oficial)

Título original: *Looking for Alaska*

Publicado por acuerdo con Dutton Children's Books, una división de Penguin Young Readers Group, miembro de Penguin Group (USA) LLC, A Penguin Random House Company, y con Sandra Bruna Agencia Literaria, S.L.

Edición en formato digital: octubre de 2014

© 2005, John Green

© 2014, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2006, Cecilia Aura Cross. Traducción publicada por acuerdo con Ediciones Castillo S. A. de C. V., Insurgentes Sur 1886, col. Florida, 01030, México, D. F.

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Judith Sendra

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, así como el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-15594-47-5

Composición digital: Serveis Editorials i Digitals 2000, S. L.

www.megustaleer.com

Índice

Buscando a Alaska

Antes

Ciento treinta y seis días antes

Ciento veintiocho días antes

Ciento veintisiete días antes

Ciento veintiséis días antes

Ciento veintidós días antes

Ciento diez días antes

Ciento nueve días antes

Ciento ocho días antes

Ciento un días antes

Cien días antes

Noventa y nueve días antes

Noventa y ocho días antes

Ochenta y nueve días antes

Ochenta y siete días antes

Ochenta y cuatro días antes

Setenta y seis días antes

Sesenta y siete días antes

Cincuenta y ocho días antes

Cincuenta y dos días antes

Cincuenta y un días antes

Cuarenta y nueve días antes

Cuarenta y siete días antes

Cuarenta y seis días antes

Cuarenta y cuatro días antes

Navidad

Ocho días antes

Cuatro días antes

Tres días antes

Dos días antes

Un día antes

El último día

Después

Un día después

Dos días después

Cuatro días después

Seis días después

Siete días después

Ocho días después

Nueve días después

Trece días después

Catorce días después

Veinte días después

Veintiún días después

Veintisiete días después

Veintiocho días después

Veintinueve días después

Treinta y siete días después

Cuarenta y cinco días después

Cuarenta y seis días después

Cincuenta y un días después

Sesenta y dos días después

Sesenta y nueve días después

Ochenta y tres días después

Ochenta y cuatro días después

Ciento dos días después

Ciento catorce días después

Ciento dieciocho días después

Ciento diecinueve días después

Ciento veintidós días después

Ciento treinta y seis días después

Algunas últimas palabras acerca de las últimas palabras

Agradecimientos

Notas

Biografía

Créditos